

MARCELO GARCÍA



LA AGENTE NAZI EVA PERÓN Y EL TESORO DE HITLER

Los archivos desclasificados del FBI de Hoover.
La trama de acuerdos y traiciones entre
la Alemania nazi y la Argentina de Juan Domingo Perón

SUDAMERICANA



[La agente nazi Eva Perón y el tesoro de Hitler](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1. El FBI y los nazis](#)

[Capítulo 2. Heinrich Jürges: el informante solitario](#)

[Capítulo 3. Eva Duarte lo hizo](#)

[Capítulo 4. La Argentina neutral](#)

[Capítulo 5. La misión de Osmar Hellmuth](#)

[Capítulo 6. Radios clandestinas](#)

[Capítulo 7. Operación Tierra del Fuego](#)

[Capítulo 8. Hitler en la Argentina de Perón](#)

[Capítulo 9. Lealtad a Perón](#)

[Capítulo 10. Humo y espejos](#)

[Capítulo 11. Eva en Europa](#)

[Capítulo 12. La amenaza de Bormann](#)

[Capítulo 13. Un tesoro perdido](#)

[Epílogo](#)

[Bibliografía consultada](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre el autor](#)

[Créditos](#)

Marcelo Damián García

La agente nazi Eva Perón y el tesoro de Hitler

Los archivos desclasificados del FBI de Hoover.

**La trama de acuerdos y traiciones entre la Alemania nazi
y la Argentina de Juan Domingo Perón**

Sudamericana

*A mi esposa Verónica
y a mis hijas María Sol y Camila Belén.*

*Un agradecimiento especial a
Daniel Guebel y a Abel Basti.*

PRÓLOGO

El 2 de mayo de 1972, en su lecho de muerte, John Edgar Hoover habrá sentido una íntima y privada satisfacción.

Sus horas como uno de los norteamericanos más poderosos de la historia estaban llegando a su fin y aun así, transitando la antesala de un limbo embriagador, pudo regresar a los lejanos días de su juventud cuando surgió en él la creciente obsesión por saberlo todo y tener las cosas bajo su más absoluto control.

Informes del tiempo, entradas y salidas de sus padres del hogar familiar, muerte y nacimiento de seres queridos, los castigos a los que era sometido e incluso la frecuencia con que mudaba de ropa interior. Todo era celosamente escrito y ordenado en un modesto anotador.¹

Con los años, su astucia –o quién sabe si el poder conferido por las sociedades secretas a las que pertenecía– le permitió llegar a lo más alto de los ámbitos investigativos estadounidenses como cabeza del FBI (Federal Bureau of Investigation), desde donde llevó su cruzada en pos de la seguridad norteamericana definitivamente a otra dimensión.

Polémico y resistido, Hoover puso en práctica procedimientos ilegales y políticas paralelas a las oficialmente habilitadas, lo cual pronto generó el rechazo de cientos de funcionarios que veían en él a la mismísima corporización de una policía secreta estatal solo comparable con la Gestapo de los nazis.

Con esas credenciales, el director del Bureau llegó a acumular el poder suficiente como para intimidar no solo a quienes él sindicaba como activistas perjudiciales para los ambiciosos intereses de los Estados Unidos, sino también a ocho sucesivos presidentes de su país.

Los legendarios archivos de Hoover –quien incluso llegó a travestirse infiltrándose en fiestas sexuales tras las cuales chantajeaba a sus participantes, sobre todo cuando estos eran políticos de la oposición o funcionarios del gobierno– le valieron ser temido, odiado y respetado por partes iguales, manteniéndose durante cuarenta y ocho años a la cabeza de la oficina federal de investigación.

Fue medio siglo de seguimiento y sospechas sobre destacadas personalidades, entre las que se contaron Adolf Hitler y Juan Domingo Perón.

¿Pero cómo fue que se entrelazaron los caminos de estas tres figuras: Hitler, Hoover y Perón?

Responder este interrogante nos lleva a cuestionar —lo que no implica negar totalmente— la historia que se ha contado desde siempre, escribiendo con una perspectiva crítica sobre los hechos y sus protagonistas para dar con sorprendentes revelaciones que hasta hoy no se habían abordado del mismo modo.

Los documentos desclasificados por el FBI fueron la llave, aunque por supuesto no han sido un limitante, sino por el contrario, la invalorable oportunidad de acceder a un nuevo abanico de posibilidades que sembraron el proceso investigativo con datos aportados por otras impensadas fuentes de información.

A medida que avanzaba página tras página, en un archivo de más de setecientas densas carillas desclasificadas, la tarea se transformó en un laberinto de nombres, insospechadas sociedades, arteras traiciones, hábiles movimientos de distracción y monumentales operaciones de engaño, inimaginables hasta hoy.

Si de la información de esos documentos se trata, ha de decirse que la columna vertebral de los *papers* ofrece testimonio de un Hitler vivo, en el exilio, reinventándose más allá del final de la guerra. Un hecho que contradice por sí solo cualquier otra versión.

La sola mención de los acuerdos y las complicaciones a las que luego el escurridizo Führer, sus socios en diferentes partes del mundo y sus enemigos se iban a enfrentar ameritó dar un nuevo enfoque para llegar de manera inesperada a un sorprendente final.

Muchos investigadores tocaron el tema basando sus relatos en testimonios verbales y la declaración de testigos (a quienes este trabajo no pretende desestimar) sobre la vida que llevó adelante el Führer después que fuera orquestada su muerte con el propósito de permitirle escapar. Sin embargo, no es mi objetivo hacer un relato pormenorizado de la vida de Hitler en la Argentina, pero sí dar cuenta de la trama oculta y los hechos demostrados en los documentos sobre el perfecto conocimiento previo que tenían las máximas autoridades norteamericanas respecto de los planes, la exitosa concreción de una gigantesca conspiración de engaño mundial y las impensadas consecuencias que muchos de los principales actores involucrados llegaron a enfrentar.

De lo anterior surgen preguntas inevitables: ¿qué datos tenía Hoover sobre un pacto entre allegados de Hitler y Perón? ¿De qué actividades, negocios y operaciones que relacionaban a la Alemania nazi y la Argentina peronista estaba al tanto la inteligencia norteamericana? ¿Qué descubrió y cómo reaccionó ante la trascendencia de semejante información?

Tal como veremos, las respuestas dadas a estos interrogantes son las que marcan la gran diferencia entre otras anteriormente publicadas y esta nueva investigación.

Ya no se trata de sostener la hipótesis, carente de sustento, de que Hoover perseguía a Hitler con irreductibles intenciones de detenerlo, sino de dar otro giro al relato tradicionalmente aceptado demostrando que el director del FBI no pretendía atrapar al Führer en fuga, mientras que sí colaboró para que (con sus particulares métodos investigativos) los Aliados encontraran sobrados motivos que llevaron al posterior derrocamiento del presidente argentino Juan Domingo Perón.

Fue gracias al trabajo de los agentes de Hoover que los Estados Unidos estuvieron en inmejorables condiciones de saber sobre un laberíntico entramado de negociaciones secretas y operaciones encubiertas entre personajes claramente funcionales tanto para el régimen de la Alemania nazi como para el movimiento que se encolumnaba detrás de Perón en la Argentina, con el preciado objetivo de sentar bases firmes y apuntalar el futuro resurgir del nacionalsocialismo desde el exterior.

Con la debacle nazi consumada, esa sociedad dio lugar a un reacomodamiento de las fichas sobre un imaginario tablero en el que un desgastado Hitler comenzó a perder fuerza, influencia e interés, en tanto que Perón –envalentonado por las circunstancias– buscó hacer de la Argentina la nación rectora política, económica y militar en Sudamérica, tomando la posta dejada por la derrotada Alemania e intentando replicar sus políticas expansionistas en la región.

Muy atrás quedaron los supuestos beneficios que el régimen peronista alguna vez había representado para los norteamericanos como un válido freno al avance del comunismo en el sur de América. Hoover fue uno de los máximos responsables de darles a las autoridades gubernamentales norteamericanas los elementos necesarios para que se hicieran una acabada composición de ideas que los llevaron a comprender qué rol jugarían Hitler y Perón durante los complicados días de posguerra que estaban por llegar. El Führer era un hombre acabado, en tanto que no sucedía lo mismo con el “primer trabajador”.

Tal fue el peso del militar argentino y sus cómplices –Eva Duarte entre ellos– en la secreta operación inicialmente destinada a gestar un IV Reich desde el exterior que Hoover dispuso una política investigativa y un despliegue de agentes especialmente concebidos para la Argentina de Perón.

De todos modos, los asombrosos resultados de las operaciones de la inteligencia aliada no se limitaron a la toma de conocimiento sobre los detalles de una peligrosa sociedad que podría poner en jaque los intentos de dominación total de los Estados Unidos sobre el resto de América, sino que permitieron saber que Eva Perón también respondía a pie juntillas las órdenes de una poderosa organización en las sombras, que la tenía como una de sus más destacadas colaboradoras desde 1941, encomendándole poner a salvo parte

del legendario tesoro nazi ante los sorprendentes avances y el arduo intento de expolio pretendido por Perón.

Bien vale entonces aceptar el desafío y leer sin prejuicios sobre un reguero de muertos a lo largo del camino, pistas falsas plantadas para despistar, datos fidedignos y el accionar de fabuladores, soplonos, aventureros, gente confiable e informantes solitarios cuyos caminos se han cruzado tantas veces sin poder diferenciarse.

Treinta años después de acalladas las bombas que destruyeron los últimos vestigios del III Reich alemán, y pasadas tres décadas desde que los Aliados informaron sobre la nunca demostrada muerte de Hitler en Berlín, aún resonaba el estruendo.

Clarence Kelley –director del FBI entre el 9 de julio de 1973 y el 15 de febrero de 1978–, tercero en la línea de sucesores tras la muerte de Hoover, reclamaba por importantes documentos sobre el Führer, extrañamente faltantes de los archivos del Bureau, según puede leerse en el memorando del 23 de mayo de 1975. Mientras que el 11 de junio aún solicitaba la aparición de *dossiers* perdidos que le habrían permitido realizar reveladoras pericias caligráficas sobre cartas sospechadas de haber sido escritas por Hitler mucho tiempo después del final de la guerra, dejando suspendido en el aire un insondable y misterioso final.

Mientras una leyenda cuenta que Hitler murió el 13 de febrero de 1962 en la Argentina a los setenta y tres años, y otra dice que habría fallecido en 1971 escondido en un remoto lugar del Paraguay, muchas otras cosas en cambio sí se pueden demostrar.

Hoover supo por anticipado que Hitler encontraría refugio en la Argentina de Perón. El presidente argentino buscó instalarse como árbitro del mundo y posible reemplazo del Führer desde su inaceptable Tercera Posición. Y Evita viajó miles de kilómetros al otro lado del arco iris poniendo a salvo millonarias fortunas de sus jefes nazis, evitando dejarlas en manos de un traicionero Perón.

La historia, los hechos y sus protagonistas a continuación.

MARCELO GARCÍA

¹ Anthony Summers, "The secret life of John Edgar Hoover", *The Guardian*, 10 de enero de 2012.

Capítulo 1

El FBI y los nazis

*“Querido señor:
He pedido al presidente Roosevelt
públicamente rechazar con su gobierno
los ultrajes a los judíos en Alemania,
y exigir el fin inmediato y completo
de esta persecución.
En caso de que no haga esa declaración,
le notifico a usted que iré a Alemania
y asesinaré a Hitler”.*

DANIEL STERN

Carta enviada a Friedrich Wilhelm von Prittwitz und Gaffron,
embajador alemán en los Estados Unidos,
Washington D. C., 23 de marzo de 1933

Nazis norteamericanos

El 25 de marzo de 1933 no fue una jornada más para los nazis en América. Fue el día en que llegó a manos del secretario de Estado norteamericano Cordell Hull un extraño comunicado enviado entre gallos y medianoche por el alarmado representante diplomático alemán en Washington, poniéndolo en pleno conocimiento de un supuesto complot organizado desde los Estados Unidos para asesinar a Adolf Hitler, recientemente designado canciller alemán.

Lejos de ser desestimado, el caso pasó a la División de Asuntos Criminales y de allí a manos de John Edgar Hoover, el joven director del Bureau investigativo conocido como FBI, quien procurando congraciarse con las máximas autoridades gubernamentales y deseando ganarle la pulseada a algún que otro organismo al que consideraba rival, activó una serie de investigaciones que a lo largo del camino arrojaron un resultado dispar.

La misiva amenazante firmada por un ignoto Daniel Stern, sumada a la profunda consternación de los representantes diplomáticos germanos, hizo que la Agencia desplegara un ejército de agentes en ciudades como Washington, Los Ángeles, Chicago y Detroit, redadas que no lograron dar con el autor de la carta ni mucho menos comprobar su autenticidad, pero que sí en cambio llevaron a Hoover a involucrarse en el seguimiento de células nazis que, sin siquiera sospecharlo por entonces, lo mantendrían ocupado por el resto de sus días de manera obsesivamente personal.

Las pesquisas en Chicago permitieron saber que allí mismo se reunía la crema y nata de la clandestinidad nazi local y que el régimen de Hitler tenía –pese a las reiteradas negativas– su bien establecida y encubierta representación partidaria clandestina cuyo líder era Heinz Spanknöbel, un alemán enviado por Rudolf Hess para dar forma a un grupo nacionalsocialista en las sombras que, más temprano que tarde, cobró cierto destaque y notoriedad.

La semilla germinal fue plantada con las primeras actividades de los Friends of New Germany, una organización que –sorteando no pocas acusaciones de comisiones parlamentarias investigadoras– mutó en 1936 a la German American Bund, encabezada por un fanático ultra nazi llamado Fritz Julius Kuhn.²

Claro que, desde su nacimiento, las agrupaciones nazis que funcionaban en los Estados Unidos debieron enfrentarse a un sinnúmero de inconvenientes ante la opinión pública, no por su naturaleza antisemita ni por sus violentos métodos de expresión, sino por ser vistos como una banda de agitadores “antinorteamericanos” que ponían en peligro la seguridad de la nación, una postura compartida por el gobierno estadounidense y un desconfiado Hoover desde la jefatura del Bureau.

Recién en 1938 el embajador alemán Hans Heinrich Dieckhoff esbozó una falsa estrategia de despegue del régimen de Hitler con la liga nazi norteamericana, tratando de hacer creer que nada tenían que ver con su gobierno y que este no aprobaba su funcionamiento ni su modo de actuar.³ Pero, por supuesto, la distancia pretendidamente impuesta era una frágil cubierta en absoluto sincera, ni mucho menos real.

El clímax llegó el 20 de febrero de 1939, cuando la German American Bund organizó un acto en el Madison Square Garden de Nueva York con la asistencia de 20.000 nazis y el encendido discurso de Kuhn, quien no dudó en referirse al presidente Franklin D. Roosevelt como “Rosenfeld”, acusándolo de acercarse a los judíos y denunciando su “New Deal” (nuevo acuerdo) como un auténtico “Jew Deal” (acuerdo judío), un episodio que solo sirvió para que en adelante los diplomáticos alemanes de carrera instaran a cambiar ese tipo de políticas y expresiones de los agentes del nazismo en el exterior.

Así las cosas, mientras la diplomacia de Hitler buscaba “cuidar las formas”, Kuhn y sus socios inflamaban el ánimo del ciudadano común y eran motivo de permanentes sospechas e investigaciones de parte del FBI.

Como consecuencia de esto, el 13 de mayo de 1939 Edward A. Tamm –director adjunto del Bureau– envió un memorando a Hoover confirmando una vieja sospecha: los fondos que financiaban los movimientos subversivos de la German American Bund provenían de la embajada alemana en Washington y eran enviados directamente desde Berlín.

La idea de un complot judío-norteamericano para atacar contra la vida de Hitler teniendo a las huestes nazis unidas y organizadas fronteras adentro le dio a Hoover un panorama completo de la aceptada organización con claros objetivos de infiltración y espionaje que podría amenazar en cualquier momento la seguridad del país.

En diciembre de 1939 un decreto firmado por Roosevelt puso al FBI definitivamente al frente de las investigaciones sobre las actividades enemigas en América y dejó una intratable espina clavada a su director, quien ya nunca más dejó de plantearse un interrogante perturbador: ¿En qué otras naciones americanas se darían situaciones similares?

Pronto estuvo en inmejorables condiciones de averiguarlo.

Llegada a la Argentina

El éxito electoral del Partido Nazi tras las elecciones parlamentarias celebradas en Alemania en septiembre de 1930 alentó a los jefes partidarios a atraer de nuevo a los exiliados a su “Vaterland”, asignándoles a los agentes del nazismo sus primeras misiones de reclutamiento y penetración en el exterior.

Uno de ellos fue Bruno Fricke, quien en 1928 estuvo en Paraguay como punta de lanza y que tras su regreso a Europa en 1930 sería expulsado del partido debido a su poco recomendable relación con las SA (Sturmabteilung o Secciones de Asalto) de los hermanos Gregor y Otto Strasser, en quienes Hitler identificaba una intolerable “ala izquierda” del nazismo. Este hecho, lejos de hacerles bajar los brazos, reforzó aún más la idea de expandirse fronteras afuera llevando a la creación, en 1931, de la Auslands Organisation der NSDAP (Organización en el Exterior del NSDAP), en cuya cabeza los Strasser colocaron a Hans Nieland, su mano derecha y directo colaborador.

Para ese entonces ya existían tres agrupaciones no oficiales de simpatizantes nazis establecidas en los Estados Unidos, Suiza y Paraguay. Sin embargo, la primera organización

del NSDAP oficialmente reconocida desde Alemania comenzó a funcionar el 7 de abril de 1931 en Buenos Aires, Argentina, bajo el nombre de Auslandsabteilung der Reichsleitung der NSDAP (Departamento de Ultramar de la Dirección Nacional del NSDAP), también conocida como Landesgruppe Argentinien der NSDAP (Grupo Argentino del NSDAP), que aprovechó la base de la Deutscher Volksbund für Argentinien (Liga del Pueblo Alemán para la Argentina o DVA), la Tannenbergbund, la Asociación Negro-Blanco-Rojo y la Stahlhelm para hacer juntos su presentación en sociedad en la Argentina el 25 de mayo cuando –amparados por la cubierta de rendir homenaje al pueblo argentino en su fecha patria y encabezados por el líder local Rudolf Seyd– se reunieron en el Cementerio Alemán de Buenos Aires, enarbolando por primera vez en el país la bandera con la cruz esvástica.⁴

Pero los nazis en el exterior pronto contaron con uno de los más importantes efectivos para apuntalar la infiltración en el mundo de habla hispana: el general Wilhelm von Faupel, relacionado con la Argentina desde 1910 como instructor del Ejército argentino, a quien luego se sumaron militares de la talla de Alfred von Schlieffen y Colman von der Goltz, que también dejaron su marca en la formación de cadetes del Colegio Militar a partir de 1911, entre cuyos aspirantes estaba un jovencito llamado Juan Domingo Perón.⁵

Finalizada la Gran Guerra, von Faupel regresó a la Argentina como consejero del Ejército entre 1921 y 1926, tras lo cual volvió a su patria para convertirse en uno de los hombres más importantes para las actividades del nazismo en el exterior.

A inicios de 1934, las puertas del despacho de Adolf Hitler se abrieron de par en par para von Faupel, a punto de ser asignado a su nueva misión: la dirección del Ibero-Amerikanisches Institut (Instituto Iberoamericano) de Berlín, un centro de estudios sobre el mundo hispánico al que propuso convertir en un poderoso centro de propaganda, infiltración y difusión de las ideas nazis en los países de Latinoamérica y España.

Entre sus planes la Argentina tuvo un lugar preponderante, como veremos a continuación.

La llegada de José Félix Uriburu al poder en 1930 fue claramente permisiva para el Landesgruppe Argentinien der NSDAP. En tanto que, mientras los vecinos de Buenos Aires advertían las evidentes similitudes entre los desfiles de la “Legión Cívica” avalada por el presidente de facto y la marcha de los primeros grupos nazis que se dejaban ver por la ciudad, la idea de los diplomáticos de carrera alemanes era la de lograr adhesión sin que eso se percibiera como una intromisión en asuntos internos que llegara a perjudicar las relaciones con los países anfitriones de sus exiliados compatriotas de allí en más.

Ernst Wilhelm Bohle pasó a dirigir la Auslands Organisation der NSDAP en abril de 1933 y a partir de entonces sintió el pleno derecho que le confería la cosmovisión

nacionalsocialista para alinear a todos sus compatriotas residentes en el exterior, considerándolos lisa y llanamente como ciudadanos alemanes. Llegó a sostener que los diplomáticos germanos (renuentes a cualquier complicación) “no pertenecen a la clase de personas que pueden representar adecuadamente al Reich”, por lo que en adelante la llegada de agentes clandestinos fue de gran interés, un estado de cosas potenciado tras el ascenso de Hitler al poder.

El Führer, advertido de las muchas ventajas que le otorgaba una buena relación con la Argentina (dados sus envíos de alimentos y otro tipo de productos, pero pensando fundamentalmente en futuras cuestiones geopolíticas y estratégicas), trató de evitar los habituales enfrentamientos entre diplomáticos y agentes partidarios enviando a Buenos Aires al barón Edmund von Thermann como jefe de la representación diplomática en septiembre de 1933. Von Thermann presentó sus credenciales al presidente Agustín P. Justo y ofreció el arribo de oficiales alemanes como entrenadores de las Fuerzas Armadas de Argentina, tras lo cual llegaron el general Günther Niedenführ, el coronel Friedrich Wolf y los mayores Rudolf Berghammer, Joachim Hans Moehring y Otto Kriesche, contratados por el Ministerio de Guerra y ansiosos por comenzar a trabajar.

La gestión de von Thermann marcó un antes y un después en las relaciones bilaterales, ya que se acercó a destacados personajes de la alta sociedad y mandos militares argentinos, y estableció cercanas relaciones personales –incluso de amistad– con muchos de ellos. Los alentó también a sentir respeto y admiración por la poderosa Wehrmacht, en la que poco después se iban a entrenar. Tal el caso de los generales Rodolfo Martínez Pita, Carlos von der Becke, Armando Verdaguer y Francisco Reynolds, todos relacionados con el grupo que en 1943 llegó al poder junto con Juan Domingo Perón y la secta filonazi militar del GOU (Grupo de Oficiales Unidos).

La enorme diferencia respecto de otros países radicaba en que von Thermann era uno de los pocos diplomáticos alemanes de carrera afiliado al Partido Nazi con grado de Sturmführer dentro de la organización de las SS de Heinrich Himmler.

Como antesala de lo que estaba por acontecer, Bohle llegó a decir que von Thermann era “un enérgico y entusiasta difusor de la concepción del mundo nacionalsocialista. Nuestro trabajo en el extranjero sería notablemente más fácil si todos los representantes diplomáticos tuviesen una posición tan positiva frente al nuevo Estado como él”.

Así, el camino hacia la sigilosa y paciente infiltración nazi en la Argentina también sentó sus bases para ser transitado.⁶

Hoover está a cargo

Tras una larga serie de cruces con otras reparticiones, en 1939 el FBI quedó a cargo de la captación y el descifrado de mensajes de células enemigas en el hemisferio occidental a través del sistema SIGINT (Signal Interception, intercepción de señales), mientras que el Ejército y la Marina se encargaron de mensajes radiales de incumbencia militar y naval.

Particularmente interesado en las comunicaciones entre América y Alemania, Hoover no solo desplegó efectivos fuera de los Estados Unidos, sino que también solicitó la colaboración de la Comisión Federal de Comunicaciones (Federal Communications Commission, FCC), un organismo que desde los años treinta operaba una estación de monitoreo central emplazada en Nebraska junto a otras nueve secundarias y seis equipos móviles de captación de frecuencia montados en camiones y conocidos como DF (Direction Finding: localizadores de dirección). Estos podían determinar perfectamente la dirección desde donde se transmitía una señal y permitían saber el lugar de origen de una comunicación, dándoles a los investigadores una ventaja invaluable a la hora de detectar las ocultas bases de operaciones clandestinas establecidas en el exterior.

En 1941 la sociedad con la FCC y el Servicio de Monitoreo de Estaciones en el Extranjero (Foreign Broadcast Monitoring Service), fervorosamente impulsado por Hoover, permitió descubrir una emisora nazi de Chapultepec (México) que hacía contacto con otras emplazadas en Long Island (Estados Unidos), Nauen (Alemania) y –lo que más inquietó al director del FBI– otras en Sudamérica.⁷

Sin embargo, el éxito de Hoover tenía otra insospechada explicación.

Todo comenzó cuando la FCC pudo saber que “desde algún lugar de los Estados Unidos una estación está transmitiendo información a agentes en Alemania sobre la partida y el movimiento de buques desde el puerto de Nueva York”.⁸ Si bien eran dos las estaciones detectadas (la primera conocida como AOR), la segunda era la que más desconcertaba a los oficiales navales y militares tradicionalmente desconfiados del accionar del Bureau.

No obstante, pese a las dificultades, pudo establecerse que esa emisora, identificada simplemente como UK (UnKnown: desconocida), funcionaba en Centerport (estado de Long Island) gracias al importante trabajo de captación de un centenar de mensajes enviados desde ese mismo lugar.

Al principio, el FBI negó que allí hubiera algo especial, lo cual llamó la atención de la Marina y el Ejército, quienes sospechaban que –en el mejor de los casos– el director del Bureau retaceaba información o –en el peor de los escenarios– directamente la ocultaba sin aparente explicación.

Presionado, Hoover terminó reconociendo que la UK era parte de un arriesgado plan de contrainteligencia que él mismo llevaba en secreto adelante, justificando su política paralela con la reciente detención de treinta y tres agentes nazis clandestinos que operaban en territorio norteamericano. En otras palabras: agentes del FBI enviaban mensajes en clave a estaciones alemanas procurando conseguir valiosa información.⁹

Una de las consecuencias de las políticas unilaterales de Hoover fue el hundimiento del buque mercante belga *SS Ville de Liège* torpedeado en abril de 1941 por el submarino nazi U-52 en Islandia, gracias a los datos pasados por “la radio de Hoover”, con intenciones de conocer los próximos movimientos de los alemanes.

Tal como luego quedó demostrado durante el juicio contra Kurt Ludwig (agente involucrado en el caso), la radio de Hoover pasó a los alemanes más información sobre los movimientos aliados que la provista por la inteligencia clandestina de Hitler, logrando que en muchos casos los agentes nazis modificaran el criptosistema utilizado. Por ello el trabajo de captación y lectura de mensajes en clave comenzó a ser para los norteamericanos mucho más complicado, cuando no imposible.¹⁰

Sin embargo, gracias a esas operaciones paralelas con lamentables daños colaterales, el FBI también pudo descubrir células establecidas en lugares de Sudamérica como la Argentina, Chile y Brasil.

Uno de los casos más resonantes de ese período fue el de las escuchas que permitieron detener a varios agentes alemanes en Río de Janeiro el 18 de marzo de 1942. Para el gobierno brasileño estos operativos habían sido apresurados, aunque de todos modos aceptaron seguir con la redada por solicitud de la embajada de los Estados Unidos y los agentes del FBI, quienes prometieron a las autoridades gubernamentales la transcripción completa de los mensajes captados a la organización.

Si bien los jefes navales norteamericanos pensaban que la entrega de ese material implicaba un alto riesgo (poniendo en peligro el éxito de futuras misiones), al final aceptaron pasar la información que fue ventilada durante los juicios contra los agentes nazis capturados. Tal como luego sucedió en otras oportunidades, la particular política de Hoover de difundir pormenores de sus propias investigaciones motivó el repliegue, la reorganización y el mayor cuidado de los integrantes de células enemigas que aún no habían sido descubiertas, dado lo cual el capitán Farley (del Servicio Guardacostas norteamericano) fue terminante al afirmar que la política de Hoover ayudaba al enemigo y era un caso flagrante de traición a la seguridad nacional.

Pero aún había más, y a inicios de 1943 se produjo otro episodio que desnudó la creciente desconfianza de otras dependencias estatales hacia el FBI, cuando los Aliados

lograron descubrir los secretos de la máquina de códigos Enigma operada por los alemanes para sus comunicaciones cifradas con el exterior.

Una de esas máquinas se encontraba en la embajada alemana de Buenos Aires gracias a las gestiones de Ludwig Freude, un poderoso financista que funcionaba como custodio encubierto de los intereses de Hitler y sus socios en el país.

En vistas de los incontables problemas de seguridad derivados del “indiscreto” sistema de trabajo de Hoover, los detalles del funcionamiento de la Enigma no fueron puestos en conocimiento de los agentes del Bureau, y se dispuso que en adelante el FBI recibiera información selectiva y dosificada de parte de la Marina y el Ejército norteamericanos.

Por su lado, los británicos (responsables del descubrimiento gracias al criptógrafo Alan Mathison Turing) también le expresaron a las autoridades norteamericanas su honda preocupación, llegado el caso de que Hoover estuviera al tanto del funcionamiento del dispositivo y decidiera ventilar la cuestión en la convulsionada Argentina de entonces, permitiendo que los oficiales argentinos filonazis informaran de inmediato al gobierno de Hitler sobre el nuevo estado de situación.

Según sostenía Hoover, desde enero de 1943 el proceder de la Marina y el Ejército retaceando su colaboración habían llevado al fracaso de muchas misiones de sus agentes en la Argentina. Incluso amenazó con suspender las investigaciones en curso, algo que finalmente jamás concretó.¹¹

Poco después sus descubrimientos en el país serían de una trascendencia sensacional.



Un joven John Edgar Hoover, en su oficina.



El agente alemán Heinz Spanknobel (el de traje oscuro), instalado en Chicago, en un acto nazi.



Fritz Julius Kuhn, jefe de la German American Bund.



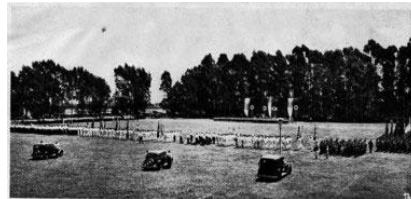
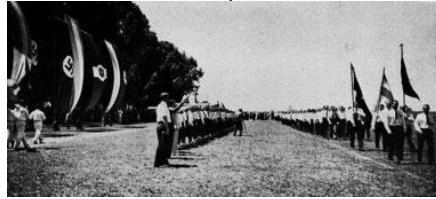
Wilhelm von Faupel, director del Instituto Iberoamericano de Berlín, poderoso centro de propaganda e infiltración.



Ernst Wilhelm Bohle, jefe de la Organización en el Exterior del Partido Nazi alemán.



Reunión del grupo argentino del Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán (NSDAP) en Bariloche. En el centro, sentado, se encuentra el embajador nazi Edmund von Thermann. Segundo desde la derecha, de pie, el montañista alemán Otto Meiling.



Encuentro de nazis en campo de Burzaco, Buenos Aires, 1937. Foto de Der Trommler / Comisión Investigadora de Actividades Antiargentinas del Congreso Nacional. Archivo personal del autor.



Acto nazi en el Luna Park, Buenos Aires, 1938.

[2](#) Documentos desclasificados del FBI sobre las actividades de Fritz Julius Kuhn, 1939-1942.

[3](#) *Ibid.*

[4](#) Carlota Jackish, *El nazismo y los refugiados alemanes en la Argentina*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1997.

[5](#) Tomás Eloy Martínez, *Las memorias del General*, Buenos Aires, Planeta, 1996.

[6](#) Carlota Jackish, *op. cit.*

[7](#) David Mowry, "German clandestine activities in South America in World War II", *United States Cryptologic History*, National Security Agency (NSA). Documento desclasificado por la NSA el 13 de abril de 2009.

[8](#) *Ibid.*

[9](#) *Ibid.*

[10](#) *Ibid.*

[11](#) *Ibid.*

Capítulo 2

Heinrich Jürges: el informante solitario

*“Jürges y el nazi Müller siguen detenidos.
La sede nazista en Buenos Aires
era el Banco Germánico,
como quedó demostrado en 1935”.*

Diario *Crítica* (Argentina), 3 de abril de 1939

Del NSDAP a la lucha antinazi

El seguimiento de las actividades de los nazis en Sudamérica no fue exclusivo de Hoover, ya que también en la Argentina había quienes pretendían poner la red al descubierto denunciando a los máximos responsables y a sus colaboradores del ámbito local.

Cuando en marzo de 1939 las puertas del despacho del presidente Roberto M. Ortiz se abrieron de par en par, nadie pudo imaginar la compleja trama de una historia que estaba a punto de comenzar.

Frente a él estaba Heinrich Jürges, decidido a ponerlo al tanto de los nombres de una secreta organización de nazis en las sombras, expectantes por darle vida a su ambicioso proyecto de dominación continental. Claro que para Jürges no había sido fácil llegar.

Nacido el 28 de julio de 1898 en Wuppertal, Alemania, ya a mediados de los años veinte este joven idealista creyó que en las ideas radicales del incipiente Partido Nazi se vislumbraba la futura grandeza de su nación.

Se afilió al NSDAP el 1 de octubre de 1930, pero curiosamente durante dos años su rastro pareció desvanecerse sin ninguna explicación. Mientras algunos camaradas nazis sostenían que estuvo detenido en Alemania por estafa y falsificación de documentos, Jürges negaba tales acusaciones argumentando que había viajado por Europa, recalando en Holanda como transportista, que de hecho era su declarada profesión.

Como fuera, su regreso a las actividades del nacionalsocialismo llegó de la mano de Joseph Goebbels, jefe de Propaganda del partido, quien a fines de 1932 lo asignó a la organización de su futuro ministerio en el distrito de Berlín.

La vida de Jürges cambió para siempre el 26 de febrero de 1933, cuando ofició de traductor en una curiosa entrevista llevada a cabo en las oficinas de las SA con un holandés llamado Marinus van der Lubbe, un extraño personaje con inocultables deficiencias mentales al que los nazis estaban forzando a ser partícipe de un atentado que dejaría a los comunistas como directos responsables de un fraguado hecho criminal: incendiar el Reichstag, la sede del Poder Legislativo alemán.

El rostro del inimputable holandés en la portada de los diarios le hizo saber a Jürges que había llegado la hora de abandonar las filas partidarias, esgrimiendo que los postulados que lo atrajeron al NSDAP se habían transformado en “nuevos métodos” que ya no lo representaban más.

Llevando consigo el secreto de la responsabilidad de Hitler y los suyos en el incendio, decidió escapar y en abril de 1933 llegó a Chile para unirse al Frente Negro (Schwarze Front), un grupo de activistas escindido del NSDAP cuyos integrantes se declaraban como opositores a determinadas políticas de Hitler, a quien su líder en Alemania —Otto Strasser— consideraba un “moderado” frente a los intereses del capitalismo industrial. Estas diferencias le valieron a Strasser su expulsión en 1933, cuando formó el Frente Negro para luego exiliarse en Luxemburgo, donde la Gestapo no lo dejó descansar jamás.

La llegada de Jürges fue detectada por los nacionalsocialistas chilenos y dio inicio a una inexplicable campaña de desprestigio y descrédito fogueada a través de la prensa filonazi, a la vez que en Alemania se reabrió la causa que lo acusaba de falsificador, pretendiendo invalidar de antemano cualquier declaración o denuncia que a partir de entonces pudiera hacer contra los nazis.

Lo que resulta incomprensible es por qué no decidían matarlo.

Las cosas tampoco funcionaron bien en Chile, ya que poco después fue expulsado del Frente Negro acusado por supuesta malversación de fondos y robo de documentación.

Pese a un sinfín de contratiempos, en 1934 contrajo matrimonio (de manera irregular, dado que en Alemania ya estaba casado y no había llegado a divorciarse) con Erika Rodewald, una suizo-alemana a quien terminó robándole sus ahorros para comprar el pasaje que de nuevo lo ayudó a escapar.

En 1936 ya estaba en Buenos Aires, el lugar donde pudo contactarse con Bruno Fricke, quien para entonces era el líder del Frente Negro local a la vez que un ex nazi también pasado al bando contrario.

Como ya vimos, Fricke viajó a Paraguay en 1928 para establecer los primeros locales partidarios y luego comandó escuadrones de las SA en Danzig, pero su afinidad al bando de los hermanos Strasser le trajo innumerables problemas, y en septiembre de 1930 fue expulsado del NSDAP. En 1932, volvió a Sudamérica y dio inicio a las actividades del Frente Negro en Paraguay, Brasil y la Argentina. Intentó hacer lo propio en Chile, en donde tuvo su primer enfrentamiento con ex camaradas que lo acusaron de comunista y traidor a la causa nacional.

Jürges comenzó a colaborar con el KampfGruppe (Grupo de Lucha) del Frente Negro en la difusión del periódico propagandístico *Die Schwarze Front* que ellos publicaban, un medio que llegaba a la comunidad alemana antinazi de Buenos Aires, a través del cual expuso públicamente a los nacionalsocialistas y sus socios en el país.

A inicios de 1936 las molestas actividades de Fricke motivaron que la embajada alemana en Buenos Aires le retirara la ciudadanía y que los agentes de la Gestapo lo siguieran a sol y sombra por toda la capital. En tanto que el 29 de febrero Jürges publicó su primer artículo denunciando la responsabilidad de Hitler y los suyos en el incendio del palacio legislativo alemán.

El 16 de marzo de 1936 las revelaciones de Jürges también fueron conocidas en los Estados Unidos a través de un artículo firmado por Ludwig Lore en el *New York Post*.

Pero Lore no era, desde luego, un integrante del Frente Negro ni un nazi arrepentido, sino un agente soviético encubierto que escribía artículos periodísticos advirtiendo sobre el creciente peligro de la infiltración nazi a nivel continental.

¿Sería acaso Jürges un agente contratado por Lore y la inteligencia soviética? ¿Era un informante de los rusos? ¿Era un estafador, un nazi despechado o ambas cosas a la vez?

La respuesta es simple: Jürges actuaba solo, no recibía pago de nadie y en más de una oportunidad debió recurrir a dinero mal habido con la única finalidad de subsistir y continuar con sus denuncias.

Su contacto con Lore tampoco prueba que fuera un agente a su servicio, pero la publicación de su historia en el *New York Post* refuerza la teoría de que buscaba por todos los medios aportar los datos con los que contaba a quien quisiera escucharlo o estuviera dispuesto a darle el más mínimo lugar.

La confianza del Frente Negro no impidió, sin embargo, que Jürges se viera involucrado en otra embarazosa situación cuando el 26 de abril de 1936 pasó al diario argentino antinazi *Argentinisches Tageblatt* cierta información que acusaba abiertamente a Fricke como doble agente que aún colaboraba con los nazis desde la clandestinidad.¹² Este hecho fue tomado por Fricke como una intolerable traición, que tuvo revancha de su parte al acusar a Jürges de robar sus archivos personales y llevarse una buena cantidad de

listados con los nombres de agentes nazis y sus socios en la Argentina y por el supuesto saqueo de los fondos de su agrupación. Esto (además de impedir la edición del diario que hacían) motivó que desde el Frente Negro chileno se enviara a Buenos Aires a un agente bajo el seudónimo de Franz Schubert, con dinero que habían recolectado los trasandinos para colaborar con el reinicio de la interrumpida publicación.

Pero cuando Schubert llegó a la Argentina comprobó que Fricke —lejos de haberse quedado sin dinero— acababa de adquirir una importante propiedad llamada Schwarzen Adler (águila negra), que utilizaba como nueva base de operaciones. Fricke de todos modos no rechazó la ayuda económica, solo que la empleó para instalar un coqueto restaurante, demostrando ser un personaje en quien ni sus socios ya podían confiar. A su vez Franz Schubert se abrió del Frente Negro al tomar revancha por esa malversación y enviar un mensaje anónimo a la embajada alemana en el que informaba sobre Fricke y su nueva ubicación.

No es posible asegurar si Jürges tenía o no más datos sobre las actividades de los nazis para entonces. Tampoco es factible saber si había robado los archivos del Frente Negro apropiándose de las listas con los nombres de los colaboradores del ámbito local. Pero el caso es que en marzo de 1937, durante sus primeros contactos con los diputados Julio Noble, del Partido Demócrata Progresista, y Enrique Dickman, del Partido Socialista, pasó esa misma información intentando abrir un frente antinazi parlamentario en la Argentina, en reuniones a las que luego se sumó la mantenida en 1938 con el proaliado ministro de Justicia, Julio Coll.

El contraataque de la embajada alemana no se hizo esperar y fue Gottfried Sandstede (encargado de prensa de la legación) quien tomó cartas en el asunto como uno de los principales encargados de recibir y distribuir los fondos que Berlín enviaba para financiar la propaganda nacionalsocialista, redactando comunicados y gacetillas publicados en periódicos como *El Pampero*, *Deutsche La Plata Zeitung* y *Der Trommler*, luego replicados en publicaciones del interior.

Jürges fue uno de sus blancos preferidos, pero al mismo tiempo respondía con denuncias que se publicaban en diarios liberales y democráticos como *La Prensa* y otros con cierta llegada a nivel nacional.

Entretanto, en la embajada alemana en Buenos Aires se entremezclaban convencidos nacionalsocialistas con opositores a Hitler, y conformaban una rara mixtura que le dio la oportunidad a Jürges de entablar contacto con gente que pertenecía de manera encubierta al Frente Negro opositor.

La circular filonazi de José María Cantilo

Las adhesiones al nazismo también se manifestaban desde el seno mismo del gabinete de Ortiz, o al menos desde uno de sus más importantes ministerios.

Si bien el presidente pretendía mantener una política exterior neutral, los lineamientos básicos de su administración se vieron distorsionados por la aplicación, fuera de su conocimiento y control, de una política “paralela” en materia de relaciones con otros países. El caso de José María Cantilo, ministro de Relaciones Exteriores y Culto, fue emblemático.

Reconocido abogado y licenciado en Letras, de larga carrera diplomática, Cantilo fue uno de los artífices de la histórica devolución de El Sarre a Alemania en 1935, un punto en absoluto menor, ya que El Sarre era por entonces un estado limítrofe con la provincia francesa de Lorena y con Luxemburgo, que por un fideicomiso de la Sociedad de las Naciones estaba bajo administración francesa desde el final de la Primera Guerra Mundial. La restitución de esa zona a la Alemania nazi fue un gran triunfo para Hitler, y en ese sentido la activa participación de Cantilo como mediador en las negociaciones pasó a ser un punto de inflexión en la futura relación entre el régimen del Führer y la Argentina.

El diplomático, perteneciente a la Unión Cívica Radical Antipersonalista, fue nombrado ministro de Relaciones Exteriores y Culto el 20 de febrero de 1938, y a pocos meses de tomar posesión de su cargo redactó una circular secreta y confidencial, fechada el 12 de julio, dirigida a todos los consulados argentinos en el exterior como respuesta a las quejas de Hitler por el refugio que se les daba a dirigentes opositores a su gobierno y a tantísimos judíos que intentaban salvarse y escapar. En dicha circular¹³ se ordenaba de manera terminante “negar la visación, aun a título de turista o de pasajero en tránsito, a toda persona que fundamentalmente se considere que abandona o ha abandonado su país de origen como indeseable o expulsado, cualquiera sea el motivo de su expulsión”. Y continuaba:

Este Ministerio espera que el celo y el buen criterio del señor cónsul suplirán a este efecto la información formal que no sea posible obtener en cada caso, lo que permitirá establecer la capacidad del funcionario para el cargo que ocupa. Todo caso de duda deberá ser consultado a la Cancillería, así como el de toda persona cuya incorporación al país considere el señor cónsul inconveniente. Estas instrucciones son estrictamente reservadas y por ningún motivo deberán ser invocadas ante el público o ante las autoridades del país donde ejerce sus funciones. Quedan derogadas las instrucciones anteriores en cuanto se opongan a la presente. Los señores cónsules se servirán acusar recibo de la presente circular directamente al Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto.

Sin nombrarlos, al referirse a ellos como “indeseables o expulsados”, la circular de Cantilo aludía a los judíos, quienes a partir de entonces tuvieron incontables dificultades para ingresar al país. Mientras la diplomacia argentina buscaba impedir el arribo de “indeseables”, pronto saldrían a la luz los planes que los nazis tenían para hacer ingresar a la Argentina gente que para ellos no tenía absolutamente nada de “indeseable”.

El plan nazi para dominar la Patagonia

Fue en ese contexto que el 20 de marzo de 1939 Jürges agregó más leña al fuego de la disputa entre nazis y antinazis entregándole al primer mandatario la copia de un documento filtrado desde la embajada alemana en Buenos Aires.

Se trataba del plan nacionalsocialista para establecerse –en lo económico, político y militar– en la Patagonia y luego expandirse por toda Sudamérica.

Según información contenida en el documento, se pensaba unificar los territorios de la Patagonia de Argentina y Chile con el nombre de “Estados Unidos del Sur”,¹⁴ dejándolos en manos de una administración que respondiera claramente a los intereses de la Alemania nazi del III Reich.

Los influyentes alemanes radicados en el sur eran dueños de facto en esa zona, a la vez que la más confiable fuente de información para las autoridades nazis sobre las condiciones más que favorables de la Patagonia para establecer sus bases y dominarla. Los informes incluían detalles sobre la topografía, la infraestructura, el estado de los accesos, el clima y los lugares más propicios para instalarse en poco tiempo más.

¿Pero querían realmente los nazis quedarse con la Patagonia? Varios argumentos inclinan la balanza hacia una respuesta afirmativa.

Viejas leyendas de un tesoro escondido, la posible llegada de los caballeros templarios e incluso la curiosa historia sobre la entronización de un “rey de la Patagonia” eran argumentos muy utilizados para hacer ver al sur argentino como una verdadera tierra de nadie. Además de ser un territorio codiciado por sus vastos recursos naturales, pero también teniendo en cuenta cuestiones geopolíticas y militares de cara a un conflicto bélico mundial que Hitler ya planeaba desencadenar.

Sin embargo, había otra cuestión fundamental: Alemania tenía la necesidad de recuperar su vieja tradición colonial negada desde el fin de la Gran Guerra, dado lo cual la Patagonia podría convertirse, de facto y secretamente, en la nueva y deseada colonia alemana de ultramar.

Muchos negaron los deseos de dominación sobre la Patagonia por parte de Hitler. Y en muchos de esos casos, por aquellos años, la insistencia en negar tales intenciones se vio influenciada por los propios interesados y la prensa que llegaron a controlar. No obstante, el proyecto tuvo la suficiente importancia y hubo tantos elementos verosímiles a mano que captó la atención de tres jefes de Estado: el presidente argentino Roberto M. Ortiz, su sucesor Ramón Castillo y el norteamericano Franklin D. Roosevelt.

El espía Perón

Tiempo antes de la aparición de la “cuestión Patagonia” ante la opinión pública, el gobierno argentino puso atención en el tema.

En enero de 1936 el mayor Juan Domingo Perón fue designado como agregado militar a la embajada argentina en Santiago de Chile en reemplazo del teniente coronel Jorge Urdapilleta, fuertemente sospechado de hacer espionaje a favor de las autoridades chilenas. Perón supo ganarse el respeto de sus pares trasandinos y el ambiente diplomático en general gracias a su inigualable carisma y dotes de líder. Mientras, seguía de cerca la situación argentina y advertía con desagrado que la administración de Agustín P. Justo neutralizaba a los jefes militares nacionalistas haciendo de los negociados con la banca privada y los intereses británicos una auténtica bandera de su gestión.

Oriundo de la Patagonia, Perón era un gran conocedor del sur y había escrito –entre 1935 y 1936– un ensayo titulado “Toponimia patagónica de etimología araucana”, en el que indagó sobre las costumbres de los grupos indígenas de la región. Como consecuencia de sus conocimientos de la zona, el ministro de Guerra Manuel Rodríguez lo tuvo como principal consejero en temas patagónicos, requiriendo su opinión experta sobre el proyecto que luego llevó a la creación de la Gendarmería Nacional.

Perón apoyó la idea y se encargó personalmente de dar una encendida conferencia en la Escuela Superior de Guerra a fines de 1936, gracias a la cual poco después se aprobó la Ley de Gendarmería haciendo realidad uno de sus anhelos: proteger las permeables fronteras argentinas en la desolada Patagonia de la amenaza chilena y también de los intereses británicos apañados por el gobierno.

Perón, para quien el problema venía del lado chileno y no de la nutrida colonia alemana allí radicada, supo muy bien de los peligros a los que se exponía en Chile, dada su verdadera misión, que era la de hacer espionaje militar.

Por su naturaleza inquieta y activa, pero también por la certeza de ser permanentemente observado por las autoridades chilenas, Perón dormía poco, dejaba luces

encendidas e incluso esparcía arena en la terraza de su departamento para oír las pisadas de quienes en forma sigilosa llegaban hasta allí para vigilarlo.

Sus documentos importantes viajaban en maletas con doble fondo y para protegerlos recurría al envío de “anzuelos” camuflados en valijas diplomáticas que —según él sospechaba— podían llegar a ser interceptadas. Esto efectivamente terminó sucediendo, como cuando Perón mandó a Buenos Aires uno de esos “anzuelos” con un informe en el que hablaba pestes del comandante en jefe del Ejército chileno, tras lo cual advirtió que la actitud de este para con él (inicialmente cercana y cordial) pasó a ser fría, agresiva y distante.

Eran cuestiones que daban la sensación de divertir a Perón, quien poco después tuvo la oportunidad de cruzarse con el mencionado militar chileno durante una recepción a la que habían asistido, un momento que aprovechó (según el relato del propio Perón en sus memorias) para decirle cara a cara: “Lo que yo decía de usted en la valija eran mentiras. La verdad estaba en otra valija. Solo quería descubrir si me la abrían”.¹⁵

Entre julio y agosto de 1937 Perón ya se reunía regularmente con un grupo de informantes en el cuarto piso de un edificio ubicado en el Pasaje Matte de la ciudad de Santiago. Carlos Leopoldo Añez era uno de los chilenos que más colaboraban con él, al pasarle buenos informes y arriesgar el pellejo a cada paso revelándole importantes secretos militares y diplomáticos.

Perón llegó a Chile con el firme propósito de descubrir el plan trasandino para invadir la Patagonia, y en tren de lograr su objetivo también contactó a un ex militar chileno que se haría cargo del “trabajo sucio” de conseguir el documento con el plan, copiarlo y luego devolverlo sin que la operación fuese advertida.

Pero el chileno le tendió una trampa al informar a la cúpula militar de su país, lo que motivó que en enero de 1938 las autoridades argentinas lo convocaran de regreso a Buenos Aires. Se sabía en la antesala de un verdadero escándalo internacional. Fue reemplazado por Eduardo Lonardi, quien siguió adelante la arriesgada misión.

Cuando todo estalló, el 2 de abril de 1938, Perón ya se encontraba a salvo en la Argentina, pero la crisis diplomático-militar con Chile derivó en la inmediata expulsión de Lonardi, quien desde ese momento se ubicó de manera irreversible en el bando contrario al del joven teniente coronel, a quien hizo responsable directo de su complicada situación y del conflicto en ciernes con la nación vecina.

En 1938 Perón viajó por el sur de Chile y la provincia argentina de Chubut, y a fines de ese año (tras la muerte de su primera esposa, Aurelia *Potota* Tizón, a quien utilizaba como correo secreto) ya había visitado —siempre con fines de espionaje— las provincias

chilenas de Cautín, Valdivia y Llanquihue, un recorrido de más de dieciocho mil kilómetros de extensión.

Entre sus anotaciones Perón expresó una creciente preocupación por la enorme diferencia en las políticas de protección fronteriza puestas en práctica por Chile y la Argentina. Resaltó el marcado desinterés del Estado nacional por los descuidados pasos cordilleranos. Advirtió a sus superiores que el aprovechamiento favorable de esa zona del país dependía en gran medida de la reacción y las medidas adoptadas en adelante. Puso el acento en la necesidad de saber “si los futuros pobladores han de seguir afluyendo de Chile para servir a los que llegan de Europa” (en su mayoría alemanes) o si se determinarían políticas que al final llevaran a que los argentinos tomaran el control definitivo en esa zona austral de la nación.

El caso Patagonia

El interés de los nazis por la Patagonia existía y era real, pero no nació en 1939 ni en coincidencia con el viaje de Perón al sur, sino mucho tiempo atrás.

La llegada de pioneros alemanes fue la punta de lanza para hacerse con información que tiempo después fue utilizada para definir las zonas más apropiadas con miras a un establecimiento más organizado en la Patagonia. Gunther Plüschow viajó hasta allí en 1927 a bordo de la frágil goleta *Feuerland* (Tierra del Fuego), captando imágenes desde el aire con su biplano *Silber Kondor* (Cóndor de Plata) y convirtiéndose en un valiente adelantado para otros que lo siguieron poco después.¹⁶

El 3 de enero de 1934 una delegación experta en el dominio de modernos planeadores zarpó desde el puerto alemán de Hamburgo. Encabezada por el profesor Walter Giorgii,¹⁷ presidente de la ITSU (Internationale Studienkommission für Segelflug o Comisión Internacional de Estudios para la Aeronavegación en la Alemania nazi), el grupo estaba integrado por Wolf Hirth, Peter Riedel, Heini Dittmar y la legendaria Hanna Reitsch, quien se convertiría en la preferida de Hitler y en la única mujer en recibir en dos oportunidades la Cruz de Hierro de primera clase de manos del Führer.

Si bien el objetivo declarado era el de experimentar con las corrientes de aire en el sur de América, sus intenciones eran otras, y tras un breve paso por Brasil finalmente llegaron a Buenos Aires el 14 de marzo de 1934.

El recibimiento no pudo ser mejor. El comandante en jefe de la Aeronáutica Militar, coronel Ángel María Zuloaga, habilitó el aeródromo militar de El Palomar para que esos “alemanes que saben de todo” tuvieran su base de operaciones. En este lugar el equipo hizo

las delicias de un público que no dejaba de admirarlos hasta que (una vez finalizada la demostración de cabriolas aéreas) se dispusieron a cumplir con su verdadera misión.

Fue Hanna Reitsch, quien en su libro *Volar, mi vida*, publicado en 1951, contó sus experiencias en las inconmensurables extensiones del sur argentino, en donde llamó particularmente su atención la poca presencia de poblados en esa auténtica “tierra de nadie”.

Pero lejos de ser la presentación de una simple escuadrilla de intrépidos aviadores, la visita fue el trabajo de avanzada para trazar mapas, delimitar terrenos e identificar los mejores lugares para el futuro establecimiento de bases alemanas. Se estimó también que la compra de grandes extensiones patagónicas pudo haberse concretado en esa misma oportunidad,¹⁸ incluido muy posiblemente el enorme paraje donde luego se construyó la Residencia Inalco en Villa La Angostura, que sirvió de hogar y refugio al mismísimo Adolf Hitler.

Pero si entre 1927 y 1934 los nazis daban el primer paso encubierto por el sur argentino, no fue sino hasta el 11 de enero de 1937 en que se redactó un documento secreto con el plan preciso y detallado para dominar el sur de América. Los lineamientos generales fueron trazados desde Buenos Aires en respuesta al pedido de Berlín que ordenaba alistar a los agentes establecidos en zonas como La Pampa, Neuquén, Río Negro, Chubut, Santa Cruz y Tierra del Fuego.

Pero claro que el programa no solo contemplaba cuestiones militares, políticas y económicas en la Argentina, sino también en toda Sudamérica.

Las grandes inversiones alemanas en la Argentina y las condiciones que favorecían la protección de esos intereses en el país fueron base firme para el financiamiento de campañas políticas, salvaguarda de fortunas de jerarcas nazis enviadas un tiempo después, pago de coimas y propaganda nacionalsocialista, como también para fomentar la llegada al poder de grupos afines y funcionales al régimen de Hitler.

En un principio el plan resultó poco creíble porque Jürges aún no era un informante confiable. Sin embargo, posteriores investigaciones aliadas de posguerra confirmaron que el documento estuvo “cajoneado” en la embajada alemana de Buenos Aires y llevaba estampadas las firmas de Alfred Müller, jefe del NSDAP en la Argentina, y Conrad von Schubert, un alto funcionario de la representación alemana en Buenos Aires.

Un artículo periodístico de 1939 firmado por John Whitaker en el *Chicago Daily News* decía que el documento fue puesto en circulación por “traidores desde dentro de la embajada alemana”, y el destinatario habría sido Heinrich Jürges, aunque también cayó en manos de los norteamericanos y fue utilizado para justificar y condicionar la futura política exterior del presidente Roosevelt hacia la Argentina en los años por venir.

Cuando el asunto llegó a la portada de los periódicos, en marzo de 1939, el presidente Ortiz supo que al final había llegado el momento de tomar las debidas precauciones del caso.

El gobierno argentino, alarmado por la publicación de la noticia, recibió la desmentida del régimen nazi a través de un comunicado enviado por Joachim von Ribbentrop (ministro de Relaciones Exteriores alemán) a Ricardo de Oliveira (embajador argentino en Berlín), mediante el cual el Führer negaba cualquier intención de conquista y dominación.

Las excusas no evitaron que Alfred Müller fuera detenido el 31 de marzo, algo que también le sucedió a Jürges, puesto entre rejas por el fiscal doctor Víctor J. Paulucci Cornejo, quien lo acusó de posible perjurio, ya que había presentado una copia fotográfica y no el documento original.

Miguel Viancarlos, jefe filonazi de Policía Federal, se ocupó personalmente del interrogatorio, y fue el momento elegido por Jürges para mencionar la participación de Antonio Delfino, propietario de la empresa naviera A.N. Delfino y Cía., de la cual también era accionista Gottfried Sandtsede, el encargado de prensa de la embajada alemana en Buenos Aires.

El 1 de abril de 1939 el diario antinazi *Crítica* alertó en su portada sobre el peligro de la infiltración nazi en Sudamérica, e informaba sobre un operativo policial en el bar Nobel (en avenida Corrientes y Libertad), en cuyas dependencias se buscaron documentos con los nombres de los colaboradores locales de la organización.¹⁹

Dos días después Jürges seguía detenido, mientras *Crítica* decía que el informante solitario estaba “amenazado de muerte por la Gestapo”.²⁰

En una nota posterior también se comentó que la Sección de Orden Social de la Policía Federal había requisado su domicilio llevándose unos cuantos ficheros con nombres y que dadas las circunstancias:

Temen por la vida de Jürges. El público se pregunta por qué Enrique Jürges, siendo el denunciante de la infiltración nazi en el país, sigue detenido, o, como se dice en términos policiales, demorado. Estamos en condiciones de informar que el mismo Jürges ha pedido que se lo custodie, pues teme que una vez que esté en libertad sea secuestrado por elementos de la Gestapo, como lo fueron varios prominentes antinazis en Inglaterra y, hace tres años, en Suiza, el periodista Jacob, que puso en descubierto las maniobras de espionaje alemán en Francia y otros países.²¹

Tras ser liberado poco después, Jürges le dijo a un expectante periodista que lo aguardaba al salir de prisión: “Es evidente que si la carta fuera falsa yo no estaría aquí hablando con usted”.²² Si bien era cierto que la situación no ameritaba tenerlo encerrado,

algo no fue advertido por muchos: Viancarlos le “soltó la mano” y lo dejó a la deriva y sin protección porque su nombre aparecía en la lista de colaboradores de los nazis previamente difundida por Jürges.

En ese momento se determinó que las firmas de Müller y von Schubert en el documento eran auténticas, algo que el jefe del NSDAP local terminó reconociendo, no sin dejar de aclarar que la idea no había sido suya. Tal vez Conrad von Schubert –el otro firmante– tuviera algo más para explicar, pero eso no sería posible, ya que el gobierno de Hitler lo había puesto a resguardo convocándolo en forma anticipada a Berlín.

Desde Alemania se acusó a la inteligencia aliada de inventar el plan, un argumento también utilizado para desacreditar a quienes recibían la información que Jürges les confiaba, entre ellos el diputado Silvano Santander, un antifascista de la Unión Cívica Radical, impulsor de la Comisión Investigadora de Actividades Antiargentinas que luego funcionó en el Congreso Nacional. El legislador manejaba todo tipo de documentos para desbaratar a los nazis en el país y enfrentó gallardamente los golpes bajos que estos propinaban, pero los nombres y los hechos mencionados en sus denuncias reflejaban la más pura realidad.

En 1939 Jürges también contactó a funcionarios de la embajada británica en Buenos Aires y les pasó la misma información que previamente había entregado a los legisladores argentinos. Entre los denunciados estaba Heinrich Volberg, un nazi que llegó a representar los intereses de la IG Farben y la Química Bayer en Sudamérica, además de ser jefe de la Oficina Económica de la Auslands Organisation der NSDAP y cabeza visible del Winterhilfe (socorro de invierno), desde donde recaudaba compulsivamente dinero para financiar las actividades del partido en la Argentina.

Tras uno de sus tantos viajes a Berlín, Volberg retornó a Buenos Aires en febrero de 1939 asignado a una nueva misión: hacer espionaje en beneficio de la Asociación para la Industria del Reich.

Entre tantas ocupaciones, Volberg también se encargó de ayudar a agentes nazis puestos en apuro ocultándolos en la Estancia Funke, ubicada en Bahía Blanca, al sur de la provincia de Buenos Aires, para que luego desde allí pudieran escapar. La importancia de Volberg quedó en evidencia durante una reunión llevada a cabo en la embajada alemana, cuando tomó la palabra informando a la superioridad que los socios locales “ya han penetrado en todos los más altos círculos del poder en la Argentina. La penetración entre los oficiales militares más jóvenes también ha resultado exitosa. [...] Un secreto grupo de argentinos ya han sido debidamente entrenados y pronto se convertirán en las máximas autoridades del país”.²³

Jürges seguía de cerca los movimientos de Volberg, aunque de todos modos este continuó manejándose con relativa normalidad hasta que sus jefes le recomendaron establecer su base operativa en Rumipal, provincia de Córdoba, una situación que se mantuvo hasta la llegada del GOU al poder en junio de 1943, tras lo cual regresó a Buenos Aires con la protección de Perón y sus apoyos, que prácticamente le garantizaban inmunidad.

A modo de cubierta para confundir a los Aliados, en enero de 1944, los militares filonazis que copaban el poder simulaban detenerlo y poco después lo liberaron para que pudiera escapar hacia Portugal, donde cayó en manos de los británicos.

Unas circunstancias como esta envalentonaron a Jürges tanto como para enviarle un mensaje al embajador alemán von Thiermann advirtiéndole que con sus denuncias lograría que la Argentina fuera el primer país sudamericano en romper relaciones con la Alemania nazi. En eso se equivocó, aunque ya amenazaba con quebrar una sociedad que ni alemanes ni argentinos pretendían abandonar.

Como fuera, en marzo de 1940, Jürges sufrió las primeras consecuencias de su molesto accionar salvándose de un puntazo de arma blanca que casi termina con su vida en una perdida callecita de la ciudad.

¿Habría sido el atentado consecuencia de sus denuncias?

Es posible, sobre todo porque el 19 de febrero de 1940 (gracias a sus aportes) la inteligencia aliada interceptó un mensaje enviado a agentes en el sur argentino por Dietrich Niebuhr (agregado naval de la embajada alemana) en el cual informaba que estaba en condiciones de enviar “una propuesta por parte de un hombre de confianza alemán, conocido solo como “Robert”, para crear una base secreta de submarinos clase U en la costa patagónica a 44° 15’ de latitud sur (Bahía Vera, al norte de Cabo Raso)”. Se indicaba que la base debía disfrazarse como una fábrica para el procesamiento de grasa, aceite, pieles y harina de pescado derivados de la caza de lobos marinos. La ubicación para la cual Robert tenía una concesión estaba alejada de los buenos caminos y podía ocultarse con facilidad. La instalación sería construida sobre el modelo de una empresa noruega de Comodoro Rivadavia. Los depósitos de lubricantes y combustible no despertarían sospechas.

Gracias a este mensaje captado por los norteamericanos también se supo que “en mayo de 1941, una fuente habitualmente confiable describió dos bases alemanas, una en Península de Valdés, entre Lobería y Punta Delgada, y la otra en el extremo sur en el territorio de Santa Cruz, ocho kilómetros al norte de la desembocadura del río Deseado, un área de numerosas cuevas”. Señalaba además que “numerosos reabastecimientos de combustible fueron llevados a cabo por los buques cisterna propiedad de la firma Astra. La figura central en esos asuntos clandestinos fue un empleado de la Casa Lahusen, un tal

Schulz (un alias), cuya base de operaciones estaba en el pueblo de Nueva Lubecka. El 18 de diciembre de 1941 llegó un informe similar con respecto a Lobería”.

El *paper* finalizaba indicando que “había otra base secreta de los alemanes en Caleta Olivia que estaba disfrazada como Compañía de Extracción de Aceites y Grasas (la misma a la que hacía referencia el agente encubierto Robert), una sucursal de la firma Lahusen de capitales alemanes. Una vez más se informó que el buque cisterna *Astra*, de la compañía petrolera del mismo nombre, había reabastecido de combustible a submarinos”.²⁴

En 1941, con tanta información disponible sumada a las investigaciones de los agentes del FBI, el presidente norteamericano Roosevelt exhibió un mapa de Sudamérica con los nuevos límites propuestos por los nazis, que era una copia fiel del plan denunciado en 1939 por Jürges ante Ortiz.

El rediseño de las fronteras mostraba a la Argentina extendiendo su superficie sobre Paraguay, Uruguay y parte de Bolivia; a Brasil avanzando sobre esos países; a Guyana; a Chile anexando Ecuador y Perú, y finalmente a Nueva España anexando Venezuela, Colombia y parte de Panamá.²⁵

Cuando el primer mandatario mostró el mapa en una reunión ante los diputados, senadores y funcionarios de su administración, los Estados Unidos no habían ingresado a la guerra y las reacciones contrarias no se hicieron esperar. Muchos pensaron que era un atajo para vencer la resistencia del Congreso al ingreso del país a la contienda, y según algunos legisladores, Roosevelt presionaba o (en el peor de los casos) se dejaba arrastrar por los británicos que buscaban la entrada de los Estados Unidos al conflicto como aliado militar.

Pero Roosevelt no pretendía entrar por la ventana a la guerra, y se basó en información confiable y fidedigna que sus agentes establecidos en la Argentina le habían hecho llegar.

Pero pese al repentino crédito del que ya gozaban sus denuncias, las cosas no serían fáciles para Jürges, quien en 1942 debió ocultarse en Uruguay en busca de mayor protección y seguridad. Este fue el momento elegido por von Thermann para irse de la Argentina, mientras el filonazi Manuel Fresco (ex gobernador de Buenos Aires) reorganizaba la clandestinidad alemana junto con Ludwig Freude, instalando un potente transmisor en la Estancia Monasterio de su propiedad.

En 1943 Jürges recibió su ansiado reconocimiento y pasó a ser considerado por los servicios de inteligencia aliados, el FBI y la embajada de los Estados Unidos en la Argentina como informante de máxima confianza y credibilidad.

A pesar de los embates, aún tenía más información que pensaba revelar.



Edmund von Thermann, embajador alemán en la Argentina entre 1933 y 1941.



El informante Heinrich Jürges.



Planeadores alemanes en Argentina, 1937. Foto de Der Trommler / Comisión Investigadora de Actividades Antiargentinas del Congreso Nacional. Archivo personal del autor.



Mapa del plan nazi para conquistar Sudamérica. (Tomado de Técnica de una traición, de Silvano Santander, 1955).

[12](#) Artículo publicado en el *Argentinisches Tageblatt*, 26 de abril de 1936.

[13](#) La circular (también conocida como N.º 11) del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto de la República Argentina –redactada y enviada por José María Cantilo el 12 de julio de 1938 a todos los consulados argentinos en el mundo– que impedía claramente el ingreso de judíos al país fue derogada el 8 de junio de 2005, durante la presidencia de Néstor Kirchner.

[14](#) También, Estados Unidos Totalitarios del Sur o Estados Totalitarios del Sur.

[15](#) Tomás Eloy Martínez, *op. cit.*

[16](#) Gunther Plüschow, *Sobre la Tierra del Fuego*, 1.ª ed., Ushuaia, SüdPol, 2008.

[17](#) Walter Giorgii (1888-1968) fue cofundador de la Escuela de Vuelo sin motor de Rhön (Wasserkuppe, Alemania). Entre 1946 y 1955 –período en el que Juan Domingo Perón ocupó la presidencia de la nación argentina– se estableció en la Argentina y organizó el INAV (Instituto Argentino de Vuelo a Vela).

[18](#) Hanna Reitsch, *Volar fue mi vida. Memorias de la piloto de pruebas de la Luftwaffe*, Niseos, 2008 (edición original: *Fliegen, mein Leben*, 1951).

[19](#) *Crítica*, 1 de abril de 1939.

[20](#) *Ibid.*, 3 de abril de 1939.

[21](#) *Ibid.*

[22](#) *Ibid.*, 4 de abril de 1939.

[23](#) Ronald C. Newton, *The Nazi Menace in Argentina, 1931-1947*, Palo Alto, Stanford University Press, abril de 1992.

[24](#) *Blue Book on Argentina. Consultation among the American republics with respect to the Argentine situation.* Memorando del Gobierno de los Estados Unidos, Washington D. C., febrero de 1946.

[25](#) Silvano Santander, *Técnica de una traición. Juan D. Perón y Eva Duarte, agentes del nazismo en la Argentina*, Buenos Aires, Antygua, 1955.

Capítulo 3

Eva Duarte lo hizo

“Durante la noche recibimos de nuestra señorita Eva Duarte, argentina, siempre excelentemente informada de lo que sucedía en la Comisión Investigadora, informaciones que indicaban que la comisión, a toda costa, quería impedir la salida del camarada Sandstede y había ordenado nuevamente su detención”.

Carta de Dietrich Niebuhr,
jefe de la Etappendienst en la Argentina,
a Wilhelm von Faupel,
jefe del Instituto Iberoamericano de Berlín,
7 de agosto de 1939

Un trabajo fino

Las denuncias de Jürges pusieron sobre el tapete el plan nazi para dominar Sudamérica y una larga lista con los nombres de los principales colaboradores, que dejaron al descubierto un complejo entramado de complicidad entre argentinos y alemanes en las sombras.

Para el informante solitario había llegado la hora de redoblar la apuesta y actuó en consecuencia denunciando en ámbitos parlamentarios la existencia de tres grupos asociados de influencia e infiltración.

El primero era militar y funcionaba bajo las órdenes del general Carlos von der Becke, con la asistencia de su hermano Alejandro. Contaban entre sus principales integrantes con León Scasso, Mario Fincati, Enrique G. Plate, Juan Domingo Perón, Basilio Pertiné, Juan Pistarini, Otto Helbling, Alberto Gilbert, Filomeno Velazco, Eduardo T. López, Juan Carlos Sanguinetti, Armando Verdaguer, Fortunato Giovannoni, Aristóbulo Mittelbach, Gregorio Tauber, José M. de Olano, Arturo Brinkmann, Julio Alberto Lagos,

Enrique P. González, Servando Santillana, Edmundo Sustaita, Américo Perrota, Víctor H. Scelso, Héctor Vernengo Lima, Mario F. Bernard, Francisco Filippi y Octavio A. Soria, quienes procuraban pactar acuerdos y llevar al éxito misiones secretas que violaban en forma encubierta la falsa neutralidad argentina.

El segundo grupo era conocido como el de “los interventores” y estaba dirigido por Ricardo W. Staudt, un alemán nacionalizado argentino que manejaba la firma Staudt & Cía. y el consorcio Siemens-Schuckert S.A. Considerado uno de los elementos más destacados de la inteligencia nazi en Sudamérica, su importancia quedó a la vista de todos el 10 de abril de 1938, cuando (en su condición de cónsul general de Austria) pronunció un encendido discurso ante 20.000 nacionalsocialistas en el Luna Park de Buenos Aires celebrando la anexión de Austria a la Alemania nazi, que Hitler acababa de concretar.

Staudt también era presidente de la Sociedad Cultural Argentino-Germana, en cuyas oficinas de avenida Córdoba 741 funcionaba una de sus bases de operaciones, desde donde se ocupaba del traspaso de dinero hacia la Argentina. Camuflaba esos movimientos como legítimas inversiones y colocaba directivos funcionales a los intereses del Tercer Reich en empresas que por diversos motivos aún no habían sido nazificadas. Tal fue el caso de Otto Wetzler en Bromberg & Cía., un antinazi judío reemplazado por Friedrich von Schulz-Hausmann, un agente antes puesto en apuros por el FBI en Chile, estrechamente ligado a la embajada alemana y muy cercano a Perón.

Estas situaciones similares se sucedieron en otras firmas de interés para el grupo, que también contó con la complicidad de confiables testaferros encargados de cuidar los bienes que dirigentes del régimen de Hitler ya enviaban desde Alemania.²⁶

Entre esos “hombres de paja” estaban el doctor Carlos Iburguren, testaferro de la baronesa Wilma von Therman (esposa del embajador alemán); el doctor Diego Molinari, custodio de los intereses de Walther Funk (ministro de Economía de Hitler); el doctor Enrique Ruiz Guiñazú, testaferro de Joachim von Ribbentrop (ministro de Relaciones Exteriores del III Reich); el doctor Gustavo Martínez Zuviría, “prestanombre” de Robert Ley (líder del Frente de Trabajo en Alemania); el doctor Belisario Gaché Pirán, al cuidado de los intereses de Schering-Kahlbaum AG de Berlín; Heinrich Homann, testaferro del doctor Joseph Goebbels, y Werner Koennecke, celoso guardián de los depósitos de Heinrich Himmler (jefe de las SS). Estos datos obraban en poder de la inteligencia aliada a raíz de la extensa declaración testimonial de Heinrich Jürges ante la Oficina del Gobierno Militar de los Estados Unidos para Alemania llevada a cabo el 5 de febrero de 1947.²⁷

Fue también durante esos mismos interrogatorios cuando el ex embajador alemán von Therman y su asistente, el príncipe Stephan zu Schaumburg-Lippe, ventilaron los nombres de otros insospechados colaboradores que recibían dinero de los nazis,

mencionando el pago de \$25.000 efectuado al comisario Miguel Viancarlos el 24 de junio de 1941 (cheque N.º 463.801); los \$33.600 recibidos por Eva Duarte el 26 de junio de 1941 (cheque N.º 463.803); los \$50.000 cobrados por el doctor Belisario Gaché Pirán el 28 del mismo mes (cheque N.º 682.113) y los \$200.000 entregados al coronel Juan Domingo Perón el 30 de junio de 1941 (cheque N.º 682.117). En esa oportunidad von Thermann tampoco dejó de mencionar que “esos (por Eva y Perón) eran enlaces de Niebuhr” (un agente nazi de quien nos ocuparemos a continuación).

La importancia de esos documentos radica en que fueron los primeros en confirmar que Eva Duarte y Juan Domingo Perón eran destacados apoyos de la red y que desde entonces – muy probablemente – ya se conocían entre sí.

Otro de los mencionados fue Ludwig Freude, enigmático financista y líder en las sombras de la comunidad nazi en el país, quien pronto incluyó a Perón en la lista de nuevos “oficiales amigos” con quienes buscó hacer más fuertes los lazos de colaboración.

El poder de Freude era prácticamente ilimitado. Su gran cubierta era la Compañía General de Obras Públicas (GEOPE), dedicada a grandes obras y a la construcción de caminos, tapadera de sus verdaderos negocios, que se veían permanentemente beneficiados con millonarios contratos del Estado argentino. Hacía gala de una envidiable capacidad para resultar siempre elegido en más que dudosos procesos de licitación.

Como si fuera poco, Freude tenía llegada directa a Hitler (los otros eran von Thermann y Staudt) y su gran influencia venía de la mano de una medalla que jamás pretendió mostrar: era el líder de los Zurückbleiben (“los que están detrás”, identificados en documentos norteamericanos como los Stay behind), una organización creada tras las primeras expulsiones de diplomáticos y agentes nazis puestos en apuros.

Freude también manejaba cifras millonarias enviadas desde Berlín. Eran los fondos reservados M (nombre en clave cuyo significado se desconoce), que usaba para financiar actividades de inteligencia o bien para asistir a familiares de colaboradores detenidos o – en el peor de los casos – fallecidos. Freude comenzó dirigiendo el tercer grupo, que luego evolucionó hasta quedar íntegramente conformado por mujeres, muchas de las cuales eran cercanas al círculo de militares que encabezó la Revolución golpista de junio de 1943 con el GOU.

Una de esas mujeres era Eva Duarte.

Heinrich Jürges sabía muy bien quién era Eva Duarte, y no por la figuración alcanzada desde su fogoneado ascenso al estrellato radial, sino por los datos con los que contaba sobre su destacada participación en la red nazi que pretendía desarticular.

Había sido un largo camino, pero Eva finalmente pudo llegar.

El 1 de mayo de 1939 su voz se escuchó por primera vez en la radiofonía argentina al protagonizar la radionovela *Los jazmines del 80* con la Compañía Radial de Teatro del Aire, en Radio Mitre.

La jovencita hizo papeles menores en películas del cine nacional y se animó a subir a las tablas de los escenarios teatrales pese a que –según ella misma llegó a reconocer– era decididamente mala, dado lo cual las penurias estuvieron a la orden del día hasta que encontró reconocimiento y una cierta estabilidad profesional gracias a los guiones escritos por Héctor Pedro Blomberg y luego por su sucesor, Francisco Muñoz Azpiri.

Desde muy joven, Blomberg se vio atraído por viejas leyendas nórdicas europeas y se embarcó en un viaje que lo llevó a la lejana tierra de sus antepasados noruegos. Llegó a admirar las extrañas teorías raciales de la Ahnenerbe de Heinrich Himmler, que inflamaron aún más su curiosa mezcla de nacionalismo y pasión por la cultura ancestral.

La sociedad artística con Eva Duarte desembocó en la presentación de la joven actriz al círculo íntimo de sus amistades, un grupo de intelectuales entre los que estaban Fermín Chávez, la escritora Julia Prilutzky Farny, María Granata y José María Castiñeira de Dios – entre otros –, luego devenidos en cultores de una especie de *Weltanschauung* (idea o concepción del mundo) peronista.

Pero entre los conocidos de Blomberg también había altos mandos militares argentinos filonazis, algo que Eva Duarte supo aprovechar al instalarse en el lujoso departamento de un influyente militar.

Se trataba del coronel Aníbal Imbert, director nacional de Correos y Telecomunicaciones y el responsable absoluto del control del aire en la radiofonía argentina. De allí su relación con Blomberg y luego su acercamiento a la joven actriz.

Pero claro que Eva Duarte no era solo una inocente muchacha de provincia con sueños de princesa, intenciones desinteresadas y corazón benefactor.

Su constancia y atrevimiento, su perfil de mujer decidida y audaz, le abrieron paso en una hostil Buenos Aires para ingresar al mundo de relaciones filonazis de Blomberg e Imbert a fuerza de buenas dosis de astucia, viveza criolla, ambición, talento y otros atributos que los nacionalsocialistas y sus socios luego supieron agradecer y valorar.

La introducción a círculos nazis no prueba que Eva Duarte fuera afín a esas ideas. Pero su activa participación al servicio de la red de agentes clandestinos quedó sobradamente documentada en las denuncias de legisladores argentinos y la inteligencia aliada con los aportes de Jürges, y fue plasmada en las cartas que los jefes nazis intercambiaban entre sí destacando su esmerada actuación y valiente accionar.

Poco después de ingresar al grupo femenino, Eva pasó a dirigirlo junto con colaboradoras como Felisa Argüello de Ameghino (esposa del doctor César Ameghino,

ministro de Economía de la Revolución de 1943); Nelly y Susana Farrell (hijas del general Edelmiro Farrell, cerebro, junto con Perón, de la Revolución del 43 con el GOU y posteriormente presidente de facto); María Lucrecia López Zamudio de Vernengo Lima (esposa del vicealmirante Héctor Vernengo Lima, luego jefe del almirantazgo durante la administración Farrell-Perón) y Juana Ocaranza de Tauber (esposa del coronel Gregorio Tauber, integrante del grupo militar de infiltración).

Esas mujeres tomaron contacto con Gerda von Arenstorff, quien según consta en los registros migratorios llegó con su familia a la Argentina el 2 de abril de 1927. Cuando su padre falleció, en octubre de 1940, algunos de sus contactos le abrieron las puertas de la embajada alemana para que comenzara con su nueva e importante ocupación: reclutar agentes femeninas.

Estuvo encargada de esa tarea hasta febrero de 1944, cuando cayó en manos del FBI e hizo sorprendentes revelaciones sobre el encubierto sistema de lavado de dinero nazi que se venía concretando desde un tiempo atrás en el país.

Von Arenstorff reconoció haber participado en el traspaso de \$47 millones provenientes de Alemania, una fortuna que debía “desaparecer” ante la previsible derrota alemana en la guerra a inicios de 1944 y trasladarse desde el Banco Germánico hasta las cajas del Banco de la Provincia de Buenos Aires, cuyas llaves estaban en manos de Erich Otto Meynen (encargado de negocios de la embajada alemana) y de Ricardo von Leute (agente nazi de la empresa Lahusen), muerto en 1950 en confusas circunstancias que han sido directamente relacionadas con el lavado de dinero o incluso con órdenes de Perón.

Tras declarar ante agentes de la inteligencia aliada, su rastro pareció esfumarse, pero en junio de 1949 los norteamericanos constataron un segundo ingreso a la Argentina proveniente de Hamburgo, y pudieron seguir sus movimientos hasta 1953, cuando volvió a desaparecer, esta vez para siempre.

Los detalles sobre el funcionamiento de estos grupos pasaron de la embajada norteamericana en Buenos Aires al Departamento de Estado norteamericano y de allí a las oficinas centrales del FBI en Washington.

Cuando Eva se hizo cargo del grupo femenino, Perón ya gozaba de cierta fama como espía, algo que le valió ser convocado por el ministro de Guerra, general Carlos Márquez, para ponerlo al tanto de inminentes acontecimientos ante los cuales los más importantes oficiales del ejército pretendían estar completamente preparados.

Márquez fue directo al grano:

Vea, Perón, la guerra mundial se nos viene encima. No la evita nadie. Hemos hecho todos nuestros cálculos, pero la información de que disponemos es deficiente. Nuestros agregados militares

nos dan cuenta de lo que pasa en su esfera, pero en la próxima guerra el noventa y nueve por ciento corresponderá a la parte civil, a los acontecimientos de la política internacional. Es un asunto de los pueblos, no ya de los ejércitos. Usted es profesor de Estrategia, Guerra Total e Historia Militar. Me parece el hombre indicado para enviarme los datos que necesito. Elija un lugar para ir.²⁸

Y Perón eligió la Italia de Benito Mussolini, una opción interesante, ya que allí se había gestado la forma de gobierno que tanto llegó a admirar: un socialismo nacional “a la italiana” conocido como fascismo.

El 17 de febrero de 1939 subió al barco *Conte Grande*, que lo llevó a la convulsionada Europa de preguerra, iniciando una etapa destinada a sembrar su camino de invalorable enseñanzas y un determinante acercamiento con nazis y fascistas que poco después darían inesperados frutos en la Argentina.

Perón se instaló en Merano, donde estudió ciencias puras y aplicadas (primero en Milán y luego en Turín), unas tareas a las que dedicó seis largos meses tras los cuales viajó por España y Francia e hizo luego una imborrable parada en Alemania, donde pudo conocer personalmente a jefes militares que habían sido toda una inspiración.

Visité el campo de batalla de Tannenberg –contó alguna vez Perón– sobre el que había escrito un libro llamado *El frente oriental de la guerra mundial. 1914-1918*. Alemania y Rusia [...] eran aliados [habían firmado un tratado de no agresión poco tiempo antes]. Yo conversaba con oficiales alemanes un poquito en francés, otro en italiano. A veces chapurreaba algo en alemán, pero ese idioma solo el diablo y los alemanes pueden hablarlo. Fui a las líneas fortificadas de Loebtzen en la Prusia Oriental: al frente estaba la línea rusa de Kovno-Grodno. Los jefes eran amigos entre sí y me hicieron pasar.²⁹

Sin embargo, no serían esos los únicos lugares que habría de visitar, y a inicios de 1939 arribó a Portugal, un lugar que –tal como llegó a decir– “era el foco del espionaje” y una antesala de la próxima guerra a punto de comenzar.

Luego vivió en Aosta (Italia), última parada antes de su trascendente paso por Roma asignado como agregado militar. Tenía entre sus mejores colaboradores al coronel Virginio Zucal, perfectamente al tanto de la verdadera misión que tenía como espía militar.

Como en la Italia fascista el mal clima contra franceses y británicos casi se podía tocar, Perón se infiltró en círculos de agentes galos de un modo muy especial: “Iba a las reuniones vestido con ropa de golf”, relató Zucal, “con unos pantalones largos abrochados en el tobillo. [...] Perón se vestía así porque era confundido con un inglés y podía obtener mejores informaciones de la situación”.³⁰

Por supuesto que los italianos y los alemanes con los que luego se reunía no podían menos que profesarle su más profunda y sincera admiración.

La primera parada en Roma presagiaba un posible encuentro con Benito Mussolini, algo que al menos en esa instancia no se llegó a concretar.

No obstante, fue el propio Perón quien luego de unos años dijo que, estando en Milán para la presentación de la comitiva militar de la embajada argentina ante el gobierno, pudo finalmente darse el gusto de conocer al *Duce*.

Una vez iniciada la guerra, el Estado Mayor del Ejército ordenó el regreso de Perón a Buenos Aires en diciembre de 1940. Perón viajó por tren desde Roma hasta Liguri, pasó por la Costa Azul francesa y los Pirineos para llegar a la segura Barcelona, donde cambió sus ropas de “golfista británico” por sencillos trajes de calle, y determinó que –por cuestiones de seguridad– el grupo que lo acompañaba tomara caminos separados para regresar.

De allí fue a Madrid y luego a Lisboa, donde abordó el *Zerpa Pinto* de la Compañía Portuguesa de Navegación, que lo llevó a una escala previa en Río de Janeiro antes de su regreso definitivo al país.

El FBI en Buenos Aires

Poco antes las denuncias de Jürges pusieron a los nazis en un brete y activaron sus alarmas para no ser capturados.

En ese complicado estado de cosas se dispuso entonces que la comandancia de los agentes recayera sobre Dietrich Niebuhr, el agregado naval de la representación diplomática, que se amparaba en ese cargo para disimular sus verdaderas funciones como jefe de la Etappendienst³¹ en la Argentina.

Fue justamente Niebuhr quien el 7 de agosto de 1939 envió una carta a von Faupel en la que hizo mención al daño que el “traidor Jürges” provocaba a “la reorientación y la intensificación de la política sudamericana del III Reich en la Argentina”. No dejó de mencionar los inconvenientes surgidos tras la prohibición de las organizaciones nacionalsocialistas en el país en mayo de ese año y los valiosos consejos de Belisario Gaché Pirán (futuro ministro de Justicia de Perón), calificándolo como “nuestro nuevo amigo” tan útil y predispuesto a la hora de colaborar.

Claro que Gaché Pirán no fue el único mencionado, ya que también habló de un “importante contacto” que operaba desde el Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto argentino pasando datos e información. Niebuhr jamás reveló su identidad, pero muy posiblemente se tratara de José María Cantilo.

Entre tanto las desmentidas alemanas sobre la infiltración en Sudamérica estaban lejos de coincidir con la realidad. “Ante la inminencia del estallido de los grandes planes del

Führer”, decía Niebuhr, aludiendo al inicio de la Segunda Guerra Mundial, “el normal desarrollo de los planes para instalar bases alemanas en el sur argentino depende en gran medida de que se ponga en vereda al traidor Jürges”.

Era evidente que, cuando estallara la guerra, para Alemania la Argentina no tendría nada de “neutral”. Tal vez por eso mismo, el 13 de septiembre Sir Esmond Ovey (embajador británico en Buenos Aires) le envió una carta al mencionado Cantilo exigiéndole el completo “mantenimiento de la neutralidad”.

Los británicos comenzaban a correr el velo de las actividades nazis en el país, pero los norteamericanos aún no contaban con un aparato investigativo suficientemente organizado y eficaz para obtener datos propios sin recurrir a informantes independientes o a lo aportado por los ingleses, quienes dadas sus distintas necesidades en tiempos de guerra se aferraban con firmeza a su preferencia por una Argentina neutral.

Como fuera, en junio de 1940 Jürges tomó contacto con los británicos en Buenos Aires y les informó sobre las actividades del agente Ernesto Hoppe, que acababa de asesinar a su amigo y colaborador Friedrich Wochtel en otro sangriento episodio de la lucha entre nazis y antinazis. Para cuando el cuerpo del infortunado Wochtel recibía la última palada de tierra en su tumba, Hoppe ya estaba en viaje hacia Alemania protegido por el régimen en Berlín, aunque poco después fue capturado por los Aliados y confirmó la historia que Jürges había llegado a contar.

A esa altura del año, el fuerte compromiso adquirido por Hoover y el FBI en el seguimiento de las actividades enemigas en Occidente llevó a la conclusión de que la inteligencia norteamericana necesitaba una profunda y definitiva reestructuración en la Argentina.

De acuerdo a documentos estadounidenses, el 25 de septiembre de 1940 llegó el primer agente del FBI a Buenos Aires³² e hizo base en la embajada de los Estados Unidos para dejar de depender de los cables informativos enviados hasta entonces por uno de los asistentes de Hoover, el general Daniel Milton Ladd.

La llegada al país de los agentes del Bureau permitió asimismo cumplimentar el trabajo previo de escuchas y descifrado de mensajes con información de primera mano desde el lugar que era el epicentro de una insospechada cadena de hechos que pronto deberían investigar.

Vuelve Perón, aparece Eva

En diciembre de 1940 Perón regresó a Buenos Aires tras su paso por Europa, una experiencia que le sirvió para empaparse de fascismo y estar presente en la Plaza Venecia cuando Mussolini declaró la guerra a franceses y británicos, además de poder asistir como invitado al ingreso de las tropas de Hitler en la París ocupada.

A poco de arribar, Perón organizó una reunión con mandos militares, a quienes propuso tomar el rumbo nazi-fascista, una idea que —lejos de ser aceptada de inmediato— generó manifestaciones contrarias que no demoraron en llegar.

“El ministro de Guerra me encontró razón”, dijo Perón, “pero los otros generales cavernícolas que pretendían convertir al Ejército en una guardia pretoriana me acusaron de comunista. Se resolvió sacarme de circulación: fui a parar a Mendoza como director del Centro de Instrucción de Montaña”.³³

Por supuesto que la acusación de “comunista” no era otra cosa más que la típica confusión ideológica de entonces —incluso en ámbitos castrenses—, aunque para Perón era en sí misma la semilla del primer peronismo que se levantaba y empezaba a andar.

Años después, durante su exilio madrileño, Perón explicó esas acusaciones:

Hay que recordar que los dos socialismos (el soviético y el europeo, el alemán) habían firmado un tratado de no agresión y una alianza para la defensa. Mussolini mismo me explicó —se refiere a un postergado encuentro con Mussolini, cuando Perón fue presentado como funcionario de la embajada argentina en Italia— que había empezado siendo marxista, cuando estuvo en Milán. Y el peronismo, en la medida en que puso el acento en lo social, también vivió el influjo de la Revolución rusa. Claro que los trasplantes, en política como en botánica, van adecuándose a las modalidades de los pueblos.

Y Perón empezó a adecuar sus ideas a esas mismas modalidades porque, según pensaba, “el peronismo es lo más heterodoxo que hay”.³⁴

Sin embargo, pese a los intentos de un reducido grupo de “cavernícolas” que pretendían sacarlo del medio, tras pocos meses de estadía en Mendoza recibió la visita de diez jóvenes oficiales presentes en aquella reunión inaugural, quienes le dijeron sin rodeos: “No hemos perdido el tiempo. Hemos organizado en el Ejército una fuerza con la cual podemos tomar el poder en veinticuatro horas”.

Entre gallos y medianoche, todos asistían al histórico momento del nacimiento del GOU (Grupo de Oficiales Unidos), la nueva logia —por entonces secreta— filonazi militar.

Según sus propias palabras, Perón se agarró un “susto de la *madonna*”, pero al mismo tiempo —al igual que otros líderes iluminados de la historia— supo que eso era el destino, que se le puso adelante dándole en mano una irrepetible oportunidad.

Pidió diez días para madurar la decisión, un tiempo más que suficiente para entablar los primeros contactos que le hicieron saber con qué otros apoyos contaba y en quiénes no debía confiar. Para su sorpresa, casi todos parecían darle la razón.

El primero en ser consultado fue Robustiano Patrón Costas (un abanderado del fraude electoral, proclive a un acercamiento con los Aliados), a quien Perón recomendó no aceptar una hipotética y futura candidatura presidencial ya que, según sus informantes le aseguraban, sería inmediatamente obligado a renunciar. Patrón Costas —vale mencionarlo— figuró tiempo después en la lista de aquellos a quienes los nazis intentaban —y casi siempre lograban— coimear.

Otros contactados fueron Ramón Cárcano y Joaquín de Anchorena, cuyos apoyos inesperados tampoco lo dejaron de asombrar, pero que no fueron los únicos, ya que tal como Perón mismo llegó a decir en sus memorias: “Tomé también contacto con los socialistas: hablé con el doctor Enrique Dickman, un hombre extraordinario; él me mandó a todos los muchachos que le respondían: al hijo de Mario Bravo, a Unamuno, a (Rodolfo) Puiggrós, a la gente joven”.

El “apoyo” de Dickman debe ser tomado con ciertos reparos debido a su habitual predisposición al diálogo y la escucha, incluso ante dirigentes que se encontraban en las antípodas ideológicas de su pensamiento político, dado lo cual podría pensarse que lo que Perón consideró un aval de su parte tal vez no lo haya sido en realidad.

De hecho, Dickman fue uno de los baluartes de la comisión investigadora parlamentaria que pondría en apuros a los nazis y a sus socios con posterioridad.

Como fuera, eso no impidió que Perón sostuviera que “si estos, que son los duros, me comprenden, hay que intentar con los demás”. Y los demás eran los jóvenes radicales de la Junta Renovadora y el grupo de Forja, con Arturo Jauretche y Homero Manzi a la cabeza, entre otros, con los que creía poder contar. Un amplio espectro de ideas con lugar para gente como Vicente Solano Lima y Jerónimo Remorino, a quienes luego se unieron caracterizados socialistas-marxistas como Juan Atilio Bramuglia y Ángel Borlenghi.

Viendo que el apoyo era importante (o al menos fácil de captar), Perón convocó a los coroneles y aceptó la propuesta de ser el jefe en una futura intentona militar, tras lo cual se dispuso que tres generales serían colocados al frente del grupo solo de manera formal y por meras cuestiones jerárquicas. Ellos eran Arturo Rawson, Pedro Pablo Ramírez y Edelmiro Farrell.

Sin embargo, el verdadero líder en las sombras era Perón.

Con la idea de una revolución filonazi decidida, a punto de comenzar, Dietrich Niebuhr introdujo a Perón en el círculo íntimo de Ludwig Freude en Mendoza, donde este

ya disfrutaba los beneficios de ser permanentemente elegido para hacer con su empresa GEOPE las grandes obras públicas encargadas por el Estado nacional.

Así nació una sociedad fructífera para alemanes y argentinos que ya no tendría vuelta atrás.

A partir de entonces, las relaciones entre los representantes diplomáticos alemanes en Buenos Aires, los agentes encubiertos y los altos mandos militares argentinos comenzaron a estrecharse de manera notable, algo que se tradujo en encuentros que se llevaban a cabo en la sede de la embajada alemana, en la residencia privada del embajador von Thermann o en la casa de Ludwig Freude, en el coqueto barrio de Belgrano.

La excusa era la de compartir entretenidas partidas de póker, pero esas reuniones tenían fines conspirativos y de organización para la puesta en marcha de los planes que juntos se disponían a concretar. A las veladas asistían el embajador von Thermann, el príncipe Stephan su Schaumburg-Lippe, Dietrich Niebuhr, Gottfried Sandstede, Ricardo von Leute y Ludwig Freude, mientras que por el bando argentino iban Carlos von der Becke, Basilio Pertiné, Edelmiro Farrell, Pedro Ramírez, Arturo Brinkmann, Otto Heblin, Aristóbulo Mittelbach, Gregorio Tauber, Alberto Gilbert, Enrique P. González y por supuesto Juan Domingo Perón. A ellos solían unirse Carlos Iburguren (del departamento legal del Banco de la Nación) y Miguel Viancarlos (jefe de investigaciones de la Policía Federal), dando forma a un compacto grupo que abarcaba las más importantes áreas a la hora de ejercer influencia y conspirar.

De esas partidas los argentinos solían irse sonrientes y con una buena cantidad de billetes embolsados, y se despedían de sus socios alemanes comentando su inocencia a la hora de jugar. Sin embargo, al declarar ante la Comisión Aliada en Núremberg tras el final de la guerra, von Thermann desmintió esa presunta inocencia: "Queríamos hacer felices a nuestros amigos argentinos, siempre los dejábamos ganar".

Pero no todo fue sencillo para el grupo, dado que a mediados de 1941 la Comisión Investigadora de Actividades Antiargentinas ya se encontraba en pleno funcionamiento en el Congreso, tratando de desbaratar esa peligrosa sociedad.

De hecho, desde la poco efectiva prohibición de las organizaciones nazis en la Argentina durante 1939, la presión contra los intereses relacionados con el III Reich se había intensificado de un modo exponencial. La creación de dicha comisión fue una de sus máximas expresiones y la piedra en el zapato de los alemanes en la clandestinidad. En tanto que los nazis, por su lado, tampoco estaban dispuestos a ceder terreno poniendo en peligro el éxito de sus misiones.

El diputado radical Raúl Damonte Taborda era la cabeza visible de la comisión parlamentaria junto con el socialista Enrique Dickman, el demócrata progresista Julio Noble

y el radical Silvano Santander, quienes se valían de sus propias investigaciones, pero contaban también con aportes de Jürges y los servicios de inteligencia de los Aliados, una combinación que podía ser mortífera para los nazis y sus cómplices en el hemisferio occidental.

Las primeras consecuencias no demoraron en llegar.

El 19 de agosto de 1941 la fuerza pública se hizo presente a las puertas de la embajada alemana en Buenos Aires y un agente de la Policía ingresó preguntando por Gottfried Sandstede, con claras intenciones de llevarlo a declarar.

Sandstede no era un personaje menor en la estructura porque, además de ser encargado de prensa, comandaba el aparato de propaganda y distribuía gran parte de los fondos enviados desde Alemania, destinados a los medios periodísticos que los nazis pretendían comprar o directamente manejar. A su vez era accionista de la línea de transporte marítimo A.N. Delfino y Cía., implicada en el traspaso de los envíos de Martin Bormann, unas operaciones conocidas en reducidos ámbitos nazis con los nombres de "Aktion Adlerflug" (Operación Vuelo del Águila) y "Aktion Feuerland" (Operación Tierra del Fuego), de las que luego nos vamos a ocupar. Bormann era, de hecho, jefe de la "Parteikanzlei" (Cancillería del Partido Nazi), uno de los más poderosos jefes del Tercer Reich; reemplazó en sus funciones a Rudolf Hess, y hacía uso y abuso de su posición como secretario privado de Hitler para controlar la información, las finanzas y el acceso al Führer.

Dado el importante rol de Sandstede en la estructura de los alemanes, las autoridades argentinas sostenían que su detención ya no se podría postergar.

Las siguientes jornadas se vieron marcadas por una constante búsqueda de soluciones entre los diplomáticos nazis y el ministro Ruiz Guiñazú, mientras von Thermann trataba por todos los medios de conseguir un salvoconducto que lo pudiera liberar.

Fue justamente Ruiz Guiñazú quien recomendó que el "camarada" Sandstede abandonara el país y se amparara en la clandestinidad. Pero no se trataba de una expulsión ni mucho menos, sino del mejor modo para proteger al acorralado funcionario alemán.

Sandstede escaparía hacia Río de Janeiro en un avión del Sindicato Cóndor, empresa subsidiaria de Lufthansa, de la que era director uno de sus cuñados, Walter Grotewald. Se planificó un vuelo fuera de programa que debía despegar del aeródromo de Quilmes, pero ¿cómo lograr la salida segura de Sandstede de la sede diplomática rodeada por efectivos de la fuerza policial?

Desde el seno de la Comisión Investigadora en el Congreso, las filtraciones estaban a la orden del día, y debido a eso, el 26 de agosto de 1941, Dietrich Niebuhr pudo comunicarle a Wilhelm von Faupel que el escape sería posible gracias a un arriesgado plan

propuesto por la colaboradora Eva Duarte, quien recibía a diario datos precisos del doctor Orestes Confalonieri, secretario de dicha comisión.

Confalonieri ocupaba ese puesto desde junio de 1941 y —con la colaboración de autoridades policiales argentinas como Miguel Viancarlos— se encargó de hacer desaparecer muchos documentos que podían llegar a complicar a empresas y agentes involucrados en operaciones de lavado de dinero nazi en el país.

Antes de ser tratados por la comisión, los papeles pasaban por las manos de Confalonieri, tras lo cual todo lo acordado era informado a Eva Duarte.³⁵

Claro que la protección brindada por Confalonieri era muy bien recompensada, un hecho comprobado por los Aliados tras la guerra, cuando dieron con registros en los que habían quedado asentados los pagos que le llegaban del bando alemán.

Entre otras firmas, OSRAM depositó \$10.000 en su cuenta, mientras que AEG le entregó \$20.000; Bromberg y Cía., \$15.000; A.N. Delfino y Cía., \$30.000; Lahusen y Cía., \$8000; Química Bayer S.A., \$25.000; Siemens-Bauunion S.A., \$15.000; Staudt y Cía., \$5000, y Thyssen-Lametal S.A., \$20.000. Todos los datos figuraban en listas prolijamente archivadas en la Cámara Alemana de Comercio en Buenos Aires, que luego descubrieron de manera conjunta autoridades argentinas y agentes del FBI.

Sobre el mejor modo de proteger a Sandstede, Niebuhr le decía a von Faupel lo siguiente en un pasaje de su carta: “Durante la noche recibimos de nuestra señorita Eva Duarte, argentina, siempre excelentemente informada de lo que sucedía en la Comisión Investigadora, informaciones que indicaban que la comisión, a toda costa, quería impedir la salida del camarada Sandstede y había ordenado nuevamente su detención”. El fuero diplomático, sin embargo, no impidió que se reclamara la detención del funcionario, ya que —como se ha dicho— era accionista de una empresa argentina, por lo que Eva Duarte propuso un plan arriesgado, pero efectivo.

Por algún motivo, se hizo un hueco en el cerco policial que rodeaba a la embajada alemana, a través del cual pasó la colaboradora.

Oculto entre sus pertenencias había un uniforme del Ejército argentino, una gorra y un abrigo con los que vestiría a Sandstede como “oficial amigo”, permitiéndole salir sin inconvenientes de la rodeada sede diplomática. El uniforme militar y el abrigo que llevaba Sandstede (según lo comentado por Niebuhr en su carta) eran de un amigo de Eva Duarte: el teniente coronel Juan Domingo Perón.

Un automóvil oficial del Ministerio de Guerra salió presuroso del edificio. En el asiento trasero, el brazo cómplice de Sandstede pasaba sobre el hombro de Eva Duarte, y juntos se perdieron de vista en la noche rumbo a la zona liberada del aeropuerto de Quilmes.

Mientras el avión decolaba amparado por la oscuridad, los nazis supieron que otra batalla había sido ganada. Eva Duarte lo hizo posible.



Perón en Roma, 1940.



Eva Duarte y el periodista y guionista radial Francisco Muñoz Azpiri, en LR 3 Radio Belgrano.



Perón en Bolzano, Italia, 1940.



Ludwig Freude, poderoso financista y custodio encubierto de los intereses de Hitler en Argentina.



Capitán Dietrich Niebuhr, agregado naval de la representación diplomática y espía.

der beim Banco Germánico und dem Banco Aleman Transatlántico existierten Spezialkonten der Deutschen Botschaft. Die ehemalige Botschaftssekretärin Gerda von Arenstorff hat sehr präzise Angaben gemacht über Ihre aktive Mitwirkung bei der Verteilung der von diesen Konten abgehobenen Gelder während Ihrer Tätigkeit als Legationsrat an der Deutschen Botschaft in Argentinien. Was haben Sie dazu zu sagen?

Schamburg-Lippe

Verfügungsberechtigt über die Gelder dieser Spezialkonten waren zuerst der Botschafter Freiherr von Therman zusammen mit Herrn Ludwig Freude. Nach der Abberufung des Botschafters ging die Verfügungsberechtigung - wenn ich mich recht erinnern darf eine besondere Anordnung der Reichsregierung - auf Graf Carl von Luxburg über. Seine Tätigkeit beschränkte sich darauf, gemäß den Anweisungen dieser Herren die Schecks auszustellen, sie persönlich einzulösen, das Bargeld den mir beauftragten Personen ohne Quittung auszuhandigen und anschließend dem Botschafter bzw. Graf Luxburg die erfolgte Auszahlung des Geldes schriftlich zu melden. Nach seinem Tode sind mir unvollständig erhalten geblieben Aufzeichnungen sind a. H. von den in der letzten Juniwoche 1941 von mir persönlich eingelösten Schecks in Höhe von rund 550000,- Pesos folgende Beträge ausbezahlt worden:

an Oberst Juan Domingo Perón	200000.- Pesos
an Fräulein Eva Duarte	30000.- "
an	50000.- "
an den Chef der Kriminalpolizei, Miguel Vianacarlo	25000.- "
an den Justiz-Vertrauensmann Dr. Melisario Gache Pirán	20000.- "

Mit der Zahlung dieser Beträge war der Auftrag verbunden, die vorher begonnene Arbeit der parlamentarischen Untersuchungskommission zu beenden und in den nachfolgenden Reihen der Armee und der Polizei eine gewisse Stimmung gegen die Mitglieder derselben zu erzeugen.

Declaración testimonial de Stephan zu Schamburg-Lippe (asistente de Edmund von Therman) ante la comisión investigadora de los Aliados en Alemania, en la que se denuncian pagos recibidos por Perón y Eva de parte de los nazis, febrero de 1947. (Tomado de Técnica de una traición, de Silvano Santander).

G. Sandstede o Asa Sandstede o Karl
 Caja de Ahorros N° 43.988
 Retiro \$ 9.180 Saldo actual a.c. \$?
 Hora 12,35
 Banco Alemán Trans.
 25 de Agosto de 1941.-

Constancia de movimiento de cuentas de Gottfried Sandstede desde el Banco Alemán Transatlántico, 25 de agosto de 1941. (Documento de la Comisión Investigadora de Actividades Antiargentinas del Congreso Nacional).

SECRETARÍA DE DEFENSA
 COMANDO EN JEFE FUERZAS ARMADAS ARGENTINAS
 Buenos Aires, agosto 26 de 1941.

Señor Jefe del Juzgado de Instrucción N° 1, José Antonio Villanueva.

En el carácter de presidente de la Comisión Especial Investigadora de Actividades Antiargentinas, y en virtud de las facultades conferidas por la R. D. N° 10.000 del 13 de Julio 1941, procedo a trasladarse, en virtud de las 7 horas, a la sede de la Compañía de Aviación Polaca, en Quilmes, para proceder a la toma de la declaración del señor GOTTFRIED SANDSTEDT, testigo de la causa N° 10.000 del 13 de Julio 1941.

Saludo a Ud. muy respetuosamente.

Manuel A. ...
 Jefe de la Comisión Especial Investigadora de Actividades Antiargentinas

Raúl ...
 Jefe de la Compañía de Aviación Polaca

Nota por la fuga de Gottfried Sandstede, efectuada con la ayuda de Eva Duarte, 26 de agosto de 1941. (Documento de la Comisión Investigadora de Actividades Antiargentinas del Congreso Nacional).

[26](#) Datos obtenidos de la declaración de Heinrich Jürges ante la Oficina del Gobierno Militar de los Estados Unidos para Alemania, 5 de febrero de 1947.

[27](#) *Ibid.*

[28](#) Tomás Eloy Martínez, *op. cit.*

[29](#) *Ibid.*

[30](#) *Ibid.*

[31](#) La misión de la Etappendienst era obtener información sobre buques mercantes y de guerra enemigos que amarrasen en puertos extranjeros donde la organización hubiera destacado agentes.

[32](#) "Accomplishment Argentina-Japan", *History of the SIS Division*, vol. 2, 1947, pp. 228.

[33](#) Tomás Eloy Martínez, *op. cit.*

[34](#) *Ibid.*

[35](#) Carta de Dietrich Niebuhr a Wilhelm von Faupel, del 26 de agosto de 1941, en Silvano Santander, *op. cit.*

Capítulo 4

La Argentina neutral

*“He unificado la dirección del sector del Brasil
y la costa sud del Pacífico
en manos de la señorita Duarte,
muy estimada por su excelencia Canaris,
a causa de su superior trabajo
cumplido en Río de Janeiro:
una endiabladamente hermosa, inteligente,
encantadora, ambiciosa e inescrupulosa mujerzuela,
a quien el coronel Perón ya ha echado el ojo”.*

Carta de Dietrich Niebuhr,
jefe del Etappendienst en la Argentina,
a Wilhelm Faupel,
jefe del Instituto Iberoamericano de Berlín,
27 de enero de 1943

Relaciones complicadas

El 7 de diciembre de 1941 los Estados Unidos ingresaron a la Segunda Guerra Mundial, un hecho que marcó un cambio drástico en su política exterior y el momento elegido para ver quiénes estaban de su lado y quiénes no.

El avance norteamericano sobre el continente se manifestaba de muchas maneras y una de ellas fue el Programa de Desarrollo de Aeropuertos, previamente desplegado en Brasil, cuya aparente finalidad era la de colaborar con el patrullado de una amplia zona marítima, proveyendo de armas a la nación sudamericana y dándole gran importancia estratégica por su inmejorable ubicación geográfica ante la perspectiva de un —para entonces— inminente ingreso al conflicto militar.

Sin embargo, el verdadero objetivo era otro: observar de cerca a la Argentina, dada su relación con la Alemania nazi y las sospechadas pretensiones expansionistas que tenía sobre los países vecinos de América.

Ante ese panorama, los Estados Unidos propusieron una reunión de cancilleres americanos para comenzar a separar la paja del trigo y poder cumplir sus objetivos de dominación continental. Mientras algunos rompían relaciones y otros le declaraban la guerra al Eje, la Argentina seguía aferrada a su habitual neutralidad, y pese a las diferencias todos acordaron reunirse en Río de Janeiro en enero de 1942 para deliberar.

Ramón Castillo –vicepresidente argentino a cargo del Ejecutivo por licencia del convaleciente Ortiz– comprobó que la ruptura de relaciones de los países americanos en bloque contra Alemania, Italia y Japón era cosa juzgada aun antes de empezar. En tanto que los Estados Unidos buscaban aislar a la Argentina exponiéndola como un obstáculo insalvable para su política de “buenos vecinos” y sus intereses geopolíticos, al asignarle el rol de auténtico enemigo en su propio “patio de atrás”.

Sumner Welles, subsecretario de Estado norteamericano en reemplazo del ausente Cordell Hull (ocupado con asuntos de la guerra en Washington), era partidario de la autodeterminación de cada país, una postura de “apaciguamiento” contraria a la de su superior, quien –al igual que Roosevelt– pretendía alinear a todo el continente tras una política intervencionista y antinazi que los llevara a ejercer de una vez por todas el absoluto control. Mientras que, por su lado, el presidente brasileño Getulio Vargas pensaba aprovechar las enormes ventajas que suponían dejar aislada a la Argentina, sugiriéndole al canciller argentino Ruiz Guiñazú seguir aferrado a una postura irreductiblemente neutral.

Claro que, pese al consejo, la verdadera posición brasileña era muy diferente, ya que había acordado con los Estados Unidos y sus aliados una ruptura colectiva de relaciones con el Pacto Tripartito con anterioridad.

La doble política brasileña tenía su explicación: Vargas quería exponer a la Argentina como epicentro de un futuro bloque antinorteamericano, en tanto que la Argentina creía que Brasil estaba dispuesto a atacarla militarmente, advertida de la ayuda que recibía de manos estadounidenses. Solo así, con su juego a dos puntas, los brasileños podrían convertirse en la nación dominante de la zona amparada por el coloso del Norte y su manto protector.

El 15 de enero de 1942 comenzaron las sesiones marcadas por una inocultable diferencia de posturas. Mientras algunos eran proclives a una salida beligerante y otros optaban por la ruptura de relaciones, la delegación argentina buscó salir airoso, pivotando entre opciones que iban desde ser un país “no firmante” hasta la simple “recomendación” de ruptura según cada necesidad.

Pero por supuesto el propósito de la cúpula militar argentina filonazi, enquistada y expectante a la sombra del poder, era mantener un falso neutralismo que escondía una política pro Eje y la solución de continuidad a ventajosos acuerdos y negocios ya pactados con la inteligencia del gobierno alemán. No solo se trataba de equipar a las Fuerzas Armadas con el armamento nazi que muy pronto iban a solicitar, sino que el verdadero objetivo era subvertir el orden en países vecinos instaurando gobiernos bajo su propia tutela, amigables con el régimen de Hitler en Berlín.

Tal como luego veremos, cuando varios agentes nazis declararon ante comisiones aliadas de posguerra, confirmaron que Perón era, en efecto, el cerebro detrás del plan.

El subsecretario de Estado norteamericano Welles aceptó la postura argentina de “recomendación” de ruptura sin aprobación previa de su superior, quien enterado de la firma del acuerdo en esas condiciones elevó su queja ante Roosevelt, tras lo cual el presidente estadounidense le dio su aprobación al accionar de Welles, haciendo prevalecer la postura de “apaciguamiento” por sobre la más dura de Hull.

La Argentina, que sentía la influencia de una cúpula militar pro germana en ascenso, se salió con la suya, y a pesar de sus “recomendaciones” a otros países para que así lo hicieran, regresó a casa sin romper relaciones con ningún país beligerante. La tolerancia norteamericana, entre tanto, tenía una buena explicación, ya que si bien Roosevelt era un antinazi, al mismo tiempo vislumbraba los futuros beneficios de contar con una firme oposición al comunismo en el sur del continente, una posición que al fin y al cabo representaba la Argentina “neutral”.

Tal vez por eso mismo, él y Welles aceptaron la postura adoptada. No obstante, la política exterior norteamericana —empapada por el estilo de los “halcones” y Hull— lo tomó como una afrenta inaceptable, la cual hizo que las relaciones entre los Estados Unidos y la Argentina no volvieran a ser las mismas nunca más.

Alemania (que como Gran Bretaña dependía de los envíos argentinos durante la guerra) siguió presionando a la Argentina para mantener su estado neutral, mientras que los Estados Unidos fueron en sentido contrario a través de organismos como el Comité Consultivo Económico y Financiero Interamericano, al que luego siguieron otros fundamentales en lo político y en lo militar, como el Comité Consultivo de Emergencia para la Defensa Política y la Junta Interamericana de Defensa. Esto dio inicio a un trabajo conjunto de varias naciones americanas que coordinaban el seguimiento de las actividades subversivas, de espionaje, propaganda, financiación e infiltración de los nazis en el hemisferio occidental.

La relación de los países que se plegaron a los Estados Unidos comenzó a transitar por carriles de plena colaboración, traduciéndose en ventajas económicas y la provisión de

armamento estadounidense a través de la Ley de Préstamo y Arriendo. Chile se doblegó a la presión rompiendo relaciones con el Eje el 20 de enero de 1943, pero la Argentina no solo siguió aferrada a su fraguada política neutral, sino que se vio acorralada y quedó marginada de los supuestos “beneficios” de la ley norteamericana. El bloqueo político, económico y militar comenzaba a arrinconarla.

El cierre de la cumbre de cancilleres potenció de manera notable la idea simplista de los estadounidenses, quienes sostenían que aquellos que no se ponían de su lado estaban directamente en su contra, señalando a la Argentina en la cabeza de la lista de sus nuevos enemigos.

Negociaciones secretas

Tras la reunión de cancilleres en Río, Perón fue asignado a la Inspección de Tropas de Montaña con sede en Buenos Aires en marzo de 1942, una situación directamente relacionada con la necesidad de tenerlo en el mismísimo epicentro de los hechos que se estaban por desencadenar.

Su traslado desde Mendoza se dio en coincidencia con el creciente malestar norteamericano contra la Argentina y justo en el momento en que la sociedad se debatía entre una postura proaliada, las simpatías filonazis o un endeble oportunismo a la espera de ver cuál era el bando más conveniente al cual plegarse durante la Segunda Guerra Mundial.

En ese contexto, Perón se propuso atraer al GOU a otros oficiales, esgrimiendo argumentos aglutinantes como el repudio irrestricto al sistema político que avalaba el fraude electoral, el desarme de sectores políticos proclives a abandonar la política proalemana camuflada de neutralidad e impedir la intromisión de grupos (fundamentalmente de izquierda) que no se alinearan con su filosofía en la organización del Estado Nacional. Sin embargo, la principal razón de ser era la conformación de un bloque de países sudamericanos contrario a los intereses estadounidenses, a la vez que amigable, permisivo y aliado al régimen de Hitler.

Pese a ciertas dudas, desde el inicio mismo de la guerra la Argentina basó su política en el supuesto de la victoria alemana y en mayo de 1942 el presidente Castillo comunicó en forma precisa esa postura a las autoridades en Berlín.

Claro que, dado el aislamiento al que lo sometían los Estados Unidos, lo de Castillo era necesidad, mientras que lo de los hombres del GOU era pura conveniencia. A partir de

entonces la Argentina buscó rearmarse y lo hizo mediante negociaciones secretas con la Alemania nazi del III Reich.

Las conversaciones comenzaron entre julio y agosto de 1942, el momento elegido por el embajador alemán Erich Otto Meynen para cursar el pedido indicando que aviones y pólvora estaban en la lista de máxima prioridad. El envío debía realizarse con la mayor premura, ya que el gobierno argentino pretendía estar equipado ante un posible enfrentamiento con países vecinos, pero fundamentalmente alertado por el creciente rearme brasileño propiciado por los norteamericanos.

El apuro de Castillo también estribaba en la necesidad de retener el poder por la fuerza llegado el caso de una eventual derrota de Robustiano Patrón Costas (su candidato oficial en las elecciones pautadas para mediados de 1943), mientras que lo que más preocupaba a los hombres del GOU era la poca seguridad que daba el presidente sobre el mantenimiento de la política neutral.

Al pedido inicial se sumó otro que el almirante Mario Fincati (ministro de Marina) hizo al agregado naval alemán solicitándole la entrega de seis submarinos y armamento antiaéreo, un pedido que fue remitido a Joachim von Ribbentrop (ministro de Relaciones Exteriores de Alemania), quien derivó la propuesta ante Adolf Hitler para su aprobación en septiembre de 1942.

Ese mismo mes, el general Domingo Martínez –otro contacto autorizado de la presidencia con los alemanes– le confirmó a Meynen el visto bueno presidencial para hacer pasar las armas previamente por España y mejoró la oferta asegurando que la Argentina estaba dispuesta a habilitar en la Patagonia la instalación de bases para U-Boots.

Von Ribbentrop dio forma al sistema triangulado por el cual la Argentina debía enviar hacia España materiales que Alemania pudiera necesitar y que serían intercambiados por el armamento que los nazis se comprometían a mandar.³⁶

No obstante, en diciembre de 1942 el plan pareció quebrarse de manera inesperada cuando los alemanes informaron que –dadas las nuevas necesidades en tiempos de guerra– no sería posible el envío de armamento pesado, en tanto que las armas livianas podrían ser entregadas sin inconvenientes y a la brevedad.

En ese contexto la renuncia del desgastado presidente argentino Ortiz dejó a Castillo definitivamente a cargo de la presidencia, enfrentándose no solo a una complicada situación internacional, sino también a la presión ejercida por el grupo de militares que empujaba hacia la cima de un poder que no tardarían demasiado tiempo en tomar.

Mensajes para "Juan"

Si bien Perón y sus apoyos confiaban por completo en una victoria alemana, eso no impidió que fueran lo suficientemente precavidos y buscaran asegurar los resultados para que la sociedad con los nazis derivara en pingües beneficios para un lado y para el otro, aunque la aventura belicista de Hitler tuviera un desastroso final.

El traspaso de bienes y sumas millonarias hacia la Argentina fue entonces una buena manera no solo de poner a salvo la propiedad de encumbrados jerarcas del régimen del Führer, sino también de sentar las bases económicas para el establecimiento de un hipotético IV Reich con epicentro en la Argentina, que sirviera para el financiamiento de futuros golpes militares en América, alentando el objetivo de instaurar gobiernos títere, funcionales a los intereses de la sociedad germano-argentina.

A tales efectos, Perón, junto con el militante nacionalista Mario Amadeo (secretario pro Eje de la Cancillería argentina) y el teniente de la Marina Eduardo Aumann, decidieron enviar un agente encubierto a Europa, quien estaría autorizado a retomar las negociaciones previamente interrumpidas con el gobierno alemán.

La elección recayó en Juan Carlos “Bebe” Goyeneche, militante del nacionalismo restaurador argentino, quien partió desde Buenos Aires el 7 de abril de 1942 asignado, como cubierta, al puesto de agregado cultural en la embajada argentina en Madrid.

Su viaje fue muy productivo, ya que entre abril y noviembre pudo reunirse con el generalísimo Francisco Franco en España; el Duce Benito Mussolini en Italia; el primer ministro Antonio de Oliveira en Portugal, y Pierre Laval, vicepremier del colaboracionista régimen de Vichy en la Francia ocupada por los nazis. Faltaba poco para que las reuniones más importantes tuvieran lugar; sin embargo, lo que no pudieron advertir Goyeneche, Perón ni sus apoyos fue que —aún antes de iniciarse— los agentes del FBI captaban las comunicaciones de esa encubierta misión predestinada a fracasar.

La misión de Goyeneche pretendió encontrar una salida a la complicada situación política de Castillo y al mismo tiempo asegurar la posición de los hombres del GOU para permitir su posterior llegada al poder. El 30 de noviembre de 1942 Goyeneche mantuvo un encuentro con von Ribbentrop en Westfalen, iniciando de manera secreta y formal las conversaciones entre los nazis y el emisario de Perón.

Una reseña de lo tratado figura en un documento alemán descubierto por la inteligencia aliada en la ciudad alemana de Marburg, en el cual se decía que “el señor Goyeneche informó al canciller que había venido a Europa no solo para obtener una clara impresión de la situación allí, sino también para conocer privadamente la opinión de los gobiernos de Alemania, Italia, España y Portugal sobre la Argentina, para poder así transmitir estas opiniones al presidente Castillo y a los líderes del movimiento nacionalista argentino, o sea, a la mayoría de la juventud y del Ejército”.

Goyeneche también aprovechó la reunión para saber si Alemania adquiriría productos argentinos aún después del final de la guerra, si reconocía el derecho argentino sobre las islas Malvinas, y –lo más importante– confirmar si Hitler estaba de acuerdo con restablecer un puente entre Europa y la Argentina por medio de España.

En el mencionado documento también se reflejaba la preocupación de Goyeneche al observar lo siguiente:

[...] los círculos nacionalistas en su lucha por mantener a su Patria neutral de las intrigas anglosajonas [...] eran ahogados por las olas de la prensa y la propaganda norteamericanas, que representaban una seria amenaza en las próximas elecciones presidenciales. Los Estados Unidos no repararían en límite alguno para arrimar al poder un candidato potable (probablemente el general Agustín P. Justo). Por lo tanto, la juventud, el Ejército y la Marina³⁷ estaban dando una batalla a muerte en contra de los Estados Unidos, una amenaza a la existencia de la Nación.³⁸

El 7 de diciembre Goyeneche y von Ribbentrop volvieron a encontrarse, una oportunidad en la que el ministro alemán confirmó al agente argentino que “si la Argentina mantiene su posición neutral, puedo darle una respuesta ciento por ciento positiva, [...] tomaremos todo lo que Argentina produzca”, agregando que “si la Argentina no se cuida puede ocurrir que las islas Malvinas sean tomadas por los Estados Unidos. Desde esta perspectiva, la resistencia argentina a los Estados Unidos es muy importante”.³⁹

Finalmente el otro punto en cuestión –referido al tráfico de armas entre la Argentina y Alemania– también fue de nuevo aprobado en líneas generales.

Antes de culminar, von Ribbentrop fue muy claro al sostener que la Argentina debía redoblar esfuerzos para convertirse en la cabeza de un frente continental opositor a Roosevelt, manteniendo al mismo tiempo la cuestionada neutralidad, un comentario aprovechado por Bebe para decirle que a propósito de eso “sería de gran aliento al elemento nacionalista [argentino] si se pudiera considerar la posibilidad de que el Führer mencionara la situación argentino-chilena en uno de sus discursos, prediciendo un gran futuro para estos países si continuaban su resistencia”,⁴⁰ algo a lo que Hitler, por supuesto, jamás accedió.

Poco después Goyeneche se reunió con Heinrich Himmler (jefe de las SS) y Walter Schellenberg (del servicio de espionaje del SD [Sicherheitsdienst, servicio de seguridad]), un encuentro que no fue tan productivo como los mantenidos con von Ribbentrop, aunque Bebe quedó igualmente satisfecho, ya que las máximas autoridades del régimen de Hitler les dieron con claridad su apoyo a los hombres del GOU que él representaba.

Las reuniones con el enviado argentino llevaron a Von Ribbentrop a expresar su queja ante Himmler, a quien planteó la necesidad de cortar de raíz el permanente y

peligroso coqueteo entre los agentes del SD y ciertas figuras significativas de la Argentina, ya que esa complicada relación “dio a las fuerzas de la Argentina que deseaban romper relaciones el pretexto o la ocasión de hacerlo”.

En 1944 los temores de von Ribbentrop se harían realidad.

Tras las entrevistas mantenidas en Alemania, Goyeneche informó a Buenos Aires sobre su resultado, pero no quiso cablegrafiar a través de canales secretos argentinos debido a su desconfianza sobre Luis Luti (encargado de negocios de la embajada argentina en Berlín), un antinazi que extrañamente aún no había sido removido de su cargo. Por eso los mensajes fueron enviados a través del transmisor de la Cancillería del Reich en forma directa a la embajada alemana en la capital argentina. El encargado del envío fue Otto Reinebeck (jefe de la Oficina Latinoamericana de la Cancillería) y el destinatario era un tal “Juan”, que no era otro más que el mismísimo Perón.

La inteligencia norteamericana escuchó las comunicaciones entre Berlín y Buenos Aires gracias al trabajo del coronel Carter W. Clarke (del Servicio de Inteligencia Militar de los Estados Unidos), quien se encontraba al frente de una de las herramientas más eficaces de la Segunda Guerra Mundial: el Programa Magic, un proyecto de criptoanálisis de los Aliados en Europa que involucraba a la Sección de Señales de Inteligencia del Ejército de los Estados Unidos, a la Unidad Especial de Comunicación de la Marina norteamericana y agentes de Hoover. El mayor volumen de información se resumió en el informe N.º 347, redactado el 4 de abril de 1943, rápidamente enviado al gobierno norteamericano en Washington y a los agentes del FBI en Buenos Aires. Para los alemanes y sus socios argentinos, los problemas estaban a la vuelta de la esquina.

Reorganización obligada

El 24 de enero de 1943 se anunció la expulsión de Dietrich Niebuhr del país. Aún se sentían los efectos del escape obligado de Sandstede y los nazis no estaban dispuestos a pasar por una situación similar otra vez. Esto llevó a desafectarlo –solo en apariencias– tras una hábil maniobra orquestada en complicidad con oficiales del Ejército y el Ministerio de Relaciones Exteriores argentino, quienes tenían en claro que la influencia del nazi jefe de la Etappendienst sobre las actividades clandestinas en el país seguirían siendo prácticamente las mismas que hasta entonces. Hacían creer de ese modo que las redadas de los agentes del FBI habían asestado un duro golpe a la red, algo que fortalecía –de manera ficticia– la falsa postura proaliada que intentaba transmitir el canciller Ruiz Guiñazú.

Pero la realidad era otra.

Fue justamente Niebuhr quien puso de manifiesto los inconvenientes a los que se enfrentaban los nazis en Sudamérica, por medio de una carta dirigida a von Faupel el 27 de enero, que hacía mención a una serie de mensajes en código que él mismo se vio obligado a enviar a Berlín con información falsa y el único objetivo de confundir a los agentes aliados que captaban sus comunicaciones cifradas.⁴¹

Pese a las precauciones, no fue sencillo salir de la Argentina. El plan original consistía en llevarlo a Río de Janeiro, pero las autoridades brasileñas acababan de desbaratar las células nazis, una situación que los puso en la necesidad de buscar un destino que le diera mayores garantías y seguridad. Wilhelm Canaris, jefe de la Abwehr, hizo lugar al pedido de Niebuhr y coordinó un viaje que lo llevó primero a España y luego a Alemania. Mientras, el embajador Meynen ponía al tanto al canciller argentino sobre el nuevo estado de situación, tratando de encontrar el modo de despistar a los activos agentes de FBI. Esto era algo que hacían con relativa efectividad, dado que las detenciones de los nazis se daban a conocer en las portadas de los periódicos, pero las inmediatas liberaciones se mantenían en el más absoluto secreto.

Pero si en la Argentina los nazis les complicaban las cosas a sus perseguidores, no sucedía lo mismo en Chile, donde efectivos del Bureau tomaron declaración al agente Friedrich Tadeo von Schulz-Hausmann, alias Casero, quien una vez dejado extrañamente en libertad viajó a Buenos Aires y mantuvo un fuerte cruce con el conde Karl Graf von Luxburg. Este había sido representante de Alemania en la Argentina durante la Primera Guerra Mundial, luego fue expulsado como persona no grata y reingresado clandestinamente en los años treinta como organizador de bases alemanas y sus sistemas de señales en el sur del país. El caso es que Von Schulz-Hausmann había negociado su libertad al revelar nombres y detalles de la red, poniendo en riesgo el éxito de las misiones no solo en el país trasandino, sino en toda Sudamérica.

Según lo informado por Niebuhr, cuando se planteó la situación en una reunión con oficiales del Ejército argentino en los cuarteles de Campo de Mayo, fue Perón quien propuso aplicar la "cláusula imperativa" (ejecución) contra el nazi delator y se ofreció personalmente a hacerse cargo de la "discreta ejecución" del asunto, un hecho que jamás pudo ser confirmado. Como fuera, poco después Von Schulz-Hausmann fue encontrado muerto en un cuartel de Bomberos de la Policía bonaerense filonazi de la ciudad de La Plata.

Dada la seguidilla de inconvenientes en Chile y en Brasil, antes de regresar a Alemania Niebuhr planteó una reorganización obligada. A partir de entonces las células nazis en el sur de América tendrían a Eva Duarte como nueva jefa.

“He unificado la dirección del sector del Brasil y la costa sud del Pacífico en manos de la señorita Duarte”, dijo Niebuhr a von Faupel, “muy estimada por su excelencia Canaris, a causa de su superior trabajo en Río de Janeiro: una endiabladamente hermosa, inteligente, encantadora, ambiciosa e inescrupulosa mujerzuela, a quien el coronel Perón ya ha echado el ojo”.⁴²

Entre tanto, la mención sobre el trabajo de la agente en Río de Janeiro daba explicación a un suceso anterior cuando, tras reunirse con Perón en los estudios de Radio Belgrano en enero de 1943, Eva Duarte desapareció por espacio de seis largos meses durante los cuales nada se supo de ella. De hecho, los programas en los que trabajaba fueron sacados del aire sin ninguna explicación y los directivos de la radio no sabían los motivos de su ausencia. Se echaron a rodar versiones sobre una complicada enfermedad ginecológica e incluso se dejó abierta la posibilidad de que hubiera sido madre mientras se encontraba operando desde la clandestinidad. Los motivos de su ausencia, claro, fueron otros: reorganizar una rama de la vapuleada infiltración de agentes nazis puestos en jaque en Sudamérica por agentes del FBI.⁴³

Su reaparición en la Argentina se dio en junio de 1943 con la llegada del GOU al poder, que impulsó la Asociación Radiofónica Argentina (ARA) alineada con las ideas del nuevo régimen militar.

Finalmente Niebuhr también comentó a von Faupel sobre ciertas revelaciones hechas por Perón tras detectar la presencia de indeseables aliadófilos en el seno mismo del gobierno nacional.

“Lo que me parece considerablemente más importante”, dijo Niebuhr, “es la comunicación de Perón de que aún entre sus antiguos camaradas del Estado Mayor han aparecido diferencias de opinión en cuanto al resultado de la guerra. Sería de desear que, con la autoridad que le confieren los lazos de antigua camaradería, consiguiese él endurecerles la espina dorsal a los que dudan”.

Poco después, Perón se encargaría personalmente de “endurecerles la espina dorsal” a quienes aún ponían en duda el triunfo de los nazis en la Argentina.



Conde Karl Graf von Luxburg, organizador, en los años 30, de bases alemanas y sus sistemas de señales en el sur de Argentina.



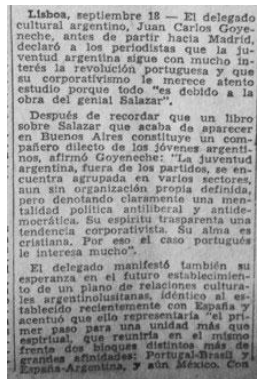
Doctor Enrique Ruiz Guiñazú, testaferro del ministro de Relaciones Exteriores del III Reich, Joachim von Ribbentrop.



Salida de Dietrich Niebuhr de la Argentina.



Franklin Delano Roosevelt y el secretario de Estado estadounidense Cordell Hull.



Recorte periodístico sobre el viaje en el que Juan Carlos “Bebe” Goyeneche, militante del nacionalismo restaurador argentino, reinició de manera secreta y formal las conversaciones entre los nazis y el emisario de Perón. (Diario La Prensa, septiembre 1942).

[36](#) *Blue book on Argentina, op. cit.*

[37](#) Al referirse a la Marina, en realidad Goyeneche hablaba de un cierto sector de los oficiales de la Fuerza volcado al bando germanófilo, ya que la mayoría de estos pertenecían al ala proaliada. De todos modos, el teniente Eduardo Aumann – muy cercano a Perón y efectivo fundamental en la misión de Goyeneche a Europa y el golpe de junio de 1943 en la Argentina – estaba claramente en el grupo de oficiales proalemanes filonazis de la Marina.

[38](#) Documento redactado tras el encuentro entre el ministro de Relaciones Exteriores alemán Joachim von Ribbentrop y el emisario argentino Juan Carlos Goyeneche, Westfalen, Alemania, 30 de noviembre de 1942.

[39](#) *Ibid.*, 7 de diciembre de 1942.

[40](#) *Ibid.*, 30 de noviembre de 1942.

[41](#) Carta de Dietrich Niebuhr, jefe del Etappendienst en la Argentina, a Wilhelm Faupel, jefe del Instituto Iberoamericano de Berlín, 27 de enero de 1943.

[42](#) *Ibid.*

[43](#) *Ibid.*

Capítulo 5

La misión de Osmar Hellmuth

“El gobierno argentino desea saber si Alemania y Japón están preparados para defender con la presencia de U-Boots las costas de Argentina y Chile. [...] Como demostración de la sinceridad con la que se maneja el gobierno argentino, se ha comprometido ante nosotros a tomar medidas represivas únicamente contra agentes de los Aliados”.

Comunicación de Hans Harnisch, agente de la Abwehr en la Argentina, a Adolf Hitler y Joachim von Ribbentrop, julio de 1943.

“Consultation among the American republics with respect to the Argentine situation”,
Memorando del Gobierno de los Estados Unidos, Washington D. C., publicado en febrero de 1946

El GOU al poder

En enero de 1943 Perón sacó provecho de la inesperada muerte del general Agustín P. Justo neutralizando el accionar de oficiales proaliados del Ejército, una movida con la que también desalentó un posible foco opositor en ámbitos castrenses que podrían obstruir su camino hacia el poder.

A ese estado de cosas se sumó el inoportuno pedido de renuncia que el presidente Castillo le cursó previamente al ministro de Guerra, Pedro Ramírez, quien se perfilaba como firme candidato de la Unión Cívica Radical de cara a las elecciones que pronto se iban a celebrar, además de ser uno de los hombres fuertes del GOU.

Apremiados por las circunstancias, alemanes y argentinos advirtieron entonces que había llegado la hora de tomar de modo definitivo el control y colocaron de facto al general Arturo Franklin Rawson en la presidencia de la Nación el 4 de junio de 1943.

Según los golpistas, la aparente ventaja que tenía esa movida se sostenía en las gestiones llevadas adelante por el propio Rawson tratando de plegar a la – tradicionalmente proaliada – Marina Argentina al bando “neutralista” del GOU.

Pero si el golpe tuvo un marcado perfil antialiado y conservador, Rawson cometió un grave error desde el inicio mismo porque, desconociendo el terreno por el que transitaba, propuso a varios aliadófilos para sus más importantes ministerios.

Farrell y Perón estaban en completo desacuerdo con los nombramientos, por lo que luego de tres días de inconsistente gestión enviaron un emisario para obligarlo a renunciar sin darle siquiera la más mínima opción.

El general Pedro Ramírez formó nuevo gobierno con gente de su confianza, entre ellos el general Edelmiro Farrell como ministro de Guerra y el coronel Juan Domingo Perón como su secretario. La oficialidad filonazi finalmente había llegado al poder y para darse a conocer nada mejor que una auténtica declaración de principios, durante años atribuida al mismísimo Perón.

Fechado el 3 de mayo de 1943, decía el primer comunicado del GOU:

Camaradas:

La guerra ha demostrado palmariamente que las naciones no pueden ya defenderse solas. De ahí el juego inseguro de las alianzas, que mitigan, pero no corrigen, el grave mal. La era de la nación va siendo substituida paulatinamente por la era del continente. Ayer los feudos se unieron para formar la nación. Hoy, las naciones se unen para formar el continente. Esa es la finalidad de esta guerra. Alemania realiza un esfuerzo titánico para unificar el continente europeo. La nación mayor y mejor equipada deberá regir los destinos del continente. En Europa será Alemania. En América del Norte la nación monitorea por un tiempo será Estados Unidos. Pero en el sur no hay nación lo suficientemente fuerte para que sin discusión se admita su tutoría. Solo hay dos que podrían tomarla: Argentina y Brasil. Nuestra misión es hacer posible e indiscutible nuestra tutoría. La tarea es inmensa y llena de sacrificios. Pero no se hace patria sin sacrificarlo todo. Los titanes de nuestra independencia sacrificaron bienes y vida. En nuestro tiempo, Alemania ha dado a la vida un sentido heroico. Esos serán nuestros ejemplos. Para realizar el paso que nos llevará a una Argentina grande y poderosa, debemos apoderarnos del poder. Jamás un civil comprenderá la grandeza de nuestro ideal, habrá pues que eliminarlos del gobierno y darles una única misión que les corresponde: trabajo y obediencia. Conquistado el poder, nuestra misión será ser fuertes: más fuertes que todos los otros países reunidos.

Habrá que armarse, armarse siempre, venciendo dificultades contra las circunstancias interiores y exteriores. La lucha de Hitler en la paz y en la guerra nos servirá de guía. Tenemos ya al Paraguay; tendremos a Bolivia y a Chile. Con la Argentina, Paraguay, Bolivia y Chile nos será fácil presionar al Uruguay. Luego, las cinco naciones unidas atraerán al Brasil, fácilmente, debido a su

forma de gobierno y a grandes núcleos de alemanes. Entregado el Brasil, el continente sudamericano será nuestro. Nuestra tutoría será un hecho grandioso, sin precedentes, realizado por el genio político y el heroísmo del Ejército argentino. ¿Mirajes? ¿Utopías? Se dirá. Sin embargo, dirigimos de nuevo nuestras miradas hacia Alemania. Vencida se la ve firmar en 1919 el Tratado de Versalles que la mantendrá bajo el yugo aliado en calidad de potencia de segundo orden por lo menos cincuenta años.

En menos de veinte años recorrió fantástico camino. Antes de 1939, estaba armada como ninguna otra nación, y en plena paz había anexado a Austria y a Checoslovaquia. Luego en la guerra se plegó a su voluntad la Europa entera. Pero no fue sin duros sacrificios. Fue necesaria una dictadura férrea para imponer al pueblo los renunciamientos necesarios al formidable programa. Así será en Argentina. Nuestro gobierno será una dictadura inflexible, aunque al comienzo hará concesiones necesarias para afianzarse sólidamente.

Al pueblo se lo atraerá, pero fatalmente tendrá que trabajar, privarse y obedecer. Trabajar más, privarse más que cualquier otro pueblo. Solo así podrá llevar a cabo el programa de armamento indispensable para la conquista del continente.

El ejemplo de Alemania: por la radio y por la educación se inculcará al pueblo el espíritu favorable para emprender el camino heroico que se le hará recorrer. Solo así llegará a renunciar a la vida cómoda que ahora lleva. Nuestra generación será una generación sacrificada en aras de un bien más alto: la patria argentina, que más tarde brillará con luz inigualada del continente y de la humanidad toda. ¡Viva la Patria! ¡Arriba los corazones!

Sin embargo, a pesar del dogmatismo ideológico expresado en ese texto fundacional, también se dio una desinteligencia entre Ramírez y los hombres que lo secundaban, ya que designó como ministro de Relaciones Exteriores y Culto al vicealmirante Segundo Storni, un inocultable opositor a la facción “neutralista” proalemana dominada por Perón. Fue así que, alarmado por esa inexplicable designación, el 12 de junio de 1943 el embajador alemán Meynen envió una carta a Dietrich Niebuhr poniéndolo al tanto, sin omitir mencionar el rol preponderante asignado a Perón y la destacada participación de Eva Duarte (a quien ya identificaba como amante del militar argentino) como esmerada colaboradora de la organización.

De una información confidencial remitida por la princesa Kaourdacheff⁴⁴ —decía Meynen— se desprende que el gobierno de los Estados Unidos reconocerá inmediatamente al nuevo gobierno. Esto equivale al triunfo de la inspirada dirección de nuestro amigo Perón sobre el estúpido Roosevelt. Fue él también quien impuso la expulsión del general Rawson quien, según me lo asegura la señorita Duarte, solo fue incorporado a la revolución para evitar que en el momento decisivo se opusiera al movimiento con sus numerosos adictos en el cuerpo de oficiales. [...] La señorita Duarte me mostró una carta de su amante, en que se fijan los siguientes lineamientos generales para la obra futura del gobierno revolucionario: “Los trabajadores argentinos nacieron animales de rebaño y, como tales, morirán. Para gobernarlos, basta darles comida, trabajo y leyes para rebaño, que los mantengan en brete”. Esto es lo que habría dicho el coronel Perón. Si no me equivoco, ya Mussolini empleó la expresión animales de rebaño para referirse a los analfabetos italianos. Perón sigue la buena escuela.

En su carta Meynen también retomó los lapidarios comentarios sobre Heinrich Jürges e informó sobre la identificación de ministros del gobierno de Castillo que eran informantes de la inteligencia estadounidense, delatando el accionar de la red y sus nexos gubernamentales. Sostenía:

[...] el traidor Jürges ha desaparecido, como si se lo hubiera tragado la tierra. Posiblemente haya huido a Chile o al Uruguay. [...] Entretanto, se ha iniciado aquí su búsqueda. En el allanamiento de su domicilio en esta [Buenos Aires], los compañeros Pochhammer y Wolfersdorff echaron guante a una serie de elementos que prueban sus actividades y contactos hasta el momento actual.

No solo era miembro de la Asociación Judeo-Comunista, la Acción Argentina y del tristemente célebre Comité contra el Racismo y el Antisemitismo de la Argentina, sino que actuaba, además, como líder en casi todas las campañas lanzadas contra nosotros en el Parlamento y la prensa judía.

La campaña difamatoria contra el camarada del partido, von Thermann, que contó con la colaboración del general Calderón, inficionado de comunismo, era uno de los manifiestos propósitos de la campaña de odio de la organización.

Lamentablemente, tuvo éxito. Se verá Ud. obligado a reconsiderar su opinión sobre Jürges como hombre aislado, aunque peligroso. Ese perro sarnoso nos ha perjudicado más que el resto de los alemanes emigrados juntos. Sigo sin comprender por qué el camarada de partido, von Thermann, se opuso hace cuatro años y también en ocasiones posteriores a hacerlo liquidar lisa y llanamente, sin reparar en las posibles consecuencias.

Eso hubiera sido mejor que el ridículo y desesperado recurso de descubrirle un prontuario criminal. Lamentablemente no encontramos entre sus papeles ningún indicio que nos permitiera identificar su contacto dentro de esta embajada. [...] Me sorprendió sobremanera la noticia que me comunicó la señorita Duarte, relativa a la estada en esta [Buenos Aires] del general von Faupel el mes pasado. Su visita [de la que nos ocuparemos más adelante] estuvo fuera de toda duda bien organizada, pues imagínese Ud. la alarma de los sabuesos angloamericanos, de haber tenido noticias.⁴⁵

De todos modos, pese a que los lazos entre Alemania y la Argentina parecían ser muy fuertes, nada pudo evitar que las negociaciones para conseguir armamento de los nazis llegaran a un abrupto final. Y si las cosas aún no estaban lo suficientemente complicadas, se sumó otro inconveniente. El 5 de agosto de 1943 Segundo Storni envió a espaldas del presidente una carta al secretario de Estado norteamericano Cordell Hull para expresarle que la Argentina estaba decidida a romper relaciones con el Eje y le solicitaba que los Estados Unidos la proveyeran de armas dejando de lado su exclusión de la Ley de Préstamo y Arriendo. Además ventilaba el reinicio de las negociaciones para conseguir el retaceado armamento alemán.

Storni no contaba con la reacción de Hull, quien lejos de mantener todo en secreto hizo publicar la carta en los diarios, presionando al gobierno argentino del que no dejaba de desconfiar.

La renuncia de Storni fue inevitable y dio inicio a la “crisis del 43”, que no dejó bien parado a Ramírez ni ante los aliados ni por supuesto ante la gente de Perón. Fue reemplazado por el coronel Alberto Gilbert, uno de los oficiales más importantes del GOU. En tanto que a través de un *paper* interno del FBI fechado el 10 de octubre de 1943 se daba un buen pantallazo de la compleja situación. Decía el memo del Bureau:

El coronel Perón es quien ostenta el verdadero poder detrás del grupo revolucionario que tomó el poder el 4 de junio de 1943. Él es pronacionalista y antinorteamericano. El coronel Perón es el líder del grupo [...]. La prensa fascista le ha asegurado nuevamente al pueblo argentino que la política llevada adelante por su gobierno no representa peligro alguno para ellos. En mi opinión, los periódicos de derecha de la Argentina son un grupo de mentirosos a sueldo y el actual gobierno argentino es una amenaza, no solo para el pueblo de la Argentina, sino también para todos los países de Sudamérica.

A los italianos se les dijo que Mussolini no representaba peligro alguno y a los alemanes aún se les dice que Hitler es Dios. Ellos tienen las respuestas en las humeantes ruinas de Nápoles y Hamburgo. Los capítulos más importantes de la dictadura, el registro más negro de la historia, está siendo escrito, y a tope de la lista de los responsables está el nombre del gobierno argentino. Es el momento para que el gobierno argentino se siga ganando la vida vendiendo carne de vaca, no información o incluso su alma, y en mi opinión ha llegado el momento de recordarle a Buenos Aires que la misma flota norteamericana que estuvo dispuesta a defender a la Argentina ante los intentos de Hitler por dominar Uruguay y la Patagonia está completamente dispuesta a proteger al hemisferio occidental de la amenaza que representa la Argentina. Si la Argentina intenta separarse de América Latina, su única dirección posible es su escape hacia el Polo Sur.⁴⁶

Dada la complicada coyuntura, el presidente Ramírez informó al embajador alemán sobre su firme decisión de retomar las negociaciones interrumpidas, proponiendo designar como nexo entre las partes al coronel Servando Santillana (agregado militar en la embajada argentina en Berlín), quien ya coordinaba el envío de fondos nazis hacia la Argentina abusando de la inmunidad que le confería su fuero diplomático. Sin embargo, el gobierno argentino abrió de manera incomprensible una vía paralela de negociación por medio de Hans Harnisch (agente de la Abwehr y gerente de la firma Boker & Cía.), un personaje que tenía entre sus amistades al almirante Mario Fincati, el capitán Eduardo Aumann y también a Perón. Resultaba invalorable su experiencia junto a Johannes Siegfried Becker en el SD.

Pero Harnisch no estaba solo y contaba con un inesperado colaborador: su nombre era Osmar Alberto Hellmuth.

Hellmuth en problemas

Hellmuth coordinó una reunión entre Harnisch y el coronel Enrique P. González (vocero del presidente Ramírez) a mediados de 1943 con el objetivo de reiniciar las negociaciones previamente interrumpidas y conseguir un salvoconducto que liberara un buque retenido en Gotemburgo (cuyo dueño era Aristóteles Onassis, que ya tenía nacionalidad argentina), en el cual podrían transportarse las armas en una hábil maniobra difícil de advertir.

El gobierno de Hitler fue informado del encuentro a través de un radiograma en el que se dijo:

[...] el gobierno argentino cree que la guerra con otros países americanos sería inevitable si no se apega a los acuerdos alcanzados tras la Conferencia de Río de Janeiro de 1942. El eventual enfrentamiento armado con un Brasil mejor equipado no tendría posibilidades de éxito de no contarse con el apoyo político, económico y militar de las potencias del Eje. El gobierno argentino desea saber si Alemania y Japón están preparados para defender con la presencia de U-Boots las costas de Argentina y Chile, así como para la provisión de artillería antiaérea costera, municiones, gasolina, licencias para fabricar elementos indispensables para el esfuerzo bélico y las fórmulas para la manufactura de diferentes materiales también útiles en la guerra. Como demostración de la sinceridad con la que se maneja el gobierno argentino, se ha comprometido ante nosotros a tomar medidas represivas únicamente contra agentes de los Aliados.⁴⁷

Luego Ramírez mejoró la oferta de alineamiento autorizando a Harnisch a revelar la idea de Perón sobre la conformación de un bloque antinorteamericano continental en coincidencia con el inicio de tratativas paralelas entre el gobierno y los alemanes. En estas participaron el general Alberto Gilbert (ministro del Interior), Edelmiro Farrell (ministro de Guerra), Erich Otto Meynen (representante diplomático de Alemania) y el general Friedrich Wolf (agregado militar en reemplazo del “expulsado” Niebhur), quienes estuvieron de acuerdo en enviar otro emisario a Europa para acordar los detalles finos del plan.

El carácter paralelo de las negociaciones y el desconocimiento absoluto de los diplomáticos alemanes sobre los roles de Harnisch y Hellmuth tendrían indeseadas consecuencias poco después, como se verá.

En septiembre de 1943 Hellmuth fue informado de su inminente viaje a Europa esgrimiendo como cubierta su asignación en Barcelona al puesto de cónsul auxiliar, tras lo cual fue presentado ante el mencionado Becker. Este le informó que su primer contacto en el viejo continente sería Walter Schellenberg, jefe del Servicio de Información y Contraespionaje alemán.

Luego Schellenberg llevaría a Hellmuth ante Himmler y Hitler para informarles en nombre de Perón que la Argentina no rompería relaciones con Alemania de no mediar una

insostenible presión de los Aliados, tras lo cual la ruptura llegaría de manera ficticia como pantalla ante la opinión pública internacional.

Cuando la embajada alemana supo de la participación de Harnisch, el escarmiento empezó a tronar. Ludwig Freude se opuso al nombramiento de Hellmuth proponiendo a cambio que la misión fuera asignada al coronel Carlos Vélez (agregado militar en la embajada argentina en España), pese a lo cual el gobierno argentino hizo oídos sordos, habilitando a Hellmuth, sin advertir que ponían en completo peligro el éxito de la operación. Cuando la orden de posponer la salida de Hellmuth llegó a Buenos Aires desde Berlín, este ya se había embarcado en su peligrosa misión.

Delatores en el gobierno argentino

Con el pleno conocimiento de las negociaciones restablecidas entre nazis y argentinos, la plantilla de agentes del FBI en Buenos Aires se incrementó de un modo exponencial, activando un programa especialmente concebido para investigar los movimientos de quienes ya se encolumnaban detrás de Perón y los nazis en la clandestinidad.

El trabajo de la inteligencia norteamericana en la Argentina alcanzó su máxima expresión a mediados de 1943 con el accionar simultáneo de cincuenta y un agentes del FBI, que poco después contaron con una impensada y bienvenida colaboración: los delatores que informaban desde el Gabinete de ministros del gobierno argentino.

La guerra de bandos quedó expuesta en una carta enviada el 12 de junio de 1943 desde Alemania por Dietrich Niebuhr a Wilhelm von Faupel, que identificaba a dos funcionarios del derrocado gobierno de Castillo que operaban desde la Casa Rosada a favor de la inteligencia de los Aliados. Se trataba de Miguel Culaciati (ministro del Interior) y Amadeo Videla (ministro de Agricultura y Ganadería), obligados inmediatamente a renunciar, luego detenidos y enviados a prisión tras la llegada del GOU.⁴⁸

Gracias a informes pasados por los delatores, Hellmuth fue detenido en la isla caribeña de Trinidad por los ingleses (informados por la inteligencia estadounidense desde Buenos Aires) en la madrugada del 29 al 30 de octubre de 1943, y trasladado a una prisión en Inglaterra en noviembre, donde se vio irremediamente obligado a confesar.

Entre sus pertenencias una extraña nota iba a complicarlo aún más: la palabra *baker* (panadero), escrita al final de la nota, fue relacionada por los interrogadores británicos con un intento de disimular el apellido de Becker, el jefe del SD en Buenos Aires y cerebro, junto con Perón, del arriesgado plan.

La misión de Hellmuth implicó además una abierta violación de la Argentina a su compromiso previo de mantener una política neutral, y en consecuencia, nuevos inconvenientes no demoraron en llegar. Tal como informó la inteligencia norteamericana, todo se trataba de “un plan premeditado de los gobiernos del Eje para tomar el territorio de la República Argentina como centro de sus actividades ilícitas”.⁴⁹

Sin embargo, el fracaso rotundo de la misión de Hellmuth no hizo que la Argentina claudicara en sus intentos de armarse con ayuda del bando alemán, en tanto que un furioso Hitler ordenó investigar por qué integrantes de su gobierno habían participado de un asunto que de resultar exitoso habría reportado mínimos beneficios y que de fracasar (como finalmente sucedió) ponía a la Argentina en la obligación de romper relaciones con el Eje, presionada por el bando aliado y la opinión pública internacional.

En la antesala de un escándalo de proporciones, von Ribbentrop le expresó al Führer que “las íntimas relaciones entre el SD y los representantes argentinos han sido desde hace tiempo una espina en el talón del Ministerio de Relaciones Exteriores alemán, desde que supimos que tarde o temprano un escándalo internacional provocaría un cambio en la política de Argentina, aunque sea para aparentar ante los Aliados”.⁵⁰ Y a consecuencia de esto también pidió a Himmler suspender la actividad de sus agentes en la Argentina, un reclamo que el jefe de las SS jamás se dignó a escuchar.

Cuando los temores de von Ribbentrop se hicieron realidad, culpó nuevamente a Himmler por los inconvenientes, advirtiéndole que no se haría responsable de las posibles consecuencias ante Hitler a menos que en adelante fuera informado de todas las operaciones del SD en el exterior, incluidas por supuesto las llevadas a cabo en la Argentina.

Para ese mismo momento las amenazas de Washington por dar a conocer evidencias de la colaboración entre el GOU y los nazis surtían efecto, y el 25 de enero de 1944 Ramírez estampaba su firma en el decreto que ordenaba la ruptura formal de relaciones con la Alemania nazi y Japón. Un hecho que también le puso fecha de vencimiento a su gestión. Perón y los suyos ya no perdonarían semejante traición.

Claro que para ciertos informantes de la inteligencia norteamericana – tal el caso de John F. Griffiths (quien bajo la cubierta de ser auxiliar del Servicio Exterior norteamericano en Asuntos Culturales era un incipiente antiperonista) – la movida orquestada para quitar del medio a Ramírez era un claro indicador de los planes ocultos de Farrell y Perón por evitar cortar el beneficioso circuito y los redituables negocios pactados previamente con el régimen de Berlín.

Los motivos de desconfianza no faltaban, en tanto que Perón se encargó personalmente de echar más leña al fuego el 10 de junio de 1944, poniéndose al frente de

una conferencia en La Plata ante importantes cuadros militares, a quienes expuso los lineamientos principales de “El significado de la defensa nacional desde el punto de vista militar”.

Cuando las noticias sobre la conferencia llegaron a la embajada norteamericana, el encono ya no se pudo ocultar.

El texto completo de la disertación fue leído en la sede diplomática y llamó en particular la atención el tramo que planteaba “dar popularidad a la contienda bélica que se avecina”. Estas palabras no cayeron en saco roto, dado que la Segunda Guerra Mundial (si es que alguien creyó que a esta se refería) ya había comenzado tiempo atrás. Claro que la contienda a la que Perón hacía mención dejaba entrever su idea de futuras invasiones militares a países vecinos y daba forma a una auténtica Sudamérica nazi. ¿Sería en efecto ese el verdadero objetivo del plan?

El 27 de enero de 1944 B. R. Legge (agregado militar de la embajada de los Estados Unidos en Berna) dio indicios de tener la respuesta al enviar dos informes que desnudaron la trama oculta de una relación de sociedad que –al menos hasta entonces– funcionaba con asombrosa efectividad.

El primero de los informes fue remitido desde España por un agente identificado simplemente como Z y decía que “los amigos y agentes argentinos de grupos financieros alemanes acaban de informar a Berlín que [la ruptura de relaciones] nada ha cambiado y, por lo tanto, no hay motivos para inquietarse”. En tanto que el segundo documento se hizo eco de datos aportados por el coronel Wendell G. Johnson (agregado militar norteamericano en Santiago de Chile), quien informó que se estaban concretando importantes “depósitos en dólares [estimados entre los cien y los doscientos millones] en los bancos argentinos”, que provenían directamente de Estocolmo, Zúrich y Berlín”.⁵¹

Los informes también permitieron saber cuál era la operatoria, según datos pasados por la inteligencia aliada desde España el 30 de agosto de 1944, en los que se aseguraba:

[...] con la complicidad de la embajada argentina, los alemanes están obteniendo pasaportes y visas para ir a Argentina [...]. Los pasaportes son expedidos por el Consulado argentino en Lisboa con el nombre real de los nazis fugitivos, lo que se falsifica son los lugares de nacimiento, situándolos generalmente en Buenos Aires.

Así, el fugitivo aparece como nacido en Argentina, de padres alemanes, y se induce a suponer que vivió muchos años en Alemania, aunque reteniendo la ciudadanía original. Si el apellido germano es demasiado conocido, se lo sustituye por otro, también germano, porque se parte del supuesto de que el individuo habla mal el castellano o no lo habla.

El pasaporte es recibido entonces por el fugitivo en Madrid. La operación se hace con pleno conocimiento de la embajada del Reich en España, pero es autorizada solo si el beneficiario firma un papel jurando que continuará trabajando por la Patria si ello es necesario y aceptando que se

mantendrá disponible para cualquier servicio militar futuro en Alemania [...]. Por lo demás, hemos establecido que la Cancillería y la Seguridad españolas conocen la maniobra y le brindan las máximas facilidades.⁵²

De todos modos esos alemanes no eran los únicos dispuestos a escapar porque, con el terreno debidamente preparado, pronto los nazis tendrían ante sus ojos en la Argentina a un visitante que no muchos por entonces podían siquiera sospechar, según pudo enterarse Hoover en un inquietante documento que el 4 de septiembre de 1944 sus propios agentes le harían llegar.



El general Arturo Rawson.



El general Pedro Ramírez.



El general Edelmiro Farrell.



El jefe de las SS, Heinrich Himmler.



Walter Schellenberg, jefe del Sicherheitsdienst, el servicio de seguridad.



Joachim von Ribbentrop, ministro de Relaciones Exteriores alemán.



El coronel Juan Domingo Perón junto con los hombres del GOU en 1943.

[44](#) Aristócrata y colaboradora de la red nazi en los Estados Unidos.

[45](#) Carta de Erich Otto Meynen a Dietrich Niebuhr, 12 de junio de 1943.

[46](#) Documento del FBI firmado por el agente R. O. Kittelsen, 10 de octubre de 1943.

[47](#) *Blue book on Argentina, op. cit.*

[48](#) En 1946, Videla debió exiliarse en Uruguay, perseguido por el entonces presidente Juan Domingo Perón.

[49](#) *La Argentina ante el libro azul*, Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto, Dirección de Información al Exterior, 1946.

[50](#) *Blue book on Argentina, op. cit.*

[51](#) Cablegrama enviado por el coronel Wendell G. Johnson desde Santiago de Chile al agregado militar de los Estados Unidos en Berna B. R. Legge, 8 de septiembre de 1944.

[52](#) Informe del agregado naval de los Estados Unidos en España a la División de Inteligencia Naval, N.º 92278/F-3-0644, 30 de agosto de 1944.

Capítulo 6

Radios clandestinas

“La Logia de militares del GOU comparte el punto de vista de que Argentina se encuentra en una posición similar a la de Alemania, es decir, que tiene el destino manifiesto de anexar a todos los países vecinos bajo su liderazgo. Para lograr este cometido, el GOU se ha asociado con el SD”.

Carta desde la embajada alemana en Buenos Aires
enviada hacia Berlín, junio de 1942.
*Consultation among the American republics
with respect to the Argentine situation.*
Memorando del Gobierno de los Estados Unidos,
Washington D. C., febrero de 1946

La Operación Bolívar

El trabajo del FBI en la Argentina dio resultados inmediatos y, como parte de un programa especialmente pensado por Hoover a inicios de 1943, las oficinas del agregado legal de la embajada norteamericana ya albergaban una nutrida presencia de agentes apoyados por otros enviados antes a los consulados norteamericanos de Rosario, Bahía Blanca y otras importantes ciudades del país.

La captación de mensajes permitió saber que en diciembre de 1942 el embajador alemán Meynen solicitó cuadruplicar los fondos para el financiamiento de actividades clandestinas que hasta entonces eran enviados, lo cual se tradujo en el traspaso de un millón de pesos, en junio de 1943. A partir de ese momento el FBI también dispuso de la mayor cantidad de personal propio en Buenos Aires, sumando a sus cincuenta y un efectivos otros doscientos enviados por el Servicio Especial de Inteligencia, también conocido como SIS.

De las investigaciones iniciadas durante ese período, la más significativa fue la que llevó a detectar una compleja red de estaciones radiales que no solo delataban los movimientos aliados, sino que servían para coordinar futuras intentonas golpistas filonazis en Sudamérica, alentadas por el grupo de Perón.

Tras los operativos de la inteligencia norteamericana que derivaron en la debacle de los grupos nazis en Brasil y la llegada del GOU al poder, se determinó que la Argentina fuera la principal base de operaciones de las emisoras clandestinas en Occidente. Para lograr el éxito fue necesaria una completa reorganización, que tuvo como uno de sus principales responsables a Johannes Siegfried Becker, encomendado a esa tarea por órdenes directas de Berlín.

Las comunicaciones entre las células nazis y sus socios en Sudamérica tomaron forma bajo la Operación Bolívar, un ambicioso proyecto de espionaje organizado de manera conjunta entre el Departamento VI de la Abwehr, el SD y oficiales del Ejército argentino, mediante la instalación de emisoras ocultas en Brasil, Paraguay y luego en la Argentina.

Becker ya había sido enviado a Buenos Aires por el SD en mayo de 1940 con el objetivo de sabotear intereses enemigos (el atentado contra el buque británico *RHS Gascony* en el puerto de Buenos Aires fue el caso más resonante). Sin embargo, el alto grado de exposición de sus operaciones y no pocos enfrentamientos con los diplomáticos germanos en la capital argentina lo obligaron a escapar hacia Brasil. Fue el encargado de reorganizar el complejo entramado de agentes en la región con colaboradores como Ludwig von Bohlen (alias Bach), Hermann Bohny (alias tío Ernesto), el general Günther Niedenführ, Herbert von Heyer (alias Humberto), el ya mencionado capitán Dietrich Niebuhr (alias Diego), Wolf Franczok (alias Luna), Johnny Hartmuth (alias Guapo), Heribert Ottomar J. Müller (alias Prinz), Friedrich Kempter (alias Koenig) y Wilhelm Heiz Lange. Todos se manejaron con tranquilidad hasta el 18 de marzo de 1942, cuando la red fue desbaratada luego de una serie de operativos de los agentes del FBI. Por este motivo los precavidos jefes del SD lo convocaron a Berlín no solo para permitirle salvar el pellejo, sino para asignarle su próxima y arriesgada misión: establecer la principal base de radios clandestinas en la Argentina junto con los hombres de Perón.

En febrero de 1943 Becker regresó a Buenos Aires oculto como polizón en la bodega de un barco español con la ayuda del mencionado Müller, Hans Napp y Martin Schneider, quienes tras la reorganización obligada coordinaron una serie de emisoras que se comunicaban diariamente desde Buenos Aires con ciudades como Hamburgo, Colonia y Berlín. Esas estaciones clandestinas fueron detectadas por el FBI y se ubicaban en Quinta La Nona (Ranelagh), Quinta Mi Capricho (San Miguel, Buenos Aires), un solar ubicado en la localidad bonaerense de San Justo (en la esquina de las actuales calles Formosa y Yerúa),

Quinta Dora (Tandil), Quinta Elvira (General Madariaga), un campo en Villa Paranacito (Entre Ríos), Estancia El Trébol (San Cristóbal, Santa Fe), una propiedad ubicada en la calle Las Heras 1087 de Vicente López (Buenos Aires) y una isla en el Delta del Río Tigre (Buenos Aires), cuyos dueños eran los integrantes de la influyente familia Freude, muy cercana a Perón.

Para 1944 daba la sensación de que la red estaba quebrada. No obstante, todo era una cubierta enmarcada en el modus operandi de encerrar e inmediatamente liberar por la puerta trasera a los agentes detenidos. Si bien eso no impidió que Becker debiera tomar mayores precauciones y procurar no ser detectado, asistido por Gustav Utzinger y Friedrich Wolf, mientras operaba desde la clandestinidad.⁵³

La Aktion Jolle

Con la red reorganizada en la Argentina, el tráfico de información alcanzó un estimado de quince mensajes diarios entre Buenos Aires y Berlín hasta enero de 1944, cuando presionado por los Estados Unidos el gobierno de Ramírez rompió relaciones con el Eje y detuvo a unos cuantos agentes nazis en el país. Este momento fue también elegido por Becker para solicitar a sus jefes nuevos equipos de radio y más dinero para mantener en funcionamiento su organización. Kurt Gross, de la Abwehr, decidió entonces enviar a los agentes Josef Schröll (del SD) y Waldemar Boettger (de las SS),⁵⁴ dando inicio a una nueva misión conocida con el nombre en clave de “Aktion Jolle”.⁵⁵

Sin embargo, el fracaso era el único destino posible, ya que en marzo el FBI y la Oficina de Inteligencia Naval capturaron los mensajes cifrados que informaban a los agentes en Buenos Aires sobre el comienzo de la operación.

Al principio los norteamericanos creyeron que la nave utilizada sería un U-Boot, aunque poco después constataron que el envío se haría a bordo de una embarcación de matrícula francesa tipo guardacostas o *cutter* llamada *Passim*,⁵⁶ previamente utilizada por la Abwehr para llevar agentes a África y Brasil, según consta en un documento desclasificado del Bureau.⁵⁷

Claro que el empleo de un barco de este tipo tenía una gran ventaja para los nazis y sus socios: si bien era más lento que los modernos U-Boots y de menor capacidad de carga que los buques mercantes, les daba la posibilidad de camuflarlo como un buque pesquero sudamericano y sortear con éxito el riguroso patrullado aliado en el Atlántico Sur.

El *Passim* zarpó de Francia el 27 de abril de 1944 llevando un enorme cargamento que Siemens, Telefunken, Química Merck y Bayer enviaban a la Argentina para camuflar

los nuevos aparatos de comunicación, junto con una importante cantidad de diamantes, que eran fáciles de transportar para ser convertidos en dinero contante y sonante en cualquier circunstancia y lugar. La llegada se produjo dos kilómetros al sur de Punta Mogotes (Mar del Plata) a las dos de la madrugada del 1 de julio de 1944. Boettger y Schröll descargaron parte del material, pero una vez llegados a la costa fueron detenidos por agentes del FBI, que los aguardaban expectantes y ocultos en cercanías del lugar.

Tal como el Bureau luego pudo comprobar, el fracaso de la Aktion Jolle no marcó el final de las operaciones encubiertas entre los argentinos y el bando alemán, sino que por el contrario llevó a decidir nuevas misiones hacia la Argentina con poderosos U-Boots que pronto surcarían las profundidades del mar.

Un plan continental

La red de emisoras radiales clandestinas reorganizada en Buenos Aires fue también una herramienta poderosa para que nazis y argentinos se manejaran a través de canales seguros y establecieran comunicación directa con sectores militares afines a sus ideas en diferentes partes de América. Se procuraba arrastrarlos a la conformación de un bloque antinorteamericano, cuyo epicentro estaría en la Argentina, y que sería claramente amigable y funcional a los intereses geopolíticos y económicos del III Reich alemán.

Los planes se aceleraron al percibirse la posibilidad de la derrota alemana en la guerra, aunque la idea venía madurando desde un tiempo atrás, en 1942, cuando se mantuvieron los primeros contactos con referentes golpistas de varios países que podrían unirse a la proyectada conspiración internacional.

Según lo que Perón y sus apoyos intuían, Paraguay, Chile y Bolivia eran casos sencillos de llevar, en tanto que Brasil y Perú no daban la misma seguridad.

Una buena pintura de la coyuntura de entonces quedó plasmada en un *paper* enviado en julio de 1942 de Buenos Aires a Berlín, en el que se confirmaba a las máximas autoridades del régimen de Hitler que “la Logia de militares del GOU comparte el punto de vista de que Argentina se encuentra en una posición similar a la de Alemania, es decir que tiene el destino manifiesto de anexar a todos los países vecinos bajo su liderazgo. Para lograr este cometido, el GOU se ha asociado con el SD”.⁵⁸

Desde mediados de 1942 hasta fines de 1943 los hombres del GOU y el SD avanzaron decididos, con claras intenciones de concretar su anhelado plan de dominación continental al financiar golpes militares, apoyar protestas populares, generar revueltas y crear un

creciente clima de inestabilidad en lugares como Bolivia, Brasil, El Salvador, Venezuela y Chile, en todos los casos con resultados dispares.

Como consecuencia de las movidas orquestadas, el 20 de diciembre de 1943 fue derrocado el presidente Enrique Peñaranda Castillo en Bolivia; el 9 de mayo de 1944, Maximiliano Hernández Martínez fue obligado a renunciar a la presidencia de El Salvador, y el 29 de octubre de 1945, Getulio Vargas era sacado de circulación en Brasil.

Pero pese a los alentadores éxitos conseguidos, también se dio la contracara en los casos de Chile y Venezuela, que marcaron los primeros reveses inesperados que impidieron cumplir con la larga lista de objetivos trazados con anterioridad.

Según pudo saberse a través de informes diplomáticos de los alemanes fechados en 1944:

[...] tras el regreso de uno de los agentes enviados a Chile por el grupo de militares argentinos, el coronel Perón decidió financiar el movimiento revolucionario chileno pro Eje con la suma total de un millón de dólares norteamericanos,⁵⁹

pese a lo cual el presidente Juan Antonio Ríos pudo resistir los embates de quienes nunca le perdonaron abandonar la política neutral. En tanto que en Venezuela las cosas también anduvieron mal, ya que el presidente Isaías Medina Argarita (plegado a las ideas de Perón) fue derrocado el 18 de octubre de 1945 por un sector disidente del ejército y activistas de izquierda reunidos en la llamada “Acción Democrática”, que organizaron su propia contrarrevolución.⁶⁰

Al final del camino, la Argentina no solo quedó expuesta como cabeza de una gigantesca conspiración a lo largo y ancho del continente, sino además claramente aislada del resto de los países de América, advertidos estos de sus verdaderas intenciones de avance y expansión política, económica y militar.

En adelante, los valientes denunciantes del complot debieron soportar los golpes de la prensa filonazi y de inescrupulosos colaboradores del ámbito local, las redadas a cargo de cómplices autoridades policiales y el cuestionable proceder de funcionarios de la Justicia serviles al régimen, que trataron de detener su accionar.

El trabajo investigativo de la inteligencia norteamericana, el inmenso volumen de información recopilada y las palmarias pruebas de una peligrosa sociedad que ya nadie podía ocultar desataron una guerra diferente que – con éxitos y fracasos repartidos de un lado y del otro – recién acababa de comenzar.



Wolf Emil Franczok, agente nazi.



Ernesto Hoppe, agente.



Ricardo Walther Oscar Darré, ministro de Hitler.



Horst Carlos Fuldner, ex capitán de las SS, argentino, que hizo de nexo entre Rudi Freude y los nazis en Europa.



Johannes Siegfried Becker, cerebro del SD (Sicherheitsdienst, servicio de seguridad) en Buenos Aires



Agente nazi Gustav Utzinger instalando una antena de radio.

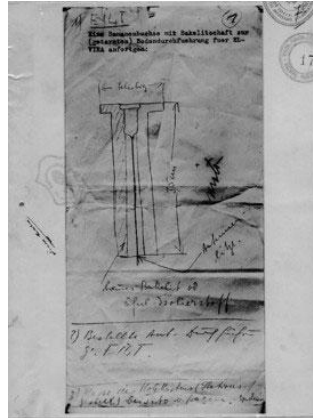


Diagrama de sistema de instalación de radio nazi clandestina para Quinta Elvira, en General Madariaga, 1941. (Documento de la Comisión Investigadora de Actividades Antiargentinas del Congreso Nacional).



Equipo de radio clandestina descubierto en Argentina, 1941. (Documento de la Comisión Investigadora de Actividades Antiargentinas del Congreso Nacional).

FREI - DEUTSCHLAND - BEWEGUNG

VERTRETER IN ARGENTINIEN:
WALTER TRENKELBACH

Buenos Aires,
COMUNICACION CONFIDENTIAL

RAZONAMIENTO DE RADIO OFICIALES Y PRIVADOS.

Numeración nazi	Estación	Translocadora fija	Translocadora móvil	
1.	3	Comodoro Rivadavia	"	
2.	8	San Julián	"	
3.	7	Punta Delgada	"	
4.	9	Ushuaia (Tierra del Fuego)	"	
5.	14	Año Nuevo	"	
6.	15	Nequén	"	
7.	16	Bariolcho	"	
8.	17	Coronel Rosales	"	
9.	18	Pto. Nieto	"	
10.	19	Alamito	"	
11.	21	Trujal	"	
Señal	Kilometros	Longitud de onda	Puertas	Ubicación
12.	500	213,5	2	Monte Plata
13.	1300	211,5	2,5	Comodoro Rivadavia
14.	1340	210,5	2,5	Mar del Plata
15.	640	281,5	1	San Carlos, B.A.S.
16.	1.12	269,5	1	Santa Cruz, Patag.
17.	1.12	269,5	1	Osqui Mendel
18.	8 AD	"	"	"
19.	8 AD	"	"	"
20.	8 BE	"	"	"
21.	8 CC	"	"	"
22.	8 CC	"	"	"
23.	8 CC	"	"	"
24.	8 CC	"	"	"
25.	8 CC	"	"	"
26.	8 CC	"	"	"
27.	8 CC	"	"	"
28.	8 CC	"	"	"
29.	8 CC	"	"	"
30.	8 CC	"	"	"
31.	8 CC	"	"	"
32.	8 CC	"	"	"
33.	8 CC	"	"	"
34.	8 CC	"	"	"
35.	8 CC	"	"	"
36.	8 CC	"	"	"
37.	8 CC	"	"	"
38.	8 CC	"	"	"
39.	8 CC	"	"	"
40.	8 CC	"	"	"
41.	8 CC	"	"	"
42.	8 CC	"	"	"
43.	8 CC	"	"	"
44.	8 CC	"	"	"
45.	8 CC	"	"	"
46.	8 CC	"	"	"
47.	8 CC	"	"	"
48.	8 CC	"	"	"
49.	8 CC	"	"	"
50.	8 CC	"	"	"
51.	8 CC	"	"	"
52.	8 CC	"	"	"
53.	8 CC	"	"	"
54.	8 CC	"	"	"
55.	8 CC	"	"	"
56.	8 CC	"	"	"
57.	8 CC	"	"	"
58.	8 CC	"	"	"
59.	8 CC	"	"	"
60.	8 CC	"	"	"
61.	8 CC	"	"	"
62.	8 CC	"	"	"
63.	8 CC	"	"	"
64.	8 CC	"	"	"
65.	8 CC	"	"	"
66.	8 CC	"	"	"
67.	8 CC	"	"	"
68.	8 CC	"	"	"
69.	8 CC	"	"	"
70.	8 CC	"	"	"
71.	8 CC	"	"	"
72.	8 CC	"	"	"
73.	8 CC	"	"	"
74.	8 CC	"	"	"
75.	8 CC	"	"	"
76.	8 CC	"	"	"
77.	8 CC	"	"	"
78.	8 CC	"	"	"
79.	8 CC	"	"	"
80.	8 CC	"	"	"
81.	8 CC	"	"	"
82.	8 CC	"	"	"
83.	8 CC	"	"	"
84.	8 CC	"	"	"
85.	8 CC	"	"	"
86.	8 CC	"	"	"
87.	8 CC	"	"	"
88.	8 CC	"	"	"
89.	8 CC	"	"	"
90.	8 CC	"	"	"
91.	8 CC	"	"	"
92.	8 CC	"	"	"
93.	8 CC	"	"	"
94.	8 CC	"	"	"
95.	8 CC	"	"	"
96.	8 CC	"	"	"
97.	8 CC	"	"	"
98.	8 CC	"	"	"
99.	8 CC	"	"	"
100.	8 CC	"	"	"

Denuncia de la Freie Deutschland Bewegung contra radios nazis clandestinas en Argentina, 1941. (Documento de la Comisión Investigadora de Actividades Antiargentinas del Congreso Nacional).

Planilla policial de detención de Becker.

[53](#) Fue detenido por agentes aliados en abril de 1945.

[54](#) En el documento consultado también se menciona el apellido Hansen, como el de otro agente incorporado a esta misión.

[55](#) El nombre de "Aktion Jolle" deriva del término en inglés *yawl*, que en castellano significa "yola", una pequeña embarcación utilizada por pescadores.

[56](#) Algunas investigaciones se refieren a esta embarcación con el nombre de *Santa Bárbara*, pero el documento de la inteligencia norteamericana consultado la menciona como *Passim*.

[57](#) David Mowry, "German clandestine activities in South America in World War II", en *United States Cryptologic History*, tomo IV, vol. 3, National Security Agency. Central Security Service, 1989.

[58](#) *Blue book on Argentina, op. cit.*

[59](#) "German clandestine activities in South America in World War II", en *United States Cryptologic History*, National Security Agency (NSA). Documento desclasificado el 13 de abril de 2009.

[60](#) *Ibid.*

Capítulo 7

Operación Tierra del Fuego

“Muchos observadores políticos han expresado la opinión de que Adolf Hitler buscará refugio en la Argentina tras el colapso de Alemania”.

Memorando para Edward A. Tamm,
director adjunto del FBI, 4 de septiembre de 1944

Aktion Feuerland

El 17 de octubre de 1941 John Edgar Hoover contactó al coronel William Joseph Donovan, todo un experto en política europea, quien llegó a entrevistarse, entre otros, con Benito Mussolini y altos mandos nazis antes del estallido de la Segunda Guerra Mundial.

El motivo de la consulta fue un extraño memorando enviado desde Berlín por un informante, quien lo puso al tanto de los nuevos planes sucesorios de Hitler al determinar que, llegado el caso de su “muerte súbita” (textual del documento), lo sucederían en el poder “durante un período de cinco años tras la finalización de la guerra”⁶¹ Wilhelm Keitel, Heinz Guderian y Karl Rudolf Gerd von Rundstedt, dejando de lado a sus laderos Martin Bormann y el entonces desaparecido Rudolf Hess.

Claro que para Hoover la expresión “muerte súbita” en el documento ameritó todo un especial seguimiento y una nueva investigación. ¿Lo de muerte súbita refería solapadamente a un “plan para escapar”?

Nadie pudo asegurarlo por entonces, aunque en 1943 el almirante Karl Dönitz dio la sensación de saber la respuesta, sin atreverse a revelar mucho más: “La flota submarina alemana se siente orgullosa de haber construido un paraíso terrenal, una fortaleza inexpugnable, un Shangri-La para el Führer en algún remoto lugar”.

Como fuera, ya en agosto de 1942 había otros que preparaban de manera segura el camino que pensaban transitar, cuando millones de Reichsmarks, libras, dólares norteamericanos, francos suizos, 3500 onzas de platino, 550.000 onzas de oro, 4638 quilates

de diamantes, piedras preciosas e importantes obras de arte robadas fueron ingresados a las seguras bóvedas del Reichsbank.

Se supone que solo unos pocos estaban al tanto de esos movimientos, entre ellos Walter Funk (presidente de la entidad), Emil Puhl (su vicepresidente) y algunos más. Sin embargo, Martin Bormann era quien ejercía absoluto control sobre esas fortunas que muy pronto se iban a trasladar.

Con las primeras complicaciones de la guerra a la vista, Bormann ordenó acelerar las operaciones de vaciamiento a través de la Aktion Adlerflug y permitir que Joseph Goebbels depositara dos millones de dólares en una entidad bancaria de Buenos Aires en 1942, con el nombre falso de Hans Deutsch (Juan Alemán). Este ejemplo fue seguido por Adolf Hitler y Eva Braun, quienes también hicieron transferencias hacia la Argentina, corroboradas a raíz de un pedido cursado por el Centro Simón Wiesenthal a las autoridades argentinas con posterioridad.⁶²

El valioso cargamento de Bormann se transportó hasta una base secreta en el sur de España en enero de 1944, donde era aguardado por un triunvirato que mucho tenía que ver con el país de destino final.

En Cádiz, Wilhelm von Faupel, Dietrich Niebuhr y Gottfried Sandstede se encargaron de dar inicio a la Aktion Feuerland (Operación Tierra del Fuego), supervisando la carga de ese auténtico tesoro nazi en los U-Boots que pondrían proa al sur de América a través de un sistema que funcionó sin inconvenientes hasta el 6 de junio de 1944, histórica jornada conocida como el “Día D”, el momento elegido por Bormann para activar un plan alternativo informado previamente por von Faupel a Berlín.

De la Argentina tenemos novedades muy agradables –decía–, Ramírez y su camarilla están completamente eliminados. Nuestro amigo Perón es, sin duda, el hombre fuerte del gobierno. [...] El Reichsleiter Bormann, quien ha recibido dos reportes de [Ricardo] von Leute y el general argentino Pistarini, insiste en que los envíos a Buenos Aires se completen lo antes posible. Avisar al general [Adolf] Galland para que tenga dos grandes aviones de transporte a nuestra disposición para vuelos nocturnos e informen a [coronel Hans Ulrich] Rudel y Hanna Reitsch.⁶³

Pese al secretismo de estas operaciones, los estadounidenses ya las habían detectado gracias al aporte de informantes a sueldo y marinos argentinos del ala proaliada. Por el lado de los norteamericanos, el sistema de captación de mensajes llevado adelante por el FBI daba los resultados esperados, mientras que el particular interés de la Marina estaba sobradamente justificado, ya que las incursiones se daban en su mayor parte por mar y se tenía identificado a un grupo encabezado por el almirante León Scasso (ministro de la Fuerza), que colaboraba de manera encubierta con las misiones de Bormann.

Uno de los informantes que pasaba datos a los Aliados desde la Marina era Nicéforo Alarcón (oficial principal). Él fue el responsable de ventilar la estrecha colaboración del financista Ludwig Freude y la agente nazi Eva Duarte coordinando juntos la secreta operación del 2 de mayo de 1943, que permitió el arribo seguro de un U-Boot a las costas de Punta Indio (en la provincia de Buenos Aires), trayendo a bordo a von Faupel y Sandstede, ansiosamente aguardados por Scasso en cercanías del lugar.⁶⁴

Claro que la misión no era una más: estaba destinada a rediseñar la nueva estrategia para seguir por argentinos y alemanes. Von Faupel se alojó en la Iglesia Evangélica Alemana de la calle Esmeralda 178, desde donde –recién llegado– se encargó personalmente de recompensar los servicios prestados por la agente Eva Duarte, a quien le hizo llegar una hilera de brillantes engarzados en un valioso collar.

“Lo he entregado ya [al collar] y tengo el encargo de transmitir a usted los cordialísimos y agradecidos saludos [de la colaboradora]”⁶⁵, comentó Freude en posterior oportunidad.

El 8 de mayo se produjo el encuentro más importante de la agenda de von Faupel tras su regreso a la Argentina, cuando se reunió con Ludwig Freude, Ricardo von Leute (del consorcio Lahusen), Juan Domingo Perón y Eva Duarte. En esta oportunidad no tuvo tiempo para andar con rodeos y les explicó que Alemania comenzaba a perder la guerra, los Aliados caerían muy duro sobre los cómplices locales del régimen de Hitler (entre ellos, Eva Duarte y Perón) y se procedería a la confiscación de todos sus bienes y a su inmediata detención.

Así las cosas, fue necesario apurar el paso y solo había un modo de evitar una irreversible catástrofe final: la toma del poder en la Argentina de parte de los hombres del GOU. Un pacto luego confirmado por el ex embajador von Thermann en declaración testimonial ante comisiones aliadas, al afirmar que “el verdadero motivo de la visita de von Faupel era hacer de la Argentina un lugar seguro para el futuro ante la incertidumbre que planteaba la derrota alemana en la guerra”.⁶⁶

La Aktion Feuerland involucró –por esto mismo– a otros influyentes personajes venidos especialmente desde Alemania, tal el caso de Heinrich Dörge (ex asistente del doctor Hjalmar Schacht), uno de los grandes cerebros y de los más importantes financistas del régimen de Hitler.

Dörge llegó a Buenos Aires a finales de los años treinta como representante de los bancos alemanes y rápidamente se convirtió en consultor del Banco Central. Se encargó, junto con Freude, von Leute y Staudt, de asegurar el ocultamiento de las fortunas enviadas por Bormann y sus adláteres a las bóvedas del Banco Alemán Transatlántico, el Banco Germánico y el Banco Tornquist, en cuyas cajas se escondía oro y plata por un valor

estimado de ciento quince millones de pesos de entonces. Detrás de los depósitos había, sin embargo, una extraña coincidencia: las cuentas de destino estaban en su mayoría a nombre de Eva Duarte.

Todos los movimientos quedaron asentados en archivos de la Administración de Economías Extranjeras del gobierno de los Estados Unidos. No obstante, una maniobra en especial fue la que llamó puntualmente la atención de los investigadores: el rol de la banca suiza Johann Wehrli & Co. como casa matriz de tres sociedades anónimas creadas en Buenos Aires para disimular el dinero que los nazis hacían ingresar.

Esas “tapaderas” fueron conocidas en ámbitos investigativos norteamericanos como “Las 3 S”, identificadas por los nombres de Stella S.A., Securitas S.A. y San Juan S.A.⁶⁷ La sociedad Stella S.A. fue autorizada por el gobierno argentino el 12 de diciembre de 1938 e inscrita oficialmente el 10 de febrero de 1939. En tanto que San Juan S.A. fue autorizada el 10 de junio de 1939 y su inscripción data del 31 de agosto de ese mismo año. En cambio, los datos de Securitas S.A. desaparecieron de los legajos donde estaban asentados y nunca más se pudieron encontrar. Este hecho fue relacionado por los norteamericanos con la posibilidad de que allí figuraran nombres importantes como los de Juan Domingo Perón y Eva Duarte, receptora de los millones traspasados desde Alemania para la organización y sus agentes en la clandestinidad.

Según el investigador Adam Lebor, Las 3 S fueron entidades controladas en secreto por “uno de los pilares centenarios de la clase dirigente de Zúrich”.⁶⁸ Esto era algo verdaderamente posible, ya que de hecho quien se ocupaba de la dirección de esas entidades desde Europa era Peter Wehrli, hijo del poderoso banquero que encabezaba la Johann Wehrli & Co. en la capital helvética.

Otro de los personajes involucrados en estas maniobras fue Thilo Martens, uno de los principales referentes de la Etappendienst⁶⁹ en Occidente, muy relacionado con la Argentina desde antes de la Segunda Guerra Mundial. Organizaba bases y depósitos clandestinos en la Patagonia bajo las órdenes del almirante Wilhelm Canaris y el —ya mencionado— conde Karl Graf von Luxburg, quien operaba una estación de radio clandestina en una propiedad conocida como “Quinta de Martínez”, ubicada cerca de la estación ferroviaria de Retiro en la Capital Federal.

Martens también era representante del North German Lloyd en Buenos Aires, una actividad que le permitía estar en pleno conocimiento del movimiento de buques aliados y generar información muy útil para la inteligencia del régimen nazi.

Tras uno de sus tantos viajes a Berlín, Martens regresó a Buenos Aires en 1939 e instaló sus oficinas en el Edificio Martens, en la céntrica avenida Corrientes 311, donde

también tenían –curiosamente– su base de operaciones Las 3 S, que lavaban dinero alemán.

A poco menos de un año de su llegada fueron sus superiores los encargados de presentarle al hombre que supo convertirse de inmediato en uno de sus mejores interlocutores del ámbito local, Juan Domingo Perón, quien luego hizo que los lazos entre los oficiales filonazis del nuevo gobierno y Martens se estrecharan cada día más. Esto también se tradujo en el nombramiento del vicealmirante Francisco Lajous (del bando proalemán de la Marina) como presidente de varias de sus empresas, entre ellas Martens S.A., Lloyd Argentino S.A. y las compañías de seguros Patria y Nueva Lubecka.

También como resultado del superior trabajo de Martens, pudieron establecerse en el país empresas como El Fénix Sudamericano Compañía de Reaseguros S.A., una importante aseguradora subsidiaria de la Münchener Rückversicherung (Compañía Aseguradora de Munich), de la cual dependían casi todos los grandes negocios alemanes en Sudamérica. Además de firmas como Agfa Argentina (1939), Química Bayer S.A. (1939), Bromberg y Cía. (1940), Metalúrgica Comercial S.R.L. (1942), Berger y Cía. (1942), Carl Zeiss (1942), Boker y Cía. (1942), Establecimientos Vitivinícolas Escorihuela (1942), Compañía de Seguros La Mercantil Andina (1942), Siemens-Schuckert (1942), Establecimientos Klockner S.A. (1943), Otto Deutz Motores (1943), Merck Química Argentina (1943), Osram (1943), Anilinas Alemanas (1944), Aachen & Munich (1944), Afa-Tudor-Varta (1944), AEG (1944), Robert Bosch (1944), Ribereña del Plata (1944) y Staudt y Cía. (1944), por mencionar solo a las más importantes.²⁰

Por supuesto que el completo éxito de estas operaciones colaboró de modo notable para que el 25 de febrero de 1944 Edelmiro Farrell se hiciera cargo del gobierno de facto en la Argentina, cuyo poder real, sin embargo, ostentaba el ascendente Perón, designado ministro de Guerra y vicepresidente de la Nación, a la vez que responsable de la Secretaría de Trabajo y Previsión.

Posiblemente advertido con la debida antelación sobre estas mismas cuestiones, el 28 de diciembre de 1943 John Edgar Hoover le presentó a Adolf A. Berle (secretario de Asuntos para América Latina del gobierno norteamericano) una perfecta primera pintura de Perón.

Habla con vivacidad y energía –dijo–, sin cuidar el estilo o las palabras. Algunas veces es violento, pero luego se calma y se ríe estentóreamente. Da la sensación de poseer un permanente sentido del humor y hace sentir a los demás que no toma las cosas seriamente. Improvisa. Dice sin prolegómenos todo lo que quiere decir... No hace alarde de su poder físico pero lo exhibe. Se saca la chaqueta y se pasea con su camisa caqui reglamentaria mostrando el revólver en el cinturón. Golpea la mesa y no titubea cuando se refiere a otros jefes u oficiales o cuando declara que va a arreglar una

situación, en decir que lo hará “a los golpes”. Pero todo eso lo hace riéndose. Si se encabrita en una discusión, el enojo le dura un segundo.²¹

Valquiria

El 20 de julio de 1944 nada parecía estar fuera de lugar en el cuartel general de Hitler, enclavado entre la espesura de los bosques de la Prusia oriental. La Wolfschanze (guarida del lobo) no solo le daba al Führer cercanía con los complicados escenarios bélicos de Europa del Este, sino también la aparente seguridad de un refugio desde donde dirigir los vaivenes de una guerra que muchos ya daban por perdida. No obstante, ese día nada pudo detener una conspiración destinada a asesinarlo.

Claus von Stauffenberg fue el encargado de colocar una valija repleta de explosivos bajo la mesa donde Hitler se disponía a conferenciar, contando apenas con unos pocos minutos para ponerse a salvo y escapar lo más rápido posible del lugar. Mientras von Stauffenberg salía raudo en un automóvil, la sala de reuniones voló por el aire, pero Hitler logró sobrevivir agrandando a límites insospechados su aura legendaria de inexplicable superioridad y haciéndoles saber a los complotados que la Operación Valquiria acababa de fracasar.

El intento de magnicidio culminó con la ejecución de los sediciosos, mientras muchos de sus cómplices se proponían escapar. Aunque claramente no eran los únicos que habían decidido hacerlo, ya que Hitler también planificaba algo similar.

El primer paso se dio con una reunión convocada en el Hotel Platterhof de Obersalzberg para el día 26, a la que asistieron los más importantes empresarios, banqueros e industriales alemanes, quienes acordaron reunirse de nuevo el 10 de agosto en el Hotel Maison Rouge de la ciudad de Estrasburgo en la Francia ocupada.

Hitler y Bormann no estaban presentes, pero hablaban por medio del SS Obergruppenführer doctor Scheid, su vocero autorizado ante gente de peso para la economía alemana como Fritz Thyssen, Georg von Schnitzler, Gustav Krupp, Kurt von Schroeder, Emil Kirdorf y Hjalmar Schacht. Estos se sumaban a los representantes de empresas como Bayer, Merck, Concern, Messerschmitt, Göring Werke, Rochling y Volkswagen, entre tantas otras, a quienes se les ordenó colocar sus divisas en puertos seguros en el exterior, unas sumas millonarias que una vez consumada la previsible derrota alemana en la guerra debían ser devueltas a las arcas del renacido Partido Nazi alemán.

Con la orden impartida, el plan de traspaso de bienes millonarios llegó a ser sistemático y la Argentina fue —más que ningún otro— el lugar en el que se dieron las mejores condiciones para activarlo y llevarlo al éxito.

Por supuesto que los beneficios no solo serían económicos, ya que también se acordó –con los altos mandos militares argentinos– la entrega de documentos en blanco para que miles de funcionarios y jefes pudieran embarcarse sin inconvenientes hacia la lejana América del Sur.

Recién tras el final de la guerra pudo saberse de estos acuerdos gracias al descubrimiento de un *paper* con la declaración del general Johann von Leers, quien –por su relación de amistad con Edmund von Thermann (embajador alemán en la Argentina entre 1933 y 1941) y fundamentalmente por su amistad con el nazi argentino Ricardo Walther Oscar Darré– pudo tomar contacto a través de valija diplomática con Perón, el que dos días antes de la reunión en Estrasburgo hizo llegar a manos de von Leers 8000 pasaportes argentinos y 11.000 cédulas de identidad en blanco expedidos por la cómplice Policía Federal.

De acuerdo a lo declarado por von Leers, todos los documentos enviados por Perón llegaron directamente a manos de Heinrich Himmler, quien se encargó de su posterior distribución.⁷²

La Aktion Feuerland de Bormann y los ocultos planes de escape de Hitler garantizaban la exitosa llegada al puerto más seguro al que los nazis jamás habrían de arribar. En adelante, los U-Boots surcarían los mares con valiosos cargamentos y jefes a bordo, que buscaban una segunda oportunidad.

Hitler, por supuesto, también se preparaba para embarcar.⁷³

Anticipar el escape de Hitler

El 4 de septiembre de 1944 el general Daniel Milton Ladd (asesor militar del FBI) envió un memorando a Edward Allen Tamm (director adjunto del Bureau) en el que le informó que “muchos observadores políticos aseguran que Adolf Hitler buscará refugio en la Argentina tras el colapso de Alemania”,⁷⁴ y que incluyó la declaración de una informante que acababa de terminar una tormentosa relación con el embajador alemán en los Estados Unidos, además de ser la ex esposa de Fritz Mandl, un misterioso personaje recientemente radicado en Buenos Aires.

La informante era Hedy Lamarr, una bellísima actriz austríaca que sumaba a su currículum de sensual estrella hollywoodense inusuales cualidades de inventora y verdadera experta en telecomunicaciones, lo que podría haberla convertido en una espía excepcional.

Lamarr se hizo famosa por su desnudo en la película *Éxtasis*, estrenada en 1933, una actuación que le sirvió para captar la atención de Mandl, quien no demoró ni un instante en arreglar con sus padres un matrimonio por conveniencia. Lamarr recién pudo librarse de este en 1937, tras ser forzada durante años a hacer uso de sus atributos físicos como carnada para atraer nuevos clientes en la materia que tenía a su esposo como un auténtico especialista: el comercio de armas de guerra.

Sobre Mandl circularon muchas versiones, una de las cuales pretendía hacer creer que huyó de su Austria natal dada su religión judía, mientras que otra dice que en realidad esa fue una buena cubierta para vivir en el exterior sin ser molestado y pasar la gran vida haciendo pingües negocios. De hecho, pese a su condición de judío, Mandl era un baluarte de la maquinaria de guerra de los nazis, tras haber levantado (con fondos de la Banca Wehrli) una fábrica de municiones para dedicarse al contrabando de armas hacia el exterior.

La última esposa de Mandl era argentina y fue también la responsable de presentar a su esposo al círculo íntimo de agentes alemanes y sus socios argentinos, entre los que estaba justamente Juan Domingo Perón.

El documento del FBI indicaba que tras su llegada a Buenos Aires Mandl ocupó una vieja fábrica de bicicletas, luego convertida en una planta dedicada a la producción de armas de guerra que proveía a los militares que copaban el gobierno con el GOU. Estas revelaciones también relacionaban a Mandl con el conde Karl Graf von Luxburg, quien –según decía la informante– a esa altura de 1944 ya tenía todo listo en la estancia San Ramón (cercana a Bariloche) como refugio para Hitler cuando llegara al país luego de una inesperada “muerte súbita”, la que le daría un impenetrable manto protector.

Según el *paper* redactado por Ladd, el arribo de Hitler a la Argentina sería posible “después de un viaje sin escalas de 7376 millas, desde Berlín hasta Buenos Aires, en un avión especialmente construido, o bien como pasajero de un submarino de larga autonomía”.²⁵

Pero el hecho de tomar conocimiento sobre los siguientes pasos del escurridizo Führer también llevó a Hoover a buscar los huecos por los cuales este podría filtrarse y desaparecer. Las sospechas no eran infundadas, ya que Hitler fue uno de los primeros en utilizar dobles para su protección. Eran hombres con un asombroso parecido físico gracias a los cuales se conseguía que “estuviera” en sitios donde en realidad no estaba.

El asunto salió a la luz el 25 de noviembre de 1944 en el periódico *Washington Times Herald* donde pudo leerse: “La prueba de comparación de orejas del FBI revela que Hitler tiene un doble”. Este hecho fue demostrado tras un minucioso estudio de fotografías de un

“comprobado” Hitler con lóbulos redondeados, en contraposición a otras en las que se advertían orejas más finas y alargadas.

¿Había efectivamente más de un Hitler? ¿Cuál de ellos sería dado por muerto y cuál se dispuso a escapar?

Lo notable es que, en coincidencia con esas investigaciones y descubrimientos de la inteligencia norteamericana, comenzaron a gestarse en la Argentina importantes acontecimientos que fueron, en definitiva, parte del mismo plan.

El calor del 6 de enero de 1944 encontró a Perón reunido en su despacho con una comitiva del Sindicato de Actores de Radio encabezada por Eva Duarte, una oportunidad aprovechada por la agente para sacar a relucir sus dotes actorales, haciéndoles creer a sus compañeros que ese “primer encuentro” la había dejado gratamente sorprendida y repentinamente enamorada del ascendente militar.

Eva se mantuvo al margen y callada, después de todo ya habría otra oportunidad para encontrarse y conversar a solas con su amado coronel.

Once días después el drama volvió a juntarlos cuando la noticia de un devastador terremoto en la provincia de San Juan paralizó por completo al país. El llamamiento de Perón no se hizo esperar y encontró rápida respuesta de Eva, que ofreció la gentil colaboración de los artistas para lo que se llegara a necesitar.

El día 19 ella misma encabezó una cruzada solidaria por las calles de Buenos Aires recolectando dinero junto a actrices como Luisa Vehil, Libertad Lamarque, Blanca Podestá, Niní Marshall y Lydia Lamaison. En tanto que el día 22 —la fecha designada para hacer un festival a beneficio de las víctimas— fue Perón en persona quien se unió al grupo de mujeres, recorriendo —alcancías en mano— las calurosas calles de la ciudad.

No podría haber mejor escena: Perón y Eva transpiraban la camiseta recolectando dinero para los más necesitados.

El lugar elegido para el evento fue el estadio Luna Park, y cuando aún no había culminado la interminable serie de presentaciones artísticas programadas, Farrell y su esposa decidieron retirarse de manera anticipada. Dejaron junto a Perón un par de sillas vacías que Domingo Mercante sabía de antemano con quién las debía ocupar. El hombre de Perón abrió el celoso cerco militar, y haciendo pasar a una Eva que aguardaba expectante la llegada del momento crucial, le dijo: “¿Ve esa silla vacía? Bueno, vaya y siéntese. Y no se mueva de ese lugar”.

Tras esas palabras y el “casual encuentro” —hábilmente planificado— entre la ambiciosa actriz de radioteatros devenida en agente y el poderoso militar, la historia argentina ya no fue la misma nunca más.

Fue el blanqueo de una secreta y productiva relación que entremezcló dosis iguales de intereses cruzados, engaño, ambición desmedida por el poder y un sincero sentimiento de amor.

Desde entonces cambió para siempre la percepción de las masas populares y el modo de ver a Eva y a Perón. El desprevenido pueblo argentino sintió la repentina necesidad de llevarlos juntos al poder. Sin embargo, no eran los únicos que necesitaban eso mismo para que –como si se tratara de fichas en una ajustada partida de ajedrez– cada uno finalmente ocupara su lugar.

Aus Argentinien sehr erfreuliche Nachrichten. Ramirez und anhang
völlig ausgeschaltet, unser Freund Ferdn der unbestritten starke
Mann in der Regierung, und die Folgen des Januar-Zwischenfalles
praktisch beseitigt. Reichsleiter Bormann, im Besitz zweier Be-
richte von Leute und General Pistarini, drängt auf Wiederaufnahme
der Boires-Transporte. Ersuchen sie General Jelland, sofort zwei
Maschinen (nur für nachtflüge) bereitzustellen, sowie Model und
Hanna Reich zu verständigen. Der Überbringer ds. sowie Küster
sollen sofort mit den Vorbereitungen beginnen. Kohn soll mit der
ersten Maschine nach hier kommen, zur vorübergehenden Unterstützung
von Sandstedt, den ich für morgen herbeordert habe. Dr. Fehhorst be-
findet sich bereits auf dem Wege nach Mallorca.

Die Lotschaft hat heute drei Briefe für Therman von Tjarka, Gene-
ral Fertind und Dr. Sanchez Sorondo an das AA weitergeleitet. Ver-
ständigen sie Echle.

Benachrichtigen sie meine Frau, sie möge Kapitän Niebuhr davon
verständigen, daß ich in 8 bis 10 Tagen zurück bin.

H e i l H i t l e r !

W. Faupel

Carta de Wilhelm von Faupel a Berlín en la que menciona a Ricardo von Leute y al general Juan Pistarini. Aktion Feuerland, 22 de mayo de 1944.



El ministro Juan Pistarini (a la derecha), haciendo el saludo nazi. (Foto del archivo del diputado Silvano Santander).



Fritz Mandl, considerado un "baluarte de la maquinaria de guerra de los nazis" en su carácter de fabricante de armas.



Thilo Martens, veterano de la marina alemana, representante del Lloyd marítimo del mar del Norte en Buenos Aires, actividad que le permitía supervisar los movimientos de los mercantes aliados en tiempos de guerra.

FBI Ear Test Shows Hitler Has Double

LONDON, Nov. 23 (Thursday) (C.T.P.S.)—Checking one of the latest "Hitler" photographs against an incontestable one of the German Fuehrer, an eminent London surgeon has determined that Nazi leaders have been using a double to impersonate Hitler since the attempt to kill him July 20.


This morning's Daily Express asserts its proof was obtained by the surgeon's application of the ear identification test method used by the U. S. Federal Bureau of Investigation in "typing" criminals.

The main features of the difference in the pictures, according to the doctor, are the length of the ears, whereas the ear of the authenticated Hitler picture is stubby, that of one of the latest Fuehrer photo is elongated.

The Daily Express concludes that the Nazis' use of a fake Hitler lends color to the parade of reports lately that he is ill, seriously injured, insane or dead.

Noticia sobre el procedimiento del FBI para descubrir a los dobles de Hitler. Washington Times Herald, 23 de noviembre de 1944.

JOHN EDGAR HOOVER
DIRECTOR



Federal Bureau of Investigation
United States Department of Justice
Washington, D. C.

September 4, 1944

MEMORANDUM FOR THE DIRECTOR

Re: Possible Flight of Adolph Hitler to Argentina

Many political observers have expressed the opinion that Adolph Hitler may seek refuge in Argentina after the collapse of Germany.

Political ramifications lend credence to this possibility when it is recalled that the duly appointed Argentine Consul, Hellmuth, ostensibly assigned to a Consul post in Spain, had plans which included clandestine meetings with Hitler and Himmler for the arranging of importing arms and technicians into Argentina. Hellmuth, intercepted by the British at Trinidad, never completed

Mr. Tolson _____
Mr. E. A. Tamm _____
Mr. Clegg _____
Mr. Glavin _____
Mr. Ladd _____
Mr. Nichols _____
Mr. Rosen _____
Mr. Tracy _____
Mr. Carson _____
Mr. Coffey _____
Mr. Harbo _____
Mr. Hendon _____
Mr. Kramer _____
Mr. McGuire _____
Mr. Piper _____
Mr. Quinn Tamm _____
Tele. Room _____
Mr. Nease _____
Miss Gandy _____

Documento del FBI que informa sobre el inminente escape de Hitler hacia la Argentina tras el colapso alemán en la guerra, 4 de septiembre de 1944.

-3-

////

Las descargas se llevaron a cabo en varias ocasiones fuera de las costas de San Clemente del Tuyú. Un informe verbal de una de las descargas fué suministrado por tres marineros del Graf Spee, el día operador Brenneke, el marinero Rudolf THELMANN y el Oficial Alfred SCHOLTZ, que dijeron que los cajones colmaron cinco camiones en la noche del día 28/29 de Julio de 1946. Otras descargas se llevaron a cabo a principios de Julio de 1945 en las afueras de la costa de San Clemente y Mar del Plata, donde un U-530 bajo el mando del Ete. Comandante Otto WERTMUTH, se entregó a las fuerzas argentinas.

Fuó durante esos años de apoyo a los esfuerzos de la guerra alemana efectuados por CASTILLO (digo el gobierno de CASTILLO y de FARRERL) que en aquel entonces el Secretario de Guerra Chel. PERCH entró en estrecho contacto con el Trabajador alemán en Buenos Aires, Von THELMANN y su Agregado Militar el Gral. Von LTERS, de acuerdo con información del Departamento de Estado de los EE.UU.

De acuerdo con los informes, a Von LTERS se le ordenó llevar 8.000 pasaportes argentinos y 11.000 Cédulas de Identidad expedidos por la Policía Federal, que entregó a Heinrich Himmler en la ciudad francesa de Strasburgo -entonces ocupada por los alemanes- el 8 de agosto de 1944.

Documento en el que se informa el envío a cargo de Perón de pasaportes argentinos para ser entregados a Himmler el 8 de agosto de 1944. (Archivo General de la Nación).



Fachada actual del edificio Martens en Buenos Aires.



Sistema de señales para U-Boots de Cabo Raso, en la Patagonia argentina.



Eva Duarte con Juan Domingo Perón en el Luna Park, 1944.

[61](#) Documento del FBI, código 62-60950-11-32, redactado por John Edgar Hoover, 17 de octubre de 1941.

[62](#) Datos obtenidos del artículo publicado en el diario *La Nación* (Argentina) por Alejandra Rey el 19 de febrero de 1997. La lista de los más de trescientos nazis cuyos depósitos fueron rastreados en la Argentina, a la que *La Nación* tuvo acceso, incluye a Erich Priebke, Helmut Gregor (el nombre con el que Josef Mengele figuraba en la cédula otorgada por la Policía Federal), Max Amann (asesor personal financiero de Hitler), Eva Braun, Adolf Hitler, Martin Bormann, Adolf y Vera Eichmann, Ludwig Freude (funcionario de la embajada alemana en la Argentina) y Heinrich Müller (jefe de la Gestapo), entre otros.

[63](#) Carta de Wilhelm von Faupel al Ministerio de Relaciones Exteriores, Berlín, 22 de mayo de 1944.

[64](#) Paul Manning, *Martin Bormann: nazi in exile*, Nueva York, Lyle Stuart Inc., 1981.

[65](#) Carta enviada desde Buenos Aires por Ludwig Freude a Wilhelm von Faupel, 22 de noviembre de 1944.

[66](#) Declaración de Edmund von Thermann ante la Comisión Aliada a cargo del mayor Francis A. Mahony, Alemania, 6 y 7 de junio de 1945. Documento completo desclasificado.

[67](#) Rogelio García Lupo, “Los millones del nazismo en la Argentina. La conexión Zúrich”, *Clarín*, 22 de noviembre de 1998.

[68](#) Adam Lebor, *Los banqueros secretos de Hitler*, Barcelona, Grijalbo, 1998.

[69](#) La Etappendienst fue creada en 1911, y su misión era recoger información sobre buques mercantes y de guerra que amarrasen en puertos extranjeros donde la organización hubiera destacado agentes.

[70](#) Jorge Camarasa, *Odessa al sur. La Argentina como refugio de nazis y criminales de guerra*, Buenos Aires, Aguilar, 2012.

[71](#) Memorando N.º 835.000/2289 de John Edgar Hoover a Adolf A. Berle, secretario de Estado para América Latina del Gobierno de los Estados Unidos, 28 de diciembre de 1943, en Joseph A. Page, *Perón. Una biografía*, Buenos Aires, Javier Vergara, 1984.

[72](#) Documento confeccionado y traducido por Eduardo E. Chable, auxiliar 6.º de Informaciones de la Sección Prensa, Traductores y Biblioteca de la Policía Federal Argentina, 1 de diciembre de 1972, Archivo General de la Nación, Buenos Aires.

[73](#) Abel Basti, *Los secretos de Hitler*, Buenos Aires, Sudamericana, 2011.

[74](#) Memorando desclasificado del FBI, redactado por Daniel Milton Ladd a Edward Allen Tamm, sobre posible escape de Adolf Hitler hacia la Argentina, 4 de septiembre de 1944.

[75](#) *Ibid.*

Capítulo 8

Hitler en la Argentina de Perón

*“Mucho antes que terminara la guerra,
nosotros nos habíamos preparado
ya para la posguerra. [...]
Les hicimos saber a los alemanes
que les íbamos a declarar la guerra
para salvar miles de vidas. [...]
Cuando terminó la guerra,
esos alemanes útiles nos ayudaron
a levantar nuestras fábricas
y a mejorar las que ya teníamos.
Y, de paso, se ayudaron a ellos mismos”.*

Declaración de Juan Domingo Perón
a Tomás Eloy Martínez,
Madrid, 28 de junio de 1966

Preparar la posguerra

El 7 de marzo de 1945 los representantes de veinte estados americanos reunidos en la Conferencia Interamericana sobre Problemas de la Guerra y de la Paz celebrada en México firmaron el Acta de Chapultepec. Esta establecía la unidad continental frente a posibles agresiones e intentos de injerencia de otros países en asuntos internos y que “las repúblicas americanas se empeñarán en prestar amplias facilidades para el libre tráfico e inversión de capitales, dando igual tratamiento a los capitales nacionales y extranjeros”. Al mismo tiempo alentaba políticas de cooperación tendientes a eliminar excesos que pudieran llevar a un nacionalismo económico como el pretendido por Perón.²⁶

De todos modos, el objetivo fundamental perseguido por los intereses norteamericanos fue comprobar qué lugar ocuparía cada nación americana en el inminente

escenario de posguerra, poniendo su principal foco de atención en la postura adoptada por la Argentina.

De hecho, era evidente que algunos puntos del documento final habían sido redactados pensando especialmente en la cuestionada nación sudamericana, tal el caso del artículo 14.º, en el que se les exigía a las repúblicas firmantes lo siguiente:

[...] que intensifiquen sus esfuerzos para movilizar sus recursos económicos, a fin de lograr cuanto antes, y con el menor sacrificio de vidas posible, la victoria final sobre las potencias del Eje, realizando toda acción necesaria para la eficaz prosecución de la guerra y particularmente para continuar la producción y el suministro de materiales esenciales relacionados con ella, así como el mantenimiento de todas las medidas necesarias para garantizar el empleo adecuado de dichos materiales.

En un sentido similar iba el artículo 19.º, que forzaba a los gobiernos a tomar “medidas para descubrir, dar a conocer, congelar y evitar la ocultación o el traspaso de bienes y derechos existentes en las repúblicas americanas, o en poder o en manos de cualquier persona o entidad bajo sus respectivas jurisdicciones; bienes o derechos que de hecho pertenezcan a Alemania o al Japón, o a individuos o entidades radicados en esos países, ya sea que figuren o no nominalmente como de su propiedad, o que de hecho estén regidos o controlados por ellos, o en su beneficio”. Además recomendaba que se evitara “toda posibilidad de que las Repúblicas americanas sean utilizadas como asilo para bienes de que se haya privado indebidamente a otros pueblos o bienes en situación semejante, o para los bienes de individuos o entidades cuyas actividades sean contrarias a la seguridad del hemisferio occidental o del mundo de la posguerra”.

¿Descubrir, dar a conocer, congelar y evitar la ocultación o el traspaso de bienes extranjeros? ¿Evitar toda posibilidad de que las repúblicas americanas sean utilizadas como asilo para bienes traídos desde el exterior? ¿Colaborar desinteresadamente con el esfuerzo bélico de los Estados Unidos? ¿Aceptar sin reclamos los sacrificios propios del estado de guerra entregando a cambio toda la producción industrial?

La Argentina no estaba ni cerca dispuesta a ello y en consecuencia no firmó la resolución.

Los motivos para hacerlo no faltaban, ya que los informes de la inteligencia estadounidense de ese período constataron los importantes traspasos de dinero que se concretaban, una situación puesta en conocimiento del secretario de Estado norteamericano Cordell Hull a través de un radiograma enviado por David G. Berger (primer secretario de la embajada de los Estados Unidos en Buenos Aires) el 10 de marzo de 1945. Allí se indicaba que se extremaban las medidas para determinar qué entidades bancarias argentinas abrían

cuentas secretas de prominentes nazis, mientras al mismo tiempo se buscaba saber de qué modo y en qué momento esas operaciones se camuflaban como legítimas inversiones alemanas en el país.

En el informe se mencionó al Banco Tornquist, afirmando que “maneja aproximadamente 8 millones de pesos (2 millones de dólares de entonces) de personas o firmas asentadas en territorio enemigo, y más de 50 millones de pesos (unos 12 millones y medio de dólares) originarios de Suiza, cuyos beneficiarios son desconocidos.”⁷⁷

En esas circunstancias, con una veintena de países encolumnados tras el proyecto de defensa continental y la creciente desconfianza de los Estados Unidos, la Argentina se vio en una encrucijada, pero para sorpresa de todos adhirió al acta poco después, convirtiéndose en el último país del mundo en “declararles la guerra” a la ya derrotada Alemania nazi y a Japón.

Sin embargo, el decreto N.º 6945/45 firmado por Farrell el 25 de marzo era una buena cubierta para el acuerdo previamente alcanzado entre argentinos y alemanes, una situación reconocida por el propio Perón cuando dijo:

Mucho antes que terminara la guerra, nosotros nos habíamos preparado ya para la posguerra. Alemania estaba derrotada, eso lo sabíamos. Y los vencedores se querían aprovechar del enorme esfuerzo tecnológico que había hecho ese país durante más de diez años. Aprovechar la maquinaria no se podía porque estaba destruida. Lo único que se podía aprovechar eran los hombres. A nosotros también nos interesaba eso. Les hicimos saber a los alemanes que les íbamos a declarar la guerra para salvar miles de vidas. Intercambiamos mensajes con ellos a través de Suiza y España. Franco entendió de inmediato nuestra intención y nos ayudó. Los alemanes también estuvieron de acuerdo. Cuando terminó la guerra, esos alemanes útiles nos ayudaron a levantar nuestras fábricas y a mejorar las que ya teníamos. Y de paso, se ayudaron a ellos mismos.

De acuerdo con lo establecido en el acta que la Argentina acababa de firmar, el “estado de guerra” implicaba, entre otras cosas, la quita de personería jurídica a empresas alemanas y el contralor de todos los títulos de propiedad, bienes y valores que supuestamente debían ir a manos del Estado, unas medidas que la Argentina – al menos en apariencia – no tenía las más mínimas intenciones de tomar.

Claro que todo era un juego de humo y espejos para seguir despistando, tal como quedó demostrado en un *paper* confeccionado el 28 de marzo de 1945 por el general B. R. Legge (agregado militar de la embajada norteamericana en Berna), que informaba:

[...] un puente aéreo regular entre Alemania y España. Los aparatos no vuelan sobre Francia, sino sobre el norte de Italia y el Mediterráneo. Esos aviones de cuatro o seis motores fueron contruidos hace algún tiempo con el propósito de asegurar la fuga de los peces gordos del nazismo

hacia Japón o la Argentina en el momento propicio. Al efecto, se formó un escuadrón de aviones llamados *Führerstaffel* con tripulación cuidadosamente seleccionada. [...] En febrero de 1945, dos de esos aviones volaron a Buenos Aires. El dato ha sido verificado [...] los nazis están enviando fondos y correspondencia a Buenos Aires por valija diplomática. Nuestros agentes informan que tales envíos llegan a través de Italia. Ya en España, son despachados a dos conventos con establecimientos similares en Argentina. Es allí, en los conventos, en donde oficiales de la representación argentina en España proceden a ponerlos en la valija diplomática.⁷⁸

A estas investigaciones luego se sumó un informe pasado por el ya mencionado Nicéforo Alarcón a los agentes del FBI en Buenos Aires, a quienes les comunicó:

[...] el 7 de febrero de 1945 un U-Boot efectuó el transporte 1744 (con desembarco en San Clemente del Tuyú) de los siguientes valores: 187.692.400 marcos; 17.576.386 dólares; 4.632.500 libras esterlinas; 24.976.442 francos suizos; 8.379.000 florines holandeses; 17.280.009 francos belgas; 54.968.000 francos franceses; además de 87 kilogramos de platino; 2511 kilogramos de oro; 4638 carats de diamantes y brillantes. Por medio de Ludwig Freude, agente del espionaje alemán en Buenos Aires, esos fondos fueron depositados en el Banco Alemán Transatlántico, el Banco Germánico, el Banco Tornquist y el Banco Strupp, anotados en una cuenta de Juan Domingo Perón y de su esposa, María Eva Duarte de Perón.

A esta denuncia después se agregó otra, fechada el 18 de abril, en la que el informante sostuvo:

[...] por intermedio de nuestros agentes que controlan el operar de Ludwig Freude, agente del Tercer Reich, se sabe que este ha hecho cuantiosos depósitos en diversos bancos de plaza a nombre de la conocida actriz de radioteatro María Eva Duarte Iburguren. Freude comentó a "Natalio" [nombre en clave dado a un colaborador de identidad desconocida] que el 7 de febrero próximo pasado un U-Boot efectuó el transporte 1744 trayendo un tesoro a la Argentina que ayudará a reconstruir el imperio nazi en el mundo. Investigaciones posteriores han permitido saber que los bultos desembarcados fueron consignados a la estancia Lahusen, caratulados "Geheime Reichssage" (secreto de estado) y llevados en camiones durante la noche del 28 al 29 de marzo del corriente. Los depósitos han sido efectuados en el Banco Alemán Transatlántico, el Banco Germánico y el Banco Tornquist. Todos a nombre de la dama ya mencionada precedentemente. Se continúa investigando.⁷⁹

En agosto de 1945 el control y la aparente confiscación de activos alemanes en la Argentina recayó en el Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto,⁸⁰ tras haber sido responsabilidad de la Junta de Vigilancia y Disposición Final de la Propiedad Enemiga. Esta movida fue destinada a dejar sin argumentos a quienes sostenían que la "Junta" debía haberse llamado "Junta de Vigilancia y Disposición Final de la Propiedad Amiga", dada la

percepción que se tenía sobre la inocultable protección gubernamental dispensada a los alemanes.

Para esa fecha también se dio inicio al “Censo Refugio”, cuya finalidad era la de ordenar la “Lista pública” con la que se daría a conocer la nómina completa de empresas alemanas plausibles de ser “afectadas” por las disposiciones presidenciales.

Sin embargo, esa supuesta investigación del gobierno que alcanzaba a unas cuatrocientas empresas (cuyos activos se estimaban en torno a los 100 millones de dólares de entonces) era una cortina desplegada por Perón para impedir que los Estados Unidos se apropiaran de los bienes alemanes en el país reclamándolos como reparaciones de guerra.

Fue Perón quien años después explicó esas maniobras al decir que se les informó a los alemanes claramente:

[...] si la Argentina se convierte en “país beligerante” tiene derecho a entrar a Alemania cuando se produzca el desenlace final; esto quiere decir que nuestros aviones y barcos estarían en condiciones de prestar gran servicio. Nosotros contábamos entonces con los aviones comerciales de FAMA (Flota Aérea Mercante Argentina) y con los barcos que le habíamos comprado a Italia durante la guerra. Hicimos como se nos pidió. El presidente Farrell declaró la guerra, previa reunión con el gabinete a tal efecto. Así fue como un gran número de personas pudo venir a la Argentina.⁸¹

Dio a entender que las operaciones previamente acordadas entre las partes resultarían mucho más sencillas de concretar de ese modo, ya que nadie sospecharía de la presencia de naves argentinas en aguas jurisdiccionales alemanas tras el final del conflicto bélico.

Sobre estas delicadas cuestiones, Perón suministró más detalles un tiempo después:

[...] toda clase de técnicos y otras especialidades con que no contábamos en el país pasaron a incorporarse al quehacer nacional. Gente que al poco tiempo fue muy útil en sus distintas especialidades y que de otro modo nos hubiese llevado años formar. [...] Más de 700 de esos muchachos venidos de Alemania entraron a trabajar para nosotros. [...] Esto lo sabe muy poca gente, porque a muy poca gente se lo dijimos. Nosotros en esos momentos preferíamos hacerles creer a los imperialismos de turno que habíamos cedido finalmente a sus solicitudes beligerantes. Para ese entonces nos convenía hacer un poco de “buena letra”, sobre todo para ganar tiempo.⁸²

Claro que, pese a la pretendida “buena letra” de Perón, sus planes ya estaban en conocimiento del secretario de Estado norteamericano Hull, quien sostenía que la remoción de Ramírez de la presidencia era la palmaria demostración del verdadero objetivo ulterior para perpetuarse en el poder y ser el centro de una auténtica Sudamérica nazi en pleno proceso de gestación.

Advertido del pensamiento de Hull, Perón buscó inútilmente el reconocimiento internacional al régimen militar y obtuvo como respuesta la retirada del embajador norteamericano Norman Armour de Buenos Aires. Esto originó una crisis que también derivó en el cierre de la representación diplomática argentina en Washington.

La política norteamericana claramente influenciada por el estilo de Hull fue en definitiva contraproducente para los intereses estadounidenses que se vieron muy perjudicados en la Argentina. Además provocaron un efecto inverso al buscado, ya que fue el momento elegido por Perón para enarbolar (y hacer suya) la bandera del nacionalismo argentino, que se enfrentaba de manera estoica al poderoso gigante norteamericano.

El misterio del U-530

En abril de 1945, mientras los rusos buscaban a Hitler entre las ruinas de la Cancillería del Reich en Berlín, al otro lado del Atlántico *The New York Times* publicaba que “los dobles del Führer han sido entrenados para ‘ser’ Hitler y para morir la muerte de los mártires en los campos de batalla a fin de que Hitler pudiera ser glorificado sin morir”.⁸³

No era la primera vez que se hablaba sobre los dobles del líder nazi. Lo que sí se planteaba como una estremecedora novedad era la inquietante teoría de una muerte fraguada para esconderse, ponerse a salvo y escapar.

El entusiasmo inicial de los “rojos” por dar con un cadáver duró lo que un suspiro, ya que de inmediato comprobaron que “el Hitler muerto en Berlín” era en verdad uno de los tantos dobles utilizados para simular su presencia donde en realidad no estaba. Esta versión fue ventilada el 2 de mayo de 1945 por la agencia periodística rusa Tass, que informó que “al hacer correr la noticia de la muerte de Hitler, los alemanes esperan evidentemente preparar la posibilidad de que desaparezca del escenario y pase a una existencia clandestina ilegal”.

Pese a los esfuerzos, nadie lograba encontrar a Hitler. Mucho menos después de conocerse un informe del mariscal ruso Georgi Zhukov, que aseguraba que “un submarino de tipo gran crucero abandonó Hamburgo antes de la llegada de las tropas británicas, llevando varios pasajeros entre los cuales figuraba una mujer”. Hacía referencia, sin mencionarla, a Eva Braun, esposa de Hitler. Esta situación motivó una rápida respuesta de los norteamericanos, quienes argumentaban desconocer la suerte de un convoy de submarinos a los que daban por hundidos o al menos sin “el suficiente radio de acción para llegar a Japón”.⁸⁴

¿Pero qué decir sobre una posible llegada de esos U-Boots furtivos a la Argentina, tal como había asegurado Josef Stalin con anterioridad?

El 10 de julio de 1945, lejos de Berlín, nada hacía suponer que la monotonía iba a quebrarse durante la fría mañana. Sin embargo, un submarino alemán emergió a poco más de dos kilómetros de la Base Naval de la Marina Argentina en la balnearia ciudad de Mar del Plata.

Tras un intercambio de señales coordinadas por el capitán (proaliado) Francisco *Paco* Manrique, el “Lobo Gris” se entregó a las autoridades nacionales y el interrogante ya no se pudo evitar. ¿Qué hacía el submarino U-530 en aguas argentinas a setenta días del suicidio de Adolf Hitler y el final de la guerra para el bando alemán?

Otto Wermuth, comandante de la nave, dijo que el 12 de mayo lo sorprendió el final de la guerra en altamar y que el inicio de la Aktion Regenbogen (Operación Arco Iris) lo llevó a someter el destino final a votación entre sus tripulantes, quienes curiosamente optaron por ir a la Argentina.

No obstante, hubo otras cosas que Wermuth no pudo explicar, entre ellas los veintidós torpedos faltantes, las cartas de navegación echadas al mar y la ausencia de un bote de goma salvavidas que previamente alguien se había encargado de usar.

¿Qué habría sido del U-530 entre el 12 de mayo y el 10 de julio? ¿A quiénes trasladó y dónde se utilizó el bote que faltaba?

Pasaron solo cuatro días para que, según lo expresado en el memorando del FBI del 14 de julio, las primeras respuestas comenzaran a aflorar. El *paper* señalaba que el 20 de junio Hitler —con leves cambios en su fisonomía— desembarcó del submarino U-530 cerca de la bahía San Julián (en la provincia argentina de Santa Cruz), donde era aguardado por el mayor Justo León Bengoa, muy cercano de Perón, encargado de escoltarlo hacia un escondite al que el documento ubicaba sin mayores detalles en algún paraje perdido de la zona del Chaco, al norte de la Argentina.

A ese informe, los Aliados agregaron nueva documentación generada en Londres que indicaba que “en numerosas esferas oficiales de esta capital, se insiste en que el jerarca nazi Hitler desembarcó en la Argentina el 30 de junio último llevado por el U-530. Se inclinan en dichas esferas a dar crédito a la versión por el bote de goma faltante con que se hallaba dotado el submarino rendido en Mar del Plata diez días después del que se fija como el desembarco de Hitler”.⁸⁵ Agregaba además que “se ha avistado a un grupo de hombres en un bote de goma acercándose a la costa a unas 100 millas al sur de Mar del Plata, donde se ha rendido el submarino”.⁸⁶

El caso lógicamente movilizó al gobierno argentino con la forzada intervención de César Ameghino (ministro de Relaciones Exteriores). Se informó a la prensa que ya se

habían tomado las medidas necesarias –sin especificar cuáles y en qué sentido–, advertidos “ante la posibilidad de que Adolf Hitler y Eva Braun hayan desembarcado de un submarino en la costa argentina”.⁸⁷ De todos modos fueron los agentes del FBI quienes verdaderamente se ocuparon de llegar hasta la zona denunciada, “encontrando huellas humanas que se dirigían desde el agua, pasando por sobre la arena”, como también “huellas de neumáticos de un vehículo ubicado de forma perpendicular a la costa”.⁸⁸

Como si las cosas no estuvieran aún lo suficientemente complicadas, se sumó a las sospechas el gobierno brasileño, que acusó de manera abierta al comandante del U-530 como directo responsable del hundimiento del crucero *Bahía* en un dramático episodio que tuvo lugar el 4 de julio frente a las costas de Brasil, con un saldo de varios marineros fallecidos. Según los brasileños, el submarino formaba parte de un convoy que enfilaba hacia el sur del continente, una acusación que a su vez llevó a plantear un inquietante interrogante más: ¿qué sería de los otros submarinos que nadie lograba ubicar?

Zonas liberadas

Muy pronto esas naves dieron señales de vida y así quedó demostrado en documentos de la Marina argentina redactados a partir de julio de 1945, que dejaron en evidencia el enfrentamiento entre proaliados y germanófilos de la Fuerza. A su vez desnudaban el preciso sistema de captación de mensajes que permitía liberar las zonas, levantar los patrullados o informar a los comandantes de los U-Boots de las medidas adoptadas para detenerlos.

Los días 17 y 18 de julio el capitán Isaac Jorge Rojas (jefe proaliado de la Secretaría de Marina de Guerra) fue instruido sobre el avistaje de submarinos alemanes frente a las costas de San Clemente del Tuyú, una situación de alarma rápidamente neutralizada el día 21, cuando las Escuadras de Río y Mar recibieron la comunicación del vicealmirante Héctor Vernengo Lima ordenando en forma terminante “levantar patrullado de la costa marina”.

La intervención de Vernengo Lima merece una mención especial, ya que si bien poco después se lo identificó como al mismísimo antiperonismo desde las filas del GOU, con su orden estaba alentando el éxito de las misiones de los U-Boots que llegaban con los envíos de Bormann. Aunque también cabe la posibilidad de que haya sido presionado por el contralmirante Alberto Teisaire⁸⁹ (ministro de Marina), uno de los principales referentes del GOU y de Perón en la Armada.

La denuncia de otro avistaje frente a las costas de Copetonas el día 23, sumada al informe presentado por el capitán de navío Luis F. Merlo Flores desde la base naval de

Puerto Belgrano advirtiéndole sobre el grave problema que enfrentaba la fuerza naval dada la captación de sus mensajes en código, agregó nuevas complicaciones.

Según ese radiograma, el descifrado de las comunicaciones que ponían en preaviso a los comandantes de los U-Boots se llevaba a cabo desde Uruguay, una información que echó más leña al fuego tras ser cotejada por agentes del FBI apostados en Montevideo, que hicieron saber a Hoover que “Hitler y Eva Braun están en la Argentina”,⁹⁰ de acuerdo a lo expresado el 26 de julio en un *paper* del Bureau.

Una de las primeras consecuencias fue la recomendación hecha por el capitán de navío Ernesto R. Villanueva a Vernengo Lima, diciéndole que “se estima conveniente el cambio de las claves utilizadas en los mensajes”, sin advertir que era justamente él mismo quien había ordenado levantar los controles marítimos y permitir el éxito de las misiones de la Aktion Feuerland.

Tras la serie de avistajes en las costas bonaerenses, la extraña rendición del U-530 era sin embargo la que seguía concitando la mayor atención. El Lobo Gris no era el primero ni el último en entregarse tras el final de la guerra, pero de todos modos, a fines de julio, se determinó desde los Estados Unidos enviar a la Argentina una comisión de oficiales navales. Estos curiosamente (pese a sus firmes intenciones y los miles de kilómetros recorridos para hacerlo) no estuvieron presentes en los interrogatorios a la tripulación a instancias del capitán de navío José Dellepiane, quien sostenía —y no sin algo de razón— que, una vez advertidos de la presencia de los norteamericanos, los submarinistas alemanes optarían por no hablar.

Claro que es muy posible que Dellepiane no haya procedido por propia decisión, sino debido a la presión de los hombres del GOU y sus socios en la Marina para que los norteamericanos regresaran a casa sin ninguna clase de información.

¿Era una farsa orquestada para quitar a los marinos estadounidenses del medio?
¿Fue un acuerdo previo entre argentinos y alemanes para confundir y despistar?

Como fuera, lo cierto es que, a los cinco avistajes de U-Boots constatados entre el 10 y el 25 de julio de 1945, el día 27 se sumó otro más en Necochea, que derivó en un operativo frente a la entrada de la Estancia Moromar (relacionada con el lavado de dinero nazi), donde un grupo de efectivos policiales fue repelido a los tiros por alemanes armados que los aguardaban ocultos en inmediaciones del lugar.

Para sorpresa de los desprevenidos policías que participaron del enfrentamiento, al día siguiente la cúpula policial con asiento en la ciudad de La Plata emitió un comunicado en el que ordenaba que “la búsqueda de alemanes en la zona quedara sin efecto”.

Pero si los cómplices jefes policiales miraban hacia otro lado y se hacían los distraídos, no sucedía lo mismo con los agentes del FBI asignados a la embajada

norteamericana en Buenos Aires, quienes el 11 de agosto enviaron un memorando a Washington confirmando no solo la llegada de Hitler y su esposa al país, sino también las coordenadas de uno de los lugares donde se les daba protección.

Decía ese documento:

Hitler está actualmente en Argentina junto a cientos de sus socios. [...] Esos nazis están dirigiendo la construcción de grandes plantas industriales, las cuales han sido diseñadas y equipadas para ser convertidas rápidamente en productoras de bombas de largo alcance para destruir ciudades de los Estados Unidos y Brasil. El escondite es parte de una hacienda propiedad de alemanes ubicada a 675 millas al oeste del puerto brasileño de Florianópolis y a 450 millas al noroeste de Buenos Aires. [...] Hitler ha afeitado su bigote y lleva el cabello más claro. Más allá de eso, su apariencia no se había modificado de ninguna otra manera.⁹¹

Claro que además de los infructuosos operativos de búsqueda llevados a cabo en simultáneo en zonas como Villa Gesell y Verónica (en la Costa Atlántica de Buenos Aires), donde se requisaron varias propiedades de importantes alemanes sin mayores resultados, los datos consignados en el documento llevaron la mirada a la localidad cordobesa de La Falda. En ese lugar Walter e Ida Eichhorn eran propietarios del lujoso Edén Hotel. Esta información luego fue corroborada a través de un cable enviado el 17 de septiembre por el Servicio Secreto de Inteligencia de la Oficina Europea en Londres, en el cual se precisaba:

Una señora Eichhorn, identificada como miembro respetable de la sociedad argentina y propietaria del más grande hotel-spa en La Falda [Argentina; Edén Hotel], hizo durante una fiesta íntima hace un tiempo [en el documento no se indica cuándo ni dónde, pero muy posiblemente habría sido durante uno de sus tantos viajes a Alemania] las siguientes observaciones: 1) Que en su familia han sido entusiastas seguidores de Hitler desde la fundación del Partido Nazi. 2) Que mucho antes de la llegada de los nazis al poder ella puso, vía cable, a entera disposición de Goebbels su cuenta bancaria, la cual ascendía a 30.000 marcos. Eso se hizo como respuesta al pedido de 3000 o 4000 marcos, con objetivos de propaganda que le han efectuado. 3) Que Hitler nunca olvidó su actitud y luego de llegar al poder, y debido a su gran amistad, que se hizo tan fuerte como para que ellos [ella y su esposo, Walter Eichhorn] vivieran en el mismo hotel que Hitler cuando él asistía a los congresos del Partido, a ellos se les permitía el acceso a las habitaciones del Führer en cualquier momento sin previo anuncio. 4) Que si alguna vez el Führer estuviera en dificultades, él siempre podría encontrar refugio en La Falda, donde ellos ya hicieron allí los necesarios preparativos.⁹²

Lo curioso es que, aun contando con tan buena información, Hoover demoró hasta el 3 de noviembre para remitir el cable a sus efectivos en Buenos Aires, y confirmó de este modo que cuando accedía a informes precisos sobre el paradero del Führer nada hacía para detenerlo. Aunque previamente agentes del Bureau llevaron a declarar a Los Ángeles a un

testigo que aseguraba ser “uno de los hombres que se encontró con Hitler y su gente cuando ellos desembarcaron desde submarinos en la Argentina, dos semanas y media después de la caída de Berlín”. Y agregaba:

[...] el primer submarino se acercó a la costa a las 11 de la noche y el segundo submarino unas dos horas después. Hitler estaba a bordo del segundo submarino con dos mujeres, un doctor y algunos otros hombres, contabilizando 50 personas a bordo. [...] Cuando amaneció dieron inicio a un viaje de un día hacia las montañas del sur de Los Andes y al atardecer el grupo llegó al rancho donde Hitler y sus hombres están escondidos. [...] Este asunto fue arreglado por seis oficiales argentinos de alto rango ya en 1944 [uno de ellos era el mayor Justo León Bengoa, de plena confianza de Perón, tal como vimos con anterioridad], y se asegura que si Hitler es atrapado se revelarán los nombres de los seis oficiales argentinos involucrados.⁹³ [...] Hitler sufre de asma y úlcera. Se ha afeitado su bigote y tiene una larga cicatriz sobre su labio superior.⁹⁴

El aporte del informante, entre tanto, culminó con un singular ofrecimiento ya que, según sus propias palabras, “si se pueden hacer todos los arreglos [...] tendrá un hombre dispuesto para conducir a un grupo de personas hasta el escondite de Hitler. Ese hombre se encontraría con el grupo en un hotel de San Antonio [San Antonio Oeste, Patagonia], Argentina”, una invitación que el director del FBI jamás aceptó, o al menos no se tiene constancia de que efectivamente lo hubiera hecho.

Mientras tanto, los submarinos alemanes seguían llegando a la Argentina, tal lo sucedido el 17 de agosto, cuando de las aguas marplatenses emergió de nuevo la silueta de un Lobo Gris dispuesto a ser entregado en el apostadero naval. Se trataba del U-977 bajo el mando del teniente de navío Heinz Shaeffer, quien –según su posterior declaración ante oficiales de la Marina– también se vio sorprendido por el final de la guerra y sometió el destino de la nave a votación entre los integrantes de la tripulación, que curiosamente eligieron como destino final a la Argentina.

Las cosas comenzaron a quedar más claras el 25 de agosto de 1945 a raíz de una comunicación enviada a Hoover por Edward Allen Tamm (director adjunto del Bureau), en la que informaba su encuentro previo con un integrante de la Comisión de Crímenes de Guerra de los Estados Unidos, quien exigió contar con toda la información disponible respecto de las versiones que indicaban que el Führer estaba vivo, oculto y protegido en la Argentina junto con varios de sus más estrechos colaboradores.

El militar estadounidense procuró que Tamm le dijera sin rodeos si el FBI estaba dispuesto a solicitar la captura internacional de los nazis más buscados (Hitler incluido), mientras que del otro lado solo encontró palabras vacías, respuestas evasivas y chicanas difíciles de sortear. Según Tamm comentó a Hoover:

[...] me manifesté contrario a la idea de utilizar los medios del Bureau para distribuir circulares contra esas personas [...] porque la legalidad de esos procedimientos está en seria duda, incluyendo los temas referidos a extradición, y porque entiendo que no deberíamos prestar el prestigio del Bureau, su nombre y su reputación a la Comisión de Crímenes de Guerra. Esto daría la impresión al público en general de que el Bureau está tratando de capturarlos.

La comunicación entre los altos directivos del Bureau confirmaba varias cosas: que la desconfianza de otras dependencias estatales norteamericanas contra el FBI aún persistía y que los procedimientos habilitados por Hoover iban en un sentido cuando se trataba de la detención y la captura de agentes nazis clandestinos, mientras que lo hacían en un sentido contrario (o al menos muy diferente) cuando las cuestiones pasaban por información sobre la protección dada a Adolf Hitler.

De acuerdo con esto vale decir entonces que Hoover fue absolutamente funcional a la política hegemónica estadounidense sobre el resto de los países de América y procuró el desbaratamiento de las células clandestinas, cuyo principal objetivo era conformar un sólido bloque continental antinorteamericano con epicentro en la Argentina de Perón. En tanto que la sugestiva “demora” para proceder a la detención del Führer en el exilio encontraba sus verdaderas motivaciones en la necesidad de preservarlo sano y salvo, como un impensado socio en la lucha anticomunista de los días de posguerra por venir.

Era evidente que Hoover (y la política exterior norteamericana) estaba particularmente interesado en seguir el rastro dejado por Hitler, aunque en ninguna circunstancia para detenerlo, sino para protegerlo.

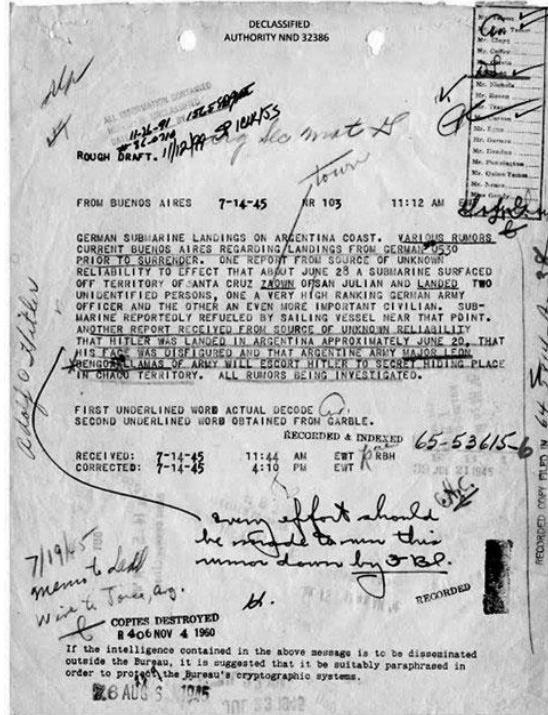
¿Pero estaba Hitler realmente interesado en ser parte de semejante conspiración?

Dejando abierta la posibilidad de una respuesta afirmativa de su parte, en noviembre de 1945 los parcializados jueces aliados de los tribunales de Núremberg se encargaron de perpetrar una de las más grandes operaciones de engaño y distracción de la historia, cuando hicieron de Hitler un hombre que, de estar vivo como estaba, ya no tendría causas pendientes con la justicia internacional.

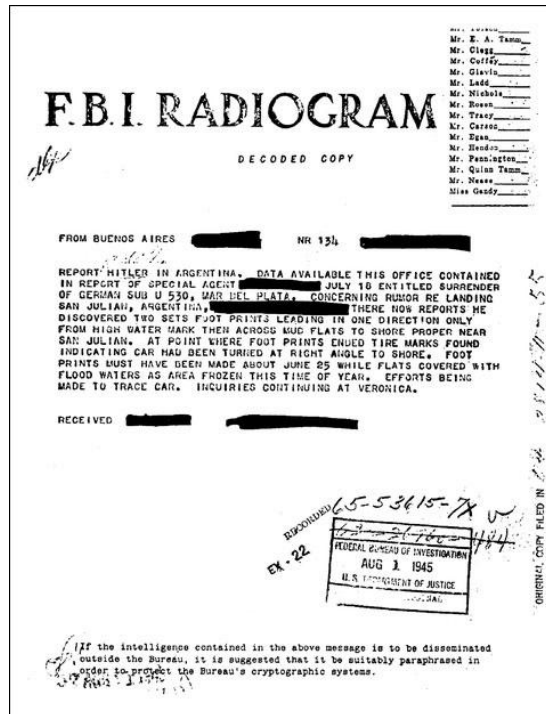
No puede leerse de otro modo la extraña determinación de no juzgarlo *in absentia*, tal como sí sucedió en el caso de Martin Bormann, de quien se sospechaba su encubierto paso a la clandestinidad.

Solo así podría lograrse el éxito de la misión, al declarar como una verdad irrefutable la muerte de Hitler, sin aportar siquiera la más mínima prueba o demostración.

Pero por supuesto no fueron ellos los únicos encargados de preparar el escape protegido de Adolf Hitler, Eva Braun y sus más cercanos colaboradores hacia la Argentina peronista, como luego se verá.



Documento del FBI con detalles sobre la llegada de Adolf Hitler a la Argentina y la colaboración prestada por el mayor Justo León Bengoa, 14 de julio de 1945.



Documento del FBI sobre la posible llegada de Adolf Hitler a la Argentina a bordo del submarino U-530 en la localidad patagónica de San Julián, 1 de agosto de 1945.

Office Memorandum • UNITED STATES GOVERNMENT

TO : Director, FBI
 FROM : SAC, Los Angeles
 SUBJECT: ██████████ AND REPORT ON
 ██████████ INTERNAL SECURITY - C

DATE: August 14, 1945

The following information was brought to the attention of the Los Angeles Field Office by ██████████ who advised that the information was originally received by an individual on the ██████████

██████████ Hollywood, who it has been ascertained is a radio actor and "bit" parts movie player, reported that certain sources placed Adolf Hitler in hiding in Argentina. According to ██████████ he met a man named ██████████ who is of Spanish-Argentinian descent, at a club in Hollywood, and after several hours of general conversation ██████████ told ██████████ about a tremendous project that was bothering him and wanted to know if ██████████ could help him. It followed that ██████████ who speaks fluent Spanish, was one of four men who saw Hitler and his party when they landed from submarines in Argentina two and a half weeks after the fall of Berlin.

The first submarine reportedly docked at approximately 11:00 at night, and the second submarine about two hours later. Hitler was reported to have been aboard the second submarine and with two women, a doctor, and several other men numbering in or about fifty persons came ashore. Pack horses were waiting for the group, and at daylight an all-day trip inland toward the foothills of the Southern Andes was started, and at dusk the party arrived at the ranch where Hitler and his party are now in hiding. According to ██████████ this affair was arranged by six top Argentine officials as far back as 1942, and ██████████ further reports that if Hitler is apprehended the names of these six top officials will be revealed. ██████████ is ready also to reveal the names of the three other men who, with ██████████ helped HITLER inland to his hiding place.

██████████ advised that he was given \$15,000 for helping in the deal, and wishes to state at this time that he does not want to become any further involved, and realizing that it is only a matter of time before Hitler is apprehended, he is desirous of clearing himself at this time.

██████████ informed that two interesting things were mentioned on the inland trip. One was that the reason the French channel ports held out against the Allies after the fall of Berlin was to allow Hitler to leave from one of

COPIES DESTROYED
 207 NOV 1 1960

50 SEP 7 - 1945

RECORDED
 149
 5-361-23
 11-11-45
 11-11-45

Documento del FBI con datos sobre la llegada de Hitler a la Argentina, 14 de agosto de 1945.

República Argentina
 Ministerio de Marina

PARA CIPRAR

COMANDANTE EN JEFE DE ESCURIOS Y ESCUMAR:

LEVANTAR PATRULLADO DE LA COSTA.
 MARINA.

ES COPIA

21 de Julio de 1945.

HECTOR VERNENGO LIMA
 VICELIBRANTE
 JEFE DEL ESTADO MAYOR GENERAL

ES COPIA FIEL
 DEL ORIGINAL

Orden de Vernengo Lima para levantar patrullado de las costas argentinas ante la llegada de U-Boots, 21 de julio de 1945.

[77](#) Cablegrama de David G. Berger, primer secretario de la embajada de los Estados Unidos en Buenos Aires, al secretario de Estado Cordell Hull. N.º 000.515/12-644, OSS expediente XL6811, 10 de marzo de 1945.

[78](#) Informe del agregado militar de los Estados Unidos en Berna (Suiza) a la División de Inteligencia Militar, CID N.º 123156/IG 4812, 28 de marzo de 1945.

[79](#) Jorge Camarasa y Carlos Basso Prieto, *América nazi*, Buenos Aires, Aguilar, 2014.

[80](#) Vale mencionar que durante ese mismo mes de agosto de 1945 el Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto de la Argentina –sobre el que recaía la investigación– fue encabezado sucesivamente por una larga lista de ministros como César Ameghino (del 18 de enero al 9 de agosto); Amaro Ávalos (del 9 al 21 de agosto); nuevamente César Ameghino (tan solo entre el 21 y el 27 del mismo mes) y luego Juan Cooke (del 27 de agosto al 12 de septiembre). El cargo y la complicidad para colaborar con el régimen de Perón le caían finalmente como anillo al dedo a Cooke, quien durante la despedida de Spruille Braden de la Argentina le habría prometido, junto con Hortensio Quijano, que “extirparían al nazismo y terminarían con la infiltración totalitaria”.

[81](#) Eugenio Rom, *Así hablaba Juan Perón*, Buenos Aires, Arturo Peña Lillo Editor, 1980.

[82](#) *Ibid.*

[83](#) *TheNew York Times*, 19 de abril de 1945.

[84](#) Comunicado del Ministerio de Marina de los Estados Unidos, 13 de junio de 1945.

[85](#) Cable de la agencia periodística United Press, 18 de julio de 1945.

[86](#) Extraído de un artículo publicado en *Washington Times Herald*, Estados Unidos, 18 de julio de 1945.

[87](#) Declaraciones de César Ameghino, *ibid.*

[88](#) La obtención de esos rastros de huellas de parte de los agentes del FBI en las playas del sur argentino fue posible debido a que en esa época del año –de riguroso invierno y muy bajas temperaturas– las huellas se conservaron congeladas.

[89](#) Alberto Teisairé sería el 23.º vicepresidente de la nación argentina, entre el 7 de mayo de 1954 y 16 de septiembre de 1955, al secundar al presidente Juan Domingo Perón.

[90](#) Radiograma N.º 247 enviado el 26 de julio de 1945 por agentes del FBI desde Montevideo (Uruguay) a John Edgar Hoover.

[91](#) Cablegrama enviado desde Buenos Aires a John Edgar Hoover el 11 de agosto de 1945.

[92](#) Documento enviado desde la embajada de los Estados Unidos en Londres a John Edgar Hoover, con información obtenida por la Oficina Europea del Bureau, 17 de septiembre de 1945.

[93](#) Documento redactado por agentes del FBI en Los Ángeles tras la declaración de un testigo, informando la llegada de Hitler a la Argentina, 14 de agosto de 1945.

[94](#) *Ibid.*

Capítulo 9

Lealtad a Perón

*“Si el coronel Perón no fue parte
del plan para su remoción,
en un esfuerzo por hacerlo un mártir
y por lo tanto más agradable
para los votantes civiles,
entonces su remoción será
para mejor de los argentinos.
Pocos sucesores podrían tener
sus talentos demagógicos”.*

Artículo escrito por Arnaldo Cortesi,
publicado en *The New York Times*, 11 de octubre de 1945

Las mentiras del 17 de octubre

El 12 de abril de 1945 la muerte del presidente Franklin D. Roosevelt marcó el verdadero punto de inflexión de las relaciones entre los Estados Unidos y la Argentina. Las políticas tolerantes del fallecido mandatario para con el régimen argentino, dados los posibles beneficios que representaba como freno al avance comunista en Sudamérica, quedaron definitivamente relegadas con la llegada de Harry Truman a la Casa Blanca. Este propuso un giro notable en materia de relaciones exteriores al identificarse con los “halcones” del ala dura, desde cuya perspectiva el caso de la Argentina merecía un tratamiento especial debido a sus pretensiones de erigirse como nueva potencia mundial contrapuesta a los intereses geopolíticos de los Estados Unidos en la región.

Claro que en realidad lo que resultaba aún más interesante a ojos de los estadounidenses era la posibilidad de expropiar los millonarios bienes alemanes que pronto serían “argentinizados” por Perón. Aunque pese a esa aparente unidad de criterios también se daban contradicciones en el seno mismo del gabinete de Truman, donde convivían funcionarios partidarios de políticas intolerantes ante casos como el de la Argentina con

otros influyentes personajes como Edward R. Stettinius (secretario de Estado en reemplazo de Hull) y Nelson A. Rockefeller (subsecretario para Asuntos Latinoamericanos), que buscaban dar por terminado el conflicto con la eternamente cuestionada Argentina. Mientras unos procuraban detener los intentos argentinos por ponerle palos en la rueda a los Estados Unidos, otros priorizaban el costado anticomunista del régimen de Farrell y Perón.

Fue en coincidencia con esas desinteligencias de la administración norteamericana cuando la población argentina comenzó a dar los primeros indicios de malestar frente al régimen imperante. Esto llevó a los militares a comenzar con una serie de redadas (como medida precautoria ante la sospecha de multitudinarias manifestaciones de júbilo ante la inminente caída del régimen nazi) que culminaron con la detención de centenares de civiles y militares acusados de conspirar contra las máximas autoridades de la nación.

El momento y los métodos elegidos para neutralizar a los opositores no podían haber sido más inoportunos, ya que se dieron justo cuando las relaciones entre la Argentina y los Estados Unidos estaban al borde de inflamarse como nunca jamás. Algo que sin embargo no había impedido que poco antes se restablecieran las relaciones diplomáticas previamente interrumpidas, una medida que fue tomada por muchos como una inequívoca aceptación al régimen militar.

No obstante, la realidad era otra y nada podía sacar de la cabeza de los estadounidenses que el gobierno argentino era poco menos que una auténtica banda de farsantes nazifascistas dispuestos a provocar inconvenientes, tensión e inestabilidad.

Con esas dos tendencias contrapuestas fue que Truman decidió enviar a Spruille Braden a Buenos Aires como nuevo embajador, cuya gestión no pasó inadvertida al convertirse en vocero de quienes buscaban impedir el inevitable avance de Perón.

La decisión de enviarlo a la Argentina también era en cierto modo difícil de explicar si se tiene en cuenta que tanto Stettinius como Rockefeller pretendían poner paños fríos a la por demás complicada relación bilateral, mientras que Braden representaba el estilo más duro, característico de los días de Hull.

Como si se tratara de dos políticas paralelas, mientras Truman enviaba a Braden para poner en vereda al régimen, desde el Departamento de Estado se mandó a Avra Warren (un funcionario cercano a las ideas del “apaciguador” Sumner Welles), junto con representantes de los sectores económicos y militares estadounidenses para reunirse con Perón. Se pretendía alcanzar acuerdos que —de llegar a buen puerto— le permitirían a la Argentina poder equiparse con armamento provisto por el coloso del Norte, algo que en definitiva no era otra cosa más que un buen modo de ejercer más presión sobre el poco confiable régimen militar.

Braden llegó a la Argentina el 19 de mayo de 1945 y – tras enterarse de la misión de Warren – hizo tronar el escarmiento dejando en claro que no habría ningún tipo de acuerdo o claudicación ante el gobierno de no mediar su previa aprobación.

Entretanto, la raleada oposición política argentina encontró en el nuevo representante diplomático norteamericano (quien tenía millonarios intereses comerciales en América Latina) a un válido interlocutor que se involucraba públicamente en asuntos internos del país y fomentaba la organización de la Junta de Coordinación Democrática. Esto derivó en la Marcha de la Constitución y la Libertad llevada a cabo el 19 de septiembre de 1945, una oportunidad en la cual las diferentes facciones políticas opositoras se manifestaron claramente contra el gobierno.

La gestión de Braden resultó breve y violenta, marcada por inocultables enfrentamientos con integrantes del gobierno argentino, pero fundamentalmente con Perón, lo que motivó que Truman determinara su regreso a los Estados Unidos. No fue para quitarlo del medio sino, por el contrario, para asignarlo al cargo de subsecretario de Estado en Asuntos Latinoamericanos, desde donde podría monitorear el proceso dado en la Argentina con un nivel más bajo de confrontación.

El 23 de septiembre Braden subió al avión que lo devolvía a su tierra, no sin antes decir “que nadie se imagine que mi transferencia a Washington significa el abandono de la tarea que he emprendido”.

Los hechos y el tiempo le dieron la razón.

Al día siguiente John Moors Cabot –quien se desempeñaba como encargado de Negocios– quedó interinamente al frente de la embajada de los Estados Unidos. Fue testigo e informante de las medidas adoptadas por el grupo de oficiales de quienes se sospechaba una inminente maniobra para colocar a su hombre fuerte en la presidencia de la nación y perpetuarse en el poder.

Un documento presentado por la oposición política –en el que se reclamaba el regreso de la normalidad institucional en el país– y el fracaso de un golpe encabezado por el general Rawson en la provincia de Córdoba le dieron a Perón y a quienes lo secundaban la excusa perfecta para comenzar la “limpieza” que luego iban a profundizar. Mientras que el 5 de octubre Cabot envió sendos radiogramas a Truman informando sobre los operativos del gobierno contra varias universidades, que culminaron con el arresto de más de dos mil estudiantes y activistas opositores en un solo día, unas medidas que no se limitaron a sectores civiles de la sociedad y aceleraron definitivamente el proceso de la nueva revolución filonazi a punto de comenzar.

Apenas había pasado un día desde el quincuagésimo cumpleaños de Perón, cuando el 9 de octubre un grupo de camaradas de la guarnición de Campo de Mayo exigió su

renuncia ante Farrell y dio inicio a una de las mayores operaciones de engaño de la historia argentina con una movida magistral que pretendió simular un cambio para que en realidad nada se modificara. En la designación de Oscar Nicolini al frente del Ministerio de Correo y Telecomunicaciones (llegado por recomendación de Eva Duarte), cierto sector del Ejército creyó ver el primer intento de Perón por lograrlo.

La idea era simple: desde su puesto Nicolini podía manipular el recuento de votos de un futuro proceso electoral que Perón ya comenzaba a planear en su propio beneficio. Ese fue el detonante para que oficiales del Ejército representados por el general Eduardo Ávalos presionaran a Farrell pidiendo la dimisión del cuestionado vicepresidente y superministro de la nación.

Claro que detrás de la movida había un plan perfectamente orquestado porque, pese a verse obligado a renunciar, el 10 de octubre Perón pudo despedirse de “sus” trabajadores frente a la Secretaría de Trabajo y Previsión, no sin antes anunciar un masivo aumento de sueldos y la implementación del salario mínimo vital y móvil. Esta operación fue extrañamente coronada con el discurso del “renunciante” transmitido a través de la radio por el propio Nicolini en cadena a toda la nación. Luego pasó por la Jefatura de la Policía Federal, se despidió figuradamente del coronel Filomeno Velazco y se retiró poco después con la más maravillosa música que hasta entonces habían escuchado sus oídos. No era la voz del pueblo argentino, sino la de los adictos agentes policiales que lo despidieron al grito de “¡Viva Perón!”.

Acto seguido, emisarios antiperonistas visitaron a Hortensio Quijano (ministro del Interior) y lo presionaron para que relevara de la jefatura policial al filonazi Velazco, sin advertir que en otra hábil maniobra se designaba en su reemplazo al coronel Aristóbulo Mittelbach, otro fiel ladero de Perón.

Mientras el 11 de octubre el pueblo tomaba las calles reclamando por el mantenimiento de las conquistas sociales a punto de ser arrebatadas bajo la consigna de “fuera los nazis del gobierno”, con el firme propósito de exigir su entrega a la Corte Suprema de Justicia, también había quienes estaban debidamente advertidos de la movida. Entre ellos se encontraba Arnaldo Cortesi (corresponsal de *The New York Times* en Buenos Aires), encargado de hacer una acertada lectura de la situación al escribir:

[...] que el remedio [su forzada partida en manos del grupo de oficiales del Ejército de quienes había derivado su poder] sea mejor o peor que la enfermedad peronista que él ha infligido al pueblo argentino queda por verse. Si el coronel Perón no fue parte del plan para su remoción, en un esfuerzo por hacerlo un mártir y por lo tanto más agradable para los votantes civiles, entonces su remoción será para mejor de los argentinos. Pocos sucesores podrían tener sus talentos demagógicos.⁹⁵

Su descripción de los hechos iba en perfecta sintonía con lo expresado en un documento enviado por el Departamento de Estado norteamericano a funcionarios de la embajada y a agentes del FBI apostados en Buenos Aires, en el cual se informaba:

[...] el fracaso en eliminar intereses e influencia de las potencias del Eje y una actitud benigna y simpatizante para con un restablecimiento de la organización alemana y su influencia en las repúblicas americanas son factores importantes en este análisis [...] organizaciones argentinas y ciudadanos a título personal han expresado su condena a los abusos en contra de los derechos constitucionales y las libertades civiles. A importantes agentes nazis, de los cuales el Departamento [de Estado] posee abundante evidencia incriminatoria, se les ha permitido permanecer libres a pesar de las repetidas protestas hechas por este gobierno para que sean arrestados.

En esas complicadas circunstancias, el 12 de octubre nada pudo evitar la masiva protesta popular congregada frente al Círculo Militar, un hecho que inflamó los ánimos y amalgamó a las Fuerzas Armadas contra los manifestantes. En tanto el variopinto espectro político se reunía con los representantes del régimen en busca de una salida consensuada y trataba de evitar situaciones que luego se pudieran lamentar.

Mientras Vernego Lima vociferaba desde los balcones del Círculo Militar que “todos los culpables de este estado de cosas serán castigados, empezando por Perón” y la jornada culminaba con refriegas generalizadas, heridos, detenidos y la muerte del doctor Eugenio Ottolenghi a manos de la policía pro peronista, Perón y Eva encontraban refugio en una isla del Tigre. Se retiraron del centro mismo de la escena para mantener estratégicos encuentros con dirigentes gremiales, con quienes acordaron la organización de un gran movimiento de agitación.

La casa⁹⁶ era propiedad de Rodolfo Freude, hijo de Ludwig Freude y cuñado del agente nazi Werner Koennecke (muy relacionado con el Banco Germánico y testaferro de Himmler en la Argentina). Eran integrantes de un tándem conocido por los más allegados como “la *clique* Freude-Perón”, cuyo principal objetivo en esa coyuntura fue construir la nueva imagen del militar y hacerlo “más agradable para los votantes civiles”, en una hábil jugada que estaban más que dispuestos a concretar.

Las primeras consecuencias de esas reuniones fueron el anuncio de la detención de Perón en la prisión militar de la isla Martín García y la llegada de Juan Fentanes a la Secretaría de Trabajo y Previsión, cuyas posibles medidas presagiaban la pérdida de todas las conquistas sociales hasta entonces alcanzadas y la idea oculta de “hacer sentir la ausencia de Perón”. Esta situación llevó a que los dirigentes de la CGT (Confederación General del Trabajo) se reunieran para determinar los próximos pasos y dejaran expuestas dos posturas claramente diferenciadas.

Si bien todos coincidían en la necesidad de reclamar por el mantenimiento de las conquistas sociales, la gran diferencia entre los sectores radicaba en que la postura oficial representada por el secretario general Silverio Pontieri no mencionaba —en ningún punto del documento— a Perón reclamando su regreso. Mientras que los únicos que apoyaban al militar “desplazado” eran los sindicatos identificados como “autónomos”, liderados por Cipriano Reyes. Esta situación fue zanjada con el triunfo de la posición oficialista, que convocó a un paro general para el día 18. Sin embargo, Perón y sus adeptos en la central obrera acordaron por su lado una movilización para la jornada del 17.

El 16 de octubre se inició el “operativo retorno”: unos grupos organizados del gremio de la carne, encabezados por Reyes, marcharon desde Berisso y Ensenada hasta Buenos Aires pidiendo por el regreso del “detenido” Perón. En tanto el gobierno por su lado orquestaba otra movida y aseguraba su presencia en el mismísimo lugar de los candentes acontecimientos, trasladándolo entre gallos y medianoche desde el presidio de Martín García al Hospital Militar en la Capital Federal.

A primera hora del 17 de octubre, el diario *Crítica* denunció desde su portada que “grupos aislados que no representan al auténtico proletariado argentino tratan de intimidar a la población”,⁹⁷ anticipando los primeros ataques violentos perpetrados por peronistas, tal como luego fue replicado en las páginas de *The New York Times*:

[...] el coronel Perón, quien hace solo ocho días fue echado del gobierno argentino por el Ejército y fue enviado como prisionero a la isla Martín García, protagonizó un sensacional regreso hoy y confirmó quién es el “hombre fuerte” en Argentina. [...] Un gran grupo atacó al diario *Crítica*, cuyas sirenas se hicieron oír en toda la ciudad en un infructuoso esfuerzo por atraer la atención hacia sí y conseguir ayuda. La policía, sin embargo, no se veía por ningún lugar.

Poco después fue el corresponsal Arnaldo Cortesi quien realizó otra acertada pintura de los acontecimientos al asegurar que el avance de los grupos armados peronistas le hizo recordar la marcha sobre Roma de los camisas negras de Benito Mussolini.

Como fuera, el momento tantas veces esperado finalmente había llegado.

Los arreglos de última hora y las febriles reuniones llevaron a Farrell a salir al balcón de la Casa de Gobierno para anunciar el glorioso regreso de Juan Domingo Perón. Cuando faltaban cinco minutos para que terminara la noche del 17 de octubre de 1945, el abrazo sentido entre el presidente de facto y el “regresado” coronel le puso broche de oro a la monumental farsa para tomar el control y perpetuarse solapadamente en lo más alto del poder.

Claro que si algo faltaba para dejar expuesto lo ingenioso del plan, allí estaban por supuesto las palabras del propio militar: “Ya para entonces —dijo Perón— teníamos

preparada a la juventud. No podíamos perder ninguna elección, eso estaba clarísimo. Cuando la noche del 17 de octubre llegué a la Casa de Gobierno, le dije a Farrell: ‘¡Vamos, llame de una vez a elecciones, hombre! ¿O quiere que nos arruinen la revolución?’”⁹⁸

La histórica jornada culminó, figuradamente, cinco días después, cuando Perón y Eva Duarte estamparon su firma en un modesto registro civil de la ciudad de Junín y se convirtieron en matrimonio, sellando su “lealtad” frente a Dios en la ciudad de La Plata pocos días después.

Seguir a Hitler

En coincidencia con estos acontecimientos y a pocos días de su regreso definitivo a Washington, el embajador Braden envió una carta a la Cancillería argentina para hacerles saber que los norteamericanos estaban en pleno conocimiento de las comunicaciones mantenidas entre las tripulaciones de los submarinos U-530 y U-977 con autoridades argentinas durante las jornadas previas a sus respectivas rendiciones. Esta advertencia luego llegó a manos del capitán de navío Athos Colonna, perteneciente a la reducida (pero influyente) facción de la Armada alineada con el GOU.

Tras la advertencia norteamericana, el 21 de septiembre de 1945 Hoover recibió un *paper* desde Los Ángeles con la ampliación declaratoria de un informante bautizado simplemente como “Jack”, quien aseguraba ser uno de los cuatro hombres presentes cuando Hitler desembarcó del segundo de dos U-Boots (alrededor de la una de la madrugada en una fecha estimada entre el 20 y el 25 de julio de 1945) en la Patagonia, luego de acuerdos alcanzados a fines de 1944 con seis altos oficiales argentinos.

El informante reconoció haber cobrado \$15.000 por los servicios prestados (cargar algunos vehículos con bultos bajados de los U-Boots) y a modo de intento por comprar su silencio, algo que no fue suficiente, ya que ante oficiales del FBI declaró que Hitler y un grupo de cincuenta personas (incluida Eva Braun) habían desembarcado en el golfo San Matías, cerca de la península de Valdés, en el sur de la Argentina. Agregó que esa zona era ideal, dada su cercanía con localidades como San Antonio Oeste, Viedma, lago Musters en Chubut, Rawson y Carmen de Patagones, en donde la influyente colonia alemana previamente establecida podía darles momentánea protección.

El hombre dijo saber los nombres de los militares y otros civiles, pero por algún motivo desconocido jamás reveló la identidad de quienes llegaron a participar de la operación.

Aclaró que su idea había sido la de declarar ante autoridades norteamericanas una vez que Hitler y sus colaboradores (alemanes, argentinos, civiles y militares) fueran detenidos, pero pese a sus buenas intenciones ni Hoover ni ninguna otra autoridad de los Estados Unidos dio las más mínimas señales de querer detener al escurridizo Führer alemán.

Se desconoce si después de este testimonio ante agentes del FBI el misterioso Jack aportó más detalles o no. Su rastro dio la sensación de esfumarse para siempre. Sin embargo, muy posiblemente haya sido el mismo Jack quien dio señales de vida en agosto de 1956, cuando Perón se encontraba en los tramos iniciales de un prolongado exilio tras su derrocamiento a manos de la Revolución Libertadora.⁹⁹

Desde mucho antes de su caída, la opción de asesinar a Perón fue una de las que más barajaron los militares opositores para sacarlo de circulación. Fue así que mientras el —para entonces— ex presidente se encontraba en Caracas (Venezuela), funcionarios de la embajada argentina en Tánger (en el extremo norte de Marruecos), en combinación con agentes de la CIA y el FBI, contactaron a un mercenario yugoslavo para que se encargara de la misión. El hombre era Jack, a quien recién tras su encubierto arribo a la capital venezolana se le dio a conocer la identidad del personaje a quien debía eliminar.

Pero por razones nunca determinadas, cuando Jack supo que la víctima sería Perón se negó a ejecutar el plan. Tomó contacto con el exiliado militar y lo puso al tanto del complot, tras lo cual partió desde Venezuela con rumbo desconocido para no ser visto nunca más. “Lo recuerdo alto, rubio, con una camiseta negra y, dentro de su profesión, un caballero, porque entre ellos también hay una ética”,¹⁰⁰ recordó el propio Perón en sus memorias.

Entre tanto, ese mismo mes de octubre de 1945, mientras en la Argentina se daba la estocada final para colocar a Perón en lo más alto del poder, en la ciudad de Berlín el general Lucius Clay (mano derecha del general Dwight Eisenhower) reveló por primera vez de manera oficial que las autoridades norteamericanas no estaban en condiciones de saber si Hitler estaba muerto o si se encontraba con vida y protegido en algún lugar.

Si bien contaban con informes y documentos sobre la supervivencia y huida del Führer, la palabra oficial de los aliados se ceñía al incompleto, direccionado y mentiroso informe que los británicos le habían encargado a Hugh Trevor-Roper. Mediante este pretendieron taponar la boca a Stalin, quien sostenía en público que Hitler no solo no había muerto, sino que había escapado primero hacia España y luego hacia la Argentina.

Las declaraciones de Lucius Clay marcaron el punto inicial del reconocimiento de los Estados Unidos respecto de la huida de Hitler. Agregaron además que el ejército norteamericano estaba buscando de manera intensa al Führer, Eva Braun, Hermann

Fegelein (cuñado de Eva), Martin Bormann y a otro alto funcionario nazi cuyo nombre no fue revelado.

Con las evidencias derivadas de las investigaciones del FBI y sus informantes a mano, esos “muertos” daban la escalofriante sensación de haber resucitado sin que nadie se lo pudiera explicar.



El embajador americano en Argentina Spruille Braden.



Harry S. Truman, presidente de los Estados Unidos entre 1945 y 1953.



A la derecha de la foto: Rodolfo “Rudi” Freude (hijo de Ludwig), quien desde un salón contiguo al despacho presidencial determinaba quiénes podían ingresar a la Argentina.



Perón con Farrell en la Casa Rosada.



17 de octubre de 1945: los primeros manifestantes.



El reflejo del inicio de la jornada en la portada del diario antinazi Crítica.

[95](#) Artículo publicado por Arnaldo Cortesi en *The New York Times*, 11 de octubre de 1945.

[96](#) El mismo lugar en donde previamente los agentes del FBI descubrieron una de las estaciones de radio clandestinas.

[97](#) *Crítica*, 17 de octubre de 1945.

[98](#) Tomás Eloy Martínez, *op. cit.*

[99](#) Joseph A. Page, *op. cit.*

[100](#) Torcuato Luca de Tena, Luis Calvo, Esteban Peicovich, *Yo, Juan Domingo Perón. Relato autobiográfico*, Buenos Aires, GeoPlaneta, 1976.

Capítulo 10

Humo y espejos

“La foto que se adjunta fue tomada de las noticias de la prensa norteamericana y se la estoy enviando porque el personaje ubicado a la izquierda [...] tiene un asombroso parecido con Hitler”.

Carta enviada a John Edgar Hoover durante la campaña presidencial de Juan Domingo Perón, 25 de enero de 1946

¿Hitler en la campaña peronista?

El 6 y 7 de junio de 1945 los integrantes de la Comisión Investigadora de las Fuerzas de Ocupación Aliadas en Alemania se pusieron al frente de una serie de interrogatorios cuyo objetivo principal era determinar el grado de responsabilidad de quienes habían colaborado con los nazis en diferentes partes del mundo, con miras a futuros juicios que pronto se llevarían a cabo en su contra.

Uno de los tantos convocados para declarar por la fuerza ante Francis A. Mahony (del Ejército norteamericano) fue Edmund von Thermann (ex embajador alemán en la Argentina), quien hizo gala de una curiosa memoria selectiva mientras procuraba desligarse de las posibles acusaciones, al querer pasar por un personaje de poca monta y nula importancia para muchos de los alemanes que aún estaban en la clandestinidad.

Sin embargo, el oficial norteamericano logró que revelara una larga lista de nombres que claramente relacionaban a los nazis en la Argentina con el régimen militar.

Entre los mencionados estaban Friedrich von Schulz-Hausmann, Ricardo W. Staudt, Emil Tjarks, Thilo Martens y Ludwig Freude. Pero también figuraban el general Basilio Pertiné, el general Juan Bautista Molina, Manuel Fresco y José María Cantilo (calificado por

el diplomático como “alguien no del todo fascista”). No dejó de nombrar a Belisario Gaché Pirán (ministro de Justicia de Perón) y al doctor Enrique Ruiz Guiñazú (ex canciller), para quien tuvo elogiosas palabras al recordar que cuando los nazis se veían en apuros, siempre se mostraba predispuesto a colaborar.

Aunque lo que más interesaba a los interrogadores era saber qué rol jugaba Perón en la estructura de los nazis de posguerra y qué relación tenía con los anteriormente mencionados. Por ello la pregunta no se hizo esperar: “¿Son estos personajes parte del grupo de Perón?”.¹⁰¹ La vaga respuesta de von Thermann al decir “No recuerdo”¹⁰² dejó entrever un intento de protección al encumbrado militar. De todos modos cada punto de su declaración seguía resultando de gran interés, ya que Perón se encaramaba como el candidato con mejores perspectivas para acceder a la presidencia tras las elecciones pautadas para febrero de 1946.

Con la campaña proselitista en su momento culminante, los argentinos se vieron ante la nueva disyuntiva de optar sin medias tintas entre Braden o Perón. Dejaron a la vista otra intratable afrenta a los intereses políticos, económicos y militares de los norteamericanos en la región, en el preciso momento en que Hoover recibió la carta de un informante con identidad reservada que lo puso al tanto de los movimientos de un curioso personaje que estaba donde se supone que no debería haber estado.

“La foto que se adjunta —le dijo— fue tomada de las noticias de la prensa norteamericana y se la envió porque el personaje ubicado a la izquierda [...] tiene un asombroso parecido con Hitler. No sé si será de su interés o no, pero yo creí que debía enviárselo”.¹⁰³

La extraña imagen fue publicada en la sección “Inter-America Week” del periódico *The United States News* en enero de 1946. Y lo que llamaba particularmente la atención era la asombrosa similitud física con Hitler de un oficial del Ejército argentino que acompañaba al sonriente coronel en plena campaña electoral, una idea que por supuesto superaba todo límite imaginable de ridiculez.

Como fuera, con Hitler a su lado o sin él, la anhelada consigna de un millón de votos peronistas pronto se hizo realidad.

Durante el período que fue de las elecciones a la jura de Perón como presidente en junio de 1946, el FBI aceptó y generó decenas de informes sobre posibles avistajes de Hitler, de los cuales el más intrigante fue remitido el 31 de julio por un agente desde Filadelfia, quien revelaba detalles sobre el Führer que curiosamente lo relacionaban una vez más con la Argentina.

El declarante era un abogado de la ciudad de Lancaster, que recibió un sobre en una playa de estacionamiento cuyo destinatario estaba tachado y era imposible de identificar.

Mientras que en el interior había hojas con anotaciones y una lista de pagos hechos por individuos identificados con su nombre de pila y la inicial del apellido, con el título de “Contribuciones para la Organización de la Cruz de Hierro”, junto con otra lista cuyo encabezado rezaba “Seis nuevos integrantes de nuestra organización”.

No obstante, lo más interesante eran los tramos en los que podía leerse:

He escuchado que en agosto de 1946 nuestro querido y amado Hitler saldrá de su escondite y nos dará la dirección de la organización secreta de la Argentina, la cual está integrada por unos 200 miembros, todos de nuestra Patria [...] vi a Adolf Hitler el otro día mientras estaba en la Argentina. Él está considerablemente nervioso pero ha dejado de tomar drogas. Se esconde en un lugar muy seguro mientras nosotros aprovechamos las oportunidades que se presentan. Él comenzó este maldito lío y nosotros debemos seguir adelante con esto.¹⁰⁴

Sobre el final de la carta, el remitente –quien firmó simplemente como “Fritz” – decía que para entonces estaba ultimando los detalles de su viaje a la Argentina. Así las cosas, el director del Bureau ordenó el inicio de una investigación que permitió constatar que uno de los “Seis nuevos integrantes” de la organización era un viejo miembro de la German American Bund, que mantenía contactos con nazis de la Argentina. Esta información fue recopilada en el Memorando N.º 96-3898 de julio de 1946 remitido a Hoover, cuya reacción demostrando sus verdaderas intenciones de capturar a Hitler y sus cómplices se seguía haciendo esperar.

De ser cierto lo dicho en esa carta, ¿planeaba Hitler abandonar la clandestinidad en virtud de la tranquilidad que le daba la llegada de Perón al poder? ¿Sería Perón la cabeza de esa organización en las sombras que daba refugio y protección al Führer?

Para encontrar las posibles respuestas, Hoover y el gobierno norteamericano debieron aguardar un tiempo más.

Una presión diferente

La llegada de Perón a la presidencia llevó a que los Estados Unidos activaran un plan para presionarlo de un modo diferente, al simular un posible acercamiento entre las partes, mientras que en realidad pretendían doblegar su postura e impedir que se convirtiera en un obstáculo insalvable para los intereses geopolíticos estadounidenses a lo largo y ancho del continente. Claro que detrás de esa idea subyacían los verdaderos planes de la administración norteamericana, que procuraba apropiarse de los largamente reclamados millonarios bienes alemanes controlados con celo por Perón en el país.

Para lograr sus objetivos Truman determinó enviar un emisario a la Argentina con precisas intenciones de forzar a Perón a adecuarse, de una vez por todas, a las nuevas necesidades de los Estados Unidos.

Desde el inicio mismo de su gestión el presidente estadounidense dio particular importancia a la situación en la destruida Europa de posguerra y en consecuencia dirigió su mirada a países como la Argentina y Brasil —los más prósperos en Sudamérica— para que colaboraran con los esfuerzos de la lenta reconstrucción en el Viejo Continente.

Respecto de la Argentina, una de las primeras medidas se tradujo en el arribo de Herbert Hoover¹⁰⁵ (ex presidente entre 1929 y 1932), cuya recepción se dio en el marco de un inocultable desinterés oficial, ya que ni Perón ni George Messersmith (nuevo embajador norteamericano en el país) estaban allí para estrecharle la mano al bajar del avión. Una frialdad a dos puntas que tenía su explicación, ya que Messersmith pertenecía a una camada de funcionarios norteamericanos pragmáticos, proclives a la conciliación hasta con gobiernos poco democráticos como el de Perón.

De hecho, era todo un experto en situaciones similares desde sus días como cónsul en Berlín, entre 1930 y 1934, donde entabló contacto con las más altas autoridades del régimen de Hitler. Así dadas las cosas, decidió entonces no recibir al funcionario de su propio gobierno que llegaba con la orden de “apretar” a Perón.

Por el lado del presidente argentino la cosa era más comprensible, ya que no quería que un recibimiento público y cordial fuera percibido por sus “descamisados” como una imperdonable flaqueza de su política antiimperialista, caracterizada por la Tercera Posición. Una postura reforzada con una medida que, a priori, daba la sensación de ser otra afrenta al poder norteamericano, cuando Perón restablecía relaciones diplomáticas con la Unión Soviética de Stalin mientras Hoover llegaba al aeródromo de Morón.

Las gestiones del empresario naviero Alberto Doderó (amigo personal de Perón y Hoover) fueron determinantes para concretar un encuentro el viernes 7 de junio de 1946, pese a la negativa inicial del presidente argentino para que así sucediera. Esta reunión sentó las bases para la cita definitiva que tuvo lugar al día siguiente en Casa de Gobierno, un momento aprovechado por Hoover para esbozar la idea base del plan ordenado por Truman. Los Estados Unidos le exigían a la Argentina el envío hacia algunos de los países más necesitados de Europa —Grecia y Turquía a tope de la lista, por ser la primera línea de lucha contra la expansión comunista en la región— de un millón y medio de toneladas de granos y alimentos adicionales a las pocas exportaciones que efectuaba por entonces. Esto implicaba un esfuerzo sin precedentes para la complicada economía argentina de ese momento.

En otras palabras, el gobierno norteamericano arrinconaba a la Argentina exigiéndole el desmesurado envío de toneladas extra de alimentos a la necesitada Europa en concepto de donación y a cambio de nada.

El 10 de junio se organizó otra reunión con Hoover en la residencia privada de la calle Austria, a la que también asistieron Eva, Dodero y Julius Klein (ex funcionario estadounidense que ofició de traductor). En esta oportunidad, lejos de aceptar el “pedido” norteamericano, Perón contraatacó con una larga serie de exigencias de su parte y se quejó abiertamente de la perjudicial retención del oro argentino en la Reserva Federal de los Estados Unidos (unos \$250 millones de entonces), que deterioraba de manera notable la moneda y el crédito en el país. También protestó por el bloqueo de otros 1204,8 millones de dólares distribuidos en cuentas en los Estados Unidos y Gran Bretaña, con que se pretendía doblegar la reticente postura del gobierno peronista a entregar los bienes alemanes en la Argentina, reclamados por Truman en concepto de “reparaciones de guerra”.

El otro punto en discusión fue la negativa de los estadounidenses a enviar ayuda técnica y financiera tras la adhesión argentina al Acta de Chapultepec, una situación que – sumada al aislamiento al que era sometido el país – degeneró en un incontenible proceso inflacionario que Perón utilizó como argumento válido para negar cualquier tipo de colaboración.

Como era esperable, las cosas no terminaron bien y la Argentina sufrió las consecuencias al quedar marginada de los supuestos beneficios del Plan Marshall, mediante el cual el coloso del Norte determinaba cuáles países podían repartirse la torta de la reconstrucción de Europa y cuáles no.¹⁰⁶

La otra pata del plan pensado por Truman para presionar a Perón también involucró el accionar del FBI y el refuerzo de su política investigativa, especialmente concebida para ser llevada a la práctica en el país.

Así las cosas, mientras a fines de 1946 el director del Bureau replegaba gran parte de sus agentes asignados a misiones en el exterior, en la Argentina hizo todo lo contrario, al mantener activa la mayor plantilla de efectivos fuera de los Estados Unidos durante ese período. Tenía el doble objetivo de impedir que Perón convirtiera al país en la nueva potencia política, económica y militar a nivel regional y se quedara con los millonarios bienes alemanes, mientras al mismo tiempo permitía el ingreso de una interminable lista de nazis que podrían ayudarlo a concretar exitosamente su plan.

Para alcanzar sus objetivos Perón habilitó una comisión de asesores confidenciales conocidos en su círculo íntimo como los *Verwandte* (“los parientes”), que dependían de la Dirección Nacional de Migraciones. Al frente puso al comisario Santiago Peralta, un declarado nazi de la Policía Federal que reportaba a Rodolfo *Rudi* Freude (hijo de Ludwig),

quien desde un salón contiguo al despacho presidencial determinaba qué clase de gente podía entrar a la Argentina y quiénes no estaban autorizados a ingresar.

El grupo –también conocido como la Comisión Peralta– estaba integrado por Pierre Daye (reclamado en 1947 por la justicia belga para juzgarlo como criminal de guerra, una petición denegada por Perón), Jacques Marie de Mahieu (un entusiasta de las SS que escribía artículos sobre teorías raciales y biopolítica) y Branko Benson (ex embajador en Berlín de la Croacia colaboracionista con los nazis que recién llegado a Buenos Aires pasó a ser médico personal de Perón). Entre sus primeras medidas recomendaron la “desnazificación” de Ludwig Freude, otorgándole la nacionalidad argentina y nueva documentación para impedir que los norteamericanos solicitaran su inmediata extradición.

El nexo entre Rudi Freude y los nazis en Europa era Horst Carlos Fuldner, un ex capitán de las SS nacido en la Argentina, que llegó a ser importante engranaje del Servicio de Información Exterior. Reportaba a Walter Schellenberg, quien lo envió a España para asegurar el escape de nazis hacia Sudamérica, hasta que el generalísimo Francisco Franco cedió a la presión de los Estados Unidos y permitió la persecución de agentes del III Reich. Este momento fue elegido por Fuldner para viajar a la Argentina, acercarse a los Freude y dar inicio a un nuevo vínculo de estrecha colaboración. En 1947 regresó a Europa, pero ya no trabajaba para Schellenberg, sino para el aparato de seguridad del mismísimo Perón. Coordinó los viajes con las oficinas clandestinas de emigración previamente instaladas por el gobierno argentino en Berna y Génova, en combinación con la empresa naviera de Doderó, un sistema perfeccionado tras el viaje de Eva Perón a Europa, como veremos a continuación.¹⁰⁷

En estas maniobras también fue muy importante la participación de la Conexión Danesa, una sociedad entre diplomáticos argentinos y nazis en fuga establecidos en Dinamarca. Sus viajes se gestionaban desde las oficinas de la agencia Vianord, en la calle Suipacha de Buenos Aires, donde trabajaba Ragnar Hagelin, un joven y valiente empleado que años después expuso su propio pellejo al denunciar el encubierto accionar de esa organización.¹⁰⁸

Claro que el otro importante punto en cuestión puesto bajo la inquisidora lupa del FBI era el de las millonarias inversiones alemanas en la Argentina y la inocultable negativa de Perón a proceder al vaciamiento y la confiscación de la multimillonaria propiedad enemiga.

Argentinización de bienes alemanes

El 4 de junio de 1947 los norteamericanos pudieron hacerse de nueva información sobre el sistema de traspaso de bienes alemanes hacia la Argentina gracias a la declaración testimonial del reaparecido Heinrich Jürges ante el oficial W. W. Blanke de la Oficina del Gobierno Militar de los Estados Unidos para Alemania con sede en Berlín. Estos datos fueron remitidos de inmediato a la embajada estadounidense en Buenos Aires y a las oficinas centrales del FBI en Washington, rotulados como “asuntos de máxima seguridad”.

Jürges denunció como principales lavadores de dinero a Werner Koennecke, Heinrich Homann, Karl Schmidt, Walter Wilkening, Max Neve, Heinrich Dörge y el conde Leberecht von Blücher. Y los relacionó con socios argentinos como Ernesto Aguirre, Joaquín S. de Anchorena, Guillermo Zorraquín, Pedro Olivé, Enrique Urien, Eduardo Tornquist, Carlos Meyer Pellegrini, Alfredo Fortabat, Orestes Confalonieri, Enrique Ruiz Guñazú, Gustavo Martínez Zuviría, Belisario Gaché Pirán, Juan Carlos Goyeneche, Matías Sánchez Sorondo, Antonio Delfino y Manuel A. Fresco, entre los más destacados.¹⁰⁹

Pero no eran estos los únicos observados, ya que por estas mismas cuestiones la inteligencia de los Aliados también tenía entre ceja y ceja a Perón.

De hecho, ya en febrero de 1947 agentes del SIS (Special Intelligence Service o Servicio Especial de Inteligencia) con asiento en Buenos Aires informaron al FBI sobre la curiosa política de deportación de agentes y confiscación de bienes alemanes implementada. Instaron a que se instrumentaran los mecanismos necesarios que permitieran de una vez por todas el cumplimiento efectivo de lo acordado entre los Estados Unidos y la Argentina tras la firma del Acta de Chapultepec. Esta implicaba la detención y la entrega de nazis de importancia que aún operaran en el país y enviarlos a lugares donde las autoridades norteamericanas les indicaran. A todas luces esto era algo que no sucedía y le valió a Perón ganarse el mote de “llenador de cuotas”, dada la deportación de agentes de poca monta o nula importancia en la organización.

En lo referido puntualmente a la confiscación de propiedad alemana, las ambiciosas proyecciones de los norteamericanos se contraponían de modo llamativo a los magros resultados obtenidos entre la elección presidencial de Perón y el mes de julio de 1946.

Si bien a mediados de ese año —según Perón lo anunciaba— se mantenía bajo “investigación” a más de doscientas empresas de capital alemán y se seguía el movimiento de cuentas de más de ochocientas personas, la inteligencia norteamericana advirtió la excesiva “cautela” con la que procedía el presidente argentino a la hora de cumplir los compromisos adquiridos, ya que encontraba un vericuetto legal por medio del cual esgrimía que muchas de las empresas eran mixtas, puesto que sus directorios estaban integrados por alemanes, pero también por argentinos.

Mediante esas hábiles maniobras de distracción Perón pretendía hacer creer que se inyectaba capital nacional a esas firmas alemanas, algo que no era cierto, dado que se lograba a través de dinero que los mismos alemanes triangulaban poniéndolo a nombre de testaferros mediante un efectivo sistema de lavado de divisas camuflado como legítima inversión argentina, que hacía muy complicado (cuando no imposible) el proceso de liquidación.

En julio de 1946 Perón cortó por lo sano: eliminó la incómoda “lista pública” de empresas, dio por terminada la poco creíble investigación del “Censo Refugio” (remanente de los días de Farrell) y aprobó por decreto la “liquidación” de empresas alemanas. Pero se opuso terminantemente a la desaparición de las que no encontraran su debido reemplazo en firmas ciento por ciento argentinas. Por esta razón serían “argentinizadas” y pasarían a estar bajo el absoluto control del Estado, que en ese caso era lo mismo que decir que iban a manos del presidente del país.

El gran interés demostrado por los estadounidenses por hacerse del inmenso patrimonio de los alemanes en la Argentina estribaba no solo en la avidez por las millonarias sumas en juego, sino por la gran variedad de rubros que la producción y los servicios de esas empresas ofrecían. Esto les daría a los Estados Unidos enormes ventajas en el campo económico, pero al mismo tiempo desde el punto de vista estratégico (e incluso militar), de cara al nuevo dibujo del mapa geopolítico de entonces, ya culminada la Segunda Guerra Mundial.

Lo más interesante de los bienes alemanes en el país, a ojos de los norteamericanos, era que esos capitales se habían diversificado tanto como para convertirse en auténticos monopolios en las más importantes ramas de la economía argentina. Entre ellas el suministro de energía eléctrica, la producción metalúrgica, la industria de la construcción, importantes empresas aseguradoras y filiales locales de las más poderosas firmas químico-farmacéuticas. Un negocio millonario que —de ser controlado por ellos— allanaría de manera definitiva el camino de sus propias ambiciones geopolíticas de hegemonía en el hemisferio occidental. Sin embargo, Perón estaba firmemente decidido a evitarlo.

A fines de 1946 era evidente que cualquier medida tendiente a la confiscación de la codiciada propiedad alemana estaba cada día más lejos de concretarse (al menos del modo pretendido por la administración norteamericana). Sobre todo tras advertir que mediante hábiles maniobras de humo y espejos Perón convirtió a la ya mencionada Junta de Vigilancia y Disposición Final de la Propiedad Enemiga en la Dirección de Vigilancia y Confiscación Final de la Propiedad Enemiga, a la que reemplazó luego por la Comisión Nacional de Administración de la Ley 13891. Unos nombres tan laberínticos como sus poco claras actividades y daban la extraña sensación de confirmar un viejo axioma —muchas

veces atribuido al mismísimo Perón— que sostenía: “Cuando quiera que una investigación no avance, cree una comisión”.

Lo cierto es que las empresas alemanas establecidas en el país fueron puestas bajo el ala de la Dirección Nacional de Industrias del Estado (DINIE),¹¹⁰ una compleja operatoria mediante la cual el primer mandatario pretendía echar guante a fortunas que en absoluto le pertenecían, según advirtieron el gobierno de los Estados Unidos y los traicionados jefes del bando alemán.

Fue así que muchas firmas pasaron a pertenecer de facto al Estado, aunque también se dieron los casos en los que el ambicioso presidente implementó una diferente modalidad. Por ejemplo, las empresas manejadas por Thilo Martens, Ricardo W. Staudt y Ludwig Freude, a quienes Perón interpuso un sistema de “apriete” que se tradujo en la obligación de esos agentes del nazismo a pasarle un “bonus” mensual que se contaba por millones y debía ser traspasado directamente a su cuenta bancaria personal.

Como parte de ese mismo proceso fraudulento Perón “argentinizó” la Química Schering, en cuya dirección colocó al general Alejandro von der Becke. Se apropió de unas 15.000 patentes medicinales y otros tantos secretos que —de ser introducidos al mercado químico y farmacéutico internacional— redundarían en cifras millonarias imposibles de calcular. Un caso similar fue el de la Química Bayer,¹¹¹ donde Perón designó como interventor al doctor Manlio A. Imbert, quien al mismo tiempo era integrante de las comisiones supuestamente creadas para proceder a la “liquidación” de la propiedad enemiga. Cumplía de ese modo una doble e incompatible función.

Claro que estas maniobras eran directa consecuencia de una situación previamente advertida por Freude, un estado de cosas que aún para entonces persistía sin que los alemanes le encontraran una posible solución.

La cuestión pasaba por los beneficios económicos “extra” exigidos por Perón.

Freude ya se lo había anticipado a von Faupel en fecha tan temprana como el 22 de noviembre de 1944, y el problema no solo subsistía, sino que amenazaba como nunca antes con dejar a los jefes nazis sin el control de sus millonarios bienes en el exterior.

Dijo Freude en esa oportunidad que “aquí nos da trabajo el problema de los bienes alemanes que tenemos que asegurar contra las pretensiones de los angloamericanos. Luego de conversaciones preparatorias [...] hemos acordado inventar exigencias argentinas ante el Reich y para garantizar su cumplimiento embargar todos los bienes alemanes en la Argentina”.¹¹² Sin dejar de advertirles que “hay que tener en cuenta que Perón pretende otros pagos adicionales de nuestra parte”.¹¹³

La ayuda económica de los nazis para Perón había arribado en tiempo y forma para financiar la campaña proselitista de 1945 y permitir su imparable llegada al poder. Pero una

vez encaminada la primera administración justicialista, la inyección de dinero se cortó abruptamente, advertidos los alemanes de los primeros atisbos de expolio perpetrados por el presidente de la nación. Una de las primeras consecuencias de esa traición fue el inicio de un rápido proceso de traslado de la inversión alemana desde la Argentina hacia Brasil.¹¹⁴ Aunque por supuesto no era lo único que tenían en mente los timados alemanes para poner en vereda a Perón, tal como veremos a continuación.

En el marco de una guerra de intereses cruzados y traiciones inesperadas, la contracara de los sobresaltos a los que se enfrentaban los alemanes se dio con la infiltración de sus propios agentes en empresas de capital norteamericano radicadas en la Argentina, con inequívocas intenciones de espionaje. Unas operaciones que a su vez el FBI debió contrarrestar empleando a muchos de sus efectivos en esas mismas firmas y en otras que eran de interés alemán.

Uno de los casos más resonantes se dio a conocer en un documento del FBI de 1947,¹¹⁵ que mencionaba a Freda von Maltsahon (alias Countess Douglas), una espía que pudo sortear el cerco de los agentes del Bureau en Chile y escapar hacia Buenos Aires. Allí fue empleada como secretaria privada de Richard Plummer, director de la firma Duperial, subsidiaria local de la poderosa multinacional DuPont.

El caso no era menor debido a la falsa cubierta que interponía Plummer a su verdadera ocupación, ya que en realidad era un importante agente de contrainteligencia de los Estados Unidos al frente del Comité Antisabotaje de Protección, cuya finalidad también era descubrir las extrañas maniobras perpetradas por Perón.

La detención de Countess Douglas significó otro duro golpe para la inteligencia de los alemanes en las sombras y la práctica confirmación de las permanentes actividades del grupo de los Zurück bleiben (los Stay behind), comandados por Ludwig Freude y otros jefes nazis firmemente aferrados a la idea de no entregar en bandeja su codiciado botín.

Mientras tanto Perón pretendía quedar bien con Dios y con el diablo (los desconfiados norteamericanos por un lado y los traicionados alemanes por el otro), al ponerse el traje de "llenador de cuotas" y responder al pedido de extradición de agentes alemanes previamente solicitado por los Aliados para ser interrogados ante comisiones investigadoras de posguerra en Europa. Aunque por supuesto enviaba chivos expiatorios y no a los verdaderos peces gordos de la organización.

En ese contexto, con los estadounidenses imposibilitados de cumplir sus ambiciosos objetivos de expropiar los bienes alemanes en el país y con los jefes nazis timados en sus propias narices a punto de perder el control de sus fortunas, la única salida posible era la inexorable caída de Perón.

WAGE FIGHT IN ARGENTINA

Strike by Business as Weapon Against Raise Ordered by Government

Effect on political line-ups as Colonel Peron faces test in presidential election

A three-day strike of Argentine businessmen against their Government now has offered something new in the way of strikers. This was a strike of employers against an order to increase wages, not a strike of workers to force a wage increase.

What happened was this: The Argentine Government, dominated by a group of Army colonels led by Col. Juan Peron, in December ordered employers to increase wages of all workers and to pay each worker a December bonus equal to one month's salary. Total increase in pay ranged from 18 to 25% per cent.

Protest: Businessmen immediately protested. Some of them complied with the order, but most of them refused on grounds of illegality and inability to pay. Businessmen finally hit upon a three-day shutdown, with employees continuing to receive their regular pay, as a means of alleviating their disapproval. Most businesses and industries remained closed throughout the three days; principal exceptions were utilities, banks and some small shops.

Businessmen now have taken the decree into court; they say it is unconstitutional because the Argentine Congress did not approve it. There has been no Congress in their country since 1945.

Responsibility for the decree is laid at the door of Colonel Peron. Earlier, as Labor Minister, he had backed formation of friendly labor unions and proposed a decree to give workers 8% per cent of their employers' profits. These actions were generally interpreted as bids for labor backing for his presidential hopes.

Col. Peron followed these moves by organizing the Labor Party, which now has nominated him as its presidential candidate.

Support of a large share of Argentina's 2,000,000 workers might enable Colonel Peron to win the February 48 election without coercion or manipulation. And although he sometimes has used strong methods, he is believed now to desire election by an overwhelming popular vote.

Colonel Peron counts on the support of several elements:

The Army, on the whole, can be expected to back him. The colonels' clique

has imprisoned generals known to have plotted or suspected of plotting against the Government. It has sent others to duty far from Buenos Aires. But Army backing can be deceptive; at times, defection has sniped out in unexpected places.

The national police are considered solidly behind Colonel Peron. They, too,

The balance of power between these two alignments appears to lie in the hands of certain elements.

Workers in businesses and factories and on ranches, nonsupporters of the old unions, are the largest group. It is primarily to them that Colonel Peron has been directing his labor overtures.



COLONEL PERON CAMPAIGNING

... his elevation would create some delicate problems

gather with the Army, may control the election if the voting appears to be somewhat favorable.

Catholic leaders favor him, and Argentina is overwhelmingly Catholic.

Young nationalists, although not numerous, are his active supporters. Nazi and Fascist sympathizers are expected to work for his election.

Opposition: Colonel Peron's opponent, Jose Tamborini, candidate of the Democratic Union, will count on the backing of the parties in the Union-Socialista, Radical (except a few dissenters), Progressive Democrats and Communists. These range from mildly liberal to strongly leftist.

Long-established labor unions, in the main, are believed friendly to Tamborini, but they claim only 200,000 members.

Intellectual leaders, students, and businessmen are others upon whom Tamborini is depending.

National Democrats may split their votes. The conservative party's Government was overthrown by the colonels in 1945.

Ultraconservative owners of huge estates will find themselves having to choose between Communist-backed Tamborini and Colonel Peron, who recently promised to break up a vast ranch holding and turn it over to the workers.

Politically apathetic citizens, a small group whose aid Colonel Peron seeks, in many cases resented the closing of shops during the business strike. Some of them are expected to support Peron.

If Colonel Peron's regular support proves too weak to assure his choice by free voting, force may swing the election in his favor. His elevation to the presidency would create some delicate problems for the U. S., whose officials have publicly denounced him in the past.

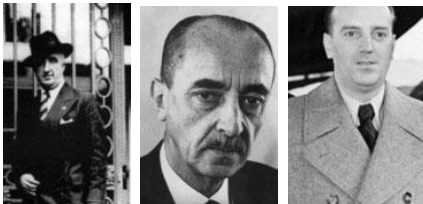
THE UNITED STATES NEWS

58

Curiosa fotografía de la campaña proselitista de Perón en 1946. Un informante del FBI le sugería a Hoover que el militar de la izquierda era Hitler.



Perón y sus asesores. El segundo desde la izquierda es Rodolfo Freude.



Integrantes de la Comisión Peralta: Pierre Daye, criminal de guerra reclamado en 1947 por la justicia belga; Jacques Marie de Mahieu, entusiasta de las SS, autor de artículos sobre teorías raciales y biopolítica; Branko Benson, colaboracionista y médico personal de Perón.

[101](#) Declaración de Edmund von Thermann, *op. cit.*

[102](#) *Ibid.*

[103](#) Memorando del FBI enviado a John Edgar Hoover, 25 de enero de 1946.

[104](#) *Ibid.*, 31 de julio de 1946.

[105](#) Pese a su apellido, no tenía relación alguna con el director del FBI.

[106](#) Alberto Amato, "Perón y Hoover: los duelistas", *Clarín*, 24 de enero de 1999 [edant.clarin.com/suplementos/zona/1999/01/24/i-01001e.htm].

[107](#) Frank Garbely, *El viaje del arco iris. Los nazis, la banca suiza y la Argentina de Perón*, Buenos Aires, El Ateneo, 2003.

[108](#) Ragnar Hagelin fue conocido tras el secuestro y desaparición de su hija Dagmar por comandos de la dictadura militar argentina, el 27 de enero de 1977.

[109](#) Declaración testimonial de Heinrich Jürges ante los oficiales de la Oficina del Gobierno Militar de los Estados Unidos para Alemania en Berlín, 4 de junio de 1947. Documento desclasificado.

[110](#) Pablo Buchbinder, Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani, N.º 29, Buenos Aires, enero-junio de 2006 [www.scielo.org.ar].

[111](#) Bayer era –junto a Schering, Anilinas Alemanas, Merck y Tosca– subsidiaria local del poderoso conglomerado de la IG Farben.

[112](#) Carta enviada por Ludwig Freude desde Buenos Aires a Wilhelm von Faupel, 22 de noviembre de 1944.

[113](#) *Ibid.*

[114](#) Silvia Kroyer, *Patrimonios alemanes en Argentina, 1945-1965*, Fráncfort, Vervuert, 2005.

[115](#) "Acomplishment Argentina-Japan", *op. cit.*

Capítulo 11

Eva en Europa

*“Se dijo que el motivo de mi visita era
establecer un nuevo Eje Madrid-Buenos Aires,
pero eso es una mentira.
Vine a tender un arco iris de paz”.*

EVA PERÓN, España, 1947

Un nuevo Eje

En 1947 Perón activó un plan que permitiría la llegada de miles de jerarcas, técnicos, científicos y otros especialistas nazis con el objetivo de hacer del país una potencia mundial capaz de poner en jaque el poder de las naciones dominantes de turno. Esta idea consistía en que su esposa Eva viajara a Europa con el pretexto de tender una mano a los países más necesitados durante los complicados días de posguerra que les tocaba vivir.

Sin embargo, una vez advertidos los traicionados jefes nazis en el exilio de los inocultables intentos de expolio pretendidos por Perón, a ella le asignaron otra importante y encubierta misión.

El 6 de junio de 1947 Eva Perón emprendió desde Morón, a bordo de un DC4 fletado por el gobierno español, un viaje —con escala en Las Palmas y en Villa Cisneros, un paraje plagado de nazis fugitivos— que llevó a la comitiva de la “Nueva Argentina” a Madrid, donde el 8 de junio recibió la bienvenida del generalísimo Francisco Franco, quien esperaba ansioso al pie de la escalerilla del avión.

Tras recibir la Cruz de Oro con diamantes de la Orden de Isabel la Católica, saludar a una enfervorizada multitud de cien mil almas reunidas en la Plaza de Oriente y decirle al caudillo “Cuando quiera volver a ver tanta gente reunida, llámeme”, Eva repartió billetes entre los pobres de la periferia madrileña y los arengó a exigirle a Franco plegarse a la Tercera Posición.¹¹⁶ Esto le otorgó a la visita toda la apariencia de una nueva afrenta

argentina, no solo al gobierno español, sino también a la hegemonía pretendida por los Estados Unidos y la Unión Soviética.

Luego de fugaces paradas en Zaragoza, Sevilla y Granada, la visita oficial estaba a punto de llegar al fin con Barcelona como última escala, un lugar elegido por Eva para hacer el primer desvío del periplo original. En la ciudad catalana sus acompañantes se vieron forzados a una espera de tres días, durante los cuales Eva recibió asistencia de emisarios especialmente enviados por Perón para mantener reuniones con negociadores, con quienes se acordó una nueva oleada de nazis hacia la Argentina utilizando la llamada “Ruta de los Conventos” (un nombre que proviene de que la mayoría de los nazis amparados en España se ocultaban en seguros conventos de diferentes órdenes religiosas de la Iglesia católica). Para esta misión Eva contó con la colaboración de fascistas como el escritor y periodista español Víctor de la Serna, el conde Christian du Jonchay y el cónsul argentino en Barcelona, además de Casilda Cardenal y Clarita Stauffer, dos fervientes entusiastas del nacionalismo franquista.¹¹⁷

Una de las más importantes reuniones fue la mantenida con el SS-Standartenführer (coronel) Otto Skorzeny, encargado –por expresa orden de Hitler– del rescate de Benito Mussolini mientras este se encontraba detenido en el Hotel Campo Imperatore, en las escarpadas colinas del Gran Sasso en Italia, una oportunidad en la que se arregló la llegada de Skorzeny a la Argentina y su inmediata colaboración con las futuras fuerzas de choque peronistas.

Claro que la primera dama ya se había encontrado con el nazi previamente en Madrid, lo que generó todo tipo de rumores en su círculo íntimo sobre la curiosa y cercana relación que los unía. Fue el propio Skorzeny quien evacuó las dudas, al confesar: “Fui el amante de Evita”.¹¹⁸

La despedida de España se retrasó, pero no por las actividades “fuera de programa” de Eva, sino por las de su hermano Juan Duarte, quien se unió tardíamente a la comitiva oficial que lo aguardaba en el aeropuerto, tras una escandalosa orgía que él mismo había organizado la noche anterior en Granada. Pese al apuro, antes de subir al avión que la llevaría a su próximo destino, Eva tuvo tiempo para comentar que “se dijo que el motivo de mi visita era establecer un nuevo Eje Madrid-Buenos Aires, pero eso es una mentira. Vine a tender un arco iris de paz”.¹¹⁹ A partir de ese instante el periplo europeo de la primera dama argentina pasó a ser conocido como “La gira del arco iris”, sin que muchos lograran advertir que Eva contaba entre líneas la verdadera razón de ser del viaje, ya que –según relata la leyenda– al final del arco iris siempre hay un tesoro escondido.

Por la ruta de las ratas

El 26 de junio la “mensajera de la paz” llegó a Italia donde –contrariamente a lo sucedido en España– las manifestaciones apasionadas no fueron protagonizadas por sus simpatizantes, sino por los sindicatos y los comunistas, que reunidos frente a la embajada argentina en Roma lanzaban consignas al vivo grito de “Perón fascista” y “Ni Mussolini ni Perón”. Pero estos hechos no empañaron las grandes expectativas puestas en el encuentro que al día siguiente mantuvo con el papa Pío XII en el Vaticano, una oportunidad en la que –vestida como su famoso personaje de la película *La pródiga*– llegó inexplicablemente malhumorada, junto con el influyente empresario naviero Alberto Doderó.

Tras hacer esperar al pontífice un largo rato se concertó la audiencia, la cual no duró los diez o quince minutos habitualmente otorgados a los visitantes, sino que se extendió por media hora. Un tiempo más que suficiente para acordar la intercesión de la Santa Sede a favor de la huida hacia la Argentina de miles de nazis croatas y otros jefes protegidos en Italia por el Vaticano y la Cruz Roja Internacional, y habilitar la “Ruta de las Ratas”. De estas gestiones participaron activamente Giovanni Battista Enrico Antonio Maria Montini (secretario de Estado del Vaticano, años después coronado como el papa Paulo VI), el arzobispo Krunoslav Draganovic y el clérigo Alois Hudal.

Draganovic fue secretario del arzobispo de Sarajevo y uno de los más destacados líderes de los ustachas, que llegó a ser coronel de las fuerzas croatas y responsable de la matanza de miles de serbios mientras se encontraba al frente del “Ministerio de Colonización Interna”, encargado del asentamiento de católicos en tierras previamente usurpadas a serbios que eran deportados y luego ejecutados.

A fines de 1943 llegó a Roma y se presentó ante el papa Pío XII con sus cuestionables credenciales para ser designado secretario del Instituto Croata del Colegio de San Girolamo degli Illirici, desde donde –en sociedad con el Vaticano– llevó a buen puerto su verdadera misión en la ciudad de las siete colinas: preparar las vías de escape de los ustachas hacia la Argentina ante la previsible debacle de los nazis en la guerra.

El otro importante agente del llamado “Pasillo Vaticano” era Alois Hudal, un clérigo de la Iglesia católica austríaca, ex educador de religiosos austroalemanes, consejero extraordinario de la Congregación del Santo Oficio (la Inquisición) y autor en 1937 del libro *Los fundamentos del nacionalsocialismo*. En sus páginas elogió abiertamente a Hitler, acusó a los judíos de pretender dominar el mundo y propuso la creación de un ejército cristiano que invadiera Rusia con el objetivo de extirpar la amenaza bolchevique.

Gracias a sus gestiones fue posible la huida hacia la Argentina (en la mayoría de los casos a través de la línea marítima de Doderó; de allí el interés de Eva Perón por su

participación en la entrevista papal) de Gustav Wagner, Alois Brunner, Eduard Roschmann, Franz Stangl, Walter Rauff, Klaus Barbie, Josef Mengele, Erich Priebke y Adolf Eichmann, entre otros. Aunque el más destacado de los “rescatados” por la comitiva de la “Nueva Argentina” durante esa etapa fue Ante Pavelic, el líder de la Croacia colaboracionista con la Alemania nazi (conocido como “el Hitler croata”), tras conseguir una de las dos mil visas en blanco entregadas por la primera dama en la embajada argentina en Roma, el 5 de julio de 1947.¹²⁰

Una vez llegados a Buenos Aires, Pavelic y sus adláteres se convirtieron en asesores de Perón y en auténticos puntales del aparato de seguridad del régimen que se encargaron de la instrucción de agentes de la Policía Federal Argentina y efectivos del servicio secreto peronista. Sin embargo, la relación entre el croata y el presidente no se limitó a las cuestiones mencionadas, sino que cristalizó de un modo inusual cuando, al borde de la paranoia por un posible ataque nuclear norteamericano a Buenos Aires, el primer mandatario argentino encargó al empresario Dodero la compra de un terreno en pleno centro de la ciudad –entre las calles Bouchard, Leandro N. Alem, Córdoba y Viamonte– en el cual se construirían dos enormes edificios conocidos como Alas y Alea, sobre un búnker secreto y subterráneo destinado a darle seguridad.

La Sociedad Anónima Industrial, Financiera e Inmobiliaria, perteneciente a Dodero, desembolsó los 4,7 millones de pesos para concretar la operación, mientras que la construcción del búnker y los edificios corrieron por cuenta de un ejército de obreros croatas dirigidos por Pavelic, extrañamente devenido en un experto constructor.¹²¹

Fue el propio Perón, en sus memorias grabadas, quien despejó cualquier duda sobre esos arreglos con croatas en Europa, al decir que decidió recibirlos “por un sentido de humanidad”, y agregó que habilitó –pese a los datos que hablaban de dos millares– a “cinco mil croatas amenazados de muerte por Tito”.¹²²

Estas negociaciones también fueron dadas a conocer en mayo de 1947 por Vincent La Vista (agregado militar de la embajada de los Estados Unidos en Roma) mediante un radiograma enviado a Washington, que reveló los nombres de otros nazis croatas a los que Perón les dio refugio y protección también gracias a las gestiones de Evita. Entre ellos Drago Krenzic (acusado de miles de matanzas como comandante de un campo de concentración en Zagreb, Yugoslavia), Juan Percevic (ex integrante de las fuerzas policiales croatas) y Milo Bogetich, un caracterizado ustacha que con los años estrechó fuertes lazos de amistad con Perón y se convirtió en guardaespaldas de su esposa Isabel durante los primeros años de su exilio madrileño, tras ser derrocada por el golpe del Proceso de Reorganización Nacional en 1976.

En sus memorias Perón también confirmó que la llegada de “alemanes útiles” – según sus propias palabras– y otros nazis al país fue previamente arreglada por funcionarios argentinos de la oficina clandestina de migraciones en Berna, en combinación con una organización que funcionaba en Suecia (la misma con la que Walter Schellenberg y Martin Bormann gestionaban la salida de viejos camaradas hacia Sudamérica, y de la que hablaremos más adelante), mientras que todo se trataba de “una competencia con la Unión Soviética y los Estados Unidos para captar cerebros”.¹²³

Fue a propósito de esto que Perón se manifestó con claridad en contra de los Juicios de Núremberg, a los cuales no dudó en calificar como “una infamia [...] que no perdonará la historia”, al sentir la necesidad de hacer algo por esos hombres que él pretendía reivindicar dándoles una nueva e impensada oportunidad.

Pero por supuesto el viaje de Eva no tuvo como único objetivo la protección de jerarcas fugitivos a cambio de abultadas sumas de dinero que estaban forzados a entregar al matrimonio presidencial, sino que el propósito principal fue el traslado y ocultamiento seguro de los millonarios bienes de sus jefes nazis llevados de regreso a Europa a espaldas de su marido.

Un pariente llamado Bormann

El 6 de julio Eva Perón llegó a la mansión de Dodero en Rapallo, desde donde este manejaba la Compañía Naviera Dodero S.A., cuya más grande filial se encontraba en el puerto italiano de Génova, junto a la Oficina de Migraciones que Perón habilitó con agentes que reportaban directamente a Rudi Freude en Buenos Aires.

Desde allí la primera dama contactó de nuevo a Montini (secretario de Estado del Vaticano), quien junto con su asistente personal (un sacerdote argentino de apellido Silva) se encargó de arreglar el encuentro más importante que Eva Perón mantuvo en toda su vida.

Durante tres días Eva viajó entre Rapallo y Génova para ultimar los detalles de una reunión con monseñor Giuseppe Siri (obispo de Génova) y el nazi Martin Bormann, aunque en rigor de verdad el religioso no sabía que estaba frente al principal ladero de Hitler, presentado por Eva como Luigi Boglilio, un familiar lejano que hablaba una rara mezcla de italiano con acento alemán.¹²⁴

El motivo del encuentro era conseguir un salvoconducto para “el delfín del Führer”, dispuesto a viajar en secreto hacia la Argentina con irrefrenables intenciones de ajustar cuentas con el traicionero Perón. Esta situación se resolvió el 10 de julio de 1947 gracias a las

gestiones de Eva, dos generales italianos y el *commendatore* Giovanni Maggio (alcalde de Rapallo), un viejo conocido de Dodero e identificado por la inteligencia norteamericana como principal nexo entre los nazis en fuga desde Italia y la banca suiza.¹²⁵

Así las cosas, puede decirse entonces que Eva estaba perfectamente al tanto de las verdaderas intenciones de Bormann, ya que el salvoconducto pretendido por el nazi no fue gestionado a través de los “canales normales” habilitados por Perón en Génova, sino por otra vía paralela manejada en persona por su esposa, fuera de todo conocimiento del presidente de la nación.

Ese mismo día llegó al puerto genovés un buque procedente de Buenos Aires con toneladas de cereales que el gobierno argentino enviaba a los necesitados italianos. Sin embargo, detrás de la ayuda se escondía otra buena jugada a espaldas de Perón con un importante cargamento de oro disimulado en las bodegas, cuyo destino final no era Italia, sino Suiza, una operación secreta que se concretó de manera exitosa gracias a los contactos del mencionado *commendatore* Maggio.

Pero al margen de las maniobras orquestadas, la larga permanencia en Rapallo tenía otra explicación, y eso se debía al inicio de las tratativas para viajar a Londres. Esta posibilidad entusiasmaba sobremanera a los diplomáticos argentinos en la capital británica, deseosos por aflojar la creciente tensión entre los dos gobiernos desde la llegada de Perón al poder. Ello no solo había inflamado el ánimo de la población argentina contra los ingleses, sino que (lo que más contrariaba a su majestad) había provocado tanto perjuicio contra los intereses de la corona en la Argentina.

Si las gestiones para la recepción oficial ya eran tirantes, las inesperadas exigencias de una altanera Evita dieron definitivamente por tierra con cualquier mínima posibilidad de llegarla a concretar, ya que “exigía ser invitada por el gobierno británico a una visita oficial; a su llegada toda Londres debía estar embanderada con los colores argentinos; y, finalmente, quería ser recibida en el Palacio de Buckingham por el rey o por la reina”.¹²⁶ Estos pedidos fueron rechazados de modo tajante por la pareja real, mientras Evita replicó con un intratable: “Quiero una visita oficial o nada”. Y le dieron el gusto porque fue nada.

Tras el inesperado desaire, el 20 de julio Eva Perón hizo otra parada fuera de programa en Portugal, donde se organizó un encuentro con banqueros locales en la hostería La Barraca (un coqueto lugar a orillas del mar, cercano a la localidad de El Guincho) para ultimar los detalles de un importante depósito de joyas y piedras preciosas en diferentes entidades bancarias portuguesas, enmarcado en una movida de la que el presidente Perón también estaba completamente al margen.

Después de esa parada de incógnito, la comitiva llegó a Francia en medio de violentas manifestaciones de los comunistas, que acusaban a Evita de ser la “representante

del fascismo". Esta situación no le impidió ser recibida por el presidente Vincent Auriol, ganarse la Orden de la Legión de Honor, encontrarse con el ministro del Exterior Georges Bidault, visitar el Palacio de Versailles, la Torre Eiffel y la tumba de Napoleón (que la inspiró para soñar su propio mausoleo). Como también asistir a una misa en la catedral de Notre Dame, donde mantuvo un misterioso encuentro a solas con Angelo Giuseppe Roncalli (nuncio apostólico del Vaticano), quien años después se convirtió en el papa Juan XXIII.

La situación más embarazosa del viaje se dio durante la visita a una escuela en Sèvres con el presidente francés, cuyo discurso fue interrumpido por Eva —según las propias palabras del ministro Bidault— con “una desafortunada referencia a Hitler y a los méritos del régimen nazi”.¹²⁷ Ella intentó minimizar el elogio presidencial a los funcionarios comunistas del municipio con una inesperada exaltación de las políticas sociales alguna vez implementadas por el Führer en Alemania. Esta fue una de las pocas (si no la única) oportunidades en que Eva alabó públicamente al nazismo.

Fue el padre Benítez (confesor de Eva) quien —procurando evitar un escándalo de proporciones— detuvo la desafortunada intervención y propuso una visita —que la primera dama hizo casi de compromiso— a la Fédération Nationale des Déportés et Internés Résistants et Patriotes. Tras verse obligada allí a recorrer una exposición fotográfica sobre las atrocidades de los nazis en Auschwitz y Dachau, desembolsó una donación de cien mil francos con la pretensión de dejar atrás la incómoda situación.¹²⁸

Un tesoro al final del arco iris

La agitada estadía en Francia fue en realidad una escala previa al verdadero destino final del viaje. Por lo cual, luego de instalarse en la Costa Azul, Eva aguardó el visto bueno de Benito Llambí (embajador argentino en Suiza), encargado de ultimar los detalles de su visita a tierras helvéticas, al fin y al cabo la oculta razón de ser de la gira del arco iris.

La demora se dio a raíz de la difusión de la noticia sobre la idea del viaje, a través de un cable de la Agencia UP, el 25 de julio de 1947, que informaba a los medios periodísticos que la última parada era Suiza, un hecho que generó todo tipo de conjeturas sobre los verdaderos motivos para hacerlo.

Las comprensibles precauciones no impidieron, sin embargo, que la situación se destrabara favorablemente el día 29, justo cuando Eva mandó a decir que se acordarían nuevas y ventajosas condiciones para las exportaciones suizas hacia la Argentina, algo que pese a sus promesas jamás llegó a concretarse.

Como fuera, el 3 de agosto el Comité de Apoyo integrado por banqueros, industriales y empresarios le dio la bienvenida en Ginebra, antes de continuar viaje hasta Berna. Estaba acompañada por una comitiva encabezada por Max Petitpierre (consejero federal suizo) y por Jacques Albert Cuttat (jefe de Protocolo del Ministerio de Relaciones Exteriores), quienes recibieron un tomatazo en el vehículo que los llevaba por la Bundesgasse, una acción de la que se hizo cargo Hansjörg Hofer (militante comunista del Partido del Trabajo), quien años después reconoció haber protestado de ese modo porque “Eva era la esposa y embajadora del dictador fascista Perón, que daba asilo y protección a los nazis”.¹²⁹

Entre tanto, la elección de Cuttat para acompañar a Eva en Suiza no fue casual, ya que su relación con la Argentina venía de un tiempo atrás, cuando fue enviado al país entre 1939 y 1945, para velar por los intereses de los banqueros helvéticos y ocuparse personalmente de asegurar millonarios trasposos de dinero que los nazis enviaban a Buenos Aires a través de la banca suiza. Se utilizaban como tapaderas a las ya mencionadas sociedades financieras de Las 3 S, creadas para tales fines antes de la guerra en la Capital Federal, donde sus jefes le presentaron a Eva Duarte, una de las más esmeradas agentes al servicio del nazismo en la clandestinidad.

Cuttat se ocupó en persona de los depósitos ingresados a las cajas de seguridad del Banco Central de la República Argentina, el Banco Hipotecario Suizo Argentino (fundado a tales efectos) y otras entidades bancarias, y simuló administrar de manera neutral los fuertes intereses alemanes en el país tras la fraguada ruptura de relaciones entre la Argentina y Alemania a inicios de 1944. Fue una hábil jugada que permitió a los pretendidamente raleados diplomáticos del régimen de Hitler seguir entablando comunicaciones cifradas con Berlín a través de los equipos que él mismo se encargó de preservar en la embajada alemana en Buenos Aires para que los negocios siguieran adelante como si nada. Estas actividades generaron gran inquietud entre funcionarios diplomáticos temerosos de ser descubiertos por agentes aliados, pese a lo cual se siguió adelante con absoluta normalidad, algo que le valió a Cuttat regresar a Suiza y ser premiado con el cargo de jefe de Protocolo del Ministerio de Relaciones Exteriores, que prácticamente estrenaba en momentos de recibir a la esposa de Perón.

Con esos antecedentes Cuttat se convirtió en un personaje clave para la misión de traspaso del tesoro nazi de regreso a Europa, con el objetivo de ponerlo fuera del alcance del presidente argentino, una misión en la que contó con la colaboración del coronel Henry Guisan,¹³⁰ otro importante enlace de Eva a la hora de asegurar las transacciones que la primera dama se disponía a concretar.

Guisan (conocido como Gigi o Le Petit) también tenía ocultas relaciones que le permitían sacar “jugo a las piedras”, tal como quedó demostrado en febrero de 1947, cuando se encontró con el embajador Llambí en un coqueto café de Berna para hacer un ofrecimiento que sorprendió y dejó sin habla al funcionario diplomático de Perón. “¿Estaría interesado el gobierno argentino en los planos para la construcción de la bomba V-3?”, preguntó Guisan casi como al pasar, refiriéndose al novedoso misil con 5000 kilómetros de alcance, evolución del V-2 que tanto daño causó a las ciudades europeas durante la Segunda Guerra Mundial.

Al respecto, dijo Llambí con posterioridad: “Los Estados Unidos, los soviéticos y los británicos estaban detrás de los planos del ‘arma milagrosa’ de Alemania. Y ahora nos los estaban ofreciendo a nosotros. No lo podía creer”.¹³¹

Según el suizo, la fábrica podría instalarse en cinco o seis meses y al cabo de un año el misil estaría en perfectas condiciones de funcionar. Por estas gestiones pedía a cambio dos millones y medio de francos suizos más el traslado a la Argentina de los técnicos alemanes encargados de construir el arma letal. Por razones desconocidas, el negocio nunca se llegó a concretar, posiblemente debido a la propia voluntad de Perón para que así sucediera, ya que por ese entonces estaba verdaderamente interesado en los secretos de la bomba atómica y la energía nuclear, pero no en un simple misil de largo alcance que los nazis no habían llegado a utilizar.

Con ese ambicioso objetivo en mente, Perón gestionó la llegada de especialistas alemanes a la Argentina que —si bien luego fueron descollantes en la creación de la Fuerza Aérea— le abrieron las puertas para contactar a quien logró convencerlo, sin demasiado esfuerzo, de las buenas perspectivas para fabricar una bomba atómica nacional.

El más destacado de esos expertos fue Kurt Tank, un viejo conocido de la Argentina que en 1938 dirigía la Focke Wulf de Alemania, proveedora de aparatos FW-44 para la aviación civil local. Era un cotizado ingeniero que desde muy joven estuvo a cargo del desarrollo de importantes proyectos para la Luftwaffe y el futuro poderío aéreo alemán. Llegó al país a fines de 1947 vía Dinamarca (gracias a la anteriormente mencionada Conexión Danesa) junto con otros dieciséis científicos. Entre ellos estaban los hermanos Reimar y Walter Horten, diseñadores de la famosa Ala Volante nazi, todos inmediatamente incorporados a la FMA (Fábrica Militar de Aviones) de Córdoba para empezar a trabajar.

Tank había diseñado el Ta 183 Hucklebein, una moderna máquina para la Luftwaffe con alas en forma de flecha que no llegó a concretarse una vez consumada la derrota alemana hacia el final de la Segunda Guerra Mundial. Presentó este proyecto al gobierno argentino recién llegado al país, en coincidencia con el trabajo de un grupo de diseñadores

locales, conocido en reducidos ámbitos de la aeronáutica como I.Ae. 27 Pulqui (nombre que en araucano significa “flecha”).

Tank unificó los diseños y creó el Pulqui-II, un moderno caza a reacción que en 1951 fue uno de los grandes orgullos peronistas y sorprendió al mundo entero, poniendo en alerta a las potencias dominantes de turno que veían con creciente desconfianza los imparables planes expansionistas de Perón.

Fue justamente Tank quien, enterado de los sueños atómicos del presidente de la nación, le sugirió traer al país al que en teoría iba a ayudarlo a conseguir su ansiada bomba atómica “celestes y blancas”. Ese hombre era Ronald Richter, un curioso personaje que tardó unos años en llegar y de quien luego nos vamos a ocupar.

Pero volviendo al caso de la bomba V-3 y el curioso ofrecimiento de Guisan: ¿estaba relacionado el fracaso de las negociaciones con el desinterés de Perón o se dio a instancias de un Bormann empeñado en impedir que el traicionero presidente argentino avanzara con su plan de timar a los nazis en el exilio y procurara levantar una nueva potencia mundial? No hay modo de asegurarlo. Sin embargo, es una opción que no debe ser descartada porque, como se verá más adelante, el “delfín de Hitler” ya se dedicaba, entre otras cosas, al millonario comercio de armas al frente de una red con los mejores socios y cobertura mundial.

Dentro de esa misma organización, Guisan ya había demostrado ser un hábil maestro en el “juego a dos puntas” desde antes del inicio de la Segunda Guerra Mundial. Hizo pingües negocios con las SS, les vendió madera destinada a la construcción de barracas para prisioneros de los campos de concentración y se convirtió en un ferviente nazi — pese a sostener públicamente lo contrario—, con una fortuna imposible de calcular. No obstante, no estuvo exento de algunos contratiempos, y cuando la derrota del régimen de Hitler era cosa juzgada, partió hacia la amigable Argentina junto con su esposa Annemarie Wehrli, hija del poderoso banquero Johann Wehrli, dueño del imperio que daba cubierta a gran parte de las fortunas llevadas por los nazis a puertos seguros en el exterior.

Gracias a influyentes contactos y a su relación de parentesco con el magnate suizo, Guisan fue uno de los artífices de la fundación del Banco Hipotecario Suizo Argentino, en cuyas bóvedas las prominentes figuras del régimen del Führer depositaban sus millones enviados a Buenos Aires mediante maniobras a cargo de Las 3 S, manejadas por el nazi Thilo Martens con directa supervisión de Peter Wehrli, hijo de Johann Wehrli y cuñado de Guisan.

Tras el final de la guerra, Guisan regresó a Suiza convocado por el gobierno federal y fue asignado como nexo de Eva en la compleja operación de rescate del tesoro nazi a punto de comenzar.

La relación de Eva con Cuttat y Guisan permitió comprobar el carácter paralelo de su misión en Europa, ya que los viajes de nazis fugitivos que procuraban embarcar hacia la Argentina (a excepción de Bormann, como vimos) eran gestionados siempre y en todos los casos con el aval de los agentes especialmente designados por Perón. Mientras que la salvaguarda de los bienes millonarios que ella debía asegurar estaba indefectiblemente fuera de la órbita de cualquier determinación presidencial.

Claro que pese a los influyentes apoyos con los que Eva contaba, nada pudo evitar que fuera atacada, tras su llegada a Lucerna, con adoquines arrojados desde un puente por Fritz Freitag, un antiperonista de izquierda que había vivido muchos años en las afueras de Buenos Aires y que en 1946 se vio obligado a huir a Suiza, corrido por efectivos que respondían a Perón desde su aparato de seguridad. Detenido tras el incidente, el agresor reconoció que de haber tenido un arma para dispararle lo hubiese hecho sin ninguna contemplación.¹³² Esta confesión de su parte no empañó las grandes expectativas puestas por la primera dama en el encuentro que tuvo con autoridades del gobierno federal, empresarios y banqueros en el Hotel Bellevue Palace de Berna como antesala de la más importante reunión que luego llegaría a concretar.

El 7 de agosto de 1947 culminaron las actividades “oficiales” en Suiza, mientras el vocero de la embajada argentina emitió un escueto comunicado indicando que la señora – muy agotada – pasaría unos días en la montaña para recuperarse y descansar, sin entrar en detalles sobre cuánto tiempo y dónde exactamente estaría en realidad. Pese a esto, los inquietos periodistas confirmaron que esa misma noche había llegado a Zúrich para encontrarse con doscientos banqueros encabezados por los Wehrli en el coqueto hotel Baur au Lac, convocada a una recepción organizada por el Instituto Suizo para el fomento de las relaciones culturales y comerciales con la Argentina (Schweizerische Gesellschaft zur Pflege der Kulturellen und Wirtschaftlichen Beziehungen zu Argentinien), un extraño organismo creado entre gallos y medianoche, en julio de ese mismo año, con la única finalidad de dar cobertura a las verdaderas actividades pacientemente planificadas con anterioridad.

Todo culminó la noche posterior cuando Eva llegó de incógnito al fuertemente custodiado Grand Hotel Dolder, acompañada por un séquito de agentes de su más absoluta confianza, cada uno de los cuales portaba grandes valijas y maletines de mano con inmensas fortunas que su amado Perón ya nunca más podría encontrar.

Tras concretar con éxito los depósitos que daban verdadero sentido a su viaje, Eva estuvo en condiciones de emprender el regreso, también con la plena seguridad de haber cumplido la misión encomendada por su esposo. Dejaba en funcionamiento la oficina que desde Berna facilitaba la huida de nazis hacia la Argentina, una auténtica central logística al servicio de la emigración clandestina, ubicada en la calle Marktgasse 49, que recibía

protección del jefe de la policía local Heinrich Rothmund, un declarado nazi, viejo conocido de Guisan, cuyos nexos eran el teniente coronel Gualterio Ahrens (descendiente de alemanes asignado a la embajada argentina) y Enrique Moss (secretario de la legación diplomática), quienes informaban directamente al embajador Llambí sobre los acuerdos alcanzados.

Poco después Ahrens fue reemplazado por Herbert Helferich, quien hasta entonces manejaba una organización que permitía el escape protegido de nazis desde la ocupada Berlín de posguerra. A él luego se unieron el ingeniero Georg Weiss y Horst Carlos Fuldner, unas designaciones que para los agentes suizos establecidos en Buenos Aires y para Perón significaban una gran tranquilidad, debido a que –tal como se les informó mediante un cable reservado– estos eran “110 por ciento nazis”, gente en la que definitivamente podían confiar.

Así las cosas, la nutrida delegación encabezada por Eva regresó a la Argentina a fines de agosto, y plantó la duda entre quienes no dejaban de preguntarse por qué un viaje protocolar planeado originalmente para durar dos semanas se había prolongado durante setenta y siete días en realidad.¹³³

¿Qué llevó a extender la visita a Europa por otras sesenta y dos jornadas, que nadie estaba dispuesto a explicarlo? ¿Respondía Eva a la voz de mando de los nazis en las sombras o a la de su traicionero esposo que los había querido timar?

No hubo quien se atreviera a responder esos incómodos interrogantes por aquellos días. Sin embargo, poco después el mismísimo Martin Bormann llegaría a la Argentina para que nadie tuviera la más mínima posibilidad de dudar.

Las nuevas reglas del juego

Los inocultables intentos de expolio perpetrados por Perón no solo pusieron en estado de alerta a los jefes nazis que procuraban resguardar sus millonarios bienes en el exterior, sino que también los llevó a buscar nuevos destinos más seguros. Esto se desprende de un documento del FBI mediante el cual se informó que Adolf Hitler se había trasladado a Brasil, una historia que llegó a manos de la inteligencia norteamericana tras la declaración testimonial de un ex integrante de la Resistencia francesa durante la ocupación nazi a su país, que entre febrero y marzo de 1947 viajó a la localidad de Cassino (en el estado de Río Grande del Sur), en busca de un sitio pintoresco para promocionar en un artículo que luego sería publicado en un modesto periódico local.¹³⁴

El poblado estaba rodeado por un cerco perimetral, contaba con una poderosa antena transmisora oculta tras frondosa vegetación y era custodiado por guardias armados, a quienes había que mostrarles el correspondiente permiso para entrar. Fue algo que el improvisado periodista pudo hacer, ya que había llegado junto con un grupo de importantes empresarios alemanes y los integrantes de una orquesta contratada para actuar en el Hotel Internacional,¹³⁵ un lujoso edificio que daba la sensación de ser algo desproporcionado, en comparación con las pocas y pequeñas casitas del lugar.

De acuerdo con lo transcrito en el *paper* recibido por Hoover, el informante no solo advirtió que había quienes hacían el saludo nazi en el hall del hotel (entre ellos, una bella joven con quien luego llegó a conversar), sino que durante dos de las tres veladas programadas para la presentación de la orquesta se había colocado frente al escenario una mesa ocupada por once comensales, entre ellos un ex oficial de las SS (posiblemente de apellido Weissman) y una pareja, a la que se identificó como a los mismísimos Adolf Hitler y Eva Braun.

Pese a que el Führer llevaba su cabello más claro, cortado al ras “al estilo alemán” y no lucía su bigote, el hombre logró identificarlo mientras le preguntaba a un mesero quiénes eran esas personas. Su respuesta fue que se trataba de “millonarios sudamericanos” que de manera extraña solo hablaban idioma alemán. En tanto que la noche siguiente (posiblemente advertido por la presencia de un curioso que pretendía averiguar por demás), Hitler llevaba una peluca canosa y su rostro maquillado como si se tratara de una “máscara mortuoria”. Luego el informante se acercó a conversar con la joven que había hecho el saludo nazi a la entrada del hotel, quien dijo llamarse Abava, una sobrina de la mujer a quien él había reconocido sin lugar a dudas como Eva Braun.

Aún sorprendido, a la mañana siguiente también pudo hablar con el conserje y contarle muy entusiasmado sobre el artículo periodístico que acababa de terminar, en el que narraba las inolvidables y extrañas experiencias vividas en Cassino. Estos comentarios llevaron a que el empleado le recomendara olvidarse del tema y evitar por todos los medios su publicación, mientras un cómplice botones lo obligaba con cara de pocos amigos a abandonar el lugar.

Cuando aguardaba el auto que debía pasarlo a buscar, pudo acercarse de nuevo a la bella Abava, a quien —antes de despedirse— le entregó una tarjeta en la que antes había escrito un mensaje muy especial: “De un integrante de la Resistencia francesa que luchó cinco años contra Hitler a la sobrina de una famosa dama”. La joven, que claramente supo leer entre líneas, tan solo atinó a sonreír, mientras ambos veían cómo Eva Braun y un par de sus acompañantes se dirigían despreocupados hacia las privadas playas de Cassino para darse un baño de mar.

Tras su salida obligada, el informante pasó por Río Grande y Río de Janeiro, desde donde –tras salvarse de dos atentados contra su vida– pudo escapar hacia Martinica, tomando un vuelo que finalmente lo llevó a la ciudad de Los Ángeles, donde contactó a su amigo y periodista Drew Pearson. Este, lejos de publicar su relato como otra increíble historia de la prensa amarilla en su famosa columna “Washington Merry Go Round”, decidió que lo mejor sería contactarlo con agentes del FBI.¹³⁶

No obstante, y pese a la precisa información, Hoover creyó innecesario el envío de sus propios efectivos a Brasil, algo que hizo saber al sorprendido agregado legal de la embajada norteamericana en Río de Janeiro. En tanto que en una actitud típicamente “macarthista”, el investigado fue el informante, cuyo pecado capital era ser miembro del Partido Comunista, fuertemente sospechado de operar para la inteligencia soviética.

Así las cosas, mientras la mirada del Bureau norteamericano apuntaba a los denunciantes antes que a los denunciados, las siguientes noticias sobre el Führer volvían a relacionarlo con la Argentina de Perón. Según pudo leerse en un memorando del 23 de septiembre de 1947, un testigo aseguraba haber viajado en forma reiterada a Alemania desde 1932 y haber podido estrechar lazos de amistad con Hitler desde antes de su llegada al poder. Esto le valió recibir una carta de su parte, supuestamente escrita en noviembre de 1945 (que recién a esa altura de 1947 decidía mostrar), cuya copia traducida al inglés llegó a manos del director del FBI y en la que podía leerse:

No hay dudas, es sabido, de que han sucedido cosas en mi vida que me han hecho reír, como por ejemplo cuando se informó que mientras los rusos atacaban Berlín yo había encontrado refugio en los sótanos del edificio de la Cancillería, o como cuando fui informado de que mi cuerpo y el de mi esposa habían sido rociados con nafta y luego incinerados. No pude evitar sonreír en ese momento, cuando nos encontrábamos varios kilómetros al oeste de Berlín, en pleno vuelo hacia la Argentina de mi amigo Perón, en un avión Cónдор en el que viajaban dos enviados de la república sudamericana.¹³⁷

La carta, rubricada con la firma de Adolf Hitler, culminaba diciendo que “solo quiero agregar que mi amigo Bormann estuvo muy activo en Suecia preparando la recuperación de nuestro partido y el restablecimiento de nuestros ideales. Aun si se hace necesario que algunas cabezas tengan que rodar”.¹³⁸

¿Se daría la recuperación del partido y el renacer de sus ideales desde la Argentina o desde algún otro lugar? ¿Qué cabezas estaba dispuesto a cortar Bormann?



Eva Perón junto con Francisco Franco en Madrid.



Eva Perón en Francia en 1947, con el ministro del Exterior, Georges Bidault.



El papa Pío XII.



Juan Duarte.



Otto Skorzeny, encargado por Hitler del rescate de Mussolini cuando este se encontraba detenido en Hotel Campo Imperatore.



Alois Hudal, clérigo de la Iglesia católica austríaca, simpatizante hitleriano, antisemita y anticomunista.



Hotel Atlántico, ubicado en Cassino, Brasil, donde se hospedaron Hitler y Eva Braun en 1947.

[116](#) Frank Garbely, *op. cit.*

[117](#) Ignacio Montes de Oca, *Ustashas. El ejército nazi de Perón y el Vaticano*, Buenos Aires, Sudamericana, 2013.

[118](#) Otto Skorzeny, *La guerra desconocida. Mis memorias secretas*, Madrid, AQ Ediciones, 1976.

[119](#) Frank Garbely, *op. cit.*

[120](#) *Ibid.*

[121](#) Ignacio Montes de Oca, *op. cit.*

[122](#) Torcuato Luca de Tena, *op. cit.*

[123](#) Tomás Eloy Martínez, *op. cit.*

[124](#) Frank Garbely, *op. cit.*

[125](#) Tomás Eloy Martínez, *op. cit.*

[126](#) "La tournée de Madame Perón" (El viaje de la señora Perón). Informe del embajador suizo en Londres al jefe del Gobierno Federal helvético, 19 de agosto de 1947. Bar.: E2001 (E) 1969/121, tomo 67.

- [127](#) Suzanne Borel Bidault, *Je n'ai pas oublié* (Yo no he olvidado), París, La Table Ronde, 1971.
- [128](#) Frank Garbely, *op. cit.*
- [129](#) *Ibid.*
- [130](#) Hijo de Henri Guisan, uno de los militares más destacados de la historia de su país.
- [131](#) Entrevista del investigador Frank Garbely con Benito Llambí, a fines de noviembre de 1997, en Buenos Aires. Frank Garbely, *op. cit.*
- [132](#) Frank Garbely, *op. cit.*
- [133](#) Frank Garbely, *op. cit.*
- [134](#) Documento del FBI que informa sobre la presencia de Adolf Hitler en Brasil, Los Ángeles, 5 de junio de 1947.
- [135](#) Mal mencionado en el documento del FBI como "Hotel Grande", un nombre posiblemente confundido con el de la calle en la que se ubicaba, que era la avenida Río Grande.
- [136](#) Documento del FBI que informa sobre la presencia de Adolf Hitler en Brasil, *op. cit.*
- [137](#) Documento del FBI enviado a John Edgar Hoover desde San Francisco, 23 de septiembre de 1947.
- [138](#) *Ibid.*

Capítulo 12

La amenaza de Bormann

*“El General me dijo: ‘A las veinte horas viene Bormann. Ojo que es alemán, no es argentino, así que si dijo a las veinte, esté atento a esa hora porque los alemanes son puntuales’”.*¹³⁹

JORGE COLOTTO, custodio de Perón,
sobre un encuentro entre Martin Bormann
y el presidente argentino en 1953

Como un sacerdote

El 17 de mayo de 1948, el crucero *Giovanna C* llegó al puerto de Buenos Aires con centenares de inmigrantes a bordo ansiosos por una nueva oportunidad, entre ellos un sacerdote llamado Juan Gómez, que ingresó al país con un pasaporte del Vaticano y la Cruz Roja Internacional que no acreditaba su identidad, sino que era simplemente un permiso transitorio para viajar.

Sin embargo, el religioso no era un viajero más, ya que en el muelle lo aguardaban Ludwig Freude y el general Juan Bautista Molina, expectantes por llevarlo sin demoras a una morada de la calle Salta en la localidad bonaerense de San Martín, con inocultables intenciones de brindarle refugio y seguridad.

Pasaron pocos días para que el cura diera nuevas señales de vida al golpear las puertas de la Nunciatura Apostólica, donde pudo hacerse de la cédula N.º 1361642 otorgada por la Policía Federal y luego conseguir los papeles sobre los que algún influyente contacto estampó el deseado sello azul que le otorgaba residencia permanente. Fue el momento elegido para “abandonar los hábitos” y adoptar otra identidad, amparado tras la curiosa paradoja de un nombre judío: Eliezer Goldstein.

Pero claro que no fue un milagro o una súbita conversión. Ni Gómez ni Goldstein eran sus nombres en realidad: el hombre se llamaba Martin Bormann.

Los detalles sobre su cinematográfica llegada salieron a la luz gracias a los datos pasados a la Inteligencia de la Marina Argentina por el sacerdote Egidio Esparza, un ferviente antiperonista de la AICA (Agencia Informativa Católica Argentina) que mantenía interesadas relaciones con gente cercana a Perón en la Nunciatura y el Vaticano, por medio de los cuales se enteraba de cada uno de los movimientos del presidente de la nación.

Pese al esfuerzo de Arthur Axmann (otrotra jefe de las Juventudes Hitlerianas) por asegurar durante los juicios de Núremberg que Bormann había muerto estoicamente tras la toma de Berlín, el delfín de Hitler había sobrevivido y era el verdadero cerebro de una organización secreta —luego conocida en determinados círculos como Odessa (Organisation der Ehemaligen SS-Angehörigen u Organización de ex Miembros de las SS). Esta operaba desde las sombras habilitando los viajes encubiertos y protegidos de nazis a puertos seguros, muy en especial hacia Sudamérica.

Cuatro meses antes de dar comienzo a los parcializados interrogatorios a cargo de oficiales aliados, Bormann ya estaba en Schleswig-Holstein, al norte de Alemania, dispuesto a cruzar la frontera danesa, protegido por Heinrich Müller (alias “Gestapo Müller”, por ser el jefe de la temida policía secreta alemana). Era otro de los dados por muertos, que extrañamente gozaba de buena salud y estaba encargado de levantar un muro entre el jefe nazi y sus perseguidores mediante el accionar de los mejores hombres de la Gestapo y las SS que le cuidaban la espalda, algo que también lograba echando mano a cuentas millonarias ocultas en entidades bancarias del exterior.

La red contaba además con el trabajo de viejos oficiales nazis “reciclados” en la reformada policía alemana de posguerra, que delataban los movimientos de agentes aliados que procuraban capturar a los fugitivos. Esta información pasaba de inmediato a manos de Müller, a quien le daba una invaluable capacidad de maniobra y gran libertad de acción, en perfecta sintonía con la oficina establecida en Malmö (Suecia),¹⁴⁰ desde donde un poderoso transmisor de alta frecuencia emitía mensajes cifrados que eran recibidos por células que operaban en lugares como Suiza, España y la Argentina.

La organización de Bormann también se autofinanciaba gracias al comercio de armas en el mercado negro al vender material bélico alemán (nuevo y usado, remanente de los días de la guerra) indistintamente a los británicos, al gobierno egipcio, a agentes de las naciones árabes de Oriente Medio y a los sionistas, que buscaban armarse hasta los dientes en la antesala del nacimiento del Estado de Israel. Estas últimas negociaciones —de las que participó en forma activa David Ben Gurion (futuro primer ministro)— derivaron en la Operación Balak y permitieron a las fuerzas israelíes comprar quince aviones Messerschmitt 109S previamente utilizados por la Luftwaffe, cuya primera misión consistió en repeler el avance del ejército egipcio sobre Tel Aviv, en noviembre de 1947.

El éxito de los negocios le abrió paso a Bormann, quien a mediados de 1946 llegó a la periferia de Múnich, donde su hermano Albert tenía listo otro refugio que le permitió continuar viaje hasta la apartada campiña bávara y recorrer de manera segura los caminos –antes relevados por agentes a su servicio– por los que ya no pasaban las fuerzas del CIC (Counter Intelligence Corps o Cuerpo de Contra Inteligencia) norteamericano que procuraban capturarlo.

Así llegó al Tirol austríaco, atravesó el río Eno hasta el punto donde se juntan las fronteras de Austria, Suiza e Italia, para ocultarse primero en los bosques del valle del Adigio y luego en un monasterio a orillas del lago de Garda. En él los monjes organizaron su llegada protegida a un convento franciscano cercano a Génova, donde finalmente tomó contacto con la agente Evita y diseñaron juntos el plan de rescate del tesoro nazi pretendido por el presidente argentino Juan Domingo Perón.

Munido de nuevos documentos y una falsa identidad, Bormann abordó el barco que lo llevó hasta Tarragona, al sur de Barcelona, donde fue recibido por un grupo de hombres de las SS que lo condujeron por la costa de Vendrell hasta el monasterio religioso de Santo Domingo (La Coruña, provincia de Galicia), un lugar seguro y apartado que le dio la suficiente capacidad de maniobra como para terminar de arreglar su posterior salida desde Vigo, con toda tranquilidad.

Cara a cara

Al llegar a Buenos Aires el barco que traía a Bormann no se arrimó al muelle, y mientras el ancla se clavaba pesada en el fondo viscoso del Riachuelo, pequeños botes se acercaron para llevarlo hasta la costa. Algunos de sus acompañantes recibían dinero de mano de agentes, que los aguardaban ocultos en las cercanías del lugar. Bormann, en cambio, bajaba decidido a recuperar los millones que creía perdidos.

Tras su llegada se produjo un primer encuentro con Perón, lo cual inició una larga serie de negociaciones que lejos estuvieron de darse en un marco amistoso y cordial, dada la sostenida negativa del presidente por devolverle a Bormann lo que este reclamaba de manera intransigente como suyo. Sobre todo tras advertir que Perón lo ponía contra las cuerdas ofreciéndole tan solo un veinticinco por ciento de los millonarios bienes que aún se encontraban bloqueados en el país.

Un documento con información del Banco Alemán Transatlántico de Buenos Aires –conservado inicialmente en los archivos de la central de inteligencia argentina y luego en el Archivo General de la Nación, de donde desaparecieron– demostraba que los bienes

reclamados por el nazi al primer mandatario incluían 187.692.400 marcos de oro alemán, 17.576.386 dólares estadounidenses, 4.632.500 libras esterlinas, 24.976.442 francos suizos, 8.379.000 florines holandeses, 17.280.009 francos belgas, 54.968.000 francos franceses, 87 kilogramos de platino, 2511 kilogramos de oro, 4638 quilates de diamantes y otras piedras preciosas.¹⁴¹ Era un botín demasiado tentador para que Bormann aceptara sin reclamos las poco equitativas nuevas reglas del juego impuestas a la fuerza por Perón.

En esa misma maniobra, de acuerdo a otro informe a cargo del sacerdote Esparza, Perón quiso hacerle creer a Bormann que el setenta y cinco por ciento del botín que pretendía quedarse estaba destinado a la “ayuda social” de la fundación de Evita. Sin embargo, lo que el presidente no sabía era que su esposa y el nazi ya estaban advertidos y sabían de antemano sobre sus verdaderas intenciones de expolio.

Los datos de las cuentas en el Banco Alemán Tran atlántico confirmaban asimismo la veracidad del reporte que el oficial principal de la Marina argentina Nicéforo Alarcón había pasado a agentes norteamericanos y a los jefes navales argentinos proaliados en marzo de 1945. En esa oportunidad identificó a Eva como una de las principales agentes locales del nazismo y receptora de los millonarios bienes enviados por Bormann, cuyo escape también fue confirmado por el gobierno estadounidense. Esto llevó al presidente Truman a tomar cartas en el asunto el 16 de junio de 1948, habilitando —por recomendación de Robert H. Jackson, ex integrante de la Corte Suprema de Justicia y luego uno de los juristas de los tribunales de Núremberg— a John Edgar Hoover para activar nuevas investigaciones que llevaran a dar con el viceführer de Hitler, estuviera donde estuviera. Las redadas se centraron una vez más en la Argentina de Perón y pudieron determinar con absoluta precisión que era efectivamente Bormann quien desde 1941 hacía depósitos encubiertos en el Banco Alemán Tran atlántico de Buenos Aires y quien compartía la mencionada cuenta millonaria con Eva, para entonces en agria disputa con Juan Domingo Perón.

De esas investigaciones surgieron tres boletines informativos especiales que fueron de inmediato remitidos al Departamento de Estado norteamericano y a la Casa Blanca en Washington. Mientras el resultado de las primeras pesquisas y las evidencias eran sensacionales, Bormann seguía sin ser atrapado. Incluso pese a los buenos datos aportados a agentes del FBI por testigos como Juan Felisiak, un ingeniero que había viajado de manera regular entre la capital argentina y Berlín y tuvo la oportunidad de estar (al menos un par de veces) muy cerca del nazi. Gracias a ello pudo reconocerlo perfectamente mientras ingresaba al restaurante ABC, una tradicional *bierhaus* alemana de la calle Lavalle 545 (frecuentada por Josef Mengele), donde Bormann se encontró con un individuo al que

Felisiak identificó como el doctor Pino Frezza, un médico italiano que había llegado a conocer antes en Europa.¹⁴²

Otro informe del que también se valió la inteligencia estadounidense (luego transcrito al documento de la DAE, Dirección de Asuntos Exteriores, N.º 3163-DAE-0485) se hizo eco de las declaraciones del doctor Francisco Santos Urbistondo, un médico que aseguró haber atendido a Bormann con fuertes dolores estomacales (posiblemente un ataque de úlcera, algo habitual en él) en su propio consultorio de la avenida Pueyrredón 1535 de la Capital Federal. Este testimonio se produjo tras recibir la visita de agentes de la inteligencia argentina que le mostraron fotografías del nazi al que habían seguido de modo sigiloso hasta ese lugar.

Durante ese período el FBI también pudo confirmar los permanentes cambios de nombre de Bormann para ocultar su verdadera identidad, entre ellos (además de Juan Gómez y Eliezer Goldstein) los de José Pérez y Ricardo Bauer,¹⁴³ alias que utilizó para hacer un misterioso viaje relámpago a Bariloche y después otro a la localidad cordobesa de Ascochinga para presentarse ante quienes allí conformaban La Araña (Die Spinne), una secreta filial local de la poderosa Odessa.

Asimismo, a través del boletín informativo N.º 3, el director del Bureau investigativo recibió la confirmación de los permanentes contactos mantenidos por Bormann con agentes como Heinrich Döerge, Ricardo von Leute, Ricardo W. Staudt y Ludwig Freude, todos personalmente involucrados en las secretas misiones de la Aktion Feuerland y en cierto modo timados por Perón.¹⁴⁴

Tal como sucedió con la información y las denuncias que Heinrich Jürges había pasado oportunamente al diputado radical Silvano Santander y a los integrantes de la Comisión Investigadora de Actividades Antiargentinas del Congreso Nacional sobre las conexiones y los socios locales de los nazis, la supervivencia de Bormann y su posterior llegada a la Argentina también fueron negadas en forma sistemática y tachadas de la más absoluta falsedad por muchos de los propios involucrados y por otras voces interesadas que tuvieron eco en el trabajo de investigadores y periodistas con claras intenciones de dar por cerrado el tema. Sin embargo, fue el gobierno de los Estados Unidos el que demostró todo lo contrario cuando el 21 de enero de 1949 remitió a las autoridades argentinas un pedido oficial de captura del nazi fugitivo y dejó en evidencia el pleno conocimiento que tenían sobre cada uno de sus movimientos en el país.

El documento quedó asentado en el expediente N.º 4550, foja 43 de la DAE, y hacía referencia a un Bormann que repartía sus actividades entre Buenos Aires, la ciudad misionera de Posadas (donde lo ubicaba el pedido de los estadounidenses) y en la residencia Inalco, a orillas del lago Nahuel Huapi en Villa La Angostura (cercana a

Bariloche), donde se sospecha que mantenía desde 1950 encuentros reservados con el mismísimo Adolf Hitler.

Un documento original consultado y fotografiado por el autor en el Archivo General de la Nación da cuenta de la búsqueda frenética de Bormann por territorio argentino, según puede leerse en la orden N.º 8989 de la Policía de la Provincia de Corrientes, con fecha del 27 de enero de 1949, que procuraba su captura en el mismo sitio (Posadas) señalado por los sabuesos norteamericanos.¹⁴⁵

Sueños atómicos

El mismo 21 de enero de 1949, la fecha del pedido de captura de Bormann cursado por los poderosos del Norte, Eva Perón pretendió devolver la cachetada haciendo saber, a través de un escueto comunicado de la embajada argentina en Washington, que gracias a los “desinteresados aportes de su Fundación”¹⁴⁶ el gobierno argentino estaba enviando un importante cargamento de ropa de abrigo y calzado para seiscientos niños pobres de la progresista capital norteamericana. Esta donación no podía haber caído en un momento más inoportuno para el presidente Truman, con apenas un día de recién estrenada administración,¹⁴⁷ al dejar expuesto a quien quisiera verlo que los “cabecitas negras” de la periferia de Washington también la pasaban mal y necesitaban la ayuda de Perón.

El incómodo incidente no solo llevó a masivas manifestaciones callejeras de quienes reclamaban para sí la inesperada asistencia peronista, sino también a un rápido pedido de explicaciones del gobierno norteamericano a la representación diplomática argentina, coronado con la copetuda respuesta de Eva, quien mandó a decir que todo se debía a “la bondad de nuestro conductor”.¹⁴⁸

Claro que a esa altura la “bondad justicialista” no impidió la aparición de un reguero de cadáveres a lo largo del camino. Tal el caso de Heinrich Döerge (asistente de Hjalmar Schacht, cerebro financiero de Hitler y uno de los máximos responsables de preservar los bienes alemanes de los intentos de expolio pretendidos por Perón) y Ricardo von Leute (del consorcio Lahusen), asesinado en Buenos Aires en diciembre de 1950 en confusas circunstancias, atribuidas por muchos al accionar de agentes que respondían órdenes directas de Perón.

Pero pese a la guerra desatada y las peleas intestinas por el manejo del dinero, Perón también habilitó la llegada amigable de otros personajes, con quienes se reunió en más de una oportunidad, pese a la sostenida negativa de los escribas al servicio de la tradicionalmente aceptada historia oficial.

Valga como ejemplo el relato del propio Perón en sus memorias, grabadas ante el periodista Tomás Eloy Martínez mientras vivía los tramos finales de su exilio madrileño en Puerta de Hierro. En esa oportunidad —casi como quien no quiere la cosa— recordó uno de sus encuentros de 1950 con un “especialista alemán en genética”, que un día “vino a despedirse porque un cabañero paraguayo lo había contratado para que le mejorara el ganado. Le iban a pagar una fortuna. Me mostró las fotos de un establo que tenía por allí, cerca del Tigre, donde las vacas le parían mellizos. [...] Era uno de esos bávaros bien plantados, cultos, orgullosos de su tierra. [...] Si no me equivoco se llamaba Gregor. Eso es, doctor Gregor”.¹⁴⁹

Resulta impensado suponer que Perón no supiera que ese bávaro bien plantado y seguro de sí mismo que lo visitaba en forma asidua en la residencia de Olivos no era otro más que Josef Mengele, quien con el alias de Helmut Gregor pretendía ocultar su oscuro pasado como médico criminal en las tenebrosas barracas de Auschwitz-Birkenau.

Algo que en cambio sí es posible pensar es que esos encuentros con el doctor Gregor hayan sido la antesala preparatoria de otros más importantes, posiblemente concretados desde abril de 1950, cuando Perón y Eva viajaron juntos a Bariloche por única vez en su vida. Lo curioso de la corta estadía es que —al contrario de lo que solía suceder con ellos— la cobertura periodística fue prácticamente nula. Se conservan apenas unas pocas imágenes del saludo que ambos hicieron casi de compromiso ante una reducida multitud desde los balcones del tradicional Centro Cívico de la ciudad, que echaron a rodar los más variados rumores sobre la presencia de ambos y sus verdaderas motivaciones para hacerlo en realidad.

¿Será que tenían un importante encuentro privado e inconfesables actividades paralelas que ocultar?

Perón, ni lerdo ni perezoso, salió airoso del fango argumentando que el verdadero objetivo del viaje era visitar las instalaciones del proyecto atómico en el que ya trabajaba Ronald Richter, un científico austríaco llegado a la Argentina el 16 de agosto de 1948 por recomendación de su viejo amigo Kurt Tank. Richter —vale decirlo— era un personaje con más que dudosos pergaminos y una supuesta reputación que desconocía la mayoría de los más reconocidos hombres de ciencias de entonces. No obstante lo cual logró concitar la atención de Perón y convencerlo de la inmejorable oportunidad que se le presentaba a la Argentina para realizar reacciones termonucleares controladas en cadena. Según sostenía Richter, esta experimentación tenía grandes chances de éxito si es que el ambicioso proyecto se ponía bajo su directa supervisión.

Unas pocas palabras bastaron para convencer a Perón de hacer su viejo anhelo realidad: una bomba atómica nacional (plan perseguido desde que en 1947 le habían ofrecido los planos de la bomba V-3 de los nazis, como vimos con anterioridad).

Durante cuatro meses Richter instaló su pequeño laboratorio en Córdoba con la protección de Tank y al amparo de un supuesto contrato firmado con la Secretaría de Aeronáutica de la Nación. Inició así los primeros experimentos (a los que nadie tuvo acceso jamás) interrumpidos en 1949 tras un pavoroso incendio provocado por un simple cortocircuito, que Richter disfrazó hábilmente como un inocultable intento de oscuros intereses para sabotear su plan.

El coronel Enrique P. González tuvo a su cargo la compleja tarea de encontrar nueva ubicación para el laboratorio y el lugar elegido fue el de la isla Huemul, en el lago Nahuel Huapi, a unos pocos kilómetros del centro de Bariloche, donde en junio de 1949 se creó el Centro Huemul con la dirección de Richter. Este contó con un importante grupo de colaboradores venidos directamente desde Alemania y dispuso de las instalaciones y de un millonario presupuesto como un auténtico mandamás, algo que hizo por espacio de dos años con la permanente bendición presidencial.

El romance duró hasta el 24 de marzo de 1951, cuando el presidente argentino anunció el éxito de la tan esperada reacción termonuclear controlada, mientras los principales medios periodísticos lo ponían –incrédulos y azorados– en primera plana de la prensa mundial. Sin embargo, pese al ridículo anuncio de que pronto la Argentina peronista repartiría energía barata en botellas de un litro, Richter no había logrado absolutamente nada.¹⁵⁰

¿Habría sido también Richter un agente cuyo principal objetivo fue llevar al fracaso los megalómanos intentos de Perón por hacer de la Argentina una potencia mundial? Es una posibilidad que no debe ser descartada porque, de hecho, el científico austriaco acababa de ser tentado poco tiempo antes para trabajar al servicio de los norteamericanos.

Inalco

Pese a las versiones oficiosas sobre la presencia de Perón y Eva en Bariloche, echadas a rodar para desviar la mirada hacia cuestiones relacionadas con el proyecto atómico en Huemul, o incluso la idea de quienes creían que estaban allí para promocionar otro de los grandes orgullos peronistas del momento –como era el moderno Tren Blanco en que habían viajado–, es muy probable que el verdadero motivo del viaje haya sido mantener

un encuentro reservado con los mismísimos Martin Bormann y Adolf Hitler en la residencia Inalco.

Claro que para dar por cierta esa posibilidad es necesario retroceder el tiempo hasta el 17 de enero de 1943, cuando Enrique García Merou compró un inmenso lote sobre las bellísimas costas del lago Nahuel Huapi, en la localidad neuquina de Villa La Angostura. Reconocido abogado especialista en derecho comercial, García Merou integraba los directorios del Banco Central y el Instituto de Inversiones Bancarias, y era síndico de importantes compañías, como la filial local de la generadora alemana de energía eléctrica AEG y la empresa textil Sedalana, del consorcio Lahusen, en el barrio porteño de Coghlan. Además formaba parte de la sociedad Safico, una empresa propietaria de la estancia Moromar donde –tal como vimos– se había denunciado un confuso episodio entre policías bonaerenses y un grupo de guardias alemanes armados, tras la llegada de un convoy de U-Boots nazis, en julio de 1945.

Durante 1943 García Merou mandó a levantar una importante propiedad (en realidad, un complejo de varias casas) para tener un espacio de retiro y descanso extrañamente ubicado a más de dos mil kilómetros de sus principales intereses comerciales en la Capital Federal. La construcción de Inalco (una inversión que llevó entre ocho y diez millones de dólares de aquella época) estuvo a cargo del arquitecto Alejandro Bustillo y el constructor italiano Pietro Longaretti, quienes recibieron los planos completamente escritos en idioma alemán (Longaretti sabía hablar ese idioma) y a fines de ese mismo año dejaron lista la propiedad. Su estilo de construcción, calidad de terminación y ciertos detalles – como la distribución de sus habitaciones y los edificios adyacentes– replicaban con asombrosa similitud el complejo de casas de Hitler en el Obersalzberg alemán.

Finalizadas las obras, los alemanes Otto Fochinich y Hermann Fromex fueron sus celosos cuidadores e impidieron a punta de pistola la indeseada presencia de molestos curiosos que osaran siquiera acercarse al misterioso lugar.

La llegada de Perón al poder en 1946, entre tanto, marcó un verdadero antes y después para García Merou, cuando se convirtió en abogado de la presidencia y estrecho colaborador del nuevo primer mandatario. Sin embargo, eso no impidió que mediante oscuras y hábiles maniobras (amenazas incluidas) Inalco pasara a manos del empresario Jorge Antonio, ni más ni menos que el principal testaferro y mejor socio comercial del presidente de la nación.

Hijo de una familia de inmigrantes sirios, Jorge Antonio Chibene nació el 14 de octubre de 1917 en el barrio porteño de La Boca y desde joven fue un gran buscador de oportunidades. Un hombre movedizo e inteligente, fuertemente atraído por los negocios,

aunque también supo ganarse la vida como modesto enfermero en el Colegio Militar, donde pudo conocer a una camada de oficiales que pronto darían mucho que hablar.

En 1943 Antonio ya era gerente de Aguirre, Mastro & Cía., una importadora oficial de vehículos Mercedes-Benz y General Motors hacia la Argentina, gracias a su casamiento con Esmeralda Rubín, cuyo padre integraba el directorio de la firma. Esta relación poco después le dio la invaluable oportunidad de viajar a Alemania para hacer negocios e incluso reunirse con altas autoridades alemanas desde antes de iniciada la Segunda Guerra Mundial. En ese momento también se produjo su primer encuentro con Perón, que fue el punto de partida para una fructífera relación de intereses cruzados que los unió tras la idea de convertir a la Argentina en una poderosa nación industrial. Para esto no solo necesitarían buenos contactos, influyentes relaciones y agallas, sino también incontables millones a disposición para concretar su ambicioso plan.

Con Perón firmemente aferrado a la cima del poder, Antonio trató de convencer a los directivos de la General Motors para invertir en el país con miras a la producción local de sus modelos, algo que sin embargo no encajaba en los planes de los norteamericanos, ya que su idea era seguir importando los vehículos que —según pensaban— eran más atractivos a ojos de los clientes por ser fabricados en los Estados Unidos. El fracaso llevó a Antonio a restablecer relaciones con viejos conocidos, los que le permitieron hacer muchos mejores negocios. Tal fue el caso de Wilhelm Haspel (jefe máximo de la Daimler-Benz de posguerra), quien en abril de 1950 lo aguardaba ansioso y expectante al pie de la escalerilla del avión que llevó al testafarro de Perón a pisar suelo alemán.

Como auténtico “hombre de paja” que era, Antonio llegó decidido a sellar un acuerdo, cuyas primeras gestiones se dieron a fines de 1949, cuando el mencionado Haspel, junto con Ludwig Erhard (ex director del Instituto de Investigación Industrial de Núremberg desde los días de Hitler y para entonces nuevo ministro de Economía alemán), tomaron contacto con él y su socio Germán Timmermann, recientemente designado como agregado de finanzas en el Consulado argentino de la ciudad de Fráncfort por el gobierno nacional. Dejaron listo el Convenio Argentina-Alemania Occidental en abril (firmado en julio), cuyo mayor punto de interés fue el referido a las modalidades de pago de las futuras transacciones. Se establecía que en el Banco Central de la República Argentina se abriría una cuenta en dólares a nombre del Bank Deutscher Länder, con el objetivo de lograr un perfecto equilibrio comercial, algo que en definitiva no era otra cosa más que lavado de dinero, fruto de turbios negocios remanentes de los días de la guerra.

Dicho de otro modo: se trataba de una hábil jugada para exportar lo mismo que luego se llegaría a importar, enviando divisas a la Argentina que deberían regresar de inmediato a las arcas del gigante alemán y les dejarían un “plus” a Antonio y a Perón.¹⁵¹

La primera consecuencia del acuerdo entre caballeros (como ellos lo mencionaban) se tradujo en el permiso conseguido por Antonio y su firma para importar a la Argentina cien autos, cinco camiones y cinco ómnibus Mercedes-Benz, por los cuales el Estado argentino pagaba encubiertamente elevadísimos sobreprecios.¹⁵²

De los autos ingresados, cuarenta se transformaron en taxis, treinta fueron comercializados directamente por Aguirre, Mastro & Cía., y los treinta restantes se adjudicaron por decreto al Ministerio de Industria peronista, desde donde llegaron como “regalo” a manos de jueces y fiscales a quienes de ese modo Perón compraba silencio y complicidad.¹⁵³

La firma del acuerdo y el éxito de las primeras transacciones llevaron a la creación de Mercedes-Benz Argentina en septiembre de 1951, puesta bajo la dirección del propio Jorge Antonio y un directorio integrado por César Rubín (su cuñado), Atilio Gómez (un oscuro ex director de Casinos) y el ya mencionado Timmermann. Todos al frente de un megalómano emprendimiento que luego pasó a llamarse Mercedes-Benz Argentina Sociedad Anónima Financiera, Industrial, Comercial, Inmobiliaria y de Mandatos, un nombre lo suficientemente ampuloso como para demostrar la gran variedad de negocios a los que se dedicaban en realidad.

Pero mientras los argentinos sacaban provecho de los abultados sobreprecios de la venta de vehículos que no declaraban al fisco, en realidad eran meros testaferros de los alemanes, quienes desde antes del final de la guerra se encargaron de poner a resguardo materia gris y bienes millonarios y aún seguían haciéndolo. Ese fue el caso del traslado de gran parte de la maquinaria de la para entonces desmantelada planta de producción automotriz de Mercedes-Benz de Untertürkheim hacia Suecia. Desde allí la organización que respondía a Martin Bormann se encargó de hacerla llegar a la fábrica de la marca alemana en Buenos Aires, a fin de evitar que cayeran en manos de los soviéticos a modo de tardías reparaciones de guerra claramente perjudiciales para el futuro desarrollo económico alemán.

Posteriores investigaciones de la Comisión Investigadora N.º 11 de la Revolución Libertadora, tras la caída de Perón en 1955, confirmaron que el grupo de Antonio y el presidente se valía de esas maniobras de traspaso de bienes, lavado de dinero y cobro de elevados sobreprecios que no eran declarados ante la Dirección General Impositiva. Estas operaciones no solo se limitaron a la venta y distribución de vehículos de la firma alemana, sino también de modelos de Chevrolet, Pontiac y Mercury, el ingreso al país de televisores traídos desde los Estados Unidos y el redituable negocio de productos agrícolas, entre otras cosas.

Las inocultables habilidades comerciales de Antonio alentadas por la permanente vista gorda y el cómplice aval presidencial hicieron que el modesto enfermero –que en 1943 no tenía dónde caerse muerto y vestía trajes prestados– se transformara en un exitoso empresario que al final del mandato de Perón experimentó un incremento patrimonial de \$128.432.012, con bienes no declarados por \$569.608.869, rentas y utilidades por valor de \$681.505.416, y negocios varios que le permitieron hacerse de una fortuna estimada en \$1.633.103.007 (más de 1600 millones de pesos de entonces). Una cifra nada despreciable, sobre todo si se tiene en cuenta que fue amasada en el acaparador Estado peronista que controlaba férreamente todo el comercio exterior.¹⁵⁴

No hubo empresario privado alguno que durante esos años haya logrado siquiera una mínima parte de lo conseguido por Antonio de la mano de Perón. A estos éxitos se sumó (como vimos) la extraña toma de posesión de la residencia Inalco, donde estaba oculto el mismísimo Adolf Hitler, abandonada en 1955 justo en el instante en que la Revolución Libertadora le ponía faja de clausura al poder de Perón.¹⁵⁵

¿Por qué la casa pasó a manos de Antonio? ¿Qué relación tenía la presencia de Hitler con la curiosa operación de traspaso concretada por el principal testaferro de Perón? ¿Qué llevó a que Inalco fuera inexplicablemente abandonada? ¿Supo el Führer que había llegado la hora de moverse hacia otro lugar, dada la inocultable traición perpetrada por el presidente de la nación? Unas inquietantes preguntas para las que aún nos debemos una buena y convincente explicación.

La venganza

Más allá del posible encuentro entre Perón, Eva, Hitler y Bormann –son una verdadera incógnita los términos y el ánimo en que se haya concretado–, lo cierto es que a partir de ese momento la clandestinidad nazi en Sudamérica enfrentó otra crisis motivada por dos cuestiones fundamentales. Una era determinar si el camino por seguir consistía en mantener a Odessa como un simple grupo de apoyo cuyo principal objetivo era sostener a nivel económico a viejos camaradas dispersos por el mundo. Y la otra, si el aparato clandestino debía transformarse definitivamente en una red económica y financiera mundial mucho más poderosa todavía, destinada a lavar fortunas pensadas en su origen para dar vida a un IV Reich desde el exterior.

Bormann era claramente partidario de la segunda opción, pero al mismo tiempo se topaba con un frente representado por nazis de menor rango o jerarquía en diferentes sitios de Sudamérica, dispuestos a hacerle sombra y complicarle la vida. Tal era el caso de Klaus

Barbie en Bolivia y otros camaradas al frente de grupos en Brasil y Chile, quienes de alguna manera quebraban la verticalidad del "Führerprinzip", que debía encolumnarlos detrás de él.

No obstante, todos fueron neutralizados rápido en la puja por el control de los fondos, ya que Bormann era el líder indiscutido entre los cotizados fugitivos y llegó a ser considerado por muchos de ellos como "el Führer de Sudamérica", destinado a ocupar el lugar de un desgastado y desmotivado Adolf Hitler.

Bormann, de hecho, sostenía su poder merced a la ayuda que él mismo se encargaba de dar (o en muchos casos de negar) a verdaderos pesos pesados del nacionalsocialismo escapados hacia el continente americano, e impedir el desmesurado crecimiento de otros que posiblemente pretendieran ocupar su lugar.

Algunos de sus protegidos fueron Heinrich Müller (ex jefe de la Gestapo, que lo ayudó a salir de Europa), oculto con el nombre falso de Oskar Liedtke en Lima (Perú), y Adolf Eichmann, llegado clandestinamente a la Argentina en 1950 con la falsa identidad de Ricardo Klement, e ingresado como simple "técnico" en la Mercedes-Benz Argentina con la inocultable protección brindada por Jorge Antonio y Juan Domingo Perón.

Esta situación de enfrentamiento y puja por el control de los fondos y el manejo de la organización fue aprovechada por Perón para decidirse a timarlos y quedarse con las millonarias fortunas y bienes que Bormann reclamaba como suyos. Así como alguna vez llegó a decir (hablando de los países americanos) que el futuro los encontraría unidos o dominados, el presidente argentino también pensó que eso era aplicable a los nazis de entonces, a quienes creía desunidos y vulnerables, para que él finalmente pudiera controlarlos. Sin embargo, las cosas no eran así.

El delfín de Hitler tomó el toro por las astas a inicios de 1952 y convocó a otros nazis dispersos por América a un *summit* en la localidad cordobesa de Ascochinga, donde un ex marino (según informes de Ladislav Farago y Stewart Steven, podría tratarse de un integrante de la tripulación del U-235 llegado a las costas argentinas durante las misiones de la Aktion Feuerland)¹⁵⁶ tenía una propiedad que le aseguraba un apartado refugio y buena protección. Extrañamente, Bormann no fue de la partida y envió a un emisario mientras él procuraba resolver cuestiones relacionadas con su reclamada fortuna en disputa con Perón en la Capital Federal. Pese a sus precauciones nada impidió que efectivos de Inteligencia argentinos estuvieran al tanto de todo lo que se daba en ese lugar gracias a un agente infiltrado (conocido como "Mega", cuya verdadera identidad se desconoce), quien informó rápido la novedad.

En algo estaban de acuerdo los nazis de Die Spinne (la araña) reunidos en Ascochinga: todos eran vilmente engañados por Perón.

A partir de entonces la organización de Bormann creció para convertirse en un poderoso pulpo financiero y comercial, que se hizo fuerte gracias a millonarias nuevas inversiones en la Argentina, Brasil y Paraguay.

Por supuesto que, pese al descomunal crecimiento, Bormann no estaba dispuesto a dar por perdida su propia fortuna personal, una urticante cuestión que también incluía la reclamada devolución de bienes alemanes “argentinizados” por Perón. Su valor exacto era prácticamente imposible de calcular debido a los vericuetos de la ley comercial argentina, que permitía resguardar la identidad de los inversores, como también la actividad de firmas tenedoras de acciones, bancos y otras compañías utilizadas como tapaderas de esos intereses. Además de la proliferación de consorcios multinacionales y –no menos importante– la efectiva estrategia que permitió poner millonarias inversiones extranjeras en manos de leales testaferros del ámbito local.¹⁵⁷

Según el testimonio del ex embajador alemán Edmund von Thermann ante comisiones investigadoras de los Aliados, ya en 1941 las fortunas de empresarios alemanes registrados en la Cámara Alemana de Comercio en la Argentina oscilaban entre los ciento veinte y ciento cuarenta millones de dólares de entonces. Tras la llegada de Perón al poder esta cifra creció de un modo exponencial, pese a no llevarse la contabilidad de rubros como el negocio inmobiliario, las aseguradoras, la industria de la construcción y las muchísimas empresas agrícolas establecidas, algo que podría haber cuadruplicado los valores con toda seguridad.¹⁵⁸

El proceso de devolución de propiedad “enemiga” fue largo y tedioso, y a duras penas se logró restablecer los previamente interrumpidos vínculos diplomáticos, que se hicieron más o menos evidentes cuando Perón restituyó el viejo edificio de la embajada en Buenos Aires a los germanos, a fines de 1951. Este momento fue elegido por el presidente para buscar un rápido entendimiento con los traicionados alemanes, al simular plegarse a los compromisos adquiridos, aunque devolviendo solo edificios de asociaciones civiles, clubes y colegios, mientras que la restitución de los millonarios derechos sobre marcas, patentes e incluso los valores bancarios seguía siendo una asignatura pendiente de su parte. En estas maniobras participaba Jorge Antonio, cuya enorme influencia surtía efecto sobre los funcionarios de diferentes comisiones, supuestamente encargadas de concretar la reclamada devolución.

En ese marco se dieron otras reuniones entre Bormann y Perón, como la que tuvo lugar durante la primavera de 1953 en la residencia privada del presidente, en Teodoro García al 2100, en el barrio de Belgrano, una casa que había pertenecido a Ludwig Freude y que luego pasó extrañamente a manos de Eva Perón, según dichos de Jorge Colotto (comisario retirado de la Policía Federal y custodio personal del presidente). Este aseguró

además que Bormann ocupaba una lujosa suite en el Hotel Plaza con falsa identidad, cuya cuenta era abonada, mes tras mes y religiosamente, por Perón.¹⁵⁹

A la complicada coyuntura se sumaba que Bormann y los suyos aún no lograban digerir el mal trago del 22 de agosto de 1951, cuando Evita fue obligada a pronunciar el histórico “renunciamento” a sus intenciones de integrar la fórmula presidencial, de cara a las próximas elecciones pautadas para 1952. Una movida que quitaba definitivamente del medio a la agente al servicio de los nazis y le impedía ubicarse a la vanguardia de la línea sucesoria con inmejorables posibilidades de tomar un poder que, pese a los permanentes embates, Perón se las arreglaba perfectamente para conservar.

Pero si Perón pretendió aplacar el ánimo de quienes fogueaban la llegada de su esposa a la vicepresidencia esgrimiendo como excusa de su negativa los problemas físicos que la aquejaban, víctima de una cruel enfermedad terminal, todo cayó en saco roto cuando designó como compañero de fórmula al anciano Hortensio Quijano, que también sucumbió a los devastadores efectos del cáncer, sin llegar a asumir el cargo de ladero en el futuro gabinete nacional.

La “renuncia” forzada de Evita tuvo su primera consecuencia con el fallido golpe de Estado perpetrado contra Perón en septiembre de 1951, que dejó en evidencia el creciente descontento de quienes de un modo u otro habían sido defraudados por el presidente de la nación.

Claro que no fue ese el único golpe que le iban a propinar.



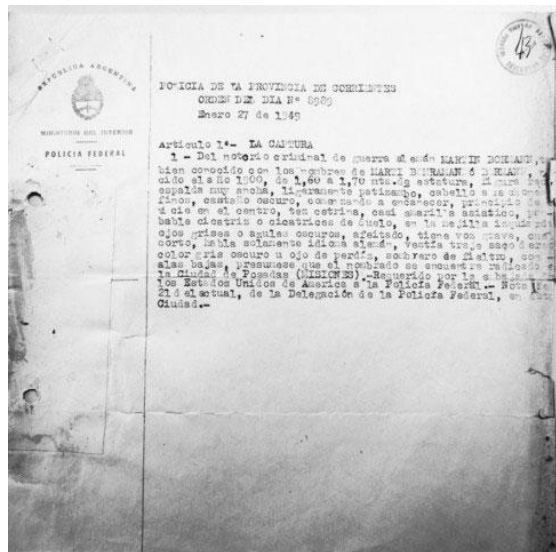
Martin Bormann.

JUAN DOMINGO PERÓN ROSA, hace entrega al
Vice Fubaco MARTIN BORMANN, la cuanta pasta de los siguientes bienes:

Central de Inteligencia MARTIN BORMANN	
En sacos oro	187,692,400,=
En dólares	17,576,386,=
En libras esterlinas	4,632,500,=
En francos suizos	24,976,442,=
En florines holandeses	8,379,000,=
En francos belgas	17,240,009,=
En francos franceses	54,948,000,=
En platino Kg.	87,=
En oro Kg.	2,531,=
En Diamantes y Brillantes chicos	4,638,=

Egidio Esparza
 Jefe, Fubaco EGIDIO ESPARZA
 JEFE ACCIDENTAL A.I.C.A.

Bienes de Martin Bormann en disputa con Perón, según declaración de Egidio Esparza.



Documento de la Policía Federal en el que se exige la búsqueda de Martin Bormann en territorio argentino, 27 de enero de 1949. Archivo General de la Nación.

cido en Polonia.

VER FOLIO 139

BORMANN (o GOLDSTEIN) al parecer llegó a Buenos Aires el 17 de mayo de 1948 procedente de Génova a bordo del "Giovanni C". Su pasaporte decía que era un geólogo nacido en Piotrkoff, cerca de Varsovia y fué recibido en el puerto por el General SOSA MOLINA, Ministro de Guerra durante el Gobierno de PERÓN.

BORMANN, dice el artículo, fue llevado a la calle Salta 130 de San Martín.

La historia relata además como una fortuna en divisas y piedras preciosas fue depositada a nombre de María Eva EUGENIA IBARGUREN -Segunda esposa de Juan Domingo PERÓN- y actualmente Eva DUARTE -que presidió a un Obispo italiano cuyo nombre no figura para que ayudara a BORMANN que abandona Europa con destino a Italia y luego a la Argentina.

De acuerdo con aquella información, el viaje efectuado a Europa por Eva DUARTE en 1947 tenía como única finalidad la apertura de una cuenta bancaria en Suiza y el depósito en Lisboa. La fortuna que iba a ser depositada en aquellas cuentas bancarias, eran el parecer lo apartado por FERON de aquél envió a la Argentina por Martín BORMANN en los barcos "U".

Al parecer a BORMANN se le devolvió un cuarto de la fortuna depositada incluyendo un millón seiscientos mil libras esterlinas.

Alain FUJOCK, que era agregado del Segundo Buró durante la guerra, describe en un exhaustivo estudio sobre los nazis, como los vapores "U" alemanes eran cargados con cajones donde se encontraba la inscripción "Geheime Reichssache" (Secretos de Estado) y que eran destinados a la estancia Lahnusen cerca de San Clemente del Tuyú.

Los grandes cajones eran al parecer cargados en submarinos bajo las órdenes de Ernst KALTENBUEHNER, Jefe de la Policía Secreta del Tercer Reich, en la base de Schleswig-Holstein.

////

Fragmentos de documento de la División de Asuntos Extranjeros (DAE) redactado por el Auxiliar Eduardo E. Chable. Archivo General de la Nación.

Los Navios de América Latina", Alain Fujock dice que el 9 de febrero de 1945, solo un vapor U descargó 187.692.400 marcos alemanes; 17.5786.000 dólares; 4.682.500 libras esterlinas; 24.976.500 francos suizos; 8.379.000 florinas holandesas; 17.280.000 francos belgas; 54.963.000 francos franceses; 84 kilos de platino, 2.011 kilos de oro y 4.638 kilates en diamantes y otras piedras preciosas.

Algunas fuentes de la POLICIA FEDERAL y de los Servicios de Seguridad negaron anoche que BORMANN esté oculto en la ARGENTINA. En MENDOZA, el Director de Migraciones Ramón PENABAZO, dijo que no existía tal incidente respecto al supuesto BAUSER-BORMANN.

Buenos Aires, diciembre 1° de 1972.

Eduardo E. Chable.
Aux. 6° de Inf.

-3-

40

////

Las descargas se llevaron a cabo en varias ocasiones fuera de las costas de San Clemente del Tuyú. Un informe verbal de una de las descargas fué suministrado por tres marineros del Graf Spee, el día operador Brennecke, el marinero Rudolf DETERMANN y el Oficial Alfred SCHOLTE, que dijeron que los cajones colmaron cinco camiones en la noche del día 28/29 de Julio de 1946. Otras descargas se llevaron a cabo a principios de Julio de 1945 en las afueras de la costa de San Clemente y Mar del Plata, donde un U-530 bajo el mando del Tte. Comandante Otto WERNER, se entregó a las fuerzas argentinas.

Fuó durante esos años de apoyo a los esfuerzos de la guerra alemana efectuados por CASTILLO (digo el gobierno de CASTILLO y de FARREREL) que en aquel entonces el Secretario de Guerra Chel. FERON entró en estrecho contacto con el Subsecretario alemán en Buenos Aires, Von THEERMANN y su Agregado Militar el General Von LERS, de acuerdo con información del Departamento de Estado de los EE.UU.

De acuerdo con los informes, a Von LERS se le ordenó llevar 8.000 pasaportes argentinos y 11.000 Cédulas de Identidad expedidos por la Policía Federal, que entregó a Heinrich Himmler en la ciudad francesa de Strasburgo -entonces ocupada por los alemanes- el 8 de agosto de 1944.

Fragmentos de documento de la División de Asuntos Extranjeros (DAE) redactado por el Auxiliar Eduardo E. Chable. Archivo General de la Nación.



Fachada actual del restaurante ABC, ubicado sobre Lavalle 545, en el Microcentro porteño, que Martín Bormann solía visitar.



Hotel Plaza, en Florida 1005, Buenos Aires. Allí residió Martin Bormann.

[139](#) Abel Basti, *op.cit.*

[140](#) Como se mencionó antes, el FBI tenía una carta atribuida a Hitler en la que este mencionaba el trabajo hecho por Bormann, precisamente en Suecia.

[141](#) Martin Bormann tenía cuentas millonarias en Berlín, Zúrich, Buenos Aires y Nueva York. Las cifras mencionadas conformaban una cuenta abierta a nombre de Juan D. Perón y Eva Duarte a finales de 1941. Paul Manning, *op. cit.*

[142](#) Archivos DAE (Dirección de Asuntos Exteriores). Reportes del SIR (Security Intelligence Report) N.º 0318 y N.º 01319 con declaraciones de Juan Felisiak, 1948.

[143](#) Reporte del SIR (Security Intelligence Report) con declaraciones del testigo Tadeo Karlikosky, 1951.

[144](#) Paul Manning, *op. cit.*

[145](#) Documento de la Policía Federal Argentina (provincia de Corrientes), 27 de enero de 1949 (Archivo General de la Nación).

[146](#) Rogelio García Lupo, *Últimas noticias de Perón y su tiempo*, Buenos Aires, Vergara, 2006.

[147](#) Harry Truman asumió el cargo de presidente de los Estados Unidos el 20 de enero de 1949.

[148](#) Rogelio García Lupo, *Últimas noticias...*, *op. cit.*

[149](#) Tomado de la entrevista de Tomás Eloy Martínez a Juan Domingo Perón en Madrid, el 9 de septiembre de 1970. Tomás Eloy Martínez, *op. cit.*

[150](#) Hugo Gambini, *Historia del peronismo. El poder total (1943-1951)*, Buenos Aires, Planeta, 1999.

[151](#) Gaby Weber, *La conexión alemana. El lavado del dinero nazi en Argentina*, Buenos Aires, Edhasa, 2005.

[152](#) *Libro negro de la segunda tiranía*. Informe de la Comisión Nacional de Investigaciones de la Revolución Libertadora, Buenos Aires, 1958.

[153](#) Gaby Weber, *op. cit.*

[154](#) *Libro negro de la segunda tiranía*, *op. cit.*

[155](#) Tiempo después, en los setenta, y tras años de abandono, la casa fue adquirida por José Rafael Trosso, ex presidente del Banco de Intercambio Regional (BIR), vinculado estrechamente con José Alfredo Martínez de Hoz y Emilio Eduardo Massera –integrantes de la dictadura militar argentina– e implicados en forma directa en la quiebra fraudulenta de la entidad bancaria. Trosso, casualmente por ese entonces, también había adquirido el Hotel Correntoso en Bariloche, cuyo contador era un tal Juan Maler,

quien resultó ser en realidad Reinhard Kopps, ex oficial de las SS nazis descubierto por la cadena norteamericana ABC en 1994.

[156](#) Ladislav Farago y Stewart Steven, "Nazi forms Argentina 'Brown Mafia'", *Chicago Tribune*, 29 de noviembre de 1972.

[157](#) Luis Sommi, *Los capitales alemanes en la Argentina. Historia de su expansión*, Buenos Aires, Claridad, 1945.

[158](#) Edmund von Thermann, Buenos Aires, 3 de junio de 1941, Büro des Staatssekretärs, citado en *ibid.*, p. 136.

[159](#) Abel Basti, *op. cit.*

Capítulo 13

Un tesoro perdido

“Perón estaba totalmente convencido de la existencia de esas cuentas e hizo todo lo posible para acceder a ellas”.¹⁶⁰

JORGE ANTONIO

Problemas de familia

La muerte de Eva, el 26 de julio de 1952, marcó el inicio de un lento e inexorable debilitamiento del segundo mandato de Perón y el quiebre definitivo en la ya por demás deteriorada relación del presidente con los jefes nazis en el exilio, quienes lo veían como un imperdonable traidor. También fue el momento preciso en que este pudo acceder a cierta información sobre una agenda paralela que Eva había llevado en secreto adelante en Europa, al trasladar de modo seguro bienes millonarios para ponerlos fuera de su control. Esta situación sumó a Perón nuevos enemigos cuando familiares directos de la difunta lo acusaron en público de estar en pleno conocimiento de esos depósitos y negarles el derecho a saber dónde los ocultaba para dejarlos sin absolutamente nada.

El enfrentamiento tenía como eje la herencia material de Evita, una cuestión por la que tildaban de vil estafador al presidente, pues lo hacían responsable de fraguar una carta inconclusa de su esposa para convertirla en una dudosa expresión de su última voluntad.

Todo comenzó un mes antes del fallecimiento de la primera dama, quien —a duras penas y con los últimos jirones de vida que aún le quedaban, producto de un cáncer terminal— pudo tomar temblorosa un papel y escribir:

Buenos Aires, 29 de junio. Quiero vivir eternamente con Perón y con mi pueblo. Esta es mi voluntad absoluta y permanente, y es por lo tanto mi última voluntad. Donde esté Perón y donde estén mis Descamisados, allí estará siempre mi corazón para quererlo con todas las fuerzas de mi vida y con todo el fanatismo que me quema el alma. Si Dios lo llevase del mundo a Perón, yo me iría con él

porque no sería capaz de sobrevivir sin él, pero mi corazón se quedaría con mis Descamisados, con mis Mujeres, con mis Obreros.

Debido a una inocultable fatiga y su pésimo estado general, la carta quedó reducida a esas pocas líneas y sin su firma estampada al final.

Claro que el texto no era un testamento ni mucho menos, ya que nada se leía sobre bienes materiales que alguien podría llegar a heredar (ni siquiera su amado Perón), razón por la cual poco después se le adosaron dos páginas mecanografiadas y rubricadas con las iniciales E. P., donde podía leerse:

Quiero que todos mis bienes queden a disposición de Perón, como representante soberano y único del pueblo. Yo considero que mis bienes son patrimonio del pueblo y que todos mis derechos como autora de *La razón de mi vida* y de *Mi mensaje*, cuando se publique, sean también considerados como propiedad absoluta de Perón y del pueblo argentino. Mientras viva Perón, él podrá hacer lo que quiera de todos mis bienes: venderlos, regalarlos e incluso quemarlos, si quisiera, porque todo en mi vida le pertenece, todo es de él. [...] Pero después de Perón, el único heredero de mis bienes debe ser el pueblo.

Muchos sospecharon ver la sombra del presidente detrás del extraño agregado dado a conocer, entre gallos y medianoche, como el “testamento de Evita”, y nadie llegó a creer que la joven moribunda postrada en una cama hubiera sido capaz de erguirse y tipear — sin desfallecer en el intento — dos páginas seguidas con una máquina de escribir.¹⁶¹

El nuevo escrito convertía a Perón en único heredero de los bienes de su esposa y dejaba de lado y con las manos vacías a Juana Ibarguren (la dolida madre de Eva), Juan Duarte (su hermano) y a sus otras hermanas, a quienes asistía el pleno derecho de compartir al menos la mitad de los bienes en disputa.

Tal como dijo Joseph A. Page en su obra *Perón. Una biografía*, el texto “no expresa los deseos de ella respecto a la distribución de sus bienes”,¹⁶² en tanto que, de acuerdo con la investigación de Nicholas Fraser y Marysa Navarro en *Evita: the real life of Eva Perón*, “estos últimos deseos podrían ser de otra persona”,¹⁶³ una suposición que apunta — sin aclararlo directamente — a Juan Domingo Perón.

La madre de Eva cuestionó el escrito desde un primer momento e incluso se negó a firmar un documento de más que dudosa validez legal que la forzaba a ceder todos los derechos sucesorios a su yerno, el ambicioso presidente de la nación.¹⁶⁴

Sin embargo, la presión surtió efecto y la negativa a firmar duró lo que un suspiro cuando amenazaron de muerte a su hijo Juan Duarte, acorralado y raleado del entorno presidencial, quien llegó a decirle: “Vieja, firmá porque corro peligro, si no, me voy a tener

que ir del país”.¹⁶⁵ Pese a su pedido, pronto sufriría dramáticas consecuencias en carne propia, como se verá.

Las preguntas surgen entonces inevitables. ¿Por qué modificó Perón el testamento de Evita? ¿Por qué hizo creer que recibía en herencia bienes que se supone que eran suyos?

La respuesta es simple: Perón pretendió quedarse con una inmensa fortuna que la difunta acumuló a través de los años gracias a pagos, regalos y favores que recibió de manos de los jefes nazis de la organización a la que ella había servido con esmero y dedicación. Tanto fue así que, de acuerdo con Peter Alemann en su artículo “Evita-Kurzbiographie” (Breve biografía de Evita), publicado en el periódico *Argentinisches Tageblatt* en julio de 1952, Perón llegó a decir que su esposa iba a manejar más dinero que el mismísimo Estado nacional.¹⁶⁶

De hecho no exageraba, ya que el tesoro acumulado al final del arco iris por Evita al momento de su muerte incluía 1200 lingotes de oro, 756 joyas de oro y plata, 650 anillos engarzados con piedras preciosas, una enorme colección de valiosos prendedores de platino y gran cantidad de alhajas con diamantes, cuyo valor superaba ampliamente los 19 millones de pesos de entonces. A esto luego se sumó el descubrimiento de gran cantidad de inmuebles adquiridos por Eva a espaldas de Perón, más un centenar de acciones de importantes empresas y certificados de inversión que le agregaban al inmenso tesoro (conocido) la cifra nada despreciable de otros 16 millones de pesos,¹⁶⁷ a los que debía adicionarse una importante suma de dinero en efectivo (cuyo monto se desconoce) depositada durante su viaje al exterior.

Juancito en desgracia

Con la idea de conseguir el tesoro perdido, Perón presionó a Juan *Juancito* Duarte y lo obligó a viajar a Suiza con el único objetivo de determinar dónde se encontraban los depósitos cuyo valor calculaba en torno a los sesenta millones de francos suizos de entonces.

Juancito viajó acompañado por Héctor Cámpora (hombre de confianza de Perón), una decisión que le haría saber al primer mandatario si su cuñado era en efecto un traidor o no, y ganar más tiempo para reunir elementos probatorios que llevaran a saber qué papel jugaba Duarte en la estructura que operaba a espaldas suyas para haber llegado a semejante situación.

Duarte y Cámpora viajaron a Europa el 1 de octubre de 1952 llevando con ellos – según consta en un cable de la embajada de los Estados Unidos al Departamento de Estado,

la CIA y el FBI— una carta supuestamente firmada por el presidente de la Corte Suprema de Justicia, en la que aseguraba que los herederos de Evita renunciaban de manera irrevocable a sus derechos e indicaba además que Perón gozaba de las prerrogativas sobre la reclamada fortuna de su mujer.

Claro que la carta era de dudosa autoría, atribuida por muchos directamente a Perón en una hábil maniobra que escondía otra llamativa irregularidad: los familiares de Evita cedieron sus derechos bajo presión mucho tiempo después de iniciado el viaje de Juan Duarte ordenado por el presidente de la nación.

Tras un mes de búsqueda infructuosa (Cámpora estuvo solo unos días y luego volvió de manera inexplicable a Buenos Aires), el “dandy peronista” regresó con las manos vacías ante un enfurecido Perón, a quien no pudo informarle con quiénes se llegó a reunir ni —de haberlo hecho— dónde se habían concretado esos encuentros. En efecto, ni siquiera Cámpora se dignó alguna vez a revelarles esa misma información, lo cual fue tomado por Perón como una inaceptable traición de su parte y una derrota personal que no estaba dispuesto a aceptar, ni mucho menos a tolerar.

Cabe preguntarse entonces: ¿estaba Juan Duarte realmente al margen de esas secretas operaciones o fue cómplice funcional de Eva, poniendo un inmenso tesoro millonario fuera del alcance de Perón?

De acuerdo con el *Libro negro de la segunda tiranía*, que dio a conocer los informes de la Comisión Nacional de Investigaciones habilitada por la Revolución Libertadora tras la caída de Perón, desde antes de su regreso de Europa el cerco sobre Juan Duarte comenzó a cerrarse cada día más. El despilfarro de dineros públicos fue la gota que rebalsó el vaso y el detonante de la cuenta regresiva que lo llevó a caer en una irreversible y trágica desgracia. Las sospechas en su contra aumentaron tras la muerte de Eva y por la certeza que se tenía acerca de sus oscuros negociados, el acopio de información comprometedor para Perón y el empleo discrecional de fondos estatales siempre en nombre y a espaldas del presidente de la nación.

Tampoco faltaron los “alcahuetes” oportunistas, que pusieron al cuñado presidencial contra la espada y la pared, entre ellos la actriz Maliza Zini, una preciada informante que en marzo de 1953 cruzó a Perón en los pasillos del Teatro Colón tras un acto al que acababan de asistir para confirmarle que Duarte estaba perfectamente al tanto de la fortuna trasladada por Eva al exterior. Estos datos llevaron a Perón a designar al comandante de Gendarmería Manuel V. Scotto Rosende al frente de una serie de interrogatorios a los que fueron convocados, entre otros, la mencionada Zini y Fanny Navarro, otra actriz ultraperonista que supo compartir momentos de apasionante intimidad con el hermano de Evita y que sabía muchos de sus más ocultos e inconfesables secretos.

De esas declaraciones se supo que Juancito contaba con los datos que le quitaban el sueño a Perón, una información que —según se sospechaba— estaba a punto de hacer desaparecer. Por ello Perón ordenó vigilar desde el 7 de abril las dependencias de la Secretaría Privada de la Presidencia (a cargo de Duarte) con personal del Servicio de Informaciones del Estado. Pese a la premura de sus movimientos, estos no pudieron evitar que “en el que fuera el despacho de Juan Duarte, tanto la caja de hierro como los cajones del escritorio y demás inmuebles se encontraban enteramente vacíos, con vestigios en el interior de algunos papeles rotos”.¹⁶⁸

El 9 de abril de 1953, el día indicado para llevarlo a declarar ante la comisión investigadora ordenada por Perón, el cuerpo inerte de Juan Duarte fue encontrado junto a su cama en el departamento que ocupaba sobre la avenida Callao 1944,¹⁶⁹ revólver Smith & Wesson en mano y bañado en la misma sangre que salpicó una carta dirigida al presidente de la nación.

“He sido honesto y nadie podrá probar lo contrario”, escribió Duarte, “[...] lo consiguieron, me llenaron de vergüenza [...] me alejo de este mundo asqueado por la canalla”, mientras sus vecinos del oligárquico Barrio Norte se encargaban de agrandar la bola de nieve de los más diversos rumores, sosteniendo a diestra y siniestra, con una ácida ironía antiperonista, que “todo el mundo sabe que se suicidó, pero nadie sabe quién lo hizo”.¹⁷⁰

Poco tiempo antes Perón advirtió que su cuñado pasaba la gran vida, despilfarrando ingentes fortunas para entregarse a los placeres mundanos de la carne, con una interminable colección de mujeres que le seguían el juego, gracias a la protección dispensada y los generosos aportes económicos de su fallecida hermana. Estos le permitían llevar un ritmo de vida solo comparable al de un *playboy* europeo o incluso al de alguno de los más encumbrados actores de Hollywood. Raleado del entorno presidencial —pese a éxitos circunstanciales y una vida desenfundada que jamás pensó abandonar—, había llegado la hora y Duarte se había quedado irremediabilmente solo.

Aquella fatídica madrugada varios vecinos creyeron ver a un grupo de hombres (entre ellos, a Cámpora) arrastrando al ya desvanecido Duarte desde un auto hasta el interior de su propiedad,¹⁷¹ mientras otros aseguraban que el “suicidado” había sido previamente detenido por efectivos peronistas en un aeropuerto mientras procuraba abandonar el país en busca de mayor protección y seguridad.¹⁷²

La causa fue cerrada y caratulada rápido como suicidio. Sin embargo, tras la reapertura del caso (en 1955, luego de la caída de Perón) y la revisión de las poco confiables pericias policiales originales, pudo establecerse que la Smith & Wesson calibre 38 de Duarte

había disparado de manera inexplicable una bala calibre 45 que destruyó su cabeza y dejó abierto en el aire un insondable y misterioso final.¹⁷³

Indicios de una doble misión

Tratar de comprender las verdaderas motivaciones para extender durante tantas jornadas “fuera de programa” el viaje de Evita por el Viejo Continente, y trasladar un inmenso tesoro para ponerlo fuera del alcance de un inadvertido Perón, implica basarse en sospechas y presunciones que no han sido debidamente demostradas, al menos hasta hoy.

Vale la pena preguntar entonces: ¿respondía Eva solo a órdenes expresas de su marido al procurar el ingreso de nazis a la Argentina?, ¿o también cumplía con el mandato impuesto por otra poderosa voz de mando, claramente opositora a los inocultables intentos de expolio pretendidos por Perón?

A partir de distintos elementos presentados a lo largo de este trabajo y los aportes de otras confiables fuentes de información, como son las investigaciones de reconocidos autores en el tema, trataremos de encontrar el hilo conductor que lleve a la construcción de un relato que dará claros indicios de esa doble misión.

La idea del rol de Eva como doble agente es la más verosímil, una teoría que tomó nuevo impulso cuando Lilian Lagomarsino de Guardo (su asistente personal durante la gira europea) habló del pánico experimentado por la primera dama, que creyó ser víctima de un posible ataque a manos de leales agentes peronistas una vez llegada a la ciudad de Madrid.¹⁷⁴ Esta hipótesis fue luego confirmada en una entrevista concedida a la periodista Magdalena Ruiz Guiñazú, a quien contó que “nunca me dijo por qué tenía miedo, en serio. No era cuento, y aún recuerdo la humillación con que me pidió que me quedara con ella durante la noche. [...] También en Montecarlo, donde fuimos a un hotel que no era de los mejores (quizás porque Dodero quería que pasara inadvertida), cada noche colocábamos la cómoda delante de la puerta para atrincherarnos”.¹⁷⁵

La muerte de Eva y la posibilidad de dar con un tesoro de leyendas llevaron a Perón a embarcarse en una frenética búsqueda contrarreloj que le diera acceso a las millonarias fortunas perdidas, de las que decía –de manera sincera– no tener el más mínimo conocimiento y control. Estas cuestiones fueron también consultadas por el autor en una entrevista mantenida con Silvia Mercado (periodista, escritora y docente universitaria especialista en peronismo), quien sostuvo que, de haberse concretado los depósitos bancarios en Europa, “Perón perdió contacto con la información para recuperarlos”, ya que “fue traicionado por muchas personas a las que él maltrató [...] perdiendo el dinero que

robó y los emprendimientos de los que era socio porque no los manejaba de manera personal, sino a través de testaferros. El único testaferro que no lo traicionó fue Jorge Antonio".¹⁷⁶

Al respecto, Mercado también dijo que "no creo que Perón haya recuperado la plata que se robó estando en el gobierno. [...] Trató, y no pudo, pero no era bueno en eso".¹⁷⁷ Esta idea va en el mismo sentido de lo expresado oportunamente por el desaparecido investigador argentino Jorge Camarasa en una entrevista concedida a Frank Garbely, ante quien sostuvo que "la mejor prueba de que las cuentas suizas de Evita deben existir es el mismo Juan Perón. Envió, sobre todo después que tuvo que exiliarse, a distintas personas a la búsqueda de esas cuentas. El hecho de que Perón buscara esas cuentas hace suponer que estaba convencido de su existencia".¹⁷⁸

Como vimos previamente, el envío de Juan Duarte a Europa fue una de las primeras movidas orquestadas por el desesperado presidente de la nación, aunque no fue la única. Américo Barrios—escritor, periodista y peronista de la primera hora— fue el próximo en sumarse a la lista: viajó a Suiza para intentar cumplir con éxito la misma misión que, pese al empeño demostrado, solo culminó en otra gran desilusión.

Los intentos de Perón por lograr sus ambiciosos objetivos también se tradujeron en un pedido de asilo cursado al gobierno federal suizo, mientras se encontraba exiliado en la España franquista (una solicitud denegada por las autoridades helvéticas, antes advertidas de las verdaderas intenciones del ex mandatario). Y luego, en los años sesenta, con el envío de su tercera esposa, María Estela *Isabelita* Martínez Cartas, quien viajó a Zúrich bajo la cubierta de encontrarse con viejos conocidos que vivían en el lugar. Esta oportunidad fue aprovechada por Perón para pedirle a la actriz española Niní Montión¹⁷⁹ que la acompañara, ya que como vieja confidente de Evita sabría en qué sitios deberían buscar. No obstante, la actriz no fue de la partida al argumentar que poco y nada era lo que podía aportar, y dejó plantado a Perón frente a otro obstáculo difícil de sortear.¹⁸⁰

La última misión de la que se tiene constancia con el objetivo de recuperar las fortunas ocultas en Europa involucró la participación de Jorge Antonio, quien recién en mayo de 1988 confirmó abiertamente:

[...] Perón estaba totalmente convencido de la existencia de esas cuentas e hizo todo lo posible para acceder a ellas. Hizo que muchas y muy diversas personas las buscaran: varios abogados, e incluso su tercera esposa, Isabel. También a mí me envió a Suiza para buscar las cuentas [...] nunca supimos quién las robó. De todos modos, de pronto habían desaparecido sin dejar rastro. Estuve en seis bancos. Recuerdo, sobre todo, mi visita al Schweizerische Kreditanstalt. Yo llevaba una carta del general Juan Perón que me autorizaba a buscar en su nombre esas cuentas. Pero no encontré nada, ni cuentas, ni cajas de seguridad... Nada.¹⁸¹

Claro que no era el primer escollo que el gobierno federal suizo interpuso en el sinuoso camino de Perón porque, de hecho, el 15 de diciembre de 1955 se habían encargado de dejar las cosas claras con los cabecillas de la Revolución Libertadora (quienes también procuraron dar con los depósitos para expropiarlos) cuando el embajador suizo en Buenos Aires recibió una nota de Max Petitpierre (presidente del Consejo Federal) en la que este le decía que “cuanto menos discuta este asunto con las autoridades argentinas, tanto mejor será”.¹⁸² Estas intenciones fueron luego reafirmadas en otro comunicado oficial, que expresaba que “no existe ningún fundamento legal que autorice al Consejo Federal a confiscar los dineros en cuestión”, lo cual confirmaba la existencia de los depósitos. Al tiempo que agregaba: “De todos modos, un ejercicio legal solo puede tener lugar cuando se conozca dónde se encuentran depositados los haberes. Pero el secreto bancario definido en la Ley no nos permite informar al gobierno argentino acerca de ello”.¹⁸³

Otra hipótesis que explica la imposibilidad de Perón por dar con los millonarios depósitos de su esposa es la que indica que el certificado de nacimiento original de Eva Duarte había sido destruido por órdenes expresas de la primera dama una vez llegada al poder junto con Perón, a fin de impedir que se supiera públicamente que era hija ilegítima.

La teoría parece cobrar vida dada la sospecha de los emisarios peronistas que por esto mismo se vieron impedidos de demostrar en Suiza que había existido una persona llamada María Eva Duarte (teoría sostenida por Joseph A. Page).¹⁸⁴ En tanto que otra versión –también planteada por Jorge Camarasa– indica que todo se debía a gestiones llevadas adelante por un resentido y poderoso industrial argentino (cuyo nombre jamás ha sido revelado) muy afectado en su momento por ciertas medidas adoptadas por Perón y que gracias a influyentes contactos en entidades suizas se encargó de que los banqueros helvéticos le cerraran todas y cada una de las puertas al desesperado primer mandatario de la nación.¹⁸⁵

Era evidente que para quienes buscaron con tanta insistencia las fortunas de Evita había llegado la hora de aceptar amargamente el viejo axioma peronista de que la única verdad es la realidad. La suya era una misión sin sentido.

Pruebas eliminadas

El misterio llegó hasta la primavera de 1988 cuando Ignacio Klich, coordinador de la CEANA (Comisión para el Esclarecimiento de las Actividades del Nazismo en la Argentina, creada en mayo de 1997 mediante el decreto presidencial N.º 390), confirmó la existencia de los documentos sobre esos depósitos en una entrevista mantenida con el investigador Frank

Garbely. También aseguró que, en los viejos archivos del Ministerio de Justicia de la Argentina, los integrantes de dicha comisión se toparon con una importante cantidad de legajos sobre el enriquecimiento ilícito del matrimonio presidencial y –lo que más les interesaba– otros que daban constancia de la fortuna oculta en Suiza por Eva Perón.

De todos modos, alguien se encargó de dejar a los curiosos de la CEANA sin absolutamente nada cuando, tras habilitar un archivo especial donde se colocaron todos juntos los reveladores documentos, funcionarios del Ministerio les informaron que –por motivos que ellos desconocían– los papeles se habían trasladado a otra dependencia, sin darles mayores explicaciones.

Así las cosas, los documentos con las pruebas sobre los millonarios depósitos concretados por Eva a espaldas de Perón corrieron la misma suerte que los legajos sobre la llegada de submarinos alemanes a las costas argentinas. Es decir, archivos completos que tras ser sugestivamente trasladados a otra dependencia ministerial fueron dañados por la inoportuna rotura de un caño que inundó rápido el lugar.

Según Klich, “ya tres veces hubo indicios concretos acerca del dinero y de la fortuna de Evita en Suiza a lo largo de los últimos cincuenta años. Cada vez la Argentina designó una comisión de investigación. Y cada vez los documentos y las pistas fueron ‘cajoneados’, la comisión disuelta... y fin de la historia”.

Poco faltaba para que las primeras consecuencias derivadas de sus molestas investigaciones estuvieran por llegar: el coordinador de la CEANA y otros investigadores fuertemente comprometidos con la causa comenzaron a ser víctimas de reiteradas amenazas de muerte.

Pese al esfuerzo demostrado, todos sacaron como triste conclusión que los documentos sobre los depósitos secretos de Eva Perón en Suiza hace tiempo que habían dejado de existir.¹⁸⁶

Aún después de su muerte, esos millones seguían siendo esquivos a Perón.

Los bienes de Perón

La ira de Perón quedó registrada en sus memorias grabadas, cuando por la evidente imposibilidad de acceder a los millones buscados dijo:

Suiza es un país que no me gusta. A mí no me gustan los países híbridos. A mí me gusta el colorado o el azul, pero no el verde. Suiza es un país que no conozco y no tengo interés en conocer.

Conozco unos cuantos suizos y eso me basta. Yo creo que Suiza es el país donde se juntan todos los bandidos, porque es el país “reducidor”. Reducidor le decimos los argentinos a ese que compra las cosas robadas.¹⁸⁷

Al momento de hacer estas declaraciones, los bienes materiales que Perón había logrado acumular tras los primeros años de gestión estaban bloqueados y fuera de su alcance por decreto de la Revolución Libertadora y quienes se habían lanzado a investigar. Perón no negaba sus posesiones –que habían crecido de modo exponencial entre 1943 y 1946– ni se había tomado el trabajo de ocultarlas. Cuando el GOU tomó el poder Perón solo contaba con el modesto sueldo de su grado militar y unos pocos ahorros que había podido juntar. Seis años después sus bienes habían crecido de un modo que no muchos podían explicar.

Fue el propio Perón quien en 1949 convocó a un grupo de periodistas a su despacho presidencial para ser testigos privilegiados de la entrega de su declaración jurada de bienes (la primera presentada por un presidente argentino) que hizo ante el escribano general del gobierno, una oportunidad en la que curiosamente omitió mencionar la millonaria cuenta bancaria que lo enfrentaba a Martin Bormann.

Los bienes que Perón dijo poseer eran una quinta de dieciocho hectáreas en San Vicente, un automóvil marca Packard y unos pocos efectos personales más. Y como bienes testamentales indivisos declaró un campo con instalaciones completas y hacienda en Sierra Cuadrada (Comodoro Rivadavia), una bóveda familiar en el Cementerio de la Chacarita y un terreno en la localidad bonaerense de Roque Pérez.

También, de manera inesperada, se declaró deudor del Banco Hipotecario Nacional (debido a un gravamen sobre su casaquinta de San Vicente) por un monto estimado en \$50.000. Una situación patrimonial que –una vez fallecida Evita– cambió de manera excepcional, ya que agregó a lo anteriormente mencionado la cifra de \$3.410.000 en concepto de mejoras y ampliaciones realizadas en la quinta de San Vicente, la compra de una importante propiedad de ocho pisos en la calle Gelly y Obes 2287/89, otro edificio con la misma cantidad de pisos y diecisiete departamentos en Callao 1944 (donde se “suicidó” Juan Duarte), un chalé en la calle Teodoro García 2102 valuado en \$545.000 (actualmente allí se ubica el garaje de un gran edificio de viviendas) y una finca en la localidad cordobesa de Casa Grande con una valuación fiscal de \$160.000 de entonces.

Perón también tenía a su nombre acciones del establecimiento Santa María (en Monte, provincia de Buenos Aires) por tres millones y acciones en la compañía aseguradora La Territorial La Victoria S.A. (de Montevideo, Uruguay) por un monto estimado en torno a

los \$200.000 oro uruguayos, acciones del Victoria Plaza Hotel S.A., además de tener una cuenta con solo \$50.000 declarados y otra con \$5.623.707 de la ex Fundación Eva Perón.

Finalmente, entre los inmuebles declarados, Perón tenía 1200 plaquetas de oro y plata, 756 objetos de platería y orfebrería, 650 alhajas, 144 piezas de arte de marfil, 211 motocicletas, 19 automóviles, un avión privado, dos lanchas, 394 piezas de arte y una importante colección de 430 armas antiguas y modernas, entre otras cosas.

La explicación para semejante crecimiento patrimonial corrió por cuenta y cargo del apoderado de Perón, quien sostuvo que todo provenía de obsequios recibidos a lo largo de los años y pretendió hacer creer que lo regalado le pertenecía de forma legítima, aunque era muy posible que su origen fuera claramente ilegal.¹⁸⁸

Pero no era eso lo que buscaba conservar Perón, sino que —como vimos— su objetivo era dar con los millones perdidos que su difunta esposa había ocultado del otro lado del “arco iris” para que nadie —tampoco él— pudiera encontrarlos.

Acta de defunción

En diciembre de 1951 Perón dio otro paso con intenciones de concretar un proyecto de larga data, que sumaría nuevos motivos de enfrentamiento con las potencias dominantes y ciertos intereses de los reciclados nazis ya asociados a los vencedores de la Segunda Guerra Mundial, cuando llegó al puerto de Buenos Aires un enorme buque proveniente de Belfast. Claro que ese barco no era uno más: se trataba del *Juan Perón*, el ballenero factoría más grande del mundo.

Desde el inicio mismo de su primera presidencia, Perón hizo suyo un viejo anhelo de la Marina de Guerra argentina de principios de siglo, con miras a crear una flota del Estado destinada a la caza de ballenas, el comercio y la manufactura de todos sus derivados en la Antártida y las islas del Atlántico Sur. Esta idea amenazaba con arrebatarles un negocio multimillonario a las más importantes empresas anglonorteamericanas del momento y solo sería posible con la participación de un selecto grupo de “notables”, a quienes pronto iba a convocar.¹⁸⁹

El primero de ellos fue el empresario naviero Alberto Doderó, previamente encargado del traslado de “alemanes útiles” hacia la Argentina en complicidad con Perón. Doderó atrajo al proyecto al magnate y hábil empresario griego Aristóteles Onassis. Este era dueño de una flota de barcos relacionada con la Argentina desde el plan orquestado por Perón en 1942 para traspasar armas desde Alemania en un buque de bandera argentina retenido en Suecia que era de su propiedad. A él luego se unieron el traficante de armas

Fritz Mandl (otro viejo conocido de Perón) y el mecánico naval Alfredo Ryan, de los Talleres de Reparaciones del Río de La Plata, que recibía soporte técnico e inyección financiera de empresas alemanas como Siemens, Thyssen y Mannesman, algo que también le valió ingresar a la “lista negra” confeccionada por los agentes de inteligencia norteamericanos advertidos antes del plan.

Los cuatro seleccionados, vale decirlo, tenían varias cosas en común de las que alardear: eran verdaderos expertos en negocios millonarios y eran argentinos por adopción que aún mantenían buenas relaciones con jerarcas, banqueros y empresarios de la desaparecida Alemania nazi, unas amistades que traerían dramáticas consecuencias para Perón, como veremos.

El proyecto cristalizó recién en 1948, cuando Ryan —en su carácter de presidente de la Compañía Argentina de Pesca— presentó la orden para construir el buque en los astilleros Harland & Wolff, famosos por haber botado el legendario *Titanic* en 1912.

El buque factoría de veinticinco mil toneladas era una gigantesca fábrica flotante que también podía utilizarse como transporte de petróleo una vez finalizada la temporada de caza en altamar, algo que lo convertía en un negocio redondo que los grandes conglomerados internacionales —como el angloholandés Unilever— no estaban dispuestos a ceder ni mucho menos a tolerar.

Por órdenes de Perón, Ryan se instaló en Belfast para supervisar la construcción del enorme ballenero que iba a permitirle al presidente argentino meter cuña en el alicaído negocio de la industria naval y el transporte comercial marítimo, al convertir de nuevo al país en proveedor de alimentos hacia la necesitada Europa de posguerra. Ese momento fue elegido por Dodero, Mandl y Onassis para desvincularse del proyecto (posiblemente presionados por los intereses de poderosas multinacionales), confirmarle a Perón que no serían de la partida y que desde entonces lo dejaban completamente solo. Lejos de amedrentarlo, esto llevó a Perón a convocar a un nuevo socio que —sin siquiera sospecharlo— pronto pondría fin al megalómano sueño del presidente de la nación.

Se trataba de Lars Andersen, un cazador de ballenas noruego considerado el mejor arponero del mundo por aquella época y un ex colaboracionista de los nazis que, tras ser detenido por agentes aliados, pudo escapar hacia la Argentina donde obtuvo nueva nacionalidad y estrechó fuertes lazos de amistad con Perón. Lo entusiasmó con su idea de un negocio millonario derivado de la caza de ballenas,¹⁹⁰ sin que este advirtiera que detrás de la propuesta se escondía un anzuelo del que ya no podría escapar: Andersen aún mantenía relaciones comerciales con Hjalmar Schacht (ministro de Economía del Tercer Reich entre 1934 y 1937), quien por esos días tenía a su cargo el diseño de un programa de reconstrucción de la economía alemana justamente a través de un fuerte impulso a la

industria naval, sostenida en la caza de ballenas en altamar. Schacht llevaba además una intratable espina clavada en su costado desde la muerte de Heinrich Döerge, su representante oculto en la Argentina, asesinado dos años antes en Buenos Aires en confusas circunstancias, aunque muchos apuntaban de modo directo a Perón.

La aventura terminó en diciembre de 1951 con la llegada del *Juan Perón* a las costas porteñas, tras lo cual fue extrañamente intervenido por el Banco Central, para quedar amarrado y en desuso hasta 1952. En ese momento lo compró de nuevo el Estado argentino para transferirlo en otra oscura maniobra a la flota de YPF (Yacimientos Petrolíferos Fiscales) en 1953 y convertirlo en otra viva representación de los más turbios negocios del gobierno peronista y la palmaria demostración de que Perón no siempre sabía con quiénes se metía.¹⁹¹

Apretado entre la espada y la pared por los norteamericanos que buscaban plegarlo a sus necesidades geopolíticas y comerciales en América, con la certeza que tenía sobre los traicioneros movimientos financieros de su fallecida esposa tras su viaje a Europa, enemistado con los nazis exiliados en busca de venganza por los millones que estuvieron a punto de perder y con los grandes conglomerados internacionales que lo tenían como convidado de piedra al nuevo orden de la economía mundial, Perón creyó entonces que había llegado la hora de activar una nueva fase de su plan de dominación continental, que ya no se concretaría mediante el expolio de ingentes fortunas robadas, ambiciosos emprendimientos comerciales o una masiva invasión militar, sino a través de una sigilosa infiltración desde el ámbito sindical.

Sin embargo, Perón no logró advertir un detalle que al final del camino resultó irremediablemente letal: sus nuevos propósitos estaban en pleno conocimiento de los gobiernos de países vecinos, los Estados Unidos, la CIA y el FBI, decididos a activar de una vez por todas los mecanismos que lo harían fracasar. Esto llevó a que en 1952 la CGT —adicta al gobierno justicialista— fuera excluida de todos los congresos obreros internacionales por ser considerada un apéndice político y una herramienta de encubierta expansión de la “tiranía argentina” impuesta por el presidente de la nación.

Las organizaciones obreras mundiales —advertidas antes de la posible infiltración de agentes peronistas— tomaron las debidas precauciones del caso y acordaron celebrar una conferencia que derivó en la Organización Regional Interamericana de Trabajadores (ORIT), firmemente apoyada por la American Labour Federation (Federación Americana del Trabajo), que respondía a los intereses del gobierno estadounidense.

Los países americanos ya habían sentido en carne propia los intentos de dominación por la vía militar diseñados por Perón, cuyo rotundo fracaso llevó a nuevos intentos de infiltración que empezaron a manifestarse con la convocatoria a un encuentro celebrado en

Asunción del Paraguay para hacerle frente a la organización libre americana, y crear una nueva central obrera que respondiera claramente a sus órdenes y directivas.

Las primeras protestas no demoraron en llegar y fue la Confederación Paraguaya de Trabajadores la que, advertida del plan ulterior, se opuso a la idea: emitió un documento en el que expresaba que “el justicialismo, practicado pura y exclusivamente en la Argentina, no debería traspasar los límites de la frontera nacional por ser considerado una forma de imperialismo”. Pese a ello, en noviembre de 1952 se celebró en la Ciudad de México la primera conferencia obrera, a la que asistieron 131 delegados de catorce países americanos. La delegación argentina encabezada por el dirigente “cegetista” José G. Espejo fue la que claramente llevaba la voz cantante y marcaba el ritmo de la agenda por seguir.¹⁹²

Así nació la Agrupación de Trabajadores Latinoamericanos Sindicalistas (ATLAS), la nueva forma de infiltración continental ideada por Perón.

En enero de 1953 se llevó a cabo la primera reunión de la ATLAS en Buenos Aires, la oportunidad en la que Espejo decidió blanquear los principales objetivos, al declamar a los cuatro vientos las pretensiones de llevar la doctrina del justicialismo a todo el continente americano y replicar en cada país el mismo sistema sindical que se sometía a Perón en la Argentina.

El gobierno peronista estableció delegaciones de la ATLAS en países como Colombia, Chile, Costa Rica, Cuba, Ecuador, El Salvador, México, Haití, Guatemala, Nicaragua, Panamá, Perú, Puerto Rico, Honduras, Venezuela y Paraguay. En estos lugares Perón infiltró agentes que trabajaban para la causa, bajo las formas de un nuevo puesto creado especialmente en cada embajada argentina: los “agregados obreros”, que disponían de cuantiosas sumas millonarias. Este dinero era aportado por la Empresa Periodística Argentina S.A. (EPASA), editora del oficialista diario *La Prensa* (órgano periodístico inicialmente opositor que luego fue expropiado por el gobierno peronista), gracias a lo cual también se logró la publicación de periódicos properonistas en varios países americanos, en trabajo mancomunado con la Secretaría de Difusión del gobierno de Perón.

A inicios de 1953 los jefes sindicales argentinos oficialistas recibían cada mes una suma que superaba ampliamente los cuatro millones de pesos de entonces. En tanto que otra cifra similar se enviaba a cada uno de los “agregados obreros” asignados a las representaciones diplomáticas argentinas en el exterior, quienes coimeaban a dirigentes reacios financiando revueltas sociales, huelgas y marchas de protesta que pusieran en brete a gobiernos pronorteamericanos o antiperonistas.

Perón había ido muy lejos, incluso llegó a fomentar hechos dignos de una película de acción cuando, en 1954, aviones de la Fuerza Aérea Argentina surcaron el cielo de Guatemala para ir al rescate de un grupo de sindicalistas apresados por haber dado su

apoyo al presidente Jacobo Árbenz. Este había sido derrocado tras una operación encubierta con el nombre en clave de PBSUCCESS, orquestada por agentes de la CIA y el FBI, un hecho tomado como una auténtica invasión al país americano de parte de Perón.

Así las cosas, un renovado panorama mundial adaptado a impensadas sociedades de entonces (como la que se daba entre nazis y norteamericanos) y la insostenible idea de otra forma de dominación continental claramente opositora a los intereses de los estadounidenses en la región pusieron fecha de vencimiento al debilitado poder de Perón, que transitó el peligroso camino que lo llevó al irreversible y solitario final de su gestión.



El empresario Jorge Antonio, principal testaferro y mejor socio comercial del presidente Perón.



Schweizerische Kreditanstalt en Zürich, Suiza, donde Jorge Antonio buscó los depósitos de Evita.



Buque ballenero Juan Perón.

[160](#) Frank Gabely, *op. cit.*

[161](#) Hugo Gambini, “La historia del testamento apócrifo”, *La Nación*, miércoles 24 de julio de 2002.

[162](#) Joseph A. Page, *op. cit.*

[163](#) Nicholas Fraser y Marysa Navarro, *Evita: The real life of Eva Perón*, Nueva York, W. W. Norton & Company, 1996.

[164](#) El litigio derivó —tras seis años de violento tira y afloja— en un escándalo de proporciones, dado el juicio entablado por pedido de nulidad del documento agregado y la revocación de la supuesta donación de los bienes que habría firmado —bajo presión— Juana Ibarguren. La disputa por la herencia de los bienes de Eva perduró incluso hasta después de la muerte de Perón en 1974, al enfrentar a las hermanas de la ex primera dama con María Estela Martínez, tercera y última esposa del también ya para entonces fallecido presidente de la nación.

[165](#) Hugo Gambini, “La historia...”, *op. cit.*

[166](#) “Evita-Kurzbiographie” (Breve biografía de Evita). Manuscrito a cargo de Peter Alemann, archivo de *Argentinisches Tageblatt*, julio de 1952.

[167](#) Tomás Eloy Martínez, *Santa Evita*, Buenos Aires, Alfaguara, 1997.

- [168](#) *Libro negro de la segunda tiranía, op. cit.*
- [169](#) El edificio de siete plantas era propiedad de Juan Domingo Perón.
- [170](#) Joseph A. Page, *op. cit.*
- [171](#) Frank Garbely, *op. cit.*
- [172](#) Joseph A. Page, *op. cit.*
- [173](#) Frank Garbely, *op. cit.*
- [174](#) Lilian Lagomarsino de Guardo, *Y ahora... hablo yo*, Buenos Aires, Sudamericana, 1996.
- [175](#) Frank Garbely, *op. cit.*
- [176](#) Entrevista del autor con Silvia Mercado, 22 de septiembre de 2015.
- [177](#) *Ibid.*
- [178](#) Frank Garbely, *op. cit.*
- [179](#) Elena Isabel de Amudia y Montilla, conocida como Niní Montían, nació en Madrid en 1911 y fue conocida de jefes de Estado como Alfonso XIII, Francisco Franco, Benito Mussolini y Juan Domingo Perón.
- [180](#) Jorge Camarasa, *Odessa al sur, op. cit.*
- [181](#) Entrevista de Frank Garbely con Jorge Antonio, 6 de mayo de 1988. Frank Garbely, *op. cit.*
- [182](#) Nota de acta de Max Petitpierre a la embajada suiza en Buenos Aires, 15 de diciembre de 1955.
- [183](#) Carta del secretario general del EPD al embajador suizo en Buenos Aires, 29 de diciembre de 1955.
- [184](#) Joseph A. Page, *op. cit.*
- [185](#) *Ibid.*
- [186](#) Frank Garbely, *op. cit.*
- [187](#) Torcuato Luca de Tena, *op. cit.*
- [188](#) *Libro negro de la segunda tiranía, op. cit.*
- [189](#) Rogelio García Lupo, *Últimas noticias..., op. cit.*
- [190](#) *Ibid.*
- [191](#) *Ibid.*
- [192](#) Rogelio García Lugo, *op. cit.*

Epílogo

*“La caída del tirano Perón en Argentina
es la mejor reparación al orgullo del Imperio
y tiene para mí tanta importancia
como la victoria de la Segunda Guerra Mundial.
Las fuerzas del Imperio inglés
no le darán tregua, cuartel ni descanso en vida,
ni tampoco después de muerto”.*

WINSTON CHURCHILL, discurso ante la Cámara de los Comunes, 1955

Hacia el final de su segundo mandato, Perón esbozó un llamativo acercamiento a los Estados Unidos, una situación que venía de un tiempo atrás cuando, desatada la guerra de Corea, la lucha contra el comunismo puso de nuevo al mundo al borde de un holocausto nuclear. En la Argentina de entonces, Perón venía escribiendo una serie de artículos publicados en el diario oficialista *Democracia*. Eran notas que firmaba con el seudónimo de *Descartes* y utilizaba para ponerse interesadamente en el bando de los Estados Unidos, advirtiéndole a su modo sobre el creciente peligro comunista — pese a restablecer relaciones diplomáticas con los soviéticos desde su primera presidencia —, con el argumento de que la guerra de Corea era la prueba concreta del plan de expansión de los marxistas. Al mismo tiempo sostenía que la OTAN (Organización del Tratado del Atlántico Norte) pronto iba a necesitar nuevos aliados dispuestos a plegarse a la causa de Occidente ante el creciente peligro del expansionismo comunista a nivel mundial.

En ese momento Albert Nufer era el embajador norteamericano en Buenos Aires, un funcionario que mantenía buenas relaciones con Perón, cercanas a la amistad, y un apasionado lector de los escritos que el presidente firmaba con su seudónimo. A su vez era uno de los principales impulsores de lograr un acuerdo que permitiera a Perón ser justamente uno de los nuevos socios sudamericanos de la OTAN.

La llegada del militar norteamericano Dwight Eisenhower a la presidencia de los Estados Unidos en 1953 pareció potenciar la posibilidad de un entendimiento, sobre todo cuando accedió a instancias de Nufer y John Foster Dulles (secretario de Estado) a enviar un alentador mensaje a Perón diciéndole que “la Argentina y los Estados Unidos son, ambos,

líderes reconocidos de la comunidad americana”. Encontró una rápida respuesta de parte del presidente argentino, quien solicitó a Nufer transmitir a su gobierno que “los problemas fueron con Truman, pero con el general Eisenhower no los habrá. Entre soldados nos vamos a entender, y lo respeto además porque es general más antiguo que yo”.

El intento de acercamiento también se tradujo en una carta que Perón envió el 28 de junio de 1954 a Milton Eisenhower (hermano y asistente personal del presidente norteamericano), en la que le proponía realizar una reunión destinada a encarar de manera conjunta la lucha contra el comunismo en el hemisferio occidental y postulaba a Buenos Aires como sede de ese primer encuentro anticomunista internacional. Para impulsar el acuerdo, el presidente se mostró dispuesto a firmar un convenio con la Standard Oil, tendiente a la explotación petrolera en la provincia de Santa Cruz. Además gestionó un crédito con el Eximbank que diera impulso a la industria siderúrgica local y fomentara asimismo la radicación en el país de plantas dedicadas a la producción automotriz y la industria química, siempre y en todos los casos con fuertes intereses comerciales norteamericanos involucrados.

Uno de los posibles acuerdos fue el que se dio con Henry J. Kaiser para fabricar automóviles en sociedad con IAME (Industrias Aeronáuticas y Mecánicas del Estado), que dependía de la Fuerza Aérea Argentina, donde varios ases de la vieja Luftwaffe de Hitler eran técnicos y asesores. La negociación fue otra típica operación mediante la cual Perón pretendió llenarse los bolsillos al valerse de presión indirecta y tráfico de influencias, e involucrar al hábil Jorge Antonio en la partida, de quien luego llegó a decir que “era un amigo. Un empresario. No era un zar en la Argentina, como decían. No había tal cosa. Era un hombre que hizo buenos negocios. Lo ayudamos como ayudábamos a todos”.¹⁹³

Sin embargo, Antonio no era cualquier otro. Era el único empresario que siempre estaba presente cuando Perón hablaba de negocios.

La llegada de Kaiser a Buenos Aires fue gestionada por De Lesseps S. Morrison (alcalde de Nueva York), que para ese entonces buscaba dar fuerte impulso a las inversiones norteamericanas en Sudamérica y que tras arribar a la Argentina participó de una reunión junto con el empresario automotriz y el presidente argentino, aunque por supuesto no estuvieron solos. “Durante el desarrollo de las tratativas yo notaba con interés que cada vez que se mencionaba una cifra o una estimación Perón dudaba y miraba en dirección a un hombre oscuro y silencioso que estaba sentado en uno de los extremos de la mesa, y luego tomaba una decisión” —recordó alguna vez Morrison—. “Este misterioso asesor nos había sido presentado como Jorge Antonio”.¹⁹⁴

Los norteamericanos advirtieron que no había arreglo posible de no mediar la previa aprobación de Antonio, dado lo cual dejaron plantada su queja ante Perón, quien —como

era habitual en esos casos— se hacía el distraído advirtiéndole de modo solapado a Antonio que desapareciera momentáneamente de la escena y dejara fluir la situación.

Tras ideas y vueltas se retomaron las negociaciones, en este caso con Edgar Kaiser (hijo de Henry), quien propuso fundar una filial local de la firma que sería bautizada como Industrias Kaiser Argentina (IKA), cuya idea era producir vehículos de manera conjunta con el gobierno nacional. Proveerían la maquinaria necesaria, los equipos técnicos y las matrices a cambio del cuarenta por ciento del interés de la empresa, mientras que el resto del capital correría por cuenta y cargo de IAME y del resultado de la venta de acciones públicas.

El acuerdo era casi un hecho hasta que los representantes de la firma norteamericana recibieron la inesperada visita de Antonio cuando regresaron a su hotel, quien —según posteriores declaraciones de Washington Lloyd N. Cutre, abogado de Kaiser presente en la “improvisada reunión”— siempre se refería a “nuestro grupo” y dejaba entrever que hablaba en nombre de Perón. En esa oportunidad, ni lerdo ni perezoso les propuso (*off the record*) crear no una sola compañía, sino dos.

La primera (en manos de los Kaiser) produciría los vehículos, mientras que la segunda (manejada por Perón y su testaferro) se dedicaría a la comercialización y distribución. ¿Cuál era el negocio? Tal como en el caso de la Mercedes-Benz Argentina, lo más interesante eran los elevados sobrepuestos cobrados a las concesionarias o a los clientes particulares, unas cifras millonarias que desde luego no eran declaradas ante la DGI e iban a parar a los bolsillos de Perón.

A fines de 1954 Perón estaba irremediamente solo y capeaba el temporal frente a la mirada acusatoria de sus viejos enemigos de siempre, reunidos en una impensada sociedad junto con quienes el presidente argentino no había dudado ni un solo instante en traicionar. Los norteamericanos y británicos, el Vaticano y el poder oculto de los nazis en el exilio ya no tolerarían los pretenciosos avances peronistas, y en consecuencia había llegado la hora de actuar.

Por el lado de los Estados Unidos, el gran inconveniente pasaba por la imposibilidad de expropiar la millonaria propiedad alemana hábilmente retenida por Perón, reclamada con la poco convincente excusa de reparaciones de guerra. Una cuestión a la que se sumaba la idea sostenida por el gobierno de transformar a la Argentina en una nación rica e industrializada capaz de hacerles sombra a las potencias dominantes de entonces.

Hasta ese momento el último claro intento de los estadounidenses por poner en vereda a Perón había culminado con la Argentina excluida de las “ventajas” del Plan Marshall. Esta (a ojos del presidente) era una jugada norteamericana para colgarse todas las medallas y forzar a varios países a “colaborar” a costa de esfuerzos descomunales en

condiciones claramente desfavorables. Una pulseada que impidió a la Argentina peronista integrar la lista de países exportadores hacia el hambriento continente europeo, profundizó aún más su aislamiento y dio de manera concreta la primera trompada de *knock out* a la decadente Tercera Posición.

Los británicos también tenían sobrados motivos para detener el avance peronista, ya que el daño contra sus fuertes intereses comerciales en la Argentina era un duro golpe que no lograban superar. Estas cuestiones pasaron de la desconfianza inicial a una declarada hostilidad cuando advirtieron que Perón –mediante un acuerdo con los estadounidenses– se aprestaba a explorar las reservas petroleras del subsuelo argentino y favorecía a la norteamericana Standard Oil en perjuicio de la angloholandesa Royal Dutch Shell. A esto se sumaba la inoportuna declaración de la independencia económica figuradamente firmada por Perón el 9 de julio de 1947 en Tucumán, destinada a dejar atrás la vieja Argentina del campo (dependiente de Inglaterra) para dar paso a un país tecnológico, científico e industrial.

Tal era el encono de los británicos contra Perón que su primer ministro, Winston Churchill, declaró –agregando a lo dicho en la Conferencia de Yalta de 1945, cuando pidió que “no dejen que la Argentina se convierta en potencia, porque detrás de ella arrastrará a toda Hispanoamérica”– frente a la Cámara de los Comunes en 1955 que “la caída del tirano Perón en Argentina es la mejor reparación al orgullo del Imperio y tiene para mí tanta importancia como la victoria de la Segunda Guerra Mundial. Las fuerzas del Imperio inglés no le darán tregua, cuartel ni descanso en vida, ni tampoco después de muerto”.

Para la corona británica había llegado la hora de reconquistar la Argentina, en tanto que la complicada coyuntura de entonces ya había sido perfectamente anticipada mucho tiempo atrás por Robert Stewart, conocido como Lord Castlereagh (ministro de Guerra de Gran Bretaña y luego jefe del Foreign and Commonwealth Office). Este enunció, en un discurso pronunciado ante la Cámara de los Comunes el 1 de mayo de 1807, su estrategia para el Río de la Plata. En ella sostenía que “Gran Bretaña renuncia a la conquista militar del Río de la Plata, pero no a la conquista comercial. No le interesa quién sea el gobierno de estas tierras siempre que respete la hegemonía comercial inglesa, y se involucra en conflictos internos solo cuando estén en peligro sus intereses”. Y Perón claramente los puso en peligro como nunca antes nadie lo hizo.

Otra de las patas de la mesa a punto de quebrarse era la de la relación de Perón con la Iglesia católica.

El conflicto entre Perón y las autoridades eclesiásticas argentinas (quienes inicialmente habían sido carne y uña) se marcó de manera notable a fines de 1954 y se profundizó al año siguiente por la adopción de políticas que afectaban en forma notoria sus

propios intereses. Por ejemplo, el levantamiento de la enseñanza religiosa obligatoria en las escuelas públicas, la supresión a la restricción del cobro de impuestos a la Iglesia argentina, la sanción de la ley de divorcio y la separación formal de Iglesia y Estado en el país.

La vieja afrenta que años antes no daba demasiadas alternativas, al plantear un hipotético escenario entre “Braden o Perón”, quedó atrás y dio paso a otra inconducente antinomia: los argentinos debían optar ni más ni menos entre “Cristo o Perón”. A esto se sumaban los sacrílegos intentos del régimen por elevar a los altares a Eva Perón y colocarla en el lugar de una milagrosa santa nacional, en la antesala del nacimiento de una nueva religión peronista que pretendía reemplazar tradicionales celebraciones cristianas por fechas emblemáticas para el movimiento peronista, como el 17 de octubre o el 26 de julio, cuando la abanderada de los humildes había entrado en la inmortalidad.

Además, la cuestionable vida privada de Perón tras el fallecimiento de su esposa e incluso las sospechas sobre sus secretos amoríos con Edda Ciano, hija del Duce Benito Mussolini, vista por Buenos Aires en 1951 –cuando Eva aún estaba viva– y su complicada relación con Nelly Rivas (una menor de catorce años, integrante de la Unión de Estudiantes Secundarios, UES), por la que podría haber sido acusado de estupro, también llevaron a la Iglesia católica a ser de la partida junto con quienes estaban decididamente lanzados a conspirar contra Perón.

Sin embargo, todas eran buenas excusas para cubrir el eje principal del conflicto, ya que en 1955 la política del Vaticano impulsada por el papa Pío XII estaba en perfecta sintonía con los intereses de los Estados Unidos y sus nuevos socios, viejos nazis en las sombras a quienes la Iglesia aún protegía para que pudieran escapar.

En otras palabras: todos fueron afectados por Perón, cuyo destino inexorable era la caída.

Durante 1955 la inteligencia norteamericana y el FBI no solo siguieron los movimientos de Perón, sino también los de Hitler, a quien –según consta en documentos del Bureau del 19 y el 31 de enero de ese año– se lo ubicaba en diferentes partes de Sudamérica. Los informes más precisos fueron los del 17 de febrero y el 19 de abril, en los cuales se aseguraba que el Führer estaba concretamente en Buenos Aires. Lo cierto es que, fuera en un lado o en otro, Hitler (tal vez advertido de las traiciones de Perón o incluso pensando que su inminente caída podría significar el final de su estado de protección) se movilizaba de manera permanente. Esto coincidía con el extraño reconocimiento oficial de su deceso, recién el 10 de septiembre de 1955, a más de diez años de la dramática caída de Berlín, cuando las fuerzas aliadas de ocupación y las autoridades de la República Federal de Alemania lo declaraban oficialmente muerto.

La tardía confirmación de la noticia (sin el más mínimo aporte de pruebas) hizo aún más inexplicable su salvación durante el proceso de los parcializados Juicios de Núremberg, donde otros como Bormann fueron juzgados y condenados “en ausencia”, dada la presunción de su supervivencia. Claro que mientras las potencias occidentales hacían de Hitler un hombre que ya no tendría causas pendientes con la justicia, varios enemigos de Perón se aprestaban a unir sus fuerzas con irreductibles intenciones de sacarlo de circulación.

En ese contexto, el nuevo escenario internacional en la antesala de la Guerra Fría sentó las bases para activar la Operación Paper Clip, un nombre en clave que se le dio al plan diseñado por el Servicio de Inteligencia Militar de los Estados Unidos destinado a “rescatar” a miles de nazis (que los norteamericanos consideraban “especialistas”, y no jerarcas o criminales) en una movida que les permitió hacerse de los más preciados secretos tecnológicos, industriales, químicos y medicinales de parte de los mejores hombres del desaparecido III Reich. El cerebro en las sombras era Allen Dulles, jefe de la OSS (Office of Strategic Services, Oficina de Servicios Estratégicos, luego devenida en la CIA), quien operaba desde Berna como nexo entre los nazis y una de las más poderosas familias norteamericanas: los Bush.

De hecho, Dulles era amigo personal y abogado de Prescott Bush (padre de George y abuelo de George Walker, luego presidentes de los Estados Unidos). Este miembro de la “Skull and Bones” (sociedad secreta de la Universidad de Yale) fue un gran sostenedor financiero de la causa de Hitler, a quien le suministraba, a través de su propia compañía petrolera, el combustible necesario para que los aviones de la Luftwaffe surcaran los cielos de Europa y descargaran su lluvia de fuego y muerte sin igual.

Bush tuvo allanado el camino desde 1926, cuando se puso al frente de la Union Banking Corporation (UBC) y fue nombrado vicepresidente del poderoso grupo económico Brown Brothers Harriman. Este era un puesto clave y estratégico para financiar campañas bélicas y lavar dinero de la Alemania nazi (incluso a través de valija diplomática) y triangular con los Países Bajos. En esta tarea por supuesto no estuvo solo, ya que también estaban allí para respaldarlo multinacionales norteamericanas como Ford, General Motors, IBM, Standard Oil y el Chase Manhattan Bank, de la influyente familia Rockefeller.

Dulles recibió órdenes del gobierno estadounidense para impedir que la prensa y la opinión pública supieran que integrantes del imperio Bush “operaron para la Alemania nazi durante la Segunda Guerra Mundial”. La Operación Paper Clip se concretó a espaldas de todos con figuras como Wernher von Braun (cohetaría y tecnología aeroespacial), Alexander Martin Lippisch (aeronáutica), Walter Schreiber (medicina), Franz Fischer (especialista en combustible sintético), Hans Ziegler (electrónica), Klaus Barbie (luego

involucrado en las misiones que derivaron en la muerte de Ernesto *Che* Guevara en Bolivia), Reinhard Gehlen (ex jefe de Contrainteligencia de Hitler en el Frente Oriental y creador de las redes Stay Behind, destinadas a luchar contra el avance del comunismo en Europa) y Martin Bormann. Este último ya había logrado transformar su organización en un poderoso pulpo económico y financiero mundial involucrado en el tráfico de armas, patentes medicinales y secretos industriales que serían más útiles y mejor retribuidos de parte de los norteamericanos antes que por el traicionero presidente Perón.

Los acuerdos entre norteamericanos, británicos y nazis de posguerra luego se apoyaron en la Operación Safehaven (para impedir que científicos nazis colaboraran con países de Sudamérica) y la Operación Surgeon (plan británico de investigación y desarrollo aeronáutico que contrató ases de la Luftwaffe al servicio de su majestad).

Al promediar 1955 todos supieron que había llegado la hora de derrocar a Perón, un plan que el fatídico 16 de junio de ese año requirió la activa participación de facciones disidentes del Ejército y la Marina, a quienes se sumaron traicionados elementos del nacionalismo argentino, con un fuerte apoyo desde el exterior. El plan era uno y solo uno: bombardear la Plaza de Mayo y la Casa Rosada con claros objetivos de asesinar a Perón.

Entre los conspiradores locales estaba el dirigente nacionalista católico Mario Amadeo (el mismo que en 1942 organizó el viaje a Europa del agente Goyeneche junto con Perón), inicialmente seducido por el peronismo y que, luego de advertir las inocultables traiciones del presidente, se pasó al bando opositor y actuó como cabecilla de partisanos civiles dispuestos a tomar las calles de una vez para ejecutar el plan y sacar de circulación a Perón.

La idea no era nueva. Surgió a comienzos de 1953 cuando Jorge Alfredo Bassi, capitán de Fragata y ferviente antiperonista de la Marina, leyó un artículo publicado en el *Boletín del Centro Naval*, escrito por un oficial de la Armada Imperial japonesa, que llevaba por título: "Yo mandé el ataque aéreo contra Pearl Harbor", algo que lo llevó a pensar: "¡Qué lindo sería imaginar la Casa Rosada como Pearl Harbor!".¹⁹⁵

Por motivos desconocidos el intento de magnicidio se fue postergando, aunque de todos modos era tema de frecuente conversación en círculos antiperonistas, que al final encontraron en el choque de Perón con la Iglesia las mejores excusas para activar la criminal operación.

En febrero de 1955 el grupo rebelde incorporó al contralmirante Samuel Toranzo Calderón (jefe del Estado Mayor del Comando de Infantería de Marina), mientras que los nacionalistas de Amadeo viajaron hasta Paraná para plegar a la revuelta al general Justo León Bengoa, su propio candidato dentro del Ejército, quien de inmediato aseguró su participación.

La idea original consistía en eliminar a Perón el miércoles 9 de julio (el día de sus habituales reuniones de gabinete). Sin embargo, entre el 11 y el 13 de junio los rebeldes supieron que sus planes habían sido previamente detectados por el aparato de seguridad de Perón y en consecuencia había llegado la hora de actuar.

Pese a una persistente llovizna y el mal tiempo imperante que podían complicar un bombardeo preciso, el jueves 16 de junio por la mañana los revolucionarios se pusieron en marcha plenamente confiados en que el clima iba a mejorar.

Bassi copó el Aeropuerto de Ezeiza, Toranzo Calderón se instaló en el Ministerio de Marina, y el capitán de fragata Néstor Noriega sublevó la estratégica base aeronaval de Punta Indio desde donde veintidós bombarderos North American (un nombre que encerraba toda una simbología a costas) y cinco Beechcraft de la Armada levantaron vuelo, cuando cierto grado de desorganización y problemas de comunicación entre los sediciosos estuvieron a punto de hacer abortar el plan.

Al marcar el reloj las 12:40, un Beechcraft rebelde dejó caer la primera bomba sobre la Casa de Gobierno y dio inicio a los enfrentamientos que convirtieron a Buenos Aires en un impensado escenario de guerra, con violentas batallas aéreas entre los sublevados y escuadrones de jets Gloster Meteor que respondían a Perón.

Mientras los antiperonistas lanzaban sus bombas incendiarias contra la CGT, el edificio de Obras Públicas en la avenida 9 de Julio y la residencia presidencial de Gelly y Obes, Perón ya se había trasladado en secreto desde la sede de gobierno al Ministerio de Ejército, ubicado a escasos cien metros del lugar.

Tras parciales victorias repartidas entre los bandos en pugna, pasadas las cinco de la tarde las fuerzas leales al gobierno bajo el mando del general Franklin Lucero doblegaron a los sublevados, mientras los focos resistentes de Ezeiza y Morón lograban que sus aviadores escaparan hacia el Uruguay en busca de asilo y protección.

Esa misma noche Perón descargó su furia con un mensaje por la radio e hizo responsable por los muertos y heridos a la Marina pronorteamericana con apoyo desde el exterior. Pidió luego “a los compañeros trabajadores que refrenen su ira; que se muerdan, como me muerdo yo en estos momentos; que no cometan ningún desmán”.¹⁹⁶

No es posible saber si Perón quiso decir exactamente eso o no, pero sus fieles seguidores dieron claras muestras de saberlo de antemano: esa misma noche el cielo de Buenos Aires se iluminó dramáticamente con las llamas que consumían casi todas las iglesias del centro de la ciudad, mientras los “contreras” no dudaban ni un instante en culpar a Perón y los comandos civiles del nazi Skorzeny por las vandálicas redadas que se acababan de perpetrar.

La lucha dejó más de trescientos muertos civiles inocentes, cerca de setecientos heridos, la muerte de al menos catorce efectivos leales a Perón, treinta militares rebeldes fallecidos y tres aviones derribados por las fuerzas que aún respondían al gobierno, además de cuantiosos daños materiales, producto de la sinrazón.

Pero si Perón pretendió calmar los ánimos tras semejante tragedia nacional, su encendido discurso del 31 de agosto de 1955 frente a una masiva concurrencia convocada por los dirigentes de la adicta CGT a la Plaza de Mayo no hizo otra cosa más que ensanchar la brecha. Gritó a viva voz: “A la violencia le hemos de contestar con una violencia mayor [...]. La consigna para todo peronista, esté aislado o dentro de una organización, es contestar una acción violenta con otra más violenta. Y cuando uno de los nuestros caiga, caerán cinco de los de ellos”. Pese a la afrenta, los responsables del intento de magnicidio no dieron ni un solo paso atrás.

El 23 de septiembre de 1955 la inzanjable división entre gorilas y peronistas colocó al general Eduardo Lonardi de facto en la presidencia de la nación, un cargo que poco y nada iba a durar, ya que no era la idea de sus camaradas plantear el escenario de una Argentina pacificada en la que —según palabras de Lonardi, parafraseando a Justo José de Urquiza— no habría “ni vencedores, ni vencidos”, mucho menos si entre ellos estaba Perón. El peronismo —con todo lo que ello implicaba— debía desaparecer y se activó un nuevo golpe palaciego que llevó a que el 13 de noviembre el general Pedro Eugenio Aramburu diera inicio a la “Revolución Libertadora”, destinada a restaurar los principios políticos y económicos que regían la Argentina antes de la llegada de Perón al poder.

Las nuevas políticas se basaban en lineamientos del asesor económico y financiero del gobierno militar, el pronorteamericano Raúl Prebisch, cuyas ideas borraban todo lo anterior con bajada de línea desde el Norte mediante el nombramiento de Eugenio Blanco como ministro de Economía. En él los regentes del nuevo orden mundial encontraron un perfecto ejecutor de sus necesidades, que encarrilaran definitivamente a la Argentina en el dócil rebaño de naciones dominadas.

A principios de 1956 no solo cualquier folclórico vestigio del viejo mundo peronista, sino también la afrenta al poder económico mundial planteada por Perón, eran borrados de un plumazo. La “Nueva Argentina”, tal vez más parecida a la que llegaría en el futuro, comenzó a gestionar su ingreso al Fondo Monetario Internacional (FMI) y al Banco Internacional de Reconstrucción (BIR), y se embarcó en un viaje que ya no tendría vuelta atrás. Era evidente que la dependencia y los grandes intereses claramente habían cambiado de manos.

En ese nuevo contexto internacional, ¿qué era de la vida de Hitler? El 3 de octubre de 1955 la CIA dio claros indicios de saberlo gracias a un informe que delataba la nueva ubicación del Führer en Sudamérica.

La declaración del informante daba cuenta del relato de Phillip Citroen, ex integrante de las SS, quien para entonces residía en la ciudad venezolana de Maracaibo y que por cuestiones laborales se había trasladado a la localidad de Tunja, en la vecina Colombia, a fines de 1954. Allí —lejos de experimentar la monotonía y el aburrimiento típicos del lugar— vivió una experiencia imposible de olvidar.

Según su relato, Tunja era un pequeño poblado en medio de la nada con muchos alemanes y unos cuantos ex oficiales nazis, reunidos en un perfecto escondite que les daba seguridad. Pese a la escasa población y los pocos visitantes que llegaban, había una posada llamada Residencias Coloniales, donde unos conocidos le presentaron a un hombre, al que reconoció como Adolf Hitler sin dudar.

De hecho, según su propia declaración —también plasmada en el documento de la CIA del 17 de octubre de 1955—, los alemanes que residían en el lugar lo trataban con absoluta “idolatría por su pasado nazi y lo llamaban ‘el Führer’, parándose ante él y haciendo el saludo nazi”.¹⁹⁷ También dijo tener una fotografía que le habían tomado junto a Hitler (cuya copia puede verse en el documento desclasificado) e indicó que el original había sido extraña e inexplicablemente devuelto a su poseedor. En la foto Citroen posaba junto a un Hitler que lucía su aspecto habitual, pero con algo menos de cabellera, mientras que al dorso se daba a conocer el nombre con el que el Führer se hacía llamar: allí era Adolf Schütelmayer.

Finalmente otro dato más: Hitler había dejado Tunja para regresar a la Argentina en enero de 1955, lo cual coincidía con el informe del 17 de febrero de ese mismo año en poder de Hoover, quien —pese a contar con nuevos datos y precisa información— ni a un lugar ni al otro fue a buscar al exiliado Führer alemán.

Muchos años pasaron desde que el director del FBI hizo suyo el “Asunto Hitler”. Centenares de informes y memorandos, miles de páginas, *papers*, *dossiers* y documentos secretos, declaraciones de testigos e informantes, ejércitos de agentes asignados a misiones encubiertas, pistas falsas, datos verdaderos, trampas tendidas, relaciones demostradas, sociedades impensadas descubiertas, espías traidores y leales, partidas presupuestarias monumentales, tecnología al servicio de la investigación y unos cuantos muertos a lo largo de un camino sinuoso que, al ser transitado, llevó cada vez más lejos de un posible y desconocido final.

Con los años, Hoover jamás dejó de seguir el misterioso rastro dejado por Hitler, pero muy lejos estaba de tener intenciones de atraparlo. Desde el lejano año de 1933, el

director del Bureau dedicó gran parte de su tiempo a las investigaciones y al seguimiento del líder nazi y llegó a descubrir el complejo entramado de su huida a bordo de modernas valquirias que atravesaron las profundidades del mar.

No obstante, sus propias investigaciones y las de otros organismos de inteligencia no solo permitieron poner sobre la mesa la siempre negada operación que derivó en el escape de Hitler y las secretas operaciones de sus agentes establecidos en el hemisferio occidental. También les dieron la chance a los Aliados de tener pleno conocimiento de la misión que le fuera encomendada a la mismísima esposa de Perón por los más importantes efectivos del nazismo de posguerra, que hicieron base en la Argentina para poner a salvo gran parte de las fortunas del legendario tesoro nazi, dadas las evidentes y traicioneras movidas pretendidas por el presidente de la nación.

La muerte de Evita fue un duro golpe para los intereses de los alemanes, mientras que las arteras traiciones de Perón llevaron a que un Führer desgastado buscara en otras latitudes mayor seguridad y protección. ¿Advertido por Bormann? ¿Protegido por los norteamericanos? ¿Preservado como una impensada arma secreta de la Guerra Fría contra el comunismo de los días por venir? ¿Confiado tras el éxito de la misión cumplida por la agente Evita al poner a resguardo gran parte del tesoro nazi que Perón pretendió expoliarles?

Quizás hayan sido estas las mismas preguntas puestas en consideración por Hoover en el último instante de su vida, en el preciso momento de su muerte. Tal vez, sin confesarla, tuviera en su mente la secreta respuesta al irse de este mundo, al pensar que él siempre actuó de acuerdo a lo planeado, defendiendo a capa y espada la máxima con la que sostenía que "el FBI es un organismo de investigación que no busca ni culpar ni exonerar a nadie".

Como fuera, muchos de los secretos de una historia impensada de intriga, engaños y poder se perdieron para siempre, se transformaron en polvo y se han ido a las tumbas de Hoover, Evita, Hitler y Perón.

La llegada de la Revolución Libertadora al poder en la Argentina en septiembre de 1955 marcó el comienzo de un penoso y macabro peregrinar del cuerpo embalsamado de Evita. Se procuraba evitar convertirlo en objeto de culto de la incipiente resistencia peronista y al mismo tiempo se lo elevaba al altar de los intocables, incluso para sus más acérrimos enemigos. Con la cubierta del nombre falso de María Maggi de Magistris, el cadáver de la agente nazi devenida en abanderada de los humildes fue enterrado en Italia y devuelto a Perón el 3 de septiembre de 1971 en Madrid. Los restos de Eva fueron lo único que pudo recuperar el exiliado ex primer mandatario, quien jamás pudo dar con las millonarias cuentas secretas de su fallecida esposa en el exterior.

De Ludwig Freude –representante de Hitler en la Argentina que impartía órdenes a la agente nazi– se ha dicho durante años que murió víctima de envenenamiento mientras tomaba una taza de café, un asesinato que no pocos atribuyeron a órdenes directas de un Perón que ya se encontraba en el exilio. Sin embargo, Freude tampoco pudo ser “tocado” por el ex presidente. Falleció en su cama tras una enfermedad el 24 de abril de 1956, rodeado del afecto de sus más cercanos familiares. Se fue de este mundo con la plena seguridad de saber que el tesoro de Hitler estaba a salvo.

Durante el verano europeo de 1999, familiares de Martin Bormann decidieron hacer público un trámite con el cual pretendían poner fin a las sospechas sobre la supervivencia del delfín de Hitler tras la derrota alemana en la guerra. Encabezados por el sacerdote Martin Bormann –por entonces de setenta años e hijo del lado del Führer–, desenterraron unos pocos huesos previamente sepultados en un cementerio de Berlín durante 1972. Tras ello –estudios de ADN mediante, cotejados con una pariente de Bormann– se determinó que los restos óseos eran del nazi con un 99,99 por ciento de seguridad. Para muchos sería el final de la polémica. No obstante, el esqueleto estaba impregnado de un material ferroso y rojizo solo presente en tierra de zonas como Paraguay o Misiones (en la Argentina), en donde evidentemente había estado enterrado, y desde donde oscuros intereses se encargaron de llevarlo de regreso a Alemania para volver a sepultarlo y seguir confundiendo, tal como había sucedido hasta entonces.

Perón volvió a ser presidente en 1973 tras su escape y un prolongado exilio. Años después de su muerte, alguien se encargaría de que no pudiera descansar en paz: el 10 de junio de 1987 el mundo se enteraba de que su cadáver había sido salvajemente mutilado. La bóveda mortuoria fue profanada y sus manos, cortadas. Muchos creyeron ver detrás de semejante atrocidad el mensaje mafioso de quienes muy posiblemente pretendieron saldar alguna vieja cuenta pendiente con el ex presidente de la nación.

El cuerpo de Adolf Hitler se sigue buscando y hasta la fecha nunca se encontró.

[193](#) Torcuato Luca de Tena, *op. cit.*

[194](#) De Lesseps S. Morrison, *Latin American mission. An adventure in hemisphere diplomacy*, Nueva York, Simon and Schuster, 1965.

[195](#) Lucas Lanusse, *Sembrando vientos. Argentina: del primer peronismo a la masacre de Ezeiza*, Buenos Aires, Vergara, 2009.

[196](#) *Ibid.*

[197](#) Documento de la CIA redactado el 17 de octubre de 1955, que hace referencia a la declaración de Philip Citroen denunciando la presencia de Adolf Hitler en Colombia.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

Artículos, cartas y documentos

Archivo de Ministerio de Relaciones Exteriores de Argentina (AMREA). Legajos personales: Osmar Alberto Hellmuth, Letra H, Legajo N.º 2, Madrid, 31 de diciembre de 1943.

Artículo de Anthony Summers. "The secret life of John Edgar Hoover", *The Guardian*, 10 de enero de 2012.

Artículo "Eva Perón in Zurich", *Luzerner Neueste Nachrichten*, 8 de agosto de 1947.

Artículo "Hitler's fate still mystery says Ike's aide", *Washington Times Herald*, 10 de septiembre de 1945.

Artículo de Alberto Amato. "Perón y Hoover: los duelistas", *Clarín.com*, 24 de enero de 1999.

Artículo de Beatriz Figallo. "El caso Hellmuth revisitado: la Argentina y la Segunda Guerra Mundial", *Épocas*, USAL, N.º 7, primer semestre de 2013.

Artículo de Fermín Chávez. "Acerca de la unidad continental", *Historiadelperonismo.com*, agosto de 1984.

Artículo de Rogelio García Lupo. "Los millones del nazismo en la Argentina. La conexión Zúrich", *Clarín*, 22 de noviembre de 1998.

Artículo de Hugo Gambini. "La historia del testamento apócrifo", *La Nación*, 24 de julio de 2002.

Artículo de Jim Bredemus. "American Bund. The Failure of American Nazism: The German American Bund's attempt to create an American Fifth Column", *Traces*, 2 de marzo de 2011.

Artículo de Johannes Steel. "The nazis are winning in the Argentine", *Reader's Digest*, noviembre de 1945.

Artículo de Ladislav Farago y Stewart Steven. "Nazi forms Argentina 'Brown Mafia'", *Chicago Tribune*, 29 de noviembre de 1972.

Artículo "Nazis Hail George Washington as First Fascist", *Life*, 7 de marzo de 1938.

Artículo de Marcelo García. "Ferdinand Beisel: el Hitler que murió en Berlín", *Historiasladob.blogspot.com.ar*, 1 de marzo de 2012.

_____. "Perón y la materia gris alemana en Argentina", *Historiasladob.blogspot*, 5 de marzo de 2013.

_____. "Perón, su espíritu democrático y el gou", *Historiasladob.blogspot*, 2009.

_____. "Prescott Bush, el gran socio norteamericano de Adolf Hitler", *Historiasladob.blogspot*, 30 de abril de 2012.

Artículo de revista *Time*, 28 de mayo de 1945.

Artículo de Ryan Shaffer. "Long Island Nazis: a Local Synthesis of Transnational Politics", *Long Island History Journal*, mayo de 2000.

Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani, N.º 29, Buenos Aires, enero-junio de 2006.

Cable de la agencia periodística rusa Tass, 2 de mayo de 1945.

Carta de Dietrich Niebuhr a Wilhelm von Faupel, 7 de agosto de 1939.

Carta de Dietrich Niebuhr a Wilhelm von Faupel, 26 de agosto de 1941.

Carta de Dietrich Niebuhr a Wilhelm von Faupel, 27 de enero de 1943.

Carta de José María Cantilo, ministro de Relaciones Exteriores y Culto de la Argentina al embajador británico en Buenos Aires, 14 de septiembre de 1939.

Carta de Lucio M. Moreno Quintana, subsecretario de Relaciones Exteriores y Culto de la Argentina, a capitán de navío Athos Colonna, jefe de la Secretaría de Marina, 18 de septiembre de 1945.

Carta de un abogado informante a John Edgar Hoover, 24 de agosto de 1945.

Carta del ministro de Relaciones Exteriores y Culto de la República Argentina, José María Cantilo al embajador británico en Buenos Aires, Sir Esmond Ovey, 14 de septiembre de 1939.

Carta del representante diplomático alemán en Buenos Aires Erich Otto Meynen a Dietrich Niebuhr, 12 de junio de 1943.

Carta recibida en Washington por John Edgar Hoover por datos sobre Hitler en la Argentina, 3 de noviembre de 1945.

Circular N.º 11 del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto de la República Argentina. Firmada por José María Cantilo, 12 de julio de 1938.

Comunicado de John Edgar Hoover para H. J. Martin a la embajada de los Estados Unidos en Montevideo, 3 de agosto de 1945.

Comunicado de la Marina Argentina enviado por Héctor Vernengo Lima al ministro de Marina Alberto Teisaire, 22 de mayo de 1945.

Comunicado de la Sección Comunicaciones de la Base Naval de Puerto Belgrano enviado por el capitán de navío Luis Flores a comandante en jefe de la Escuadra de Mar, 23 de julio de 1945.

Comunicado del agente del FBI C. H. Carson a Daniel Milton Ladd. *Informan que Adolf Hitler y Eva Braun están en la Argentina*, 31 de julio de 1945.

Comunicado del Estado Mayor General del Ministerio de Marina Argentina enviado por el capitán de navío José Almagro a comandante en Jefe de la Escuadra de Mar, 18 de julio de 1945.

Comunicado del Estado Mayor General del Ministerio de Marina Argentina enviado por el vicealmirante Héctor Vernengo Lima, jefe del Estado Mayor General, al comandante en Jefe de Escurios y Escumar, 21 de julio de 1945.

Comunicado del Ministerio de Marina de los Estados Unidos, 13 de junio de 1945.

Comunicado informativo del Estado Mayor General del Ministerio de Marina Argentina enviado por el teniente de Fragata Héctor Migone, 17 de julio de 1945.

Comunicado N.º 143 de la embajada británica en Buenos Aires. Carta del embajador Sir Esmond Ovey al ministro de Relaciones Exteriores y Culto de la República Argentina, José María Cantilo, 13 de septiembre de 1939.

Declaración de Edmund von Thermann, ex embajador alemán en la Argentina, ante la Comisión Investigadora de los Aliados, Alemania, 6 y 7 de junio de 1945.

Declaración de Edmund von Thermann, ex embajador alemán en la Argentina, y Schaumburg Lippe, ex funcionario de la embajada alemana, ante la Comisión Investigadora de los Aliados, Alemania, septiembre de 1946.

Declaración de Heinrich Jürges ante la Oficina del Gobierno Militar de los Estados Unidos para Alemania, 5 de febrero de 1947.

Declaración de los tripulantes del submarino alemán U-530 ante autoridades navales de la Argentina y Estados Unidos en Mar del Plata. Reporte de Inteligencia de la Marina de los Estados Unidos, 24 de julio de 1945.

Declaración de Walter Schellenberg ante la Comisión Investigadora de los Aliados en Núremberg. Interrogatorio conducido por W. W. Blancké, 6 de agosto de 1946.

Declaración pública del mariscal ruso Georgi Zhukov, 9 de junio de 1945.

Discurso de Juan Domingo Perón, 31 de agosto de 1955.

Documento 105-410 del FBI redactado en Los Ángeles, 21 de septiembre de 1945.

Documento *Argentinische Presseveröffentlichungen über eine angeblich beabsichtigte Anektierung Patagoniens durch Deutschland (Comunicados de prensa argentinos sobre una anexión de la Patagonia pretendida por Alemania)*

n GFM 33945.

Documento confeccionado y traducido por Eduardo Chable, Auxiliar 6.º de Informaciones de la Sección Prensa, Traductores y Biblioteca de la Policía Federal Argentina, Archivo General de la Nación, 1 de diciembre de 1972.

Documento de agente del FBI desde San Francisco a John Edgar Hoover con supuesta carta de Hitler hablando sobre Perón, 23 de septiembre de 1947.

Documento de John Edgar Hoover al agregado legal de la embajada de los Estados Unidos en Río de Janeiro. *Información referida a Adolf Hitler y Eva Braun*, 9 de julio de 1947.

Documento de la embajada de los Estados Unidos en Londres a John Edgar Hoover desestimando la posibilidad de muerte de Hitler por envenenamiento, 31 de octubre de 1947.

Documento de la Municipalidad de San Carlos de Bariloche. Alberto Wiederhold Rotter, *Don Carlos Wiederhold Piwonka y la fundación de la ciudad San Carlos de Bariloche*.

Documento de la Oficina del Gobierno Militar de Estados Unidos para Alemania. Interrogatorio a Karl Arnold, noviembre de 1946.

Documento de la Policía Federal Argentina (provincia de Corrientes). Archivo General de la Nación, 27 de enero de 1949.

Documento del agregado legal de la embajada de los Estados Unidos en Río de Janeiro a John Edgar Hoover. *Información referida a Adolf Hitler y Eva Braun*, 6 de agosto de 1947.

Documento del FBI. "Accomplishment Argentina-Japan", *History of the SIS Division*, vol. 2, 1947, pp. 228.

Documento del FBI. *Present location of Adolf Hitler and Eva Braun*, 3 de octubre de 1945.

Documento desclasificado por la National Security Agency (NSA) el 13 de abril de 2009. David Mowry, "German clandestine activities in South America in World War II", *United States Cryptologic History*.

Documento desclasificado. Declaración testimonial de Heinrich Jürges ante los oficiales de la Oficina del Gobierno Militar de los Estados Unidos para Alemania en Berlín, 4 de junio de 1947.

Documento Federal Bureau of Investigation. *Nazi Activities in the United States*, Nueva York, 23 de mayo de 1938.

Documento *La Argentina ante el libro azul*. Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto, Dirección de Información al Exterior, 1946.

Documento N.º 109/1 del FBI. *Informan que Hitler está en la Argentina*, Washington D. C., 11 de agosto de 1945.

Documento redactado tras el encuentro entre el ministro de Relaciones Exteriores alemán, Joachim von Ribbentrop y el emisario argentino Juan Carlos Goyeneche, Westfalen (Alemania), 30 de noviembre de 1942.

Documento redactado tras el encuentro entre el ministro de Relaciones Exteriores alemán, Joachim von Ribbentrop y el emisario argentino Juan Carlos Goyeneche, Westfalen (Alemania), 7 de diciembre de 1942.

Documento *US Naval Attaché 189 to JCS*. United States National Archives, Record Group 38, Santiago, 12 de mayo de 1941, con codificación C-10K 22986B.

Documentos de consulta. The National Archives, Kew (Gran Bretaña), julio-agosto de 2014.

Documentos desclasificados de la CIA del 3, 11 y 17 de octubre de 1955.

Documentos desclasificados del FBI sobre Adolf Hitler, 1933-1971.

Documentos desclasificados del FBI sobre la German American Bund. *Federal Bureau of Investigation. Freedom of information. Privacy Acts release: Subject: German American Bund.*

Documentos desclasificados del FBI sobre las actividades de Fritz Julius Kuhn, 1939-1942.

Fascículos *Perón, el hombre del destino*, N.º 6 y 7, Buenos Aires, Abril Educativa y Cultural, 1973.

Informativo de Escumar a buques de Escumar, 18 de julio de 1945.

Informativo del Ministerio de Marina enviado por el capitán Isaac Jorge Rojas, 26 de julio de 1945.

Informe a cargo de la Comisión Nacional de Investigaciones de la Revolución Libertadora sobre *El libro negro de la segunda tiranía*, Buenos Aires, 1958.

Informe del embajador suizo en Londres al jefe del Gobierno Federal helvético. "La tournée de Madame Perón", 19 de agosto de 1947.

Informe Ew-Pa 128 del Servicio de Inteligencia Militar de los Estados Unidos. Apéndice N.º 1 al 19.489 de envío desde la embajada de los Estados Unidos en Londres, 27 de noviembre de 1944.

Informe *Magic 347* del Servicio de Inteligencia Militar de los Estados Unidos redactado por el coronel Carter W. Clarke, 4 de abril de 1943.

Informes de la CEANA (Comisión para el Esclarecimiento de las Actividades del Nazismo en la Argentina). 1.º informe, marzo de 1998; 2.º informe, julio de 1998; 3.º informe, noviembre de 1998.

Manuscrito a cargo de Peter Alemann. "Evita-Kurzbiographie" (Breve biografía de Evita), *Argentinisches Tageblatt*, julio de 1952.

Memorando 6-P-351 5/945 enviado por el capitán de navío Ernesto R. Villanueva al jefe del Estado Mayor General de la Marina Argentina, Héctor Vernengo Lima, 2 de agosto de 1945.

Memorando de John Edgar Hoover a la embajada de los Estados Unidos en Uruguay sobre Hitler en la Argentina, 3 de agosto de 1945.

Memorando de John Edgar Hoover a la embajada de los Estados Unidos en Buenos Aires, *Escondite de Hitler en Argentina*, 3 de noviembre de 1945.

Memorando de la División Secretaría de la Capitanía General Marítima enviado por el contraalmirante Francisco Clarizza al ministro de Marina Argentina, 24 de julio de 1945.

Memorando de la embajada de los Estados Unidos en Londres. *Escondite de Hitler en Argentina*, enviado a John Edgar Hoover, 17 de septiembre de 1945.

Memorando de la Oficina del agregado legal de la embajada de los Estados Unidos en Buenos Aires dirigido a John Edgar Hoover. *Ubicación actual de Adolf Hitler y Eva Braun*, 5 de septiembre de 1945.

Memorando de la Oficina del agregado legal de la embajada de los Estados Unidos en Buenos Aires. *Present location of Adolf Hitler and Eva Braun*, 5 de septiembre de 1945.

Memorando de la Oficina del agregado legal de la embajada de los Estados Unidos en Montevideo a John Edgar Hoover. *Rumors Hitler may be in Argentina*, 28 de noviembre de 1945.

Memorando de la Oficina del Gobierno de los Estados Unidos redactado por el agente especial del FBI en Sioux Falls a John Edgar Hoover. *Información aportada por la señorita Sadie P. Wagner. Personal y confidencial*, 13 de junio de 1945.

Memorando de la Oficina del Gobierno de los Estados Unidos redactado por agente especial del FBI en Los Ángeles a John Edgar Hoover, 14 de agosto de 1945.

Memorando de la Oficina del Gobierno de los Estados Unidos redactado por J. C. Strickland a John Edgar Hoover, 21 de agosto de 1945.

Memorando de la Oficina del Gobierno de los Estados Unidos redactado por agente especial del FBI en Washington a John Edgar Hoover, 24 de agosto de 1945.

Memorando de la Oficina del Gobierno de los Estados Unidos redactado por Edward Allen Tamm a John Edgar Hoover, 25 de agosto de 1945.

Memorando del FBI redactado por el agente E. P. Brown para el general D. Milton Ladd, agregado militar en la embajada de Estados Unidos en la Argentina, 10 de octubre de 1943.

Memorando del FBI redactado por el agente R. O. Kittelsen para el general D. Milton Ladd, agregado militar en la embajada de Estados Unidos en la Argentina, 27 de febrero de 1944.

Memorando del FBI enviado a John Edgar Hoover por el agente especial en Sioux Falls, 13 de junio de 1945.

Memorando del FBI. Enviado a la embajada de Estados Unidos en Buenos Aires sobre la ubicación de Hitler en la Argentina, julio de 1945.

Memorando del FBI de C. H. Carson al general Daniel Milton Ladd sobre llegada del submarino alemán U-530 y Hitler a la Argentina, 31 de julio de 1945.

Memorando del FBI, Washington D. C., 28 de agosto de 1945.

Memorando del FBI enviado por John Edgar Hoover a agentes en Buenos Aires, 26 de octubre de 1945.

Memorando del FBI enviado por John Edgar Hoover a Buenos Aires con datos sobre Walter e Ida Eichhorn, 13 de noviembre de 1945.

Memorando del FBI enviado por el señor Nichols a S. D. Mason por huellas dactilares de Hitler, 23 de noviembre de 1945.

Memorando del FBI enviado a John Edgar Hoover por SAC desde Los Ángeles informando sobre la presencia de Adolf Hitler en Brasil. *Información concerniente a Adolf Hitler y Eva Braun*, 5 de junio de 1947.

Memorando del Gobierno de los Estados Unidos. *Blue Book on Argentina. Consultation Among the American Republics with Respect to the Argentine Situation*, Washington D. C., febrero de 1946.

Memorando del SIS European Desk desde Berlín (Alemania) para John Edgar Hoover, 20 de agosto de 1945.

Memorando desclasificado del FBI redactado por Daniel Milton Ladd a Edward Allen Tamm sobre posible escape de Adolf Hitler hacia la Argentina, 4 de septiembre de 1944.

Memorando interno del FBI. "Espionaje alemán en Latinoamérica", con codificación N.º 65-20393.

Nota de acta de Max Petitpierre a la embajada suiza en Buenos Aires, 15 de diciembre de 1955.

Radiograma del FBI, Montevideo, 26 de julio de 1945.

Radiograma del FBI, Buenos Aires, sobre llegada del submarino U-530 y Hitler a la Argentina, 1 de agosto de 1945.

Radiograma del FBI, Buenos Aires, sobre llegada del submarino U-530 y Hitler a la Argentina, 5 de agosto de 1945.

Radiograma del FBI, Buenos Aires, 8 de agosto de 1945.

Radiograma del FBI, embajada de los Estados Unidos en Buenos Aires, para John Edgar Hoover, 11 de agosto de 1945.

Radiograma del FBI, Buenos Aires, sobre llegada del submarino U-530 y Hitler a la Argentina, 26 de agosto de 1945.

Reglamento interno del Grupo Obra de Unificación o Grupo de Oficiales Unidos (GOU), Buenos Aires, 1943.

Reporte N.º 105-410 del FBI, *Report on Hitler Hideout*, enviado por SAC en Los Ángeles a John Edgar Hoover, 21 de septiembre de 1945.

Telegrama cifrado N.º 1565 de Erich Otto Meynen a Berlín, 18 de mayo de 1942.

Telegrama cifrado N.º 1657 de Erich Otto Meynen a Berlín, 23 de mayo de 1942.

Libros

Aziz, Philippe. *Los criminales de guerra*, Barcelona, Dopesa, 1975.

Basti, Abel. *Bariloche nazi*, Buenos Aires, edición del autor, reedición de 2012.

_____. *Los secretos de Hitler*, Buenos Aires, Sudamericana, 2011.

Bellotta, Araceli. *Las mujeres de Perón*, Buenos Aires, Planeta, 2013.

Berlet, Chip y Nemiroff, Matthew. *Right wing populism in America: too close to comfort*, Surrey, Guilford Press, 2000.

Bidault Borel, Suzanne. *Je n'ai pas oublié*, París, La Table Ronde, 1971.

Camarasa, Jorge. *La enviada*, Buenos Aires, Planeta, 1998.

_____. *Odessa al sur. La Argentina como refugio de nazis y criminales de guerra*, Buenos Aires, Aguilar, 2012.

Camarasa, Jorge y Basso Prieto, Carlos. *América nazi*, Buenos Aires, Aguilar, 2014.

De Tena, Torcuato Luca; Calvo, Luis y Peicovich, Esteban. *Yo, Juan Domingo Perón. Relato autobiográfico*, Buenos Aires, GeoPlaneta, 1976.

Dunstan, Simon y Williams, Gerrard. *Lobo gris: la fuga de Hitler a la Argentina*, Buenos Aires, Distal, 2012.

Farago, Ladislav. *Aftermath. Martin Bormann and the Fourth Reich*, Londres, Hodder & Stoughton, 1975.

Fraser, Nicholas y Navarro, Marysa. *Evita: the real life of Eva Perón*, Nueva York, W. W. Norton & Company, 1996.

Gambini, Hugo. *Historia del peronismo. El poder total (1943-1951)*, Buenos Aires, Planeta, 1999.

- Garbely, Frank. *El viaje del arco iris. Los nazis, la banca suiza y la Argentina de Perón*, Buenos Aires, El Ateneo, 2003.
- García Lupo, Rogelio. *Últimas noticias de Perón y su tiempo*, Buenos Aires, Vergara, 2006.
- Hofer, Hansjörg. *Völker, hört die signale (Pueblos, escuchen las señales)*, Basilea, Pharos, 1998.
- Jackish, Carlota. *El nazismo y los refugiados alemanes en la Argentina*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1997.
- Jacobsen, Hans Adolf. *Nazionalistische Aussenpolitik, 1933-1938*, Fráncfort, Alfred Metzner Verlag, 1968.
- Jefferson, Adam. *Historical Dictionary of German Intelligence*, Maryland, ScareCrow Press, 2009.
- Katz, Friedrich; Hell, Jungel y otros. *Hitler sobre América Latina. El fascismo alemán en Latinoamérica 1933-1943*, México, Fondo de Cultura Popular, 1968.
- Kroyer, Silvia. *Patrimonios alemanes en Argentina, 1945-1965*, Fráncfort, Vervuert, 2005.
- Lagomarsino de Guardo, Lilian. *Y ahora... hablo yo*, Buenos Aires, Sudamericana, 1996.
- Lanusse, Lucas. *Sembrando vientos. Argentina: del primer peronismo a la masacre de Ezeiza*, Buenos Aires, Vergara, 2009.
- Lebor, Adam. *Los banqueros secretos de Hitler*, Buenos Aires, Grijalbo, 1998.
- Manning, Paul. *Martin Bormann: Nazi in exile*, Nueva York, Lyle Stuart Inc., 1981.
- Martínez, Tomás Eloy. *Las memorias del General*, Buenos Aires, Planeta, 1996.
- _____. *Santa Evita*, Buenos Aires, Alfaguara, 1997.
- Montes de Oca, Ignacio. *Ustashas: El ejército nazi de Perón y el Vaticano*, Buenos Aires, Sudamericana, 2013.
- Morrison, De Lesseps. *Latin American mission: An adventure in hemisphere diplomacy*, Nueva York, Simon and Schuster, 1965.
- Newton, Ronald. *El cuarto lado del triángulo. La amenaza nazi en la Argentina 1931-1947*, Buenos Aires, Sudamericana, 1995.
- _____. *The Nazi Menace in Argentina, 1931-1947*, Palo Alto, Stanford University Press, 1992.
- Nocera, Raffaele. *Chile y la guerra. 1933-1943*, Santiago, Lom Ediciones, 2006.
- Page, Joseph. *Perón, una biografía*, Buenos Aires, Javier Vergara, 1984.
- Pavón Pereyra, Enrique. *Vida de Perón*, Buenos Aires, Editorial Justicialista, 1965.
- Perón, Eva. *La razón de mi vida*, Buenos Aires, Peuser, 1951.

- Pignatelli, Adrián. *El traidor. Historia del único militar argentino destituido por espionaje*, Vergara, 2011.
- Plüschow, Gunther. *Sobre la Tierra del Fuego*, 1.^a edición, Ushuaia, SüdPol, 2008.
- Rapoport, Mario. *¿Aliados o neutrales? La Argentina frente a la Segunda Guerra Mundial*, Buenos Aires, Eudeba, 1988.
- Raschning, Hermann. *Hitler me lo dijo*, Buenos Aires, Hachette, 1940.
- Reitsch, Hanna. *Volar fue mi vida. Memorias de la piloto de pruebas de la Luftwaffe*. Buenos Aires Niseos, 2008 (edición original: 1951).
- Reyes, Cipriano. *La farsa del peronismo*, Buenos Aires, Sudamericana-Planeta, 1987.
- Rom, Eugenio. *Así hablaba Juan Perón*, Buenos Aires, Arturo Peña Lillo Editor, 1980.
- Rout Jr., Leslie y Bratzel, John. *The Shadow War: German Espionage and United States Counterespionage in Latin America during World War II*, Foreign Intelligence Book Series, Westport, Praeger, 1986.
- Ruiz Moreno, Isidoro. *La revolución del 55*, Buenos Aires, Claridad, 2013.
- Santander, Silvano. *Técnica de una traición. Juan D. Perón y Eva Duarte agentes del nazismo en la Argentina*, Buenos Aires, Antyguá, 1955.
- Senén González, Santiago y Lerman, Gabriel (comps.). *El 17 de octubre de 1945. Antes, durante y después*, Buenos Aires, Lumiere, 2005.
- Skorzeny, Otto. *La guerra desconocida. Mis memorias secretas*, Madrid, AQ Ediciones, 1976.
- _____. *Mi operativo de comandos, guerra sin fronteras*, Múnich, Schiffer Publishing, 1976.
- Sommi, Luis. *Los capitales alemanes en la Argentina*, Buenos Aires, Claridad, 1945.
- Sucarrat, María. *Vida sentimental de Eva Perón*, Buenos Aires, Sudamericana, 2006.
- Summers, Anthony. *Oficial y confidencial: la vida secreta de John Edgar Hoover*, Barcelona, Anagrama, 1995.
- Vázquez Rial, Horacio. *Perón, tal vez la historia*, Buenos Aires, El Ateneo, 2005.
- Weber, Gaby. *La conexión alemana. El lavado del dinero nazi en Argentina*, Buenos Aires, Edhasa, 2005.
- Wilhmes, Cornelia. *Bewegung oder vereine? Nationalsozialistische Volkspolitik in dem USA*, Stuttgart, Franz Steiner Verlag, 1998.
- Wolter, Erik. *Loyalty on Trial: One American Battle with the FBI*, edición digital, iUniverse, 2004.

Diarios

Argentinisches Tageblatt, 26 de abril de 1936.
Argentinisches Tageblatt, 28 de abril de 1936.
Berner Tagwacht, 2 de agosto de 1947.
Crítica, 12 de marzo de 1939.
Crítica, 14 de marzo de 1939.
Crítica, 1 de abril de 1939.
Crítica, 3 de abril de 1939.
Crítica, 4 de abril de 1939.
Crítica, 17 de octubre de 1945.
Die Schwartz Front, 29 de febrero de 1936.
Die Woche, 2 de agosto de 1947
Evening News, 24 de julio de 1945.
La Nación, 19 de febrero de 1997.
La Prensa, 13 de octubre de 1945.
The New York Times, 1 de marzo de 1938.
The New York Times, 19 de abril de 1945.
The New York Times, 11 de octubre de 1945.
Washington Star, 21 de julio de 1945.
Washington Times Herald, 10 de junio de 1945.
Washington Times Herald, 5 de julio de 1945.
Washington Times Herald, 18 de julio de 1945.

Lugares visitados

Archivo General de la Nación.
Cementerio Alemán de Buenos Aires.
Hemeroteca de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires.

Investigadores consultados

Abel Basti
Carlos Basso Prieto
Julio Mutti
Loris Zanatta
Pedro Filipuzzi

Silvia Mercado
Uki Goñi

Con la debacle nazi consumada, el tablero de la política internacional comienza a reacomodarse. Mientras Adolf Hitler, en el exilio, pierde fuerza e influencia, Juan Domingo Perón –alentado por las circunstancias– se propone erigir a la Argentina como una nación rectora de Sudamérica, tomando la posta de la derrotada Alemania e intentando replicar su ímpetu expansionista en la región.

¿Cómo pretende Perón financiar sus planes de dominación? Mediante el expolio de las millonarias fortunas que fueron secuestradas por el nacionalsocialismo alemán y pacientemente trasladadas hasta Buenos Aires. Su mayor obstáculo será nadie menos que su propia esposa, Eva Duarte, quien pondrá en acción sus poderosas conexiones para salvaguardar esos tesoros.

La agente nazi Eva Perón y el tesoro de Hitler nace del trabajo de investigación y consulta de cientos de documentos desclasificados –entre ellos, los de las pesquisas que mandó a hacer John Edgar Hoover cuando se encontraba al frente del FBI–, sobre los cuales el historiador Marcelo García construye una irresistible tesis destinada a entrelazar la inesperada y atrapante trama internacional de acuerdos y traiciones entre la Alemania nazi y la Argentina de Perón.

El resultado de este enorme trabajo es un libro que revisa uno de los misterios más magnéticos del peronismo desde una perspectiva nueva: la de los conflictos de intereses entre sus dos más grandes figuras.



MARCELO GARCÍA

Nació en Buenos Aires en 1970. Dibujante, ilustrador y diseñador, hace unos años comenzó a escribir artículos periodísticos en sitios web como Coches20. Actualmente se desempeña como redactor periodístico en el portal Diario26.

Volcado a la investigación histórica, dirige y edita HistoriasLadoB.blogspot.com.ar, donde revisa — cuestiona, confirma o corrige — la historia oficial.

La agente nazi Eva Perón y el tesoro de Hitler es su primer libro.

Foto: © María Sol García

García, Marcelo Damián
La agente nazi Eva Perón y el tesoro de Hitler / Marcelo Damián García. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Sudamericana, 2017.
(Investigación periodística)
Libro digital, EPUB.

Archivo Digital: descarga y online.
ISBN 978-950-07-5930-4

1. Investigación periodística. I. Título.
CDD 070.44
Diseño de cubierta: Marcelo García

Fotos de cubierta: AGN (Argentina / Archivo General de la Nación - Dpto. Doc. Fotográficos) y Archivo Federal de Alemania (BArch)

Edición en formato digital: agosto de 2017
© 2017, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.
Humberto I 555, Buenos Aires
www.megustaleer.com.ar